

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



Lectulandia

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión 144

Nueva Dimensión - 144

ePub r1.0

Titivillus 28.10.16

Título original: *Nueva Dimensión 144*

AA. VV., 1982

Cubierta: Chris Foss

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

nueva dimensión

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A CARGO DE:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

Director:

Domingo Santos

Director Artístico:

Enrique Torres

Colaboradores:

Jorge Aspa

Carlo Frabetti

Antonio Martín

Juan Carlos Planells

Fco. Javier Redal

Jaime Rosal del Castillo

Augusto Uribe

Suscripciones:

M.^a Teresa Roca

Corresponsales:

Argentina: Daniel Luján Heredia

Bélgica: Bernard Goorden

EE. UU.: Forrest J. Ackerman

Hungría: Peter Kuczka

Japón: Takumi Shibano

Polonia: Czeslaw Chruszcewski

Rumanía: Ion Hobana

Suecia: Sam J. Lundwall

Uruguay: Carlos M. Federici

Abril 1982 / Número 144

nueva dimensión

hoy

EDITORIAL

[LA OTRA CIENCIA FICCIÓN...](#)

por Domingo Santos

SE PIENSA

[EL GRAN SALTO ADELANTE DE LA SF CHINA](#)

por Michael Parks

[LA SF EN HUNGRÍA](#)

por Michael Parks

SE EDITA

[CRÍTICA DE LIBROS](#)

por J. C. Planells, J. Redal y A. Benítez
Gutiérrez

SE EXHIBE

[CRÍTICA DE CINE](#)

por R. Marín y J. Redal

SE DICE

[LIBROS, REVISTAS, FANZINES, COMIC,](#)
[CINE, PREMIOS, AUTORES,](#)
[NECROLÓGICA, VARIOS](#)

SE ESCRIBE

[LA OPINIÓN DE NUESTROS LECTORES](#)

EL RINCÓN DE LA CIENCIA

[SOBRE «LAS VERDES COLINAS»](#)

por Javier Redal

mañana

NOVELA CORTA

[EL VALIENTE TOSTADORCITO](#)

por Thomas M. Disch

CUENTOS

[ELFLEDA](#)

por Vonda N. McIntyre

[LA CASA DE LOS INSECTOS](#)

por Lisa Tuttle

[EL HOMBRE QUE NUNCA
REJUVENECÍA](#)

por Fritz Leiber

[LOS MIL SUEÑOS DE
STELLAVISTA](#)

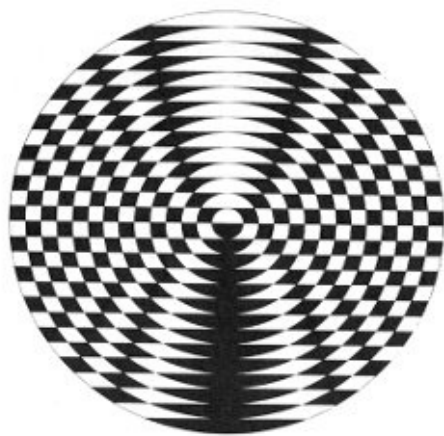
por J. G. Ballard

[POR SÍ MISMA](#)

por A. Graciela Parini

[HIJO DE SANGRE](#)

por Richard Matheson



EDITORIAL

LA OTRA SF

Si observamos la lista de los libros más populares de SF de este mes en los Estados Unidos, reseñada en la sección «Se dice» de este mismo número, observaremos que, tanto en las ediciones de tapas duras como en las de libros de bolsillo, existe una gran preponderancia de la fantasía sobre la SF «clásica». No se trata de un fenómeno repentino. Es la constatación de un cambio gradual que viene observándose desde hace un tiempo en los países anglosajones. En los Estados Unidos, cuna y avanzada de la SF mundial, las preferencias del público lector (y en consecuencia también de los editores, y por lo tanto de los escritores) se están decantando de la SF «dura», científica, más o menos tecnificada, a la SF onírica, abocada a la más pura fantasía... que llega en algunas ocasiones incluso al estadio de simples cuentos de hadas para adultos.

Este fenómeno se aprecia claramente en la producción de las novelas que están copando últimamente los primeros puestos de la popularidad. Por supuesto, se siguen escribiendo grandes novelas «duras» de gran éxito: Benford y su Timescape, Varley y su trilogía de Gea..., pero la cúspide de la popularidad la alcanzan otro tipo de libros: Silverberg y su Lord Valentine's Castle (y su secuela de las Majipoor Chronicles), Vinge y su Hugo de 1981 The Snow Queen, McIntyre y su Dreamsnake... ¿hace falta poner más ejemplos?

En el editorial de ND 134 hablaba ya de esa dicotomía que se está produciendo últimamente en la SF anglosajona, y lo mismo hacía Javier Redal en un artículo del mismo número. Este fenómeno hace que, naturalmente, se escriban también muchos más relatos de fantasía (me atrevería a calificarlos de «SF fantástica», aún a riesgo de ser llamado hereje) que de SF «campbelliana». En ellos, la ciencia, la técnica, es dejada cada vez más de lado... e incluso el hombre y sus problemas sociales también. Se busca, ante todo, ese antiguo y siempre tan ponderado «sentido de la maravilla»

que hiciera las delicias de los primeros fans de los años treinta y cuarenta. Por aquel entonces, el lector medio podía maravillarse ante los hipotéticos progresos astronáuticos, la exploración de otros mundos, el encuentro con otras razas alienígenas. Hoy todo eso está ya superado: la exploración espacial es un hecho, y nos ha acercado hasta nuestras narices (muchas veces de una forma más bien decepcionante, por cierto) los antiguos objetos de nuestra ensoñación: la Luna, Marte, Venus. Los alienígenas han perdido buena parte de su anterior encanto por obra y gracia de los dos monstruos de la imagen, el cine y la televisión. Hay que buscar nuevas metas.

La ciencia y la técnica limitan la imaginación, la coartan, le dictan leyes. Pero, prescindiendo de ellas, la imaginación humana es ilimitada. Y el universo es lo suficientemente grande como para hallar en él algún rincón donde pueda presentarse aún cualquier idea que un autor pueda concebir, por acientífica que sea. Heinlein lo ha hecho en su penúltima novela (y digo penúltima porque ya ha salido la última, Friday), El número de la bestia: un «universo» de universos alternos, y perdonen la redundancia, donde se dan cita todos los escenarios ideados por todos los autores de SF del mundo (anglosajón, por supuesto), y que celebra incluso su propia convención «interuniversal», ¡comandada por el propio Lazarus Long! Cuando un escritor como Heinlein comete un tal sacrilegio a los principios campbellianos de la SF, es que realmente algo se está moviendo en el género en los Estados Unidos.

Esta proliferación de la fantasía en los relatos que se publican actualmente en las antologías y revistas de SF hace que, naturalmente, se acumulen en nuestras mesas de trabajo relatos de «SF fantástica» en número creciente. Relatos de calidad, relatos de éxito, relatos que han sido altamente apreciados por el público anglosajón, pero que indudablemente harán rechinar los dientes a los amantes de la SF «seria». Relatos que son fiel testimonio de una época, de unos gustos, y de unas inquietudes.

Por eso hemos decidido, en este número de ND, ofrecerles una panorámica de esa nueva tendencia de la SF. No hemos pretendido, por supuesto, hacer un «número monográfico» (aunque un lector se nos queje, en la sección «Se escribe» de este mismo número, y nos hable de las añoranzas de aquellos «números monográficos» que diéramos a la luz en una época determinada y difícil de nuestra historia), sino simplemente seleccionar una serie de relatos que inciden plenamente en esa corriente de la «nueva SF» de la que acabo de hablarles.

Y así, hallarán en las páginas siguientes que Thomas Disch olvida por una vez sus encerebraciones, se pone ferozmente humorístico, y nos presenta un «cuento de hadas» tremendamente mordaz, que mereció ser considerado por el prestigioso fanzine Locus como el mejor relato de SF de 1980; Vonda N. McIntyre sigue sus propias huellas de Dreamsnake para ofrecernos, en clave de amarga fantasía, una visión fantástica donde están presentes los dos temas que fundamentan toda su obra: la crueldad humana y la manipulación genética; Lisa Tuttle nos presenta un relato a caballo entre la SF y el horror gótico; Ballard nos muestra las fantasiosas

obsesiones que forman la columna vertebral de toda su obra a través de uno de sus mejores relatos centrados en su escenario más ballardiano: *Vermilion Sands*; Richard Matheson nos ofrece una nueva variación de su tema favorito, el vampirismo; y Fritz Leiber hace transcurrir el tiempo al revés.

E incluso los autores de habla hispana se apuntan a esa corriente de la fantasía pura dentro de la SF. Creo que no hace falta citar aquí a Enrique Lázaro y su «Tierra Vaga», aunque no se halle representado en este número. Sí lo está, en cambio, una escritora argentina, A. Graciela Parini, con un relato que ella misma califica no es SF, pero que creemos puede encuadrarse perfectamente dentro de la «otra SF».

Puede que nos hallemos tan solo ante una moda. Puede que, simplemente, estemos atravesando una desviación del mercado que se corrija por sí misma dentro de poco. En los propios Estados Unidos, algunos escritores y críticos estudian este fenómeno y reclaman ya ese cambio... aunque sea aún tímidamente. Pero el hecho está aquí. Otro día analizaremos sus posibles causas sociológicas, que las hay, aunque muchos no se pongan de acuerdo sobre ellas. De momento, ND ha querido simplemente dejar constancia de él.

Aquí lo tienen. Que lo disfruten...

DOMINGO SANTOS

ELFLEDA

VONDA N. McINTYRE

Vonda N. McIntyre es la autora de esa gran novela, ganadora en 1978 de los premios Hugo y Nebula, que es *Dreamsnake*, y que esperamos que pronto aparezca en España editada por Edhasa/Minotauro. *Elfleda*, una de sus más recientes producciones, apareció en el número 12 de las antologías «New Dimensions» de Robert Silverberg, y trata, en una primera aproximación, de las consecuencias de la crueldad humana combinada con las posibilidades de la ingeniería biológica. Pero, al igual que hiciera con *De niebla y hierba y arena*, el relato que dio origen a la novela antes citada, aquí McIntyre se limita a trazarnos un breve bosquejo, a crear un ambiente, casi onírico en algunos momentos, de ese mundo particular. ¿Nos hallamos de nuevo ante el germen de lo que puede ser, dentro de poco, otra gran novela? Es muy probable. El tiempo nos lo dirá...

La quiero. Y la envidio, porque es lo suficientemente hábil, lo suficientemente atrevida, como para engañar a nuestros creadores. O a la mayoría de ellos. No es una auténtica unicornio: muchos de nosotros poseemos partes humanas, y ella no es una excepción. De otro modo las reconexiones resultan demasiado complicadas. Nuestros brillantes poseedores no son lo bastante brillantes como para integrar nervios directamente del cerebro.

De modo que Elfleda es, como yo, casi enteramente humana de caderas hacia arriba. De ahí hacia abajo yo soy equino: un centauro. Ella es un unicornio, puesto que sus cascos están hendidos, su cola es de león, y de su frente surge un esbelto y recto cuerno espiralado. Su plateada melena oculta la pálida cicatriz en su base; su crin como plata cae en cascada por detrás, creciendo a partir de sus hombros y espalda. Su pelaje es suave y gris pálido y con grandes manchas en sus flancos. El pelo de la punta de su cola es casi negro. Durante mucho tiempo pensé que algún cirujano habría cometido un error o gastado una broma con ella, pero finalmente comprendí por qué habían hecho aquello, cuando la vi de lejos agitar como un gato su larga cola rematada de negro. Mi cuerpo no posee esta originalidad artística. Odio todo lo relativo a mí casi tanto como amo todo lo relativo a Elfleda.

Habla conmigo desde lejos; creo que siente lástima de mí. Cuando los amos vienen a nuestro parque ella les observa, agita su cola, y galopa alejándose. A veces les obsequia con un breve vislumbre de su plateada piel. Su inaccesibilidad la convierte en la más buscada de todos nosotros. Corren tras ella, la llaman, pero solo unos pocos consiguen abrindarla o emocionarla. Es la única de nosotros que siempre ha podido resistirse a su voluntad. Incluso su libertad es creación de ellos; son tan poderosos que pueden permitirse el jugar con la ilusión del desafío.

Pero el resto de nosotros, los demás centauros, sátiros, ninfas, nos pavoneamos y cabrioleamos por los prados o nos mostramos en el bosque o empujamos suavemente a los que pasan, esperando ser dignos de atención.

No nos atrevemos a quejarnos. Por supuesto, no tendríamos derecho; deberíamos sentirnos agradecidos. Nuestras vidas han sido salvadas. Cada uno de nosotros hubiera muerto si los amos no nos hubieran aceptado y nos hubieran tomado. Les debemos nuestras vidas, y este es el pago que exigen. A veces pienso que el precio es demasiado alto, pero aunque nada me impide saltar por los abruptos farallones o comer flores venenosas, sigo vivo.

El sol del mediodía es cálido en la pradera, de modo que camino hacia el bosque por entre la alta hierba. Una pequeña criatura salta del lugar donde ha estado durmiendo y huye, tan asustada de mí como yo de ella. Galopa y luego se eleva por los aires: uno de los pequeños pegasos. Sus emplumadas alas parecen demasiado grandes en proporción a su cuerpo. Esta es la razón por la cual tan solo los pegasos más pequeños pueden volar. Este es una miniatura de un pony appaloosa, que apenas me llega a la rodilla. Allá delante, en mitad de la pradera, vuelve a tomar tierra y se aleja trotando, mientras dobla sus alas grisazuladas sobre sus flancos moteados. Los pegasos más grandes, los de mi tamaño, son espectaculares pero están atados al suelo; siempre han deseado volar, pero nunca lo han conseguido. Una vez observé a uno parado a favor del viento, el cuello arqueado, los ollares agitándose, la cola levantada. Desplegó sus alas y las alzó, avanzó en el viento, galopó, echó a correr, pero las alas no eran lo suficientemente grandes como para elevarlo del suelo. Nuestros amos nos utilizan únicamente para su diversión, para su recreo. Para ellos no somos más que animales. Nunca se les ocurriría pensar que el corazón de un caballo volador pudiera partirse por el simple hecho de no poder volar.

Las sombras del bosque me rodean con un frío aroma de pino y humus. El musgo bajo mis cascos es blando. Puedo sentir su elasticidad, pero no su textura. Cuando me alcé por primera vez, tras las operaciones, la recuperación, el dolor, no pude caminar bien. Tropezaba y caía, y me amenazaron con castigos si me rasguñaba mi brillante piel equina. Tras lo cual caminé lentamente pero aprendí rápidamente. Los seres humanos no están preparados para evolucionar hacia la articulación simultánea de seis miembros, pero somos adaptables. Aprendí a ir al paso, a trotar, a galopar, e incluso aprendí a mover simultáneamente mis brazos, aunque no demasiado graciosamente. No me hice ningún rasguño, y ahora mi piel —mi piel humana— está curtida hasta un color casi tan oscuro como mi pelaje dorado rojizo. Mi crin y mi cola y mis patas posteriores son negras.

El arroyo murmura cerca, lleno con agua de nieve. Cae espumeando por una cascada rocosa a un lago de montaña que refleja en sus profundidades otro mundo más libre. Allá en el fondo las montañas de una azul púrpura son valles que podrían ser alcanzados si uno consiguiera descubrirlos. Las propias montañas no pueden ser cruzadas. Uno de los pegasos más grandes, persiguiendo el cielo, trepó solo hasta medio camino de una de las cimas antes de que sus cascos resbalaran en las escarpadas rocas y cayera. Se rompió una pata. Las patas equinas son difíciles de curar, de modo que fue rematado por humanidad. Del mismo modo que, por

humanidad, se le había dado la vida.

La superficie del estanque se agita y se rompe, y uno de los seres acuáticos trepa a las piedras saturadas de humedad. Este es el lugar favorito de la gente acuática para tomar el sol cuando el frío del agua congela sus recuerdos de haber sido seres de sangre caliente. Creo que se trata de una sirena, pero no puedo estar seguro de su sexo desde esta distancia. Todas ellas son esbeltas y ágiles, con hombros estrechos y largo y brillante pelo. Las mujeres apenas tienen pechos, y los hombres no tienen genitales propiamente dichos. Tienen solo hendiduras, como los peces, medio ocultas entre las multicoloreadas escamas de sus abdómenes. Nunca las he visto copular entre sí, así que quizá la abertura sea tan solo para excreción y para que nuestros dueños la utilicen cuando deseen obtener algo de placer. La gente acuática es tan deforme en un sentido como yo lo soy en otro. Las sirenas no tienen genitales en absoluto, mientras que yo poseo dos pares. Estoy seguro de que algún ingeniero biológico recibió un premio por la habilidad de su diseño. Mi pene humano cuelga en su habitual lugar humano, pero encima de las patas delanteras de un caballo. Mis partes de semental son mucho más discretas, ocultas entre mis patas traseras.

La sirena agita su cola, esparciendo un arco iris de gotas de agua. Otro de los seres acuáticos surge del agua a su lado. Pero no se tocan; no existe intimidad entre ellos. Quizá se les han extraído los sentimientos, o tal vez el agua fría frene sus pasiones del mismo modo que sus cuerpos.

Pero, oh, son encantadores. Cuando vadeo para beber, puedo verlos a veces bajo el agua, nadando juntos siguiendo sus propias e inexplicables evoluciones, el pelo flotando dorado, plateado, escarlata, recorriendo toda la escala del azul, naranja, negro profundo con un brillo metálico. Sus aletas caudales son como gasa, como encaje, seda transparente, con venillas translúcidas. Las hendiduras de sus branquias trazan líneas bermellón en sus pechos y espaldas y gargantas.

Nunca hablan.

Si yo surgiera de mi refugio de sombras, las dos sirenas, macho y hembra, desaparecerían bajo la plateada superficie del agua azul hielo, levantando un oleaje gemelo. Dos juegos de círculos concéntricos se tocarían, se entrecruzarían y desaparecerían, y yo me quedaría solo de nuevo. De modo que permanezco inmóvil. Observo a las hermosas criaturas tomar el sol, echando ocasionalmente agua sobre sus escamas, con sus colas o con sus largas y estilizadas manos.

Envidio su placer en la soledad, su independencia, del mismo modo que envidio a Elfleda. Ella y ellas nunca han sido alcanzadas por los juegos que nuestros dueños juegan con nosotros. Elfleda observa desde una alta cima hasta la que solo ella puede trepar. La gente acuática participa cuando es llamada y le es ordenado, pero sus ojos son inexpresivos. Supongo que al siguiente día ya lo han olvidado todo.

Yo nunca olvido. Yo recuerdo cada incidente de lo que ha ocurrido desde que

fuera traído aquí. Pronto volverá a ocurrir de nuevo.

Uno de los seres acuáticos se sumerge en el agua, luego el otro. El bosque me ha hecho sentir frío, y tengo hambre. El sol calienta mi lomo cuando abandono las profundas sombras y cruzo el prado en dirección a los huertos.

La luz que atraviesa el veteado techo de hojas motea mis flancos. El perezoso zumbido de una mosca en mi lomo no me molesta en lo más mínimo. Debo confesar que tener una larga cola puede resultar conveniente.

Un ninfa y una sátiro copulan bajo un ciruelo, ignorando mi presencia. Son tan desvergonzados como tímidos son los seres acuáticos. La corta y peluda cola de la sátiro se agita arriba y abajo mientras monta al ninfa y lo golpea con sus peludas piernas. Las verdes manos del ninfa sujetan las caderas de la sátiro y ascienden para acariciar su rosada piel humana. A cada lado de la erecta cresta de amarronadas cerdas que delinea la espina dorsal en su espalda, su correosa piel está ligeramente quemada por el sol. El ninfa se arquea dentro de ella y la sátiro gruñe, enroscando sus dedos en el verdinegro y ensortijado pelo de él. Los talones del ninfa se clavan en el suelo, los dedos de sus pies se agitan; las hendidas pezuñas de macho cabrío de ella están sucias con briznas de hierba. El ninfa gime y atrae a la sátiro hacia sí. Nuestros creadores no sienten ningún respeto hacia el sexo tradicional de sus criaturas. Solo buscan el placer para sí mismos, no les importan ni el mito ni la leyenda.

Troto y galopo alejándome para escapar del agitarse y de los gemidos y de los jadeos en el huerto. Yo mismo he copulado con la sátiro, dios me ayude.

La hierba de la pradera se agita ante mí y el aire fluye entre mis crines como agua. Los pájaros permanecen silenciosos en el calor, pero el canto vespertino de las cigarras me anima hacia adelante. Mis cascos golpean el suelo, aplastando flores, cortando el césped. El sudor chispea en mis ojos. Aprieto los codos contra mis costados para dominar el dolor de la respiración. El aire entra en mis pulmones en ardientes bocanadas. El sudor resbala por mi pecho, se detiene en mis flancos, gotea por mis patas, y sale lanzado de las puntas de mis espolones a medida que corro. Siento que mis ancas agitan el sudor hasta convertirlo en una espumilla blanca.

La pradera termina, y corro entre rocas. Salto un gran peñasco, y sigo mi camino entre guijarros. El valle se estrecha, asciende, y termina en una escarpada pared de piedra. Me tambaleo, me detengo, me inmovilizo con las piernas separadas, las rodillas tensas, e intento solamente respirar.

Más tarde me doy cuenta de que aún tengo una ciruela en una mano y un melocotón en la otra. El jugo, allá donde sujeto apretadamente la fruta, resbala entre mis dedos. Muerdo la pulpa y la trago lentamente, hasta que todo lo que queda son las pepitas. Los árboles frutales son híbridos; reproducen tan solo fenómenos, mutaciones, reversiones. Arrojo las semillas entre las rocas, allá donde no tengan posibilidad de crecer.

El sudor se seca sobre mí mientras desciendo pesadamente la montaña. Un insidioso dolor empieza a insinuarse, ascendiendo por una de mis piernas traseras

desde el centro del casco: creo que me he herido con una piedra.

De vuelta a la pradera, me tiendo en la densa y fría hierba. Ya nunca me siento cómodo durmiendo. Cuando lo hago de pie, como un caballo, mi cabeza cuelga y me despierto con dolor de espalda. Si me tiendo de lado con la cabeza apoyada me siento desmañado, y siempre terminan durmiéndoseme las manos.

La sombra de la montaña se arrastra sobre mí cuando me despierto. Pronto se hará oscuro, y hay luna llena. Adelanto mis patas delanteras y me pongo en pie.

Un destello blanco entre los árboles atrae mi atención.

—¡Elfleda!

Ella se detiene y se vuelve hacia mí, inclinando graciosamente la cabeza para soltar las espirales de su cuerno de entre las ramas. Tiene unos pechos pequeños y unas manos largas y fuertes. Su piel humana se transforma en cuero animal a la altura de su ombligo, pero como el resto de los equinoformes posee órganos sexuales humanos entre sus patas delanteras de animal. Nuestros amos debieron seleccionar cuidadosamente la parte animal de Elfleda, puesto que es a la vez caballo y ciervo, con un tinte almizcleño de macho cabrío. Agita su cola.

—Hola, Aquileo. ¿Qué deseas?

—Yo... —Pero no deseo nada que ella esté dispuesta a darme. No es cruel, solo indiferente. No siente nada hacia mí, y no tengo razón ni excusa para esperar otra cosa.

—Pronto vendrán de nuevo —dice.

—Espero que no.

—Lo harán.

—Y tú les estás esperando.

—Sí —dice. No comprendo, puesto que puede ignorarlos a casi todos ellos, por qué simplemente no desaparece en el bosque cuando ellos vienen. En vez de hacer eso, aguarda, y nuestros amos la ven, y ella se siente aún más orgullosa de su libertad. Ellos pueden retirarnos de nuevo todo lo que nos han dado.

Elfleda agita otra vez su cola. Su negra punta azota sus extremidades posteriores, su cruz, sus flancos. El viento agita el fino y corto pelo de su cabeza, echándolo hacia atrás, rodeándola con una especie de halo plateado. Avanzo un paso hacia ella, y ella no retrocede. Pero yo estoy cubierto de sudor y de polvo y huelo como un caballo en celo, no como un humano. Me siento azarado acercándome a ella así. Ella me mira, esperando, sin ningún temor. Sabe que puede ganarme a la carrera si es necesario. Ellos me hicieron más grande, más alto de lo que era en vida —en mi vida real—, pero ella es rápida y sus pezuñas son fuertes; y ellos no me quitaron lo bastante de mi humanidad como para intentar forzarla.

—Antes yo no era tan feo... —Mi voz es quejumbrosa. No hubiera debido hablarle así, como si deseara ganar su piedad.

Ella frunce el ceño, luego su frente se despeja y da un paso hacia mí.

—Aunque lo hubieras sido, Aquileo, sabes que eso no representa ninguna

diferencia para mí. —Alza un brazo: puedo sentir el calor de su mano cerca de mi rostro. Nunca me ha tocado antes.

Retrocedo, en una especie de rechazo.

—Sigues sin encontrarme atractivo.

—Eso no es justo.

Sigo sin mirarla, aunque sé que tiene razón.

—Tú has aceptado sus reglas. Nada nos ata a ellos.

—¿Tú crees que no?

—¿Qué es lo que te impide amarme?

—Amamos, o no amamos.

—Dejamos que ellos nos controlen.

—No podemos impedirselo —dice ella, y de nuevo sé que tiene razón. En los períodos entre sus venidas deseo creer que todos juntos podríamos resistirles, si lo intentáramos, y maldigo nuestra obediencia y nuestra debilidad y nuestra culpa, nuestra aceptación de ser controlados y con ello ser absueltos de toda responsabilidad. Pero cuando las compulsiones vienen a mí...

Elfleda toca mi brazo, y yo me sobresalto violentamente. Ella retrocede también, tan sorprendida como yo, su otra mano aún alzada, señalando hacia el cielo, hacia donde intenta llamar mi atención.

—Mira.

Ha llegado la oscuridad. Miro a las estrellas y veo una brillante luz multicolor aproximándose. Sobre nosotros, nuestros amos llegan montados en un gran dirigible que flota majestuosamente sobre las crestas de las montañas. Sus motores son casi silenciosos. Las luces festonean su cabina e iluminan las copas de los árboles de abajo. Pasa directamente sobre nosotros, y oímos música y débiles risas. Miro de nuevo a Elfleda. Las luces tiñen su rostro, rojo, violeta, azul, verde. Su expresión es nostálgica, esperanzada. No me mira a mí.

Un agudo grito de deleite o aflicción devuelve mi atención al dirigible. Cuando bajo de nuevo la vista, Elfleda se ha ido.

¿Pero importa eso? ¿Qué es lo que importa? Otros me desean, si ella no. Si me sentía cansado y exhausto hace un momento, ahora estoy excitado y lleno de energías. Tengo la mitad del bosque entre yo y la pradera, y si no me apresuro llegaré tarde. Pero la distancia no es nada. Las ramas siempre verdes me rozan con su fragancia mientras corro. El dolor en mi casco no tiene más importancia que la picadura de un insecto.

Todos nos reunimos en la pradera, animales y humaniales juntos. Los pequeños pegasos retozan y corretean entre nosotros y por encima de nosotros, mientras aquellos que no pueden volar despliegan sus plumajes. Un grifo se sienta sobre su grupa en una roca y ruge y chilla, y la sobrenatural luz de la aeronave resplandece a nuestro alrededor. El dirigible desciende lentamente, tan inmenso que oculta las estrellas. Yo cojo una cuerda de amarre y la centauro Hekate coge otra. Hekate tira

más fuerte que yo, los músculos de sus ancas abultan como puños. El dirigible se inclina de su lado y ella ríe. Arrastramos el aparato hasta tierra, contra su fuerza de ascenso, regocijándonos de nuestra fuerza, y atamos las cuerdas a árboles. Nuestros amos descienden al suelo.

Son humanos ordinarios, tan ordinarios como éramos nosotros antes de que ellos nos transformaran. Parecen tan extraños, andando normalmente sobre dos piernas, sin cascos, sin pezuñas, sin pelaje. Son pequeños, débiles, omnipotentes. Nos sonríen y nosotros aguardamos, esperando ser elegidos. Todos son tan hermosos como flores. El grifo salta de su piedra y se restriega felinamente contra sus piernas.

Una silueta joven se enmarca en la portezuela del aparato, remoloneando. Desciende y duda, con la luz recortándolo. Su rostro es vulgar, su expresión incierta. Se muestra a la vez curioso y asustado.

—¡Hekate!

El muchacho feo se desvanece de mi mente. Uno de nuestros amos está llamando a la oscura Hekate, y ella obedece, su negro pelo flotando al viento de su velocidad. Sus grandes cascos se hunden en el suelo al detenerse frente a la esbelta mujer joven. Su parte equina es masiva en espaldas y caderas, poderosa e inmensa, brillando como el ébano en el espectro de luz procedente del dirigible. En su otra vida debió ser una formidable y sorprendente mujer, porque ahora es un apremiante mito. La joven humana monta en su lomo y golpea con sus talones desnudos sus flancos, riendo. Hekate se lanza al galope por la llanura, su cola alzada como una pluma. La vibración de sus cascos resuena a nuestro alrededor.

Dos sátiros echan a correr a su lado, tan rápidos y lujuriosos como machos cabríos. Su olor almizcleño se mezcla en el aire con el pungente sudor de Hekate.

Siento una ligera presión en mi lomo.

—Corre, Aquileo, síguelos. —Un ninfa me palmea con sus largos brazos pálidos, cruzando sus dedos sobre mi vientre humano. Puedo sentir sus esbeltas piernas rodeando mis costillas equinas, pero ni noto su peso—. Corre o van a dejarnos atrás.

Obedezco como si fuera un dueño. Sigo fácilmente el rastro de Hekate a través de la hierba pisoteada y la plateada oscuridad. Salto un bulto que obstruye el camino, y me doy cuenta más tarde de que no es más que unas amontonadas ropas humanas. Galopo a través de una poco profunda extensión del lago, salpicando en todas direcciones, pasando junto a desnudos cuerpos humanos que vadean hacia las rocas de las lánguidas criaturas acuáticas.

Hekate y la humana permanecen inmóviles, iluminadas por la luz de la luna. Están abrazadas, la humana montada a lomos de Hekate, inclinada sobre su espalda equina, rodeándola con sus brazos abrazándola. Ambas miran hacia mí. La mujer humana se ríe.

—¿Qué debemos hacer con ellos?

—Cansémosles. —La risa de Hekate es baja e intensa—. Cansémosles, y volvamos a lo que estamos haciendo.

Copulando en la hierba, los dos sátiros nos ignoran completamente a todos. El ninfa se desliza de mi lomo mientras yo cabrioleo hacia Hekate. La humana se gira y se sienta a horcajadas en ella, mirando hacia atrás. Tiende sus brazos hacia mí; me alzo, monto a Hekate como un semental y abrazo a la humana como un hombre. Ella desliza sus talones por encima de mis patas delanteras y se empala en mí. Mientras me inclino para besarla veo a Hekate inclinarse también mientras agita sus ancas bajo mi cuerpo, para acariciar al verde-dorado ninfa. Es ligero y delgado, pero lo bastante alto para ella. Sus dedos se engarflan, sus uñas se clavan en los omoplatos de Hekate. La humana jadea y desliza su mano por mi estómago hacia abajo. Yo empujo a un solo ritmo, y Hekate gime mientras el placer llega a ella en oleadas dobles.

Realizamos muchas combinaciones entre nosotros. Mi memoria es como una piedra diamantífera, opaca, con destellos de cristalina claridad. La humana termina conmigo, me besa suavemente una última vez, y se desliza bajando del lomo de Hekate. Cuando la humana se lleva consigo al ninfa, Hekate se gira hacia mí. Los cuerpos se mueven y ríen y tocan a todo nuestro alrededor, formando algo parecido a una inmensa e incomprensible danza. Uno de los otros centauros galopa hacia nosotros y nos arroja un odre. Se lo tiendo a Hekate, y luego bebo yo también. El cálido vino me entona, y lo dejo resbalar por mi barbilla, gotear en mi pecho y en la larga crin de Hekate. El sabor es fuerte y ácido y se nos sube rápidamente a la cabeza. Revitalizado, retrocedo y vuelvo a apoyar mis cuatro patas en el suelo, y Hekate y yo trotamos al paso largo por la pradera, jugueteando como potrillos, alzándonos sobre dos patas y golpeando a un pony nocturno que planea entre nosotros, sus negras alas de murciélago afiladas como cuchillos. Nos enfrentamos de nuevo bajo un árbol y volvemos a copular, mientras cerca de nosotros una pareja de humanos observa y ríe.

La energía etílica permanece unos pocos minutos, y luego desaparece repentinamente cuando Hekate me rechaza entre los árboles. Me tambaleo y me detengo; ella se aleja, me llama, pero cuando yo no la sigo lanza un resoplido y desaparece al galope. Me dejo caer en el blando almohadón de agujas de pino, envuelto en un placentero letargo. Mientras me adormezco, el ninfa verde-dorado regresa junto a mí y se acurruca en mi flanco, confiado entre mis cascos.

Sueño en Elfleda, pero el sueño se disuelve cuando estoy a punto de tocarla, cuando ella viene hacia mí. Medio me despierto y la veo, real, ante mí, medio oculta por un macizo de helechos. No sabe que yo estoy aquí.

El feo muchacho humano está de pie ante ella, la cabeza inclinada, el pelo cayéndole sobre el rostro como si quisiera ocultárselo. Elfleda le dice algo que no puedo oír, y él alza la cabeza y sonríe. Todos sus movimientos y expresiones son vacilantes. Elfleda toma su mano. Él alza su otra mano, toca sus pechos, su garganta, su frente, su espiralado cuerno. Ella inclina su cabeza hasta tocar el hombro de él con la punta de su cuerno y luego la levanta de nuevo. Se alejan juntos por el bosque. Me estremezco, cierro los ojos, e intento volver a dormirme, obligándome a creer a mí mismo que nunca me he despertado realmente.

Cuando aún es oscuro Hekate regresa y se tiende junto a mí, lomo contra lomo, de modo que podamos recostarnos el uno en el otro y estar un poco más cómodos. Esperaba que se quedara con la humana.

—¿No pudiste encontrarla?

—La encontré —dice Hekate. Aguardo; finalmente continúa—: Me dijo que me fuera. Supongo que tenía algo mejor que hacer. —Su voz grave tiene un asomo de rabia, pero no de decepción. Murmura algunas palabras más mientras nos acomodamos para dormir. En la pradera, solo los humanos y quizá unos pocos sátiros siguen agitándose. No puedo comprender lo que alejó a la humana de Hekate; yo también me sentiría ofendido si un humano me dejara por una de esas criaturas peludas. De todos modos, obedecemos a nuestros amos tanto como podemos, recibamos órdenes de servirles o de dejarles.

La obediencia y la noche son demasiado para mí; estoy exhausto.

El ninfa ronca y Hekate se agita y suspira en su sueño. Oigo risas, cuchicheos, una orden de silencio, pero los sonidos pasan sobre mí como una brisa. Deben ser humanos, buscando entre el grupo a alguien que los entretenga, y yo estoy más allá de cualquier entretenimiento.

Tenemos pocas tormentas aquí, pero cuando se producen son violentas y largas. Ahora sabemos cuando tenemos que buscar refugio, puesto que el suave viento que las precede viniendo de los picos de las montañas tiene una frialdad peculiar, un cierto olor. Mi pelaje se e riza a todo lo largo de mi espina dorsal, porque el viento de las tormentas y la brisa que me llega de las palabras son idénticos.

Muevo cautelosamente mis patas para no hacerle daño al ninfa que sigue roncando, luego me pongo en pie. Hekate se agita pero no se despierta. Me noto envarado y dolorido, y mi casco me duele terriblemente. Pero recuerdo la dirección que tomaron Elfleda y el muchacho feo, y recuerdo también la forma en que los humanos se arrastraron tras ella.

Sigo las hojas aplastadas de su paso, demasiado asustado como para llamar en voz alta. Elfleda puede estar fuera del alcance de mi voz, y los humanos pueden volver y silenciarme. Trepo tan rápido como soy capaz. El dolor se esparce por mis ancas y a lo largo de las vértebras, forzadas por mi innatural constitución.

Los árboles terminan bruscamente. La luz lunar arroja mi larga sombra contra el pálido granito. El pico de la montaña está aún muy lejos y muy arriba, separado de mí por peñascos, planas extensiones de roca, escarpadas paredes.

Trepo el primer peñasco, mis cascos arañando la desnuda piedra. Cuando alcanzo la cima puedo ver a Elfleda y al muchacho, dorados en medio de las sombras. Las manos de él están enlazadas en la crin de ella, y los brazos de Elfleda rodean el desnudo cuerpo del muchacho. Él avanza hacia ella.

Están a salvo y solos. Me quedo espiándolos, silueteados allá arriba contra el cielo, y me siento avergonzado. Debo volver junto al sólido y cálido flanco de Hekate...

La luna se refleja en un adorno o arma.

—¡Elfleda!

En el momento en que alza la cabeza ante mi aviso, los humanos corren hacia ella en tropel. El muchacho se separa de un salto, sorprendido y azarado. Los demás humanos están todos a su alrededor, gritando triunfalmente, agitando redes y cuerdas para cobrarse su orgullo y sus desafíos. El muchacho feo mira de uno a otro rostro, confuso, humillado: no sabe qué piensan hacer para su iniciación. Ve las cuerdas, y aparta una rabiosamente. Elfleda se encabrita, y otro lazo falla su blanco. Carga contra los humanos, la cabeza baja, y estos se desparraman apartándose de su afilado cuerno. Está atrapada entre la montaña y las redes que la esperan.

Galopo por el borde del peñasco. Un nuevo lazo pasa por encima de la cabeza de Elfleda, cae en torno a su garganta, y se cierra y se tensa. Ella se gira, retrocediendo, ase la cuerda y tira de ella violentamente hacia sí, haciendo perder el equilibrio al humano. Se quita la cuerda y la tira al suelo, pero otro lazo cae en torno a sus hombros. Otro se enrolla en sus patas traseras como una serpiente. Sorprendida, salta hacia un lado, y la tensión de la cuerda la detiene en mitad de su salto y la hace caer. Queda tendida en el suelo, desconcertada, una marca rojiza en su garganta, sangre goteando de una pata, allá donde la cuerda ha hecho un corte.

Riendo, los humanos cierran el círculo en torno a ella mientras yo me acerco, mis cascos resonando en la piedra. Para nuestros amos, esto es aventura. Veo a Elfleda alzar su cabeza entre ellos. La agita en el momento en que un humano se le acerca, y su cuerno abre una profunda herida. Alcanzo al grupo y aparto a nuestros frágiles creadores con las espaldas. Cargo contra la humana que sujeta la cuerda que retiene a Elfleda; la tomo entre mis brazos y la arrojo contra el suelo de piedra.

Nuestros amos han dejado de reírse.

Elfleda patea para librarse de la cuerda que la sujeta por detrás y se quita la otra con las manos, luchando por ponerse en pie. Amenaza a los humanos con su cuerno, y yo con mis puños y mis cascos. Retroceden, formando círculo a nuestro alrededor. Estamos todos acorralados.

—¡Aquileo!

Elfleda salta hacia adelante y yo la sigo. Los humanos están alzando redes, gritándose unos a otros que se apresuren. Una red es lanzada muy baja, ondulando y enredándose. Cuando es alzada, Elfleda salta por encima. Yo cojo velocidad, tomo impulso y salto también. Las cuerdas rozan mis patas delanteras —su intención es atraparme por las traseras—, pateo hacia atrás y hacia arriba, las cuerdas se rasgan, ¡y estoy libre!

Corro tras la pálida forma de Elfleda. Nuestra retirada hacia el parque, donde podemos ocultarnos y esperar a que los amos olviden su irritación, es cortada. Elfleda se desvía hacia la montaña y los impasibles peñascos.

Empieza a subir, dudando cuando ya no me oye tras ella.

—¡Aquileo, ven!

—¿Pero dónde vamos a ir?

—A cualquier lado pero lejos... si queremos seguir viviendo. ¡Apresúrate!

Se inclina hacia mí, animándome: pero está demasiado alta para alcanzarme.

—Ahí afuera no hay nada para nosotros.

Mira más allá de mí. Me vuelvo. Los amos están muy cerca ahora, confiados de su presa.

—¡Apresúrate! —dice de nuevo Elfleda, y pongo un casco en el primer peldaño rocoso. Esto es desesperación. Empiezo a trepar. Mis cascos raspan la piedra, mientras me esfuerzo hacia arriba. Están hechos para praderas, no para riscos. Puedo oír a los amos inmediatamente detrás de mí. Intentando ir más aprisa, resbalo y caigo de rodillas, lanzando un agudo grito ante la oleada de dolor, sujetándome con las manos para no caer. El granito se tiñe con mi sangre.

Elfleda está lo suficientemente cerca como para acudir a mí. ¿Vendrá para ayudarme a trepar?

—No puedo...

—Inténtalo —dice—. Solo inténtalo...

Brillando a la declinante luz lunar, una cuerda se desliza por encima de su cabeza mientras sujeta mi mano.

Otro lazo cae en torno a mi garganta y tira de mí hacia atrás. Manoteo torpemente, luchando por liberarme y seguir trepando. La cuerda tira nuevamente de mí, mucho más fuerte, empujándome hacia abajo, cortándome la respiración. Mi casco dañado golpea contra un saliente de roca. El dolor completa mi desorientación. Me tambaleo de nuevo, cayendo y resbalando por la piedra. Estoy perdido.

Lo siguiente de lo que soy consciente es de unas cálidas gotas de algo que cae sobre mi hombro. Abro los ojos, y veo a los amos conduciendo a Elfleda hacia abajo. Se halla en el centro de un amasijo de cuerdas que rodean su cuello, sus brazos, sus pechos, inmovilizando sus manos, pero ella mantiene erguida la cabeza. Uno de los humanos adelanta una mano y tira de su cola rematada de negro. Ella le lanza una coza con sus patas traseras y medio se gira hacia él, pero los otros humanos siguen tirando y la obligan a continuar.

Intento ponerme en pie. El joven humano feo adelanta una mano para detenerme, demasiado tarde. Lanzo un grito y caigo de nuevo, estremeciéndome, jadeando, sintiéndome repentinamente frío y empapado en sudor. Tendido de nuevo, siento el dolor esparcirse por todo mi cuerpo como una gran pulsación.

—Lo siento —susurra el muchacho—. No sabía...

Me alzo lentamente sobre el codo de una pata, tendiendo la cabeza para ver pero sin mover mis cuartos traseros. La sangre es negra a la luz de la luna, pero muy pronto el amanecer volverá escarlata la mancha que hay debajo de mi cuerpo. Puedo ver los huesos asomando por mi rota pata trasera.

Elfleda y los humanos desaparecen entre los árboles, mientras me dejo caer de nuevo al suelo. Solo puedo ver el cielo que palidece, y al único humano.

—Ayúdame... por favor, ayúdame...

Pero se está secando las lágrimas de sus mejillas, echando hacia atrás el pelo que cubre su frente. Debe ser la mezcla de luz lunar y de naciente alba lo que lo hace aparecer menos tosco, menos inseguro. No hay ninguna magia aquí.

—Elfleda —susurro, y el muchacho me lanza una mirada vacía, como si nunca hubiera sabido su nombre.

A mis espaldas puedo oír los pasos de otros dos humanos, acercándose a mí por última vez.

Título original:
ELFLEDA (1981)
Traducción de Domingo Santos

LA CASA DE LOS INSECTOS

LISA TUTTLE

A ND le cupo el honor de dar a conocer a Lisa Tuttle al lector español de SF, publicando su excelente relato *El mono de la familia* (ND 115). Algo más tarde, en la convención mundial de SF de Brighton, Inglaterra, tuvimos la oportunidad y el placer de conocer y trabar relación con esa encantadora periodista de treinta años que, el año pasado, nos sorprendería casándose con otro excelente escritor de SF, Christopher Priest (¡y no nos invitó a la boda!). En Brighton llegamos a un acuerdo con ella: publicaríamos otros cuentos suyos en nuestra revista. Y ND cumple: aquí está uno de los más recientes, que según ella misma «no es una historia de ciencia ficción, pero tampoco es estrictamente una historia gótica o de terror». En definitiva, un cuento que podemos encuadrar perfectamente en eso que hemos llamado «la otra SF», y que además de la fuerza emotiva de un Stephen King, tiene también toda la terrible delicadeza de un cruel toque femenino.

Era una ruina. Se alzaba como un barco naufragado, desmembrado y luego arrojado por la tormenta al extremo de un promontorio frente al mar e invadido por las malas hierbas. Al verla, Ellen sintió que su valor desfallecía.

—¿Es ahí? —preguntó el conductor del taxi, dirigiendo una escéptica mirada a través del parabrisas mientras frenaba.

—Creo que sí —respondió Ellen, sin gran convicción. Le costaba creer que su tía, o cualquier otra persona, pudiera vivir en una tal decrepitud.

Construida de madera, siguiendo la moda local, había sido instalada sobre un basamento de ladrillo que dejaba entre él y el suelo un espacio vacío de aproximadamente un metro. Pero en su estado actual la casa parecía ser capaz de resistir más los embates de las aguas que de los vientos y, sobre todo, del tiempo. Sobre su base de ladrillos prácticamente intacta, parecía a punto de derrumbarse. Sus paredes de planchas de madera, batidas por la intemperie, exhibían aún, como una lepra, algunas huellas escamosas de una antigua pintura gris. La ausencia de cortinas en las ventanas le daba una apariencia de mirada ciega, y una de las contraventanas colgaba lamentablemente sobre su único gozne, formando con la fachada un ángulo extraño. Entre las desvencijadas planchas del balcón medio caído que corría a lo largo del piso, Ellen podía ver fácilmente la luz del día.

—Esperaré un poco —dijo el conductor, deteniendo su taxi al final del camino de acceso cuyo cemento desaparecía en varios lugares bajo el empuje de la vegetación—. Juraría que no hay nadie ahí dentro.

—Gracias —dijo Ellen, abriendo la portezuela y arrastrando tras ella su maleta. Pagó el importe del viaje y echó una nueva ojeada a la casa. No se veía el menor signo de vida. Hundió los hombros y, con voz cansada, le dijo al conductor—: Espere solamente a ver si la puerta se abre.

Avanzó por el cuarteado cemento del camino que conducía hasta la puerta y, de

pronto, vio algo moverse bajo la casa. Se detuvo en seco, y frunció los ojos para distinguir de qué se trataba. ¿Un perro? ¿Un niño jugando? No consiguió verlo claramente; la forma larga y oscura cuyo movimiento apenas había entrevisto ya no estaba, o se había escondido en algún rincón oscuro. A sus espaldas sentía el ronronear del motor del taxi al ralentí y, por un breve instante, sintió deseos de dar media vuelta, de regresar junto a Danny y sus mentiras, sus falsas promesas y todos los problemas de su vida en común.

Se puso nuevamente en marcha y, cuando llegó al porche, golpeó dos veces la puerta gris con el desvencijado picaporte.

Una mujer vieja, tremendamente vieja, descarnada y a todas luces enferma, se perfiló en el umbral. Durante un momento interminable las dos mujeres se miraron sin decir nada.

—¿Tía May? —dijo finalmente Ellen.

Un breve destello cruzó por los ojos de la vieja mujer, que asintió imperceptiblemente con la cabeza.

—¡Ellen, claro!

¿De cuándo podía venir aquel brutal envejecimiento?

—Entra, pequeña —dijo la vieja mujer, tendiendo hacia Ellen una apergaminada mano. Hubo un brusco cambio de viento, toda la casa resonó con siniestros crujidos y, por el espacio de un segundo, Ellen creyó que el suelo del porche iba a ceder bajo sus pies. Cruzó la puerta, y la vieja mujer (su tía, como no dejaba de repetirse para convencerse) la cerró tras ella.

—No es posible... no puedes vivir aquí completamente sola —murmuró Ellen—. Si lo hubiera sabido... si papá lo hubiera sabido... hubiéramos podido...

—Si hubiera necesitado ayuda, ¿crees que no la hubiera pedido? —dijo tía May, con una voz dura que le recordó a Ellen la de su padre.

—Pero esta casa —dijo—. Es demasiado para una persona sola. Parece como si fuera a desmoronarse de un momento a otro, y si te ocurriera algo aquí, en este aislamiento...

La vieja mujer estalló con una seca risa, parecida al ruido de un papel al ser arrugado.

—Estás diciendo tonterías. Esta casa aguantará mucho más que yo. No hay que fijarse en las apariencias. Mira a tu alrededor: estoy perfectamente instalada.

Ellen, por primera vez, contempló la sala donde su tía la había hecho entrar. Era un enorme salón de techo alto, adornado con una gran lámpara de bronce y una suntuosa alfombra persa. Las paredes estaban pintadas de color crema, y la gran escalinata que ocupaba el fondo de la sala no parecía correr ningún peligro de hundirse.

—Sí, vista desde dentro parece mucho mejor —dijo Ellen—. Pero desde la carretera cualquiera la calificaría como una ruina abandonada. El conductor del taxi no quería creer que nadie pudiera habitarla.

—Todo lo que me importa es el interior —dijo la vieja mujer—. Hace ya mucho tiempo que renuncié a ocuparme del resto, y sé que la casa está completamente carcomida y roída por las termitas y otros insectos. Pero no creo que haya ninguna viga o plancha de madera que esté en más mal estado que yo. Te lo repito: esta casa permanecerá aún en pie cuando yo me halle bajo tierra, y no pido nada más.

—Oh, vamos, tía May... —Ellen apoyó sus manos sobre los huesudos hombros de su tía—. No digas esas cosas. No vas a morirte tan pronto.

De nuevo la misma risa.

—Mírame, querida: es evidente. Mi caso es desesperado, y eso desde hace mucho tiempo. Estoy carcomida por dentro, apenas me queda entidad para darte la bienvenida a mi casa.

Ellen miró a su tía a lo más profundo de sus ojos, y lo que vio allí hizo brotar sus lágrimas.

—Pero los médicos...

—Ellos no saben nada de nada. Mira, pequeña, hay un tiempo para todos nosotros, un tiempo para venir a esta vida y otro tiempo para irse de ella. Pero no nos quedemos de pie. Ven conmigo. ¿Quieres comer algo? Debes tener hambre tras este viaje.

Desconcertada, Ellen siguió a su tía hasta la cocina. Era una pequeña habitación estrecha decorada en verde y dorado. Se sentó junto a la mesa y contempló sin verlo el dibujo del papel pintado, peces y sartenes alternados.

Así pues, su tía se estaba muriendo. Eso era algo completamente inesperado. De acuerdo, era la hermana mayor de su padre, pero apenas tenía ocho años más que él, recordó Ellen. Y su padre era un hombre fuerte, lleno de salud, que parecía aún en la flor de la edad. Siguió con la mirada los gestos torpes de su tía que, a pequeños pasitos, iba del armario de los platos a la despensa, de la despensa a la mesa, afanándose en preparar algo de comida.

Ellen se alzó.

—Déjame hacer a mí, tía May.

—No, no, querida. Yo sé donde están las cosas, ¿comprendes? Tú no lo sabes. Y aún me siento capaz de andar.

—¿Pero sabe papá que estás enferma? ¿Cuándo lo has visto por última vez?

—Oh, querida, nunca he querido abrumarle con mis pequeños problemas, y además hace muchos años que vivimos cada uno por su lado. La última vez que le vi fue... bueno, creo que fue en tu boda, querida.

Ellen fue consciente de pronto de que ella tampoco había vuelto a ver a su tía desde entonces, y el recuerdo que conservaba de ella no se parecía en nada a esta vieja mujer que le estaba hablando. ¿Qué le habría ocurrido para que, en apenas tres años, se hubiera visto sometida a una tal decrepitud?

May colocó un plato ante Ellen: atún con mahonesa, rodeado por galletitas saladas al sésamo.

—Generalmente no tengo comida fresca en casa —dijo—. Utilizo casi siempre conservas. Entiende, me resulta difícil salir a comprar, y de todos modos últimamente no tengo apetito; de modo que lo que como no tiene demasiada importancia. ¿Quieres un poco de café? ¿O prefieres té?

—Té, por favor. Pero tía, ¿no estarías mejor en un hospital? ¿En un lugar donde se ocuparan de ti?

—Puedo ocuparme de mí misma aquí.

—Estoy segura de que a papá y a mamá les encantaría que fueras a pasar...

May agitó enérgicamente la cabeza. Era un no indiscutible.

—En un hospital, quizá consiguieran hallar un remedio a tu enfermedad.

—Cuando una se está muriendo, Ellen, no hay más remedio que la muerte.

La tetera empezó a silbar, y May echó agua hirviendo sobre la bolsita de té que había preparado en la taza.

Ellen se dejó caer hacia atrás en su silla y apoyó la cabeza contra la pared. Percibió un crujir suave y persistente que parecía proceder del propio tabique. ¿Termitas?

—¿Quieres azúcar en el té?

—Sí, gracias —respondió automáticamente Ellen. Aún no había tocado la comida, y tampoco sentía el menor deseo de comer o de beber.

—Oh, mi pobre pequeña —suspiró tía May—. Me temo que vas a tener que beberlo tal cual. Hace tanto tiempo que no he abierto el azucarero... hay más hormigas que azúcar.

Ellen miró a su tía mientras esta vaciaba el azucarero en el cubo de la basura.

—Tía May, ¿se trata únicamente de un problema de dinero? Quiero decir: ¿sigues aquí porque no puedes permitirte...?

—Dios sea loado, no. —May se sentó en una silla al lado de su sobrina—. Tengo dinero en el banco, e incluso algunas acciones. Suficiente para cubrir mis necesidades. Además, soy la propietaria de esta casa. La compramos cuando Victor se retiró, pero por desgracia no vivió lo suficiente como para poder disfrutar de ella.

Sintiendo una brusca punzada de compasión, Ellen se inclinó hacia su tía y quiso abrazarla, pero la frágil mujer se apartó agitando las manos, y Ellen retuvo su gesto.

—Tras la muerte de Victor, no me sentí con ánimos para arreglar la casa. Es por eso por lo que sigue teniendo esa apariencia de vieja ruina que tenía cuando la compramos. Además, nos costó cara, y creo que fue un robo, ya que nadie la quería. Nadie excepto Victor y yo. —Alzó bruscamente la cabeza y su rostro se iluminó con una sonrisa—. ¿Y tú, quizá? ¿Qué te parece? ¿Quieres que te la deje cuando me muera?

—Por favor, tía, no...

—¿Por qué no? ¿A qué otra persona puedo dejársela? A menos, por supuesto, que tú no la quieras, que no puedas soportarla. Pero déjame decirte que el terreno no deja de tener su valor. Aún cuando la casa esté demasiado comida por los insectos y la

podredumbre, siempre puedes hacerla derribar y construir en su lugar algo que os convenga más a Danny y a ti.

—Es muy generoso por tu parte, tía, pero no me gusta oírte hablar así de tu muerte.

—¿Por qué? A mí no me molesta en absoluto. Pero si a ti no te gusta no hablemos más de ello. Te mostraré tu habitación.

—Nunca subo al piso —dijo May, en una de las frecuentes pausas que se vio obligada a hacer, apoyada contra el pasamanos de la escalera—. Me he instalado una habitación en la planta baja. Me costaba demasiado subir y bajar constantemente.

El piso estaba impregnado por un fuerte olor a salitre y humedad.

—Esta habitación tiene una hermosa vista al mar —dijo tía May—. He pensado que te gustaría. —Se detuvo ante una puerta e hizo seña a Ellen de que la siguiera—. Hay sábanas limpias en el armario del pasillo.

Ellen echó una ojeada a la habitación. Había muy pocos muebles: una cama, un tocador y una silla. Las paredes estaban desnudas y pintadas de verde claro. La ausencia de cortinas en la puerta que daba al balcón y de ropas sobre la cama daba a la estancia un depresivo aire de abandono.

—No salgas al balcón, me temo que algunas planchas están podridas.

—Ya lo he notado —dijo Ellen.

—Oh, sí... ha de haber un principio para todo. Ahora te dejo, querida. Estoy cansada. ¿Qué te parece una siesta hasta la hora de cenar?

Ellen miró a su tía, sintió que su corazón se encogía de tristeza ante aquel rostro pálido y arrugado mostrando las huellas de un extremo cansancio. El simple hecho de subir las escaleras había agotado sus energías. Sus brazos temblaban ligeramente, y el agotamiento había acrecentado su palidez.

Ellen la abrazó.

—No te preocupes, tía May —dijo suavemente—. Ahora yo estoy aquí. Te ayudaré, te lo prometo. No tendrás que ocuparte de nada; velaré por ti.

May se desprendió del abrazo de su sobrina e inclinó la cabeza.

—Sí, querida. Es bueno que tú estés aquí. Me siento contenta. —Se volvió y bajó las escaleras.

Una vez sola, Ellen fue consciente por primera vez de su propio cansancio. Se dejó caer en la cama, y paseó su mirada por la pequeña y austera habitación, sintiéndose presa de todo tipo de preocupaciones, referidas tanto a su pasado con Danny como a su actual situación.

Nunca había intimado mucho con tía May, y el hecho de haber acudido repentinamente a visitarla no era más que el resultado de una simple acumulación de circunstancias. Había querido alejarse un tiempo de su esposo a fin de castigarle por una infidelidad que acababa de descubrir. Teniendo que elegir un lugar donde escapar

a las indagaciones de Danny sin tener por ello que pagarse un hotel, había decidido ocultarse en aquella casa aislada donde vivía su tía May, en la costa. Había esperado encontrar allí la paz, el aburrimiento, incluso la nostalgia de la vida conyugal, pero nunca una mujer moribunda. Aquello constituía un problema tan nuevo que eclipsaba casi totalmente los de su vida en común con Danny.

De pronto se sintió muy sola. Hubiera deseado que Danny estuviera a su lado para reconfortarla. Hubiera querido no haberse jurado nunca no telefonarle antes de al menos una semana.

Pero decidió de todos modos llamar a su padre. ¿Tenía que pedirle que no le dijera nada a Danny? Se sentía indecisa sobre este extremo, ya que por nada del mundo deseaba que sus padres supieran que su matrimonio iba a la deriva. Claro que, si Danny les telefoneaba para obtener noticias suyas, no dejarían de suponerlo de todos modos...

Bien, iba a prevenir a su padre de todos modos. Era preciso que viniera a ver a su hermana, que la tomara bajo su cargo, y que la confiara a un médico que supiera hallar el remedio a su enfermedad. Eso era incuestionable.

Pero en este momento se sentía agotada. Bostezó y se estiró sobre el colchón. Más tarde iría a buscar sábanas y se haría la cama. Más tarde. Por el momento, bastaría con cerrar los ojos y descansar un instante...

Cuando despertó estaba anocheciendo, y tenía un hambre de lobo.

Se sentó al borde de la cama, dolorida y desorientada. La habitación estaba fría, y el olor a humedad ofendía a su olfato. Se preguntó cuánto tiempo habría dormido.

Accionó el interruptor de la pared, pero la habitación siguió sumida en la semioscuridad. Salió y recorrió el penumbroso corredor hacia la débil claridad que emanaba de la escalera. Los escalones crujieron bajo sus pasos y, al llegar a media altura, vio una luz que surgía de la cocina.

—¿Tía May?

No había nadie en la cocina, y la luz procedía del fluorescente situado sobre los fuegos. Sin embargo, Ellen tuvo la sensación de no estar sola. Alguien la observaba. Pero aunque se giró hacia todos lados, no vio a sus espaldas más que las profundas tinieblas en las que estaba sumido el gran salón.

Durante un momento permaneció a la escucha de los crujidos y de los gemidos del viejo edificio, y del velado rumor del mar y del viento. Entre todos aquellos sonidos, nada traicionaba ninguna presencia humana. Sin embargo, seguía teniendo la sensación de que, aguzando el oído, sería capaz incluso de percibir el sonido de una voz...

Al fondo de la gran sala, bajo la escalera, había una débil claridad. Ellen se dirigió hacia allá. Sus pasos resonaron sobre el piso que, en aquel lugar, no estaba recubierto por la alfombra.

La luz que había llamado su atención pertenecía a una lamparilla de noche y, junto a ella, Ellen vio una puerta entreabierta. La empujó y, entrando en una habitación, oyó la voz de May.

—Ya no noto mis piernas —estaba diciendo la voz—. Ni dolor, ni nada. Y sin embargo, por alguna extraña razón, siguen sosteniéndome y llevándome. Había tenido miedo de que, una vez desapareciera la sensación, ya no pudiera servirme de mis miembros. Pero no ha sido así. Tú lo sabías, de todos modos. Me dijiste que así sería. —Tosió y la cama chirrió, llenando con su ruido la oscura habitación—. Ven. Te he hecho un lugar.

—¿Tía May?

En el pesado silencio que siguió, Ellen ni siquiera pudo percibir la respiración de su tía. Luego oyó de nuevo la voz de May:

—¿Ellen? ¿Eres tú?

—Sí, claro. ¿Quién creías que era?

—¿Qué? Oh, sí. Debía estar soñando, creo. —La cama chirrió de nuevo.

—¿Qué decías de tus piernas?

Hubo más chirridos.

—¿Qué? ¿Qué ocurre, querida? —La voz era la de una persona sacada de su sueño luchando por permanecer despierta.

—No tiene importancia —dijo Ellen—. No me había dado cuenta de que ya te habías acostado. Hablaremos de ello mañana por la mañana. Buenas noches.

—Buenas noches, querida.

Ellen se sentía confusa. Abandonó sin lamentarlo demasiado la opresiva atmósfera de aquella habitación completamente a oscuras.

Tía May debía haber hablado en sueños, o quizá su sobrina había sido víctima de una alucinación, pero era totalmente absurdo pensar —como Ellen no podía impedir dejar de hacer— que la vieja mujer hubiera estado completamente despierta y que hubiera confundido a su sobrina con alguna otra persona, alguien cuya visita había estado esperando, un desconocido, un extraño.

Al pasar bajo la escalera oyó un ruido de pasos encima de su cabeza, y se precipitó hacia los primeros escalones. Pero aunque miró con toda atención, no consiguió ver nada. La escalera, por lo que podía juzgar en la oscuridad, estaba vacía. El ruido que había oído, se dijo, debía ser una nueva alucinación de aquella casa también moribunda.

Aquella explicación, sin embargo, no consiguió satisfacerla, y Ellen regresó a la cocina con el ceño preocupadamente fruncido. Encontró la despensa abundantemente provista de latas de conserva, y se preparó una sopa. Estaba comiéndola cuando oyó de nuevo el mismo ruido de pasos, pero esta vez procedente de la habitación situada inmediatamente encima de su cabeza.

Alzó los ojos al techo. Si realmente había alguien andando ahí arriba, no se preocupaba de disimularlo. Sin embargo, no podía ser ninguna otra cosa.

Ellen dejó su cuchara y, helada de miedo, permaneció escuchando. El crujido, sordo y regular, persistía.

Luego, de repente, cesaron los ruidos, y la angustia de Ellen alcanzó sus cotas máximas cuando imaginó a un hombre arrodillado, con la oreja pegada al suelo, escuchando los ruidos que *ella* podía hacer.

Se levantó, ofreciendo a su eventual espía el roce de su silla contra el suelo de la cocina, y fue a abrir el pequeño armario situado junto al teléfono. Allá, al lado de los listines, cajas de vendas y bombillas, había, como en casa de su padre, una linterna eléctrica.

Funcionaba, y animada por el haz luminoso que emanaba de ella, y recordando que en su habitación no había luz, Ellen tomó también una bombilla antes de volver a cerrar el armario y regresar a la escalera.

Al llegar al piso, recorrió el pasillo y fue abriendo todas las puertas, inspeccionando una sucesión de habitaciones vacías, de baños y de armarios. Ya no oía el menor ruido de pasos, y no pudo descubrir nada que pudiera haberlos originado. Poco a poco, su tensión cesó, y regresó a su habitación tras haber tomado unas sábanas y unas mantas de un armario.

Una vez colocada la bombilla en su lugar y comprobado su correcto funcionamiento, Ellen cerró la puerta con llave y empezó a hacerse la cama. Su atención se fijó en una mancha sobre la almohada e, inclinándose, observó que se trataba de un montoncito de serrín. Alzando los ojos, vio que una tabla del revestimiento del techo estaba llena de minúsculos agujeros. Termitas. Frunciendo disgustada la nariz, tomó la almohada y la metió en un cajón, resuelta a llamar a la mañana siguiente a su padre apenas se levantara. No iba a pasar ni un día más en un lugar como aquel.

Fue despertada muy pronto por los rayos de un sol que ninguna cortina impedía entrar a raudales en la habitación. El grito de las gaviotas y el omnipresente olor del océano acabaron de sacarla de su torpor.

Se levantó transida por aquel frío húmedo que parecía penetrar hasta los huesos, y se vistió apresuradamente. En la cocina encontró a su tía bebiendo una taza de té.

—Tienes agua caliente en el fuego —dijo May como saludo de buenos días.

Ellen se sirvió una taza de té y fue a sentarse junto a su tía.

—He hecho un pedido a la tienda —dijo May—. No tardarán en traerlo, y podremos preparar huevos y tostadas para desayunar.

Ellen alzó sus ojos hacia su tía, y de nuevo tuvo la sensación de hallarse en presencia de una moribunda. Se sintió incapaz de decir nada. Hubo un denso silencio, roto solamente por los ruidos que hacían al beber su té, hasta que llamaron a la puerta.

—¿Quieres ir a abrir la puerta, querida? —dijo tía May.

Ellen se alzó de la mesa.

—¿Hay que pagar el pedido?

—Oh, no. No vale la pena. Solo déjale entrar.

Intrigada, Ellen fue a abrir, y se encontró frente a un joven robusto que llevaba entre los brazos una bolsa de papel kraft. Tendió las manos con un gesto vacilante para recibir la bolsa, pero, desdeñando el implícito ofrecimiento, el hombre pasó por su lado y entró en la casa, dirigiéndose directamente a la cocina. Ellen le siguió, pero se quedó en la puerta y le contempló sacar las provisiones. El hombre sabía donde iba cada cosa, observó.

Observó también que no dirigía la palabra a May, la cual, por su parte, apenas parecía consciente de su presencia. Pero cuando hubo terminado de guardar las cosas, tomó la silla de Ellen y se sentó a la mesa. Luego, volviendo la cabeza a un lado, le dijo a la joven:

—Usted debe ser su sobrina, ¿eh?

Ellen no respondió. No le gustaba la forma como la miraba el hombre. Sus ojos oscuros, casi negros, que parecían desprovistos de pupila, tenían un mirar insondable y duro. La medía, evaluando cada parte de su cuerpo. Finalmente, ante su silencio, sonrió y se volvió a May.

—Parece que no le gusta hablar, ¿eh?

May se levantó, su taza vacía en la mano.

—Espera —se apresuró a decir Ellen, precipitándose hacia su tía, que le dio la taza y volvió a sentarse, siempre sin parecer darse cuenta de la presencia del hombre—. ¿Qué quieres comer?

—Prepárate lo que te apetezca, querida —dijo May, agitando la cabeza—. Yo no tengo ganas de comer nada. Y además... tal como estoy...

—Tía May, es absolutamente necesario que tomes algo sólido para desayunar.

—Una tostada pequeña, entonces.

—A mí no me vendrían mal unos huevos —dijo el hombre, estirándose lascivamente en su silla—. No he tenido tiempo de comer nada esta mañana.

Ellen dirigió a May una mirada interrogadora. Le hubiera gustado saber como tratar a aquel intruso. ¿Era un amigo? ¿Un empleado? No quería ir en contra de los deseos de su tía portándose inadecuadamente con él, pero la vieja mujer tenía los ojos perdidos en el vacío, y parecía totalmente indiferente.

La mirada de Ellen se posó al fin en el hombre.

—¿Está esperando que le pagemos lo que ha traído? —preguntó.

El desconocido exhibió una dura sonrisa que reveló una dentadura perfecta.

—Traigo las provisiones a su tía de un modo totalmente gratuito —dijo—. Así le evito la molestia de ir a comprarlas ella misma.

Ellen se lo quedó mirando unos instantes, esperando una respuesta o una señal cualquiera de su tía. En vano. Finalmente, le dio la espalda y se acercó a la cocina para preparar el desayuno. Se preguntó por qué aquel hombre ayudaba a su tía.

¿Realmente no reclamaba ningún dinero por sus servicios? Era extraño... no daba la impresión de ser alguien que hace las cosas gratuitamente.

—Ahora que yo estoy aquí —dijo Ellen, sacando la mantequilla y los huevos de la nevera—, ya no necesita preocuparse por mi tía. Yo puedo ocuparme de todo.

—Me gustaría dos huevos al plato —dijo él—. Los prefiero con la yema muy poco hecha.

Ellen le dirigió una mirada fulminante, pero detuvo allí las hostilidades. El hombre no iba a abandonar seguramente la casa si ella se negaba a preparar los huevos; al parecer, siempre se los preparaba él mismo. Y después de todo, era él quien los había comprado.

Pero gozó de su pequeña venganza olvidando deliberadamente los huevos sobre el fuego y sirviéndole unas tostadas demasiado hechas.

Cuando se sentó a la mesa, le dirigió una mirada de desafío y dijo:

—Me llamo Ellen Morrow.

El hombre marcó una vacilación lo suficientemente prolongada como para que Ellen pudiera pensar en preguntarle su nombre de una forma más directa. Luego terminó diciendo, con una voz arrastrada:

—A mí puede llamarme Peter.

—Gracias por este honor —dijo ella sarcástica. Él le dedicó de nuevo una de sus desagradables sonrisas y, durante todo el desayuno, Ellen sintió su mirada clavada en ella. Cuando terminó de comer, se levantó de la mesa y dijo a su tía que iba a telefonar a su padre.

Y, por primera vez aquella mañana, obtuvo una respuesta. May tendió la mano para retenerla, cuidándose mucho sin embargo de no tocarla realmente, y dijo:

—Por favor, no le molestes por mi causa, Ellen. No hay nada que él pueda hacer por mí, y no quiero ocasionarle gastos inútiles.

—Pero tía, tú eres su hermana, su única familia... Tengo que ponerle al corriente de lo que ocurre, y estoy segura de que querrá hacer algo por ti.

—Ahora, lo único que puede hacer por mí es dejarme tranquila —dijo May.

Aunque la idea le desagradaba, Ellen se vio obligada a admitir que su tía tenía razón. Sin embargo, no podía resignarse a dejarla morir sin hacer nada por salvarla. Tenía que avisar a su padre. A fin de poder hablar más libremente, renunció a telefonarle desde la cocina y se dirigió hacia la habitación de su tía, donde debía haber otro aparato.

Su suposición resultó cierta, y marcó el número de sus padres. Al otro lado de la línea, el timbre no dejó de sonar hasta el momento en que Ellen decidió colgar y llamar a su padre a la oficina. Confirmando sus temores, la secretaria le respondió que su padre estaba ausente en una de sus habituales excursiones de pesca en alta mar, y que sería imposible contactar con él hasta dentro de uno o dos días. Ellen dejó de todos modos un aviso, pidiéndole que la llamara en el mismo momento en que volviera.

No quedaba más remedio que esperar. Pensativa, regresó a la cocina, sus suelas de crepé ahogando el ruido de sus pasos.

En el silencio casi total, oyó la voz de su tía:

—No has venido a verme esta noche. No he dejado de esperarte. ¿Por qué no has venido?

Casi por reflejo, Ellen se detuvo fuera del campo de visión que podía haber desde la cocina y escuchó.

—Dijiste que permanecerías siempre conmigo —prosiguió May con voz quejumbrosa, que hizo que Ellen se sintiera inquieta—. Me prometiste que te quedarías a mi lado y te ocuparías de mí hasta que llegara la hora.

—Pero estaba la chica —dijo Peter—. No sabía si debía.

—¿Y qué importancia tiene eso? Ella no cuenta —dijo May con voz seca—. No mientras yo siga viva. ¡No cuenta en absoluto! Todavía estoy en mi casa, es mía, y yo... yo te pertenezco, ¿no? ¿No es así, querido?

Luego hubo un silencio. Sin ruido, Ellen salió precipitadamente de la casa.

La brisa marina, por húmeda que fuera, le trajo un alivio al salir de aquella casa donde flotaban pesados relentes de mohosidad. Sin embargo, pese a sus profundas y repetidas inspiraciones, Ellen no consiguió hacer desaparecer las náuseas que la habían invadido.

Aquel horrible hombre y aquella mujer moribunda que era su tía eran amantes.

Aquel fornido extraño de ojos duros e insolentes se acostaba con una frágil vieja. El hecho era repugnante, asqueroso, pero completamente indudable. La conversación que acababa de sorprender, el tono de voz de su tía, todo ello no podía ser más explícito.

Bajó corriendo la arenosa pendiente llena de matorrales que daba a una estrecha playa guijarrosa. Corrió hasta perder el aliento, esforzándose en olvidar lo que acababa de saber. ¿Cómo iba a poder soportar la visión de su tía? ¿Cómo iba a hacer para quedarse en una casa en la que...?

Creó oír a Danny repetirle con su voz lenta y llena de una solicitud puntuada de desprecio:

—No sabes nada del sexo, Ellen. Eres una ingenua... crees que todo tiene que ser o negro o blanco. ¡Qué niña eres!

Pensando en Danny, se echó a llorar. Lamentaba haberse ido. ¿Cómo habría tomado él aquello? Probablemente le habría hecho observar que su tía también tenía derecho al placer, y que el hecho de creer que las personas de edad eran incapaces de toda relación sexual no era más que otro prejuicio sin base.

¿Pero y él, qué papel jugaba él en todo aquello?, se preguntó Ellen. ¿Qué motivo podía tener Peter para actuar así? Estaba persuadida de que, de alguna forma, sacaba provecho de su tía. Quizá la estaba expoliando, se dijo, pensando en todas las

habitaciones vacías que había visto en el piso.

Encontró en un bolsillo de sus tejanos un pañuelo de papel, y se secó las lágrimas. Aquello explicaba muchas cosas, pensó, en particular el apego desesperado que sentía su tía hacia aquella vieja ruina podrida. Ahora comprendía por qué la vieja mujer no quería recibir la visita de su hermano.

—¡Eh! ¡Ellen Morrow!

Alzó la cabeza, sorprendida, y vio a Peter justo en medio del camino. Seguía exhibiendo su dura sonrisa. Por un instante sus ojos se cruzaron con la llama negra y fija de su insondable mirada, y se apresuró a desviar la vista.

—No es usted muy sociable —dijo el hombre—. Nos ha dejado tan rápidamente que ni siquiera he tenido tiempo de charlar con usted.

Ella le dirigió una mirada vacua y pasó junto a él con la cabeza baja. Él la siguió.

—No tiene que mostrarse tan hostil hacia mí —dijo el hombre—. ¿Por qué no entramos en relación como personas civilizadas?

Ella se detuvo y se giró para enfrentarse a él.

—¿Y por qué debería hacerlo? Ni siquiera sé quien es usted, ni lo que hace en casa de mi tía.

—Creo que tiene usted algo dentro de la cabeza —dijo el hombre, con su tranquilo aplomo que la dejó desconcertada—. No hago más que velar por su tía. Antes de mi llegada estaba sola aquí, sin familia ni amigos. Estaba expuesta a todo tipo de peligros. Quizá encuentre usted esto chocante, pero ella siente hacia mí una auténtica gratitud. No creo que aprobara su forma de rechazarme.

—Ahora yo estoy allí —dijo Ellen—. Formo parte de su familia, y su hermano va a venir muy pronto también. Ya no estará sola... expuesta a todo tipo de extraños.

—Ella no quiere que yo me vaya... sea reemplazado por su familia o por cualquier otra persona.

Ellen guardó silencio unos instantes y luego dijo:

—Es una mujer vieja, solitaria y enferma. Necesita que alguien se haga cargo por completo de ella. Pero usted, ¿qué es lo que hace usted aquí? ¿Qué espera sacar de todo esto? ¿Espera quizá que ella le deje su fortuna tras su muerte?

Él exhibió su sonrisa despectiva.

—Su tía no tiene ninguna fortuna. Todo lo que posee es esta casa en ruinas, que además piensa dejarle a usted. Yo le traigo lo que necesita y ella me da lo que yo necesito, que para mí tiene mucha más importancia que el dinero.

Ellen sintió que enrojecía y, temiendo que se notara, se volvió de espaldas y empezó a subir la cuesta arenosa en dirección a la casa. Podía sentir la presencia del hombre a su lado, pero hizo como si no lo notara.

Hasta el momento en que él la sujetó por el brazo. Ella dejó escapar casi un grito de sorpresa, que lamentó inmediatamente. Peter, sin embargo, no pareció haberse dado cuenta de ello: le estaba señalando con el dedo algo que había en el suelo.

Sintiéndose ridícula y un poco asustada, Ellen le siguió y se agachó a su lado. Lo

que había llamado la atención del hombre era una batalla, un combate a muerte en el circo que formaba una pequeña depresión de la arena. Una araña, tan pálida que casi se confundía con el suelo, danzaba cautelosamente sobre sus patas parecidas a delgados alambres casi translúcidos. Trazando círculos en torno a ella, su cuerpo quitinoso reflejando con oscuros destellos la luz del sol, una avispa la apuntaba con su aguijón negro y mortal.

Aquel ballet ejecutado por los dos minúsculos antagonistas, alternativamente fintando, inmovilizándose, retrocediendo o atacando, tenía algo a la vez horrible y fascinante. La araña, perchada sobre sus delicadas patas, daba a Ellen la impresión de estar nerviosa y asustada, mientras que la avispa parecía tranquila y segura de sí misma. Aunque no tenía ninguna preferencia particular ni hacia las avispas ni hacia las arañas, Ellen se sorprendió al darse cuenta de que deseaba la victoria de esta última.

De pronto la avispa se lanzó a fondo al ataque, y la araña rodó formando una bola, crispando y extendiendo sus patas como los dedos de una mano que se abre y se cierra. Por el espacio de un segundo, los dos animales parecieron luchar en un cuerpo a cuerpo.

—Ya es suya —murmuró el acompañante de Ellen, y esta vio en el rostro del hombre una expresión de intensa atención: estaba completamente absorto por el espectáculo de aquella lucha a muerte.

La mirada de Ellen volvió a la arena, y comprobó que la araña yacía ahora completamente inmóvil, mientras que la avispa describía prudentes círculos en torno a su víctima.

—La ha matado —dijo.

—No está muerta —corrigió Peter—. Solo paralizada. La avispa se está asegurando simplemente de que el veneno de su aguijón ha hecho su efecto antes de continuar. Ahora cavará un hueco y meterá dentro a la araña; luego depositará sus huevos sobre el cuerpo. La araña será totalmente incapaz de reaccionar, no podrá hacer otra cosa que permanecer en el hueco que le ha practicado su enemiga y esperar la eclosión de los huevos; luego servirá de alimento a las larvas. —Y de nuevo la desagradable sonrisa apareció en sus labios.

Ellen se levantó.

—Por supuesto —prosiguió Peter—, la araña no sentirá nada. Seguirá viva, pero en la acepción superficial del término. El veneno paralizante que le ha instilado la avispa ha embotado en ella toda sensación. Una criatura que se hallara en un estadio superior de la evolución podría sentir temores acerca del futuro y atormentarse ante la inevitable aproximación de la muerte. Pero no se trata más que de una araña, ¿y qué consciencia puede tener de las cosas?

Ellen se alejó sin decir nada. Había esperado que él la siguiera, pero cuando se volvió, vio que seguía a cuatro patas, contemplando aún a la avispa y su víctima.

Una vez en la casa, Ellen cerró la puerta de entrada con doble vuelta de la llave y se aseguró de que todas las puertas y ventanas estuvieran bien cerradas. No dudaba que su tía debía haberle dado a Peter una llave de su casa, pero al menos el hombre se vería obligado a hacer algo de ruido al entrar. Comprobaba la puerta lateral, situada cerca de la habitación de su tía, cuando oyó una débil llamada:

—¿Eres tú, querida?

—Sí, soy yo, tía May —respondió Ellen, preguntándose el auténtico significado de la palabra «querida». Por un breve instante su lástima luchó con la repugnancia, luego penetró en la habitación.

Su tía, tendida en la cama, la recibió con una cansada sonrisa.

—Me canso tan pronto últimamente —dijo—. Creo que voy a pasar el resto del día en la cama. ¿Qué otra cosa me queda por hacer, sino esperar?

—Escucha, tía. Puedo alquilar un coche y llevarte a ver a un médico... o tal vez encontraremos alguno que quiera venir hasta aquí.

El grisáceo rostro de May se agitó de uno a otro lado de la almohada.

—No. No, ningún médico puede hacer nada. Ningún remedio en el mundo puede salvarme ya.

—Algo que te alivie, entonces...

—Pequeña, no siento ningún dolor. Prácticamente no tengo la menor sensación. No te preocupes por mí, por favor.

Parecía agotada, pensó Ellen. Al límite de su resistencia. Y, contemplando aquella frágil silueta perdida entre las sábanas y las mantas, Ellen sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Se arrojó bruscamente a los pies de la cama.

—¡Tía May, no quiero que te mueras!

—Vamos, vamos —dijo la vieja mujer con voz suave, sin otro movimiento más que el de sus labios—. No te aflijas por eso. Hubo un tiempo en el que pensaba como tú, ¿sabes?, pero he aprendido a superar eso. He aceptado mi suerte, y tú debes hacer lo mismo. Tienes que aceptar las cosas.

—Oh, no —murmuró Ellen, hundiendo el rostro entre las mantas. Hubiera querido abrazar a su tía entre sus brazos, pero no se atrevía a hacerlo, la inmovilidad total de la vieja mujer parecía ser un rechazo a todo gesto de afecto. Ellen hubiera deseado que su tía volviera hacia ella su rostro, o tendiera una mano, o que diera, de algún modo, el primer paso.

Los sollozos de Ellen terminaron por calmarse y, alzando la cabeza, vio que su tía había cerrado los ojos y que su respiración era regular y tranquila como la de una persona dormida. Se levantó y salió de la habitación, lamentando no tener cerca a su padre o a alguien con quien pudiera compartir su pena.

Pasó el resto del día leyendo y vagando sin rumbo por la casa, pensando alternativamente en Danny, en su tía, y en aquel Peter de comportamiento tan odioso, sintiéndose frustrada por no poder hacer nada. El viento había empezado a soplar fuerte, y la casa resonaba con crujidos y chirridos que ponían sus nervios a flor de

piel. Presa de un acceso de claustrofobia, salió al porche y, acodada en la balaustrada, contempló las aguas grises y blancas del océano. Allá, se deleitó con la mordedura del viento, y no se inquietó oyendo al balcón gemir sobre su cabeza.

Su mirada se posó en la balaustrada donde se apoyaba y, distraídamente, levantó con la uña una astilla de madera. Con gran sorpresa, se encontró con más de diez centímetros de barandilla mal pintada entre sus dedos, que revelaron un interior alveolado comparable a la textura de una esponja. Toda la superficie puesta al descubierto parecía estremecerse y correr ante ella, y al cabo de un breve instante de incertidumbre Ellen tuvo que admitir que la madera hormigueaba de termitas. Lanzó un grito de repulsión y, sin poder apartar los ojos de su horrible descubrimiento, se dirigió de espaldas hacia la puerta, entró en la casa y se encerró con una doble vuelta de la llave.

Al anochecer, Ellen estaba dominada por una sensación tanto de hambre como de abandono. Se dio cuenta de que no había oído ningún ruido en la habitación de su tía desde que, por la mañana, la había dejado durmiendo. Fue a la cocina para ver lo que podía hacer para cenar, luego se dirigió hacia la habitación con la intención de despertar a su tía.

La estancia estaba sumida en la oscuridad, y había un profundo silencio. Dominada por una aprensión, Ellen se detuvo en el umbral, escuchando con la esperanza de oír algún ruido. De pronto fue consciente de lo que significaba aquel silencio. May no respiraba.

Encendió la luz y se precipitó hacia la cama.

—Tía May —llamó—. ¡Tía May! —sin esperanzas de obtener una respuesta. Tomó la muñeca ya fría de su tía y apoyó su cabeza contra el pecho de la vieja mujer, reteniendo la respiración para captar algún indicio, por débil que fuera, de ritmo cardíaco.

En vano. May estaba muerta. Ellen alzó la cabeza, pero permaneció arrodillada en el suelo junto a la cama, sujetando aún en su mano la muñeca de su tía. Contempló su rostro inanimado, y el espectáculo de aquellos ojos cerrados, aquella boca ligeramente entreabierta, la llenó de una desesperanza sin límites.

Al principio creyó que se trataba de una gota de sangre. Era oscura y reluciente, y acababa de aparecer en la comisura de los labios de su tía. Pero, con estupefacción, Ellen vio que la gotita corría sobre el labio inferior, se desprendía de él, y rodaba por el mentón sin dejar el menor rastro tras ella.

Entonces comprendió.

Lo que había tomado por una gota de sangre era un pequeño insecto negro y brillante, no más grande que la uña de un dedo meñique. Seguía con los ojos fijos en él cuando vio surgir un segundo entre los labios muertos de su tía.

Ellen tuvo un brusco movimiento de retroceso y, a cuatro patas, se alejó de la

cama. Sintió que todo el vello de su cuerpo se erizaba, su estómago se contrajo, y su nariz pareció llenarse de un olor fétido. Consiguió ponerse en pie, y pudo salir de la habitación sin vomitar ni perder el conocimiento.

Se apoyó contra la pared e intentó poner orden en sus pensamientos.

Su tía estaba muerta.

Cerró los ojos, e inmediatamente vio surgir en su mente la imagen de una oleada de insectos emergiendo inconteniblemente por la boca del cadáver.

Ellen lanzó un prolongado gemido, apretó los dientes, e intentó pensar en otra cosa. *Lo había soñado todo. Aquello no había ocurrido realmente.* Tenía que dejar de pensar en ello.

Sin embargo, May estaba muerta, y esta era una realidad que Ellen no podía evitar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero apretó los párpados para impedir que brotaran. ¿Para qué llorar? Era inútil, peor aún, era una pérdida de tiempo. Tenía que reflexionar. ¿Había que llamar a las pompas fúnebres? No, primero un médico. Sí, era lo mejor, aunque ya fuera demasiado tarde para salvar a su tía. Un médico le explicaría lo que tenía que hacer, la forma en que había que proceder.

Fue a la cocina y encendió la luz, brutalmente consciente del espesor de las tinieblas exteriores, semejantes a una cortina echada sobre las ventanas. En el armario cerca del teléfono Ellen encontró el listín, y buscó la clasificación por profesiones. No había muchos médicos y, esperando que pese a su poca importancia el pueblo más cercano tuviera algún servicio de urgencias, Ellen eligió el primer número de la lista. Descolgó el auricular.

No recibió ninguna señal. Intrigada, pulsó el botón y lo soltó. Nada. Sin embargo, la línea no parecía cortada en el auricular, podía percibir como un ligero soplo, algo parecido a como si alguien, lejos de la casa, hubiera descolgado al mismo tiempo que ella para escuchar.

Desconcertada ante aquello, Ellen volvió a colgar el teléfono. No, no podía haber nadie más en la casa, pero uno de los teléfonos podía haber quedado descolgado. Intentó recordar si había visto alguno en el piso, pues temblaba ante la idea de tener que volver a la habitación de su tía sin ser acompañada por un médico o una persona competente.

Sin embargo, aunque hubiera otros aparatos en el piso, Ellen no los había visto, no los había utilizado, y era muy poco probable que fueran la causa del problema. En cambio, era muy posible que la extensión de la habitación de su tía hubiera quedado mal colgada. Reunió todo su valor y decidió ir a comprobarlo.

Él estaba esperándola en el gran salón.

Ella contuvo la respiración e, incapaz de emitir el menor sonido, se limitó a retroceder.

Él avanzó un paso y redujo la distancia que les separaba.

Ella consiguió recobrar su voz y, rechazando debido a las circunstancias el miedo instintivo que sentía hacia aquel hombre, dijo:

—Peter, tiene que ir a buscar un médico para mi tía.

—Su tía dijo que no quería ver a ningún médico —dijo él. Y tras aquel insoportable silencio, el sonido de su voz fue casi un alivio para Ellen.

—El problema no es que quiera o no quiera —dijo Ellen—. Está muerta.

Él no respondió. Se produjo un zumbante silencio. Aunque el salón estaba demasiado oscuro como para permitir una certeza, Ellen hubiera jurado que le vio sonreír.

—Entonces, ¿irá a buscar a un doctor?

—No.

Ellen retrocedió hacia la cocina y, de nuevo, él la siguió.

—¿Por qué no va a la habitación y lo comprueba usted mismo? —sugirió Ellen.

—Si está muerta, no necesita ningún médico. Mañana por la mañana podremos tomar las disposiciones necesarias.

Temiendo darle la espalda, Ellen siguió retrocediendo. Una vez estuvieran en la cocina, podría intentar telefonar.

Pero él no le dio tiempo. Antes de que pudiera alcanzar el aparato, el hombre se precipitó hacia el cable y lo arrancó de su conexión. Una extraña sonrisa flotaba en su rostro. Luego, mientras Ellen se acurrucaba atemorizada en un rincón de la estancia, tomó el aparato, lo levantó por encima de su cabeza, y lo arrojó violentamente contra el suelo, donde se estrelló a pocos centímetros tan solo de Ellen.

Ella le miraba, los ojos desorbitados por el horror, incapaz de moverse o de hablar, intentando frenéticamente hallar algún medio de escapar. Pensó en las tinieblas exteriores, en el largo camino mal asfaltado por el cual nunca pasaba nadie, en la playa desierta. Luego pensó bruscamente en la habitación de su tía, que tenía una gruesa puerta aparentemente sólida y cuyo teléfono, quizá, funcionara todavía.

Durante todo este tiempo él no había dejado de mirarla, sin hacer el menor gesto. A Ellen se le ocurrió que tal vez intentara hipnotizarla, impidiéndole así huir. Pero rechazó esta idea; seguramente se contentaba con esperar, observando los movimientos de los músculos de ella para adivinar sus intenciones.

Terminó por decidirse. Puesto que él estaba demasiado cerca como para intentar ganarle por la velocidad, hizo como si se lanzara hacia la izquierda, hacia la puerta, y en vez de ello corrió hacia la derecha.

Pero aún no había dado tres pasos cuando él ya la sujetaba entre sus vigorosos brazos. Ellen gritó, pero la boca de él se posó violentamente sobre la suya, ahogando su grito.

El contacto de aquellos labios sobre los suyos condujo el terror de Ellen hasta su paroxismo. Pese al miedo que el hombre le había inspirado siempre, nunca había pensado, hasta aquel momento, en que él pudiera desear violarla.

Se debatió desesperadamente, sintiendo el abrazo del hombre hacerse más fuerte, pegando sus brazos a lo largo de su cuerpo e impidiéndole casi respirar. Intentó patear sus espinillas, o mejor aún, darle un rodillazo en los genitales, pero no consiguió alzar

su pierna, y él ni siquiera parecía darse cuenta de sus esfuerzos.

Aquella boca se apartó finalmente de la suya, y el hombre la arrastró hacia el gran salón en tinieblas, donde la tendió en el suelo, manteniéndola inmóvil con todo el peso de su cuerpo. Ellen se felicitó de llevar unos tejanos particularmente ajustados. Él podía intentar quitárselos... pero ella no le daría tiempo. Apenas aflojara su abrazo, aunque fuera tan solo por un segundo, ella le atacaría directamente a los ojos.

Estaba firmemente resuelta a ello y, cuando el hombre empezó a levantarse, se preparó. Pero él seguía sujetándola todavía por las muñecas, y la mayor parte de las patadas que logró lanzarle cuando consiguió liberar sus piernas no hallaron más que el vacío.

De pronto, él le soltó las manos. Apenas tuvo consciencia de que estaba libre y empezó a buscar sus ojos, cuando recibió un tremendo puñetazo en pleno estómago.

Sintió que le faltaba la respiración y, por puro reflejo, se dobló sobre sí misma, intentando dominar el terrible dolor que sentía irradiarse por todo el cuerpo. Aprovechando su ausencia total de resistencia, él hizo deslizarse sus tejanos y sus bragas a lo largo de sus muslos y, sin el menor miramiento, como si pusiera un mueble en su lugar, la hizo ponerse de rodillas.

Temblorosa, intentando dominar sus náuseas y boqueando en busca de respiración, Ellen apenas fue consciente de las manos que recorrían su sexo. Algo estalló en su cabeza cuando un nuevo dolor, brutal, desgarrante, la sacudió como un látigo cuando él la penetró.

Esas fueron todas sus sensaciones. Un instante de terrible sufrimiento y desorientación, y luego se sintió invadida por un creciente torpor. Sintió, o más bien dejó de sentir, como si un frío intenso se apoderara de ella, como si un flujo anestésico se extendiera por toda ella a partir del bajo vientre, invadiendo sus entrañas, su estómago, luego sus caderas, descendiendo a lo largo de sus piernas. El golpe que había recibido ya no le dolía. Ya no había nada, ni dolor, ni mensaje de ninguna clase procedente de su cuerpo violado. Aún podía sentir sus labios, abrir y cerrar los ojos a voluntad, pero a partir del cuello era como si estuviera muerta.

Y la ausencia de sensaciones estaba acompañada de una pérdida total de control. Se derrumbó bruscamente contra el suelo, como una muñeca desgarrada.

Él aún debía estar violándola, pero ella no podía volverse y comprobarlo, ya que era totalmente incapaz de alzar la cabeza.

Por encima del jadear ronco y penoso del hombre, Ellen percibió otro ruido: una especie de zumbido grave y punzante. De tanto en tanto, su cuerpo se veía agitado por movimientos blandos, probablemente en respuesta a los impulsos que él le daba.

Cerró los ojos y rogó para que todo aquello no fuera más que una mal sueño. Unas imágenes desfilaron por la pantalla de sus cerrados párpados. Primero fue el insecto sobre los labios muertos de su tía, negro, duro y reluciente como los ojos de Peter. Luego la avispa describiendo sus largos círculos en la arena en torno a la araña paralizada. Finalmente vio el cadáver de su tía May, sobre el cual celebraba su festín

una hormigueante marea de brillantes insectos.

Y cuando hubieran terminado de devorar a su tía, ¿se encaminarían hacia ella, tendida paralizada en el suelo del gran salón?

Aquel pensamiento arrancó un grito de su garganta, y abrió los ojos. Vio, ante ella, los pies de Peter. Así pues, había terminado. Sollozó.

—No se vaya —gimió, la mente atormentada aún por horribles visiones.

Captó, encima de ella, una risa glacial.

—¿Irme? ¿Por qué? Aquí estoy en mi casa.

Y fue entonces cuando comprendió. Claro que no iba a marcharse. Se quedaría allí junto a ella, como se había quedado junto a su tía, observando como se iba volviendo más y más débil y terminaba por morir, dando a luz entonces a la carga viviente que él había depositado en ella.

—No vas a sentir nada —dijo él.

Título original:
BUG HOUSE (1980)
Traducción de Adela Cotos

EL HOMBRE QUE NUNCA REJUVENECÍA

FRITZ LEIBER

Dicen que no hay nada nuevo bajo el sol. En 1967, Philip K. Dick escribía una interesante novela, *Counter Clock World*, en la que el tiempo transcurría al revés, y los hombres resucitaban para ir rejuveneciendo a lo largo de sus vidas y terminar desnaciendo. El tema parecía ciertamente original. Sin embargo, veinte años antes, otro conocido autor de SF, Fritz Leiber, había planteado ya el mismo escenario, con todo lujo de idénticos detalles. ¿Puede acusarse a Dick de plagio, o hay que achacar esa identidad a una mera coincidencia de ideas? Ciertamente, no todas las novelas de amores contrariados son una copia de *Romeo y Julieta*. De todos modos, para que juzguen, aquí está el relato original de Leiber, como testimonio de su coincidencia temática con la posterior obra dickiana. Quienquiera que lo desee puede comparar ambos textos: la novela de Dick apareció en español en el número 25 de la colección de SF de Edaf, con el título de *El mundo contra reloj*.

Maot está intranquila. A menudo, al caer la noche, avanza con paso lento hacia el lugar donde la negra tierra se une a la amarilla arena y se inmoviliza allí, contemplando el desierto hasta que se alza el viento.

Mientras tanto, yo permanezco sentado, con la espalda vuelta a las cañas, contemplando discurrir el Nilo.

El problema no es tan solo que ella rejuvenezca. Se cansa del trabajo de los campos. Me deja cultivarlos mientras ella dedica sus cuidados al ganado. Cada día lleva a pastar un poco más lejos a las cabras y las ovejas.

Hace tiempo que veo venir las cosas. Desde hace generaciones, los campos se han vuelto menos abundantes y son irrigados con menos asiduidad. Parece haber más lluvia. Las casas se han vuelto más rudimentarias, reduciéndose a veces a simples tiendas. Y, cada año, alguna familia reúne a su ganado y se marcha sin rumbo fijo en dirección oeste.

¿Por qué me aferró tan tenazmente a estos pobres restos de civilización... yo que he visto a los hombres del faraón Keops destruir piedra a piedra la gran pirámide y devolver sus fragmentos a las colinas?

A menudo me pregunto por qué no rejuvenezco. Representa para mí el mismo gran misterio que para los campesinos de piel curtida que se arrodillan con un respetuoso temor ante mi paso.

Envidio a los que rejuvenecen. Aspiro a despojarme de la sabiduría y de la responsabilidad, ardo en deseos de hundirme en un período consagrado al amor y a una febril excitación, en los años despreocupados que preceden al fin.

Pero sigo siendo un hombre barbudo de más de treinta años, llevando la piel de cabra como antes llevaba el jubón o la toga, siempre al borde de la zambullida, sin efectuarla jamás.

Creo que siempre ha sido así conmigo. Ni siquiera puedo recordar mi exhumación, mientras que todo el mundo recuerda la suya.

Maot es ingeniosa. No exige de mí lo que ella quiere, pero cuando vuelve a casa por las noches se sienta lejos del fuego, tararea canciones turbadoras, frota sus párpados con pigmentos para mostrarse deseable a mis ojos, intenta por todos los medios comunicarme la impaciencia que la agita. Me arranca del trabajo al mediodía para hacerme contemplar lo intrépidas que se vuelven nuestras cabras y nuestras ovejas.

Ya no hay jóvenes entre nosotros. Todos se marchan al desierto con la llegada de la juventud, o antes. Incluso los patriarcas reseco, desdentados, apenas salidos de su tumba, se conceden apenas el tiempo de reanimarse con los alimentos y la bebida desenterrados con ellos, reúnen su ganado y su esposa, y se alejan cojeando hacia el oeste.

Recuerdo la primera exhumación a la que asistí. Fue en un país de humos, de máquinas y de permanente información. Pero lo que voy a contar ocurrió en un lugar en pleno campo donde existían aún pequeñas granjas, caminos estrechos y una forma sencilla de vivir.

Había dos mujeres viejas llamadas Flora y Helen. No debían haber transcurrido demasiados años desde su exhumación, pero he olvidado los detalles. Creo que yo era algo así como su sobrino, pero no estoy seguro.

Empezaron a visitar una vieja tumba en el cementerio que había a un kilómetro del pueblo. Recuerdo los pequeños ramilletes de flores que llevaban con ellas. Sus rostros plácidos y afectados se turbaban. Me daba cuenta de que la pena había penetrado en sus vidas.

Pasaban los años. Sus visitas al cementerio eran más frecuentes. Una vez, acompañándolas, pude observar que la gastada inscripción de la lápida se iba haciendo más clara y más definida, lo mismo que les ocurría a los rasgos de ellas. *John, amante esposo de Flora...*

A menudo Flora se pasaba toda la noche sollozando, y Helen se dedicaba a sus ocupaciones con una expresión contraída en el rostro. Otras gentes acudían a prodigarles palabras de ánimo, pero no parecían hacer otra cosa más que intensificar su pena.

Finalmente, la lápida estuvo completamente nueva y las hierbas que la recubrían se transformaron en jóvenes brotes que terminaron por desaparecer en la amarronada tierra. Como si aquellos fueran los signos que su oscuro instinto esperaba, Flora y Helen dominaron su dolor y acudieron a ver al ministro del culto, al encargado de las pompas fúnebres y al médico, a fin de tomar las disposiciones necesarias.

Un frío día de otoño, con el viento levantando torbellinos de hojas secas, la procesión se puso en camino: el coche fúnebre vacío, los automóviles oscuros y silenciosos. En el cementerio nos encontramos con dos hombres provistos de palas que se apartaron discretamente de la tumba recién abierta. Luego, mientras Flora y

Helen lloraban amargamente y el ministro del culto pronunciaba unas solemnes palabras, fue extraída una estrecha caja de la tumba y transportada hasta el coche fúnebre.

En casa, se desatornilló y retiró la tapa de la caja, y pudimos ver a John, un viejo de rostro cerúleo con una larga vida ante sí.

A la mañana siguiente, de acuerdo con un ritual que parecía tan viejo como el tiempo, fue sacado de la caja, y el encargado de las pompas fúnebres, tras desnudarlo, extrajo de sus venas un líquido de olor acre y le inyectó en su lugar sangre de un color vivo. Luego fue llevado a la cama. Tras varias horas de espera, durante las cuales sus ojos permanecieron vidriosos, la acción de la sangre empezó a manifestarse. Se agitó, y su primer soplo resonó como un jadeo en su garganta. Flora se sentó en la cama y lo apretó contra ella en un impresionante abrazo.

Pero estaba muy enfermo y necesitaba descanso, de modo que el médico le hizo a la mujer señas de que se marchara de la habitación. Recuerdo la expresión de su rostro cuando cerró la puerta tras ella.

Yo también hubiera debido sentirme feliz, pero creo recordar que este episodio me daba la impresión de que contenía un elemento malsano. Quizá nuestras primeras experiencias de los grandes momentos cruciales de la vida siempre nos afecten así.

Amo a Maot. Los centenares de mujeres a las que he amado antes que a ella durante el vagabundeo de mi descenso al filo del mundo no han restado nada a la sinceridad de mi afecto. No entré en su vida —ni en la de las demás— como lo hacen normalmente los amantes: al salir de la tumba, o en la violencia de una terrible disputa. Yo soy el eterno vagabundo.

Maot sabe que existe algo extraño en mí. Pero no lo tiene en cuenta, en sus esfuerzos por llevarme a hacer lo que ella quiere.

Amo a Maot, y finalmente accederé a su deseo. Pero primero me retardaré un poco en las orillas del Nilo, pensando en las grandiosas visiones que suscita.

Mis primeros recuerdos son siempre los más difíciles de evocar, y lucho duramente por interpretarlos. Tengo la sensación de que si pudiera ir ligeramente un poco más atrás, comprendería algo realmente terrible. Pero en apariencia nunca soy capaz de realizar el esfuerzo necesario para ello.

Aparecen de pronto entre el tumulto y la confusión, entre las tinieblas y el miedo. Soy un ciudadano de una gran nación lejana, imberbe y portador de unas horribles y sucintas ropas, pero en nada diferente, ni en edad ni en aspecto físico, de lo que soy hoy en día. El país donde vivo es cien veces más grande que Egipto, y sin embargo es tan solo uno entre muchos otros países. Todos los pueblos del mundo se conocen entre sí, y el mundo es redondo, no plano, y flota en una inmensidad infinita salpicada por los islotes de los soles, en vez de estar confinado bajo una bóveda llena de estrellas.

Hay máquinas por todas partes, y las noticias dan la vuelta al mundo en un segundo, y los deseos son numerosos. Hay una abundancia que supera toda

imaginación, posibilidades incomparables. Sin embargo, los hombres no son felices. Viven en el miedo. El miedo, si mis recuerdos son exactos, a una guerra que se abatirá sobre nosotros y quizá nos destruya a todos. Permanece suspendida sobre nosotros como la noche.

Las armas que tienen preparadas para esta guerra son terribles. Grandes aparatos que navegan sin piloto, no por las aguas sino por el aire, y pueden recorrer medio mundo para destruir una ciudad enemiga. Otros que estallan en el cielo y caen, como si el ataque procediera de las estrellas. Nubes envenenadas. Mortales motas de polvo luminoso.

Pero las peores son las armas de las que solo corren rumores.

Durante meses que parecen eternidades nos hallamos al borde de esta guerra. Sabemos que los errores han sido cometidos, las etapas irrevocables franqueadas, las últimas oportunidades desperdiciadas. No podemos hacer otra cosa más que aguardar el acontecimiento.

Parece como si una razón especial justificara la intensidad de nuestra desesperación y de nuestro horror. Como si hubiera habido otras guerras mundiales anteriores de las que hubiéramos salido cada vez jurándonos amargamente que esa sería la última. Pero no recuerdo nada de eso. El mundo y yo podríamos haber sido creados muy bien al amparo de la catástrofe, en una exhumación universal.

Pasan los meses. Luego, milagrosamente, increíblemente, la guerra empieza a perder terreno. La tensión se relaja. Las nubes se disipan. Se desarrollan grandes actividades diplomáticas, conferencias y planes. Se alzan las esperanzas de una paz duradera.

Pero este período no se prolonga. En un brusco holocausto, se alza un opresor llamado Hitler. Es extraño que este nombre acuda a mí a través de todos estos milenios. Sus ejércitos se desparraman por el globo.

Pero su éxito es efímero. Sus ejércitos retroceden, y Hitler cae en el olvido. Al final no es otra cosa más que un oscuro agitador, casi desconocido.

Sigue otra paz, pero tampoco esta dura demasiado. Una nueva guerra, menos mortífera que la anterior, y que también se diluye en un período más tranquilo.

Y así sucesivamente.

A veces pienso (debo aferrarme a esta idea) que antes el tiempo fluía en sentido inverso y que, como una reacción a la última y definitiva guerra, se giró sobre sí mismo y empezó a retrazar su camino anterior. Que nuestras vidas actuales no son más que un recomenzar desarrollándose al revés. Un gran movimiento de retroceso.

En este caso, el tiempo podría dar media vuelta de nuevo. Podríamos tener otra posibilidad de escalar la barrera.

Pero no...

Este pensamiento se desvanece en las ondulaciones del Nilo.

Otra familia abandona hoy el valle. Durante toda la semana han ascendido penosamente la arenosa hondonada. Y ahora, girándose quizá para lanzar una última

ojeada al borde de los amarillentos riscos, se recortan contra el cielo... semejantes a pequeñas manchas verticales los hombres, achaparradas los animales.

Maot los observa a mi lado. Pero no hace ningún comentario. Está segura de mí.

El risco está de nuevo vacío. Muy pronto habrán olvidado el Nilo y los turbadores fantasmas de sus recuerdos.

Toda nuestra existencia está hecha de olvido y de disminución. Del mismo modo que el niño es absorbido por su madre, los grandes pensamientos son engullidos por el espíritu del genio. Al inicio se hallan por todas partes. Nos rodean como el aire. Luego se produce una reducción. Dejan de ser conocidos por todos. Entonces aparece un gran hombre, y los guarda para sí mismo, y se convierten en un secreto. Solo subsiste la inquietante convicción de que algo dotado de valor ha desaparecido.

He visto a Shakespeare describir sus grandes obras. He contemplado a Sócrates desimaginar sus grandes pensamientos. He oído a Jesucristo despronunciar sus grandes palabras.

Hay una inscripción grabada en la piedra, y parece estar ahí para siempre. Volviendo a ella tras tantos siglos, la encuentro como siempre, solo que un poco menos desgastada, y pienso que ella al menos permanecerá. Pero un día acude un escriba, y rellena laboriosamente los surcos trazados sobre la piedra hasta dejarla de nuevo intacta.

Entonces solo él sabe lo que hubo escrito allá. Y apenas rejuvenece un poco más, este conocimiento muere para siempre.

Lo mismo ocurre con todo lo que nos afecta. Nuestras casas se vuelven nuevas y las desmantelamos, luego devolvemos discretamente a sus lugares los materiales, a la mina y a la cantera, al bosque y a los campos. También nuestras ropas se renuevan, y las retiramos. Y rejuvenecemos, olvidamos, y terminamos por buscar ciegamente una madre.

Todos se han ido ya. Solo quedamos Maot y yo.

No había imaginado que ocurriera tan pronto. Ahora que se acerca el fin, la Naturaleza parece tener prisa.

Supongo que quedan aún algunos otros rezagados aquí a lo largo del Nilo, pero me complace imaginar que nosotros somos los últimos en contemplar desaparecer los campos, los últimos en observar el río sabiendo lo que simbolizó en un tiempo, antes de caer en el olvido.

Nuestro mundo es un mundo donde los perdedores se transforman en conquistadores. Tras la segunda guerra de la que he hablado, se produjo un largo período de paz en mi país natal, bordeado por dos océanos. Por aquella época había entre nosotros los miembros de un pueblo primitivo llamados indios, que eran despreciados, sometidos a coacciones y obligados a vivir apartados en territorios que nadie quería. No concedíamos la menor atención a este pueblo. Nos hubiéramos echado a reír si alguien hubiera pretendido que iban a traernos problemas.

Pero una chispa de rebelión brotada de alguna parte se prendió entre ellos.

Formaron hordas, se armaron de arcos y de fusiles de mediocre calidad, y tomaron contra nosotros el sendero de la guerra.

Libramos contra ellos pequeños combates menores que no eran en absoluto decisivos. Persistieron, volviendo una y otra vez al asalto, tendiendo emboscadas a nuestros hombres y a sus carros, acosándonos sin descanso, terminando por invadir algunas de nuestras tierras.

Sin embargo, seguíamos considerándolos como de una importancia tan insignificante que incluso hallamos el tiempo de iniciar entre nosotros una guerra civil.

La salida de esta guerra fue triste. Una porción de nuestros conciudadanos de piel negra se vio reducida a la esclavitud y empleada en trabajar duramente a nuestro servicio en las casas y en los campos.

Los indios se hicieron más y más temibles. Paso a paso, fueron haciéndonos retroceder a través de las grandes llanuras y los ríos del centro oeste, luego por las montañas cubiertas de bosques, en dirección al este.

Nos mantuvimos algún tiempo en la costa este, principalmente ligándonos a una nación insular transoceánica, a la cual entregamos nuestra independencia.

Se produjo de todos modos un acontecimiento reconfortante. Los esclavos negros fueron reunidos, apiñados en barcos, y llevados hacia las orillas del sur de este continente donde resido en la actualidad, y allá fueron liberados y puestos en manos de tribus guerreras que los aceptaron en su seno.

Pero la presión de los indios, ayudados esporádicamente por aliados extranjeros, aumentaba. Ciudad tras ciudad, pueblo tras pueblo, campamento tras campamento, abandonábamos el país y poníamos rumbo al mar. Al final, los indios se volvieron extrañamente pacíficos, de tal modo que los últimos en embarcarse parecían huir menos bajo los efectos de un miedo material que los de un terror sobrenatural inspirado por los verdes bosques silenciosos que habían aniquilado sus casas.

Al sur, los aztecas tomaron sus puñales y sus afiladas espadas para arrojar a los... creo que se llamaban los españoles.

Un siglo más tarde, todo el continente occidental era olvidado, si se exceptúan confusas reminiscencias que atormentaban algunos recuerdos.

El aumento de la tiranía y de la ignorancia, el estrechamiento constante de las fronteras, las rebeliones de los oprimidos, que a su vez se convertían en opresores... todo esto marcó la siguiente época de la historia.

Una vez creí que el curso de las cosas se había invertido. Un pueblo poderoso y disciplinado, los romanos, surgió y colocó bajo su imperio a la mayor parte del disminuido mundo.

Pero esta estabilidad resultó transitoria. Una vez más los gobernados se alzaron contra los gobernantes. Los romanos fueron rechazados de Inglaterra, de Egipto, de las Galias, de Asia, de Grecia. Surgiendo del desierto, Cartago emergió para enfrentarse con éxito a la preeminencia de Roma. Los romanos se refugiaron en

Roma y se debilitaron, diseminándose cada vez más, antes de perderse en un laberinto de migraciones.

Durante un siglo glorioso llamearon pensamientos estimulantes en Atenas, luego perdieron todo su alcance.

Tras lo cual el declive prosiguió a un ritmo regular. Ya no volví a tener la engañosa ilusión de que el flujo se había invertido de nuevo.

Excepto esta única y última vez.

Pedregoso y reseco por el sol, lleno de templos y de tumbas, consagrado a la calma y a las costumbres, pensé que Egipto iba a durar. El paso de siglos casi inmutables alentaban esta convicción. Me decía que aunque no hubiéramos alcanzado el momento de la inversión de la corriente, sí al menos habíamos alcanzado un remanso.

Pero han llegado las lluvias, los templos y las tumbas regresan a cubrir los huecos practicados en las montañas, y la calma y las costumbres han cedido su paso a los agitados instintos de los nómadas.

Si existe una inversión de la corriente, no se producirá antes de que el hombre se haya confundido de nuevo con los animales.

Y Egipto debe desaparecer, como todo lo demás.

Mañana partimos Maot y yo. Hemos reunido nuestro rebaño. Hemos enrollado nuestra tienda.

Maot llamea juventud. Está muy enamorada.

Será extraño, en el desierto. Muy, muy pronto, intercambiaremos nuestro último y más tierno beso, y ella me hablará con una vocecita infantil, y yo velaré por ella hasta que encontremos a su madre.

O quizá un día la abandone en el desierto a fin de que su madre la encuentre.

Y yo proseguiré mi camino.

Título original:
THE MAN WHO NEVER GREW YOUNG (1947)
Traducción de Sebastián Castro



La inclusión en el ND 142 del «Rincón de la ciencia» de Alfredo Benítez Gutiérrez titulado «Las verdes colinas», con su coletilla/trampa final, que cumplía la labor de apetitoso cebo, ha dado los resultados que en cierto modo esperábamos: despertar el interés de buena parte de nuestros lectores. Hemos recibido un apreciable número de cartas, desde las incluso insultantes («ese Benítez no tiene ni la más puñetera idea de lo que está chamullando»), pasando por las relativamente ponderadas («lo que más me desagrada de él es su tono: inaceptable, dogmático y pontificador») hasta las más ecuanímes («creo interesante hacer una serie de precisiones...»).

Sin embargo, ninguna de esas cartas ha atacado al tema en sí, sino al autor, y solo por el hecho de incluir él mismo en su artículo su nota final; de no haber existido esta, lo más probable es que el artículo hubiera sido aceptado sin la menor reserva. Lo cual nos demuestra que la ecología es una ciencia tan nueva que prácticamente no sabemos aún nada de ella.

Por ello, creemos que, mejor que dedicar una sección completa de nuestro «Se escribe» a la controversia de esas distintas cartas que no aportan en su mayoría nada constructivo, excepto una infusa disconformidad, es preferible incluir aquí, en esta misma sección, el contra-artículo que sobre el mismo tema nos ha confeccionado nuestro también colaborador Javier Redal, «poniendo el punto», como dicen los anglosajones, de esa manera que solo él sabe hacer, a tan interesante cuestión. Volveremos más adelante sobre el tema. Hay aún mucho que hablar de la ecología...

Sobre «Las verdes colinas»

Aprovechando una pausa que he logrado encontrar (estoy resolviendo el cubo de Rubik y tengo que empezar por cuarta vez desde el principio), quisiera comentar el artículo de Alfredo Benítez sobre ecología, animado por la sugerencia de «tiro al blanco» que hace el redactor de la revista. Me apresuro a decir que el artículo es bastante cierto en su fondo, pero hay un par de errores de concepto: uno es el de ecosistema, y el otro el de las tremendas dificultades que presenta la ecología. Desde luego las hay, pero los ecólogos no están tan absolutamente indefensos.

ECOSISTEMA Eugene P. Odum lo define como «cualquier unidad que incluya la totalidad de organismos de un área determinada que actúan en reciprocidad con su medio ambiente físico, de modo que una corriente de energía conduzca a una estructura trófica, una diversidad biótica y a ciclos materiales claramente definidos». ¡Uf!

Analicemos. En primer lugar, deben existir una serie de organismos vivos (la «comunidad») que interactúan con su medio físico (el «biotopo»). Pero no basta con esto para definir el ecosistema. Una pulga y un perro no forman un ecosistema, ni una mesa, ni una gota de agua. Deben de cumplirse las restantes condiciones, esto es, deben existir tres cosas: corriente de energía, estructura trófica y ciclos minerales.

a) *Corriente de energía.* Los organismos consumen energía. Pensemos, simplemente, en un caballo al galope. De acuerdo con la ley de conservación de la energía, debe de salir de algún lado. Y, en efecto, sale de la respiración, de la oxidación de una serie de sustancias (azúcares o grasas) contenidas en la hierba de que se alimenta el susodicho equino. ¿De dónde saca la energía la hierba? Está claro que del Sol. En la fotosíntesis, la energía luminosa se utiliza para sintetizar materia orgánica, que al comerla el caballo liberará energía al oxidarse en la respiración. Podemos decir que la energía luminosa es «almacenada» por la planta. Y también por el caballo, ya que un león que se lo coma procederá igualmente.

Podemos ver, por lo tanto, que hay una serie de transformaciones de energía en el ecosistema, que empieza por la energía solar, que las plantas verdes almacenan en forma de materia orgánica; de ahí, los herbívoros y luego los carnívoros se la van pasando unos a otros, con cada nivel utilizando una parte y pasando al otro el resto. En este proceso, el paso de energía puede medirse, calculando el aumento de peso de cada nivel de organismos, o calculando su respiración (o su fotosíntesis).

El final de la corriente de energía es la transformación en calor, el cual no puede reaprovecharse para producir trabajo, como dice la Segunda Ley de la Termodinámica. Por tanto: en un ecosistema hay una corriente de energía, de luminosa a calorífica.

b) *Estructura trófica.* No es otra cosa que las «cadenas alimenticias». Es decir, la estructura trófica nos dice quién se come a quién. En todo ecosistema existen los

«productores» (plantas verdes que hacen la fotosíntesis) y los «consumidores» (animales o plantas no verdes, incapaces de la fotosíntesis). Los consumidores se distribuyen en niveles: consumidores primarios (herbívoros), consumidores secundarios (carnívoros) y a veces terciarios (hipercarnívoros, es decir, carnívoros que comen a otros carnívoros). También deben haber organismos que descompongan la materia muerta, llamados «descomponedores» o «detritívoros», cuyo papel es muy importante. En todo ecosistema deben haber basureros.

c) *Ciclos minerales*. Cuando un animal come, toma materia. Cuando excreta, excreta materia, pero transformada. Las plantas toman anhídrido carbónico y agua, amén de ciertos minerales. Con ello sintetizan materia orgánica y liberan oxígeno en el proceso. Los animales comen materia orgánica y toman oxígeno; en la respiración emiten anhídrido carbónico y vapor de agua. Y así sucesivamente.

En todo ecosistema existen estos ciclos de elementos químicos, que van pasando por la cadena alimenticia cíclicamente (a diferencia de la energía, cuyo flujo es unidireccional). Por tanto, cualquier conjunto de seres vivos que presenten estos tres procesos (corriente de energía, ciclos minerales y, como consecuencia, estructura trófica) será un ecosistema.

Por supuesto, a veces es difícil de definir dónde empieza y dónde acaba. Pero el definir como ecosistema una unidad arbitraria no es correcto.

Así pues, amigo Alfredo, la mesa sobre la que escribes no es un ecosistema. Analicemos: si es de madera (¿lo es?), pueden haber insectos que se la coman. Quizá (difícil, pero no improbable) un pájaro pueda comerse a esos insectos, si es que tienes un pájaro carpintero en casa. Existe una rudimentaria cadena alimenticia, pero no hay productor. Tampoco hay ciclos minerales. La madera contiene carbono, oxígeno, hidrógeno, y una cierta cantidad de sales minerales en forma de cenizas. Los insectos, al comer la madera, la van transformando en CO₂, vapor de agua y cierta cantidad de excrementos. No hay un ciclo cerrado; para ello, la mesa debería ser considerada parte del bosque de cuya madera se hizo. Aislada, no es un ecosistema.

Una gota de agua, por otro lado, es un tanto pequeña para que se pueda desarrollar un ecosistema estable. Una charca es otra cosa, siempre que persista al menos algunos años. Y, aún así, se deberá tener en cuenta no solo el agua del estanque, sino también su vertiente (el conjunto de tierras cuyas aguas van a parar a la charca). Un río tampoco es un ecosistema; debe contarse como tal el río y su cuenca, que le aportan agua y barro en suspensión. Para concluir, cada ecosistema debe ser un pequeño universo más o menos cerrado dentro del gran sistema de la biosfera.

Una vez delimitado el ecosistema, quedan varias tareas. Primero, el ecosistema puede subdividirse en áreas (no arbitrariamente, sino basado en pequeñas diferencias en las condiciones ambientales: humedad, temperatura, etc.) Hay que enterarse de las condiciones físicas del entorno (humedad, temperatura, iluminación, pluviosidad, y oscilaciones anuales de todo eso. Es tarea del meteorólogo). Hay que hacer un censo

de organismos. Hay que determinar la estructura trófica. Hay que medir productividad de los vegetales y animales. Hay que medir las transferencias de elementos químicos, tanto en cantidad como en velocidad.

Es una tarea difícil pero no tanto. En todas las ciencias, hay dos enfoques: el reduccionista y el holista. El primero pretende explicar un sistema analizando con detalle todas y cada una de sus partes; el segundo lo intenta describiendo el sistema globalmente, definiéndolo por unas pocas variables. La respuesta definitiva no está en uno ni en otro, sino en una inteligente coordinación de ambos.

Un ejemplo clásico es el comportamiento de los gases. Un gas está formado por una ingente cantidad de moléculas, cada una moviéndose en una dirección dada y con una velocidad dada. Podríamos predecir lo que pasaría con ese gas conociendo las velocidades y trayectorias de cada molécula a un cambio de presión o volumen... pero sería una tarea de chinos. En cambio, el gas puede describirse en función de tres variables (presión, volumen, temperatura) que se relacionan entre ellas por ecuaciones muy sencillas, como por ejemplo la ecuación de estado de los gases perfectos ($P \cdot V = n \cdot R \cdot T$). Claro que no todos los gases son perfectos. Hay que modificar este modelo para que se aproxime a las condiciones reales, y aquí interviene el reduccionismo: hay que bajar al nivel inferior.

Otro ejemplo es el vuelo. Los primeros diseñadores de aviones no empezaron analizando con detalle la estructura de una pluma de ave, para luego seguir con el ala, y así sucesivamente. Prescindieron del detalle y trataron de reproducir el todo (la concavidad inferior del ala), y tuvieron éxito. Las alas de un avión son un modelo simplificado de las del pájaro.

Lo mismo en ecología. Por ejemplo, de las especies vegetales de un ecosistema terrestre, nos podemos fijar en las plantas más llamativas, más grandes o más abundantes (la «especie dominante»). Desde luego que en un bosque de pinos hay más plantas que los pinos, pero ¿no es indudable que los pinos tendrán una influencia mayor que las demás? Al menos, como primera aproximación.

Las interacciones entre especies: existen modelos matemáticos sencillos aplicables a dos (por ejemplo, el predador y su presa). Las interacciones entre varios serán más complejas; pero es algo que no puede detener a nadie en estos días de computadores.

Existen varios métodos holistas de estudio. Por ejemplo, si queremos saber en qué modo influye la población de moscas en la de gorriones, podemos marcar a las moscas con isótopos radiactivos, y luego buscar esta radiación en los gorriones. Si la hay, tendremos que estudiar con más detalle el ciclo vital de ambos organismos, en busca del lazo que los une.

Otro problema que presenta Alfredo Benítez: la dinámica del ecosistema. Un ecosistema sufre cambios (diurnos y estacionales) cíclicos, y otros que no lo son. Un ecosistema no surge así como así; hay una serie de etapas evolutivas previas hasta alcanzar un estado estable (el «clímax»), que no variará en miles y hasta millones de

años, a menos que haya cambios drásticos en el medio (ningún ecosistema soporta sin cambiar una Era Glacial o una urbanización). El establecimiento de un clímax es lento: cien años o mil. En este período, se forman ecosistemas inmaduros (ciclos minerales no cerrados, grandes oscilaciones de población...), pero el estadio estable persiste bastante tiempo como para ser estudiado con calma. A no ser que se vea perturbado por la invasión de especies competidoras o por el hombre.

Y, en fin, la ecología predictiva puede ser muy difícil, pero no imposible. Como se dijo antes, se pueden confeccionar modelos simplificados, que se van refinando cada vez más a medida que vamos descubriendo sucesos no explicados según nuestra teoría inicial. De hecho, así es como ha ido procediendo toda la ciencia. El ecólogo español Ramón Margalef cita el ejemplo clásico del grupo de científicos que se reunió para estudiar el problema de la transpiración en un caballo de carreras; y el físico anunció triunfalmente que lo había resuelto para el caso de un caballo esférico. Aunque hayan pocos caballos de tales características, ya es un inicio...

El problema en ecología es escoger variables que representen el sistema. Una vez escogidas, cada parte del ecosistema se puede representar como una «caja negra», en la que sabemos lo que entra y lo que sale, aunque no lo que pasa dentro (la psicología es, en gran parte, una ciencia de cajas negras). Para saber ecología hay que conocer tres cosas: teoría de conjuntos, álgebra de matrices y ecuaciones diferenciales.

Sin embargo, en un punto le doy la razón a Alfredo Benítez. Los ecologistas (o ambientalistas, mejor) adoptan una actitud equivocada. Consideran los ecosistemas como algo misterioso, complejísimo, que está por completo fuera del alcance de la inteligencia humana, algo así como si la biosfera fuera Dios (de hecho, aplican a la Tierra el nombre de «Gea», como John Varley), un dios inefable e incomprensible, ante el que solo cabe la veneración y el quietismo. (En una ocasión leí una entrevista que un grupo ambientalista americano hizo a Cousteau; era muy reveladora sobre quién sabía y quién no lo que era la ecología).

¡Ah! Puestos a desvanecer errores, me gustaría señalar que no todas las civilizaciones agrícolas son o fueron «ecológicas», como los ambientalistas parecen creer. Una prueba: en casi todos los desiertos del mundo hay ruinas de antiguas civilizaciones que contaban con eficacísimos sistemas de riego (Mesopotamia o la civilización de la «Arabia Feliz» preislámica). ¿Por qué desaparecieron? De igual modo, una civilización industrial *puede* o no ser «ecológica». El hombre puede (¡y debe!) convertirse en un «depredador consciente», en palabras de Odum. Y el estudio de la Ecología es esencial para ello.

JAVIER REDAL

LOS MIL SUEÑOS DE STELLAVISTA

J. G. BALLARD

Si hay algún autor que haya escrito una SF realmente marginal en el mundo anglosajón, este es James Graham Ballard, calificado como el autor de las obsesiones de nuestro tiempo, y que últimamente ha querido prescindir en sus obras de la etiqueta calificativa de SF. Gran parte de su producción, sobre todo la de su primera época, está impregnada de una enorme fantasía, y entre ella cabe destacar su serie de relatos sobre Vermilion Sands, ese onírico y decadente lugar de veraneo, con artistas en su ocaso, mares de arena y casas psicotrópicas. A esas últimas se refiere precisamente este relato, uno de los más característicos de toda la serie, y en donde las obsesiones de Ballard sobre la decadencia de la vida urbana y las neurosis del hombre moderno alcanzan su cima en esta lucha final del protagonista con la casa que habita y todos sus recuerdos.

Ya nadie viene a Vermilion Sands actualmente, y creo que muy poca gente ha oído hablar de este lugar, pero hace diez años, cuando Fay y yo nos trasladamos a vivir al 99 de Stellavista, poco antes de nuestro divorcio, aún se recordaba que los magnates del cine, las herederas delincuentes y los excéntricos cosmopolitas se divertían allí durante los fabulosos años de antes de la Recesión. A decir verdad, la mayor parte de las villas abstractas y de los falsos palacios estaban vacíos, sus jardines descuidados y sus piscinas dobles secas desde hacía tiempo. Toda la zona envejecía como una verbena abandonada, pero pese a todo se tenía la impresión de que los cabezudos apenas acababan de irse, puesto que en el aire aún se captaba un ambiente extraño, una cierta extravagancia.

Recuerdo el día en que bajamos por primera vez por Stellavista en el coche del agente inmobiliario, y nuestra alegría, que no podíamos disimular pese a nuestra fachada de respetabilidad burguesa. Creo que Fay estaba también un poco impresionada —dos o tres celebridades vivían aún allí, tras sus cerradas ventanas—, y sin duda éramos los clientes más fáciles que el joven agente había visto desde hacía meses.

Por eso seguramente intentó, desde el principio, vendernos las casas más insólitas. Las cinco o seis primeras eran visiblemente las más difíciles de vender, y por eso las mostraban regularmente al principio, con la esperanza de que un cliente tragara el anzuelo o que, perdiendo momentáneamente su sentido crítico, comprara de inmediato la primera bicoca convencional que se le presentara a continuación.

Una de ellas, en el cruce mismo de Stellavista y M, hubiera conseguido hacer estremecerse a un surrealista de la vieja escuela cargado de heroína. Escudada tras una pantalla de polvorientos rododendros, estaba constituida por seis inmensas esferas de aluminio suspendidas, como los elementos de un móvil, a una enorme columna central de cemento. La esfera mayor albergaba el salón, y las demás, en importancia decreciente y formando una espiral ascendente, las habitaciones y la

cocina. La mayor parte de las placas de aluminio estaban agujereadas y la estructura, un poco deslucida, colgaba por entre las hierbas que habían ido brotando en las fisuras del patio, alzándose como minúsculas astronaves olvidadas.

El agente, que se llamaba Stammers, nos había dejado en el coche, bajo los rododendros, para correr a la entrada y darle al contacto (es inútil precisar que en Vermilion Sands todas las casas son psicotrópicas). Con un ligero zumbido, las esferas se inclinaron y luego empezaron a girar sobre sí mismas, rozando los arbustos.

En el coche, Fay contemplaba inmóvil aquella cosa asombrosa y bella, mientras yo, vencido por la curiosidad, me dirigía a la entrada. Al acercarme, la esfera principal disminuyó su velocidad y descendió hacia mí, seguida por las demás.

Según el folleto, la casa había sido construida hacía ocho años para servir de refugio de fin de semana a un alto cargo de la televisión. Tenía un importante pedigree: dos starlets de cine, un psiquiatra, un estilista de automóviles y un compositor ultrasónico, el difunto Dmitri Shochmann, un célebre loco que había invitado a una veintena de amigos a su fiesta de suicidio. Como fuera que nadie se había presentado, había tenido que posponer la tentativa.

Con la huella de unos tales valores impresa en sus circuitos, la casa hubiera debido venderse en menos de una semana, incluso en Vermilion Sands; pero estaba vacante desde hacía meses, quizá incluso años, lo cual parecía indicar que sus anteriores ocupantes no habían sido demasiado felices en ella.

La gran esfera se detuvo vacilante a dos metros de mí y desplegó su rampa de acceso en mi dirección. Stammers estaba en el umbral, exhibiendo su sonrisa más cautivadora, pero la casa parecía nerviosa. Cuando avancé un paso, la entrada se retiró bruscamente, como asustada, y toda la estructura se agitó con un estremecimiento.

Siempre es interesante ver como se adapta una casa psicotrópica a sus nuevos inquilinos, sobre todo cuando estos se muestran algo reacios. Reacciona de diversas formas, mezclando respuestas antiguas con las emociones negativas, una posible hostilidad hacia algunos inquilinos precedentes, el recuerdo traumático de la visita de un ladrón, aunque en general los ladrones se mantienen a respetuosa distancia de las casas psicotrópicas: el riesgo es demasiado grande. Un balcón puede arrojarlo súbitamente al vacío, un pasillo estrecharse y aplastarlo. La reacción inicial de una casa psicotrópica es pues un indicio más seguro respecto a su estado real que todo lo que el vendedor pueda contarle a uno de su potencia en caballos vapor y su elasticidad.

Esta se hallaba absolutamente a la defensiva. Cuando subí finalmente a la entrada, Stammers luchaba desesperadamente con el panel de control disimulado en un hueco en la pared, intentando bajar el volumen al máximo. Generalmente, los agentes inmobiliarios lo regulan entre *medio* y *fuerte* a fin de mejorar las reacciones psicotrópicas.

—Los circuitos están un poco cansados. Nada serio, los reemplazaremos como está previsto en el contrato. Varios de los anteriores ocupantes pertenecían al mundo del espectáculo; su concepción de la plenitud de la existencia era muy simplista.

Asentí con la cabeza, y pasé a la galería que rodeaba el salón. Era una buena estancia, con paredes de plastex opaco y un techo de fluoglass blanco, pero había ocurrido algo terrible. Reaccionando a mi presencia, el techo se alzó ligeramente y las paredes se hicieron menos opacas, pero observé que se estaban formando unas curiosas nudosidades en algunos lugares, allá donde la habitación había sufrido tensiones demasiado grandes mal cicatrizadas. Los desgarrones, ocultos pero profundos, deformaron la esfera, y una recámara se transformó en una especie de bola de chicle.

Stamers me palmeó el brazo.

—Responde bien, ¿no cree, señor Talbot? —Apoyó una mano en la pared, cuyo plastex se hinchó como pasta dentífrica en ebullición para formar una especie de banqueta, en la que se sentó. Instantáneamente, la materia adoptó los contornos de su cuerpo, formando respaldo y brazos—. Siéntese, señor Talbot. Relájese un poco. Muy pronto se sentirá como en su casa.

El asiento me rodeó como una inmensa mano blanca y blanda. Inmediatamente, las paredes y el techo se calmaron. Era evidente que la primera tarea de Stamers consistía en hacer sentar a sus clientes para evitar que sus vagabundeos nerviosos causaran daños. Alguien había vivido allí yendo arriba y abajo sin cesar, dominado por la angustia.

—Evidentemente, todo es a la medida —dijo Stamers—. Las cadenas de vinilo de este plástico han sido constituidas a mano, molécula por molécula.

Noté que la habitación, a mi alrededor, se modificaba. El techo se dilataba y se contraía según un ritmo regular... una reacción grotesca y exagerada a nuestros ritmos respiratorios. Pero, superpuestos a estos movimientos, podían apreciarse violentos espasmos transversales, el *feedback* de algún trastorno cardíaco.

La casa no solo tenía miedo de nosotros, sino que estaba seriamente enferma. Alguien, quizá Dmitri Shochmann, desbordante de culpabilidad y odio, debía haberse infligido un terrible sufrimiento, y la casa revivía esta traumática experiencia. Iba a preguntarle a Stamers si la fiesta de suicidio había tenido lugar allí, cuando se alzó echando alarmadas miradas a su alrededor.

Al mismo tiempo mis oídos empezaron a zumbar. Misteriosamente, la presión atmosférica estaba aumentando en el salón, y vaharadas de aire fétido empezaron a soplar hacia la salida.

Apenas alzarse Stamers, su asiento se fundió en la pared.

—Humm... Señor Talbot, vayamos a dar una vuelta por el jardín. Eso le dará...

Se interrumpió, visiblemente asustado. El techo estaba apenas a un metro sobre nuestras cabezas, y seguía contrayéndose como una enorme vejiga blancuzca.

—...descompresión explosiva —murmuró automáticamente Stamers,

sujetándome por el brazo—. No comprendo nada. —Corrimos hacia la puerta, empujados por un viento cada vez más violento.

Creí saber lo que ocurría; Fay estaba ocupada examinando el panel de control, mientras manipulaba los reglajes de volumen.

Stamers se precipitó hacia ella. Casi fuimos aspirados de vuelta al salón por la succión del aire, cuando el techo ascendió bruscamente. *In extremis*, Stamers cortó el contacto.

Con los ojos aún dilatados por el miedo, se abotonó la camisa mientras miraba a Fay con una pequeña inclinación de cabeza.

—Ha faltado poco, señora Talbot, realmente poco —dijo. Lanzó una risa histérica.

Mientras nos alejábamos por entre las hierbas de las esferas inmóviles, me dijo:

—Es una hermosa propiedad, ¿sabe? Posee un notable pedigree, para una casa que solo tiene ocho años. Una aventura apasionante, una nueva dimensión del habitat.

—Es probable —dije con una débil sonrisa—. Pero de todos modos no es para nosotros.

Hacía dos años que veníamos a Vermilion Sands. Soy abogado, y me había instalado en Playa Roja, a no más de unos treinta kilómetros de distancia. Sin hablar del polvo, el smog y los precios inflacionistas de Playa Roja, la razón principal que me empujaba a instalarme aquí era que un número importante de clientes en potencia se enmohecían en sus viejas casas: estrellas olvidadas, empresarios solitarios, y todo el cortejo de personas litigiosas que eso suponía. Una vez instalado, podría ir de mesa de bridge en mesa de bridge y de cena en cena, estimulando con tacto legítimas indignaciones, impugnaciones de herencias y rupturas de contratos.

Sin embargo, mientras recorríamos Stellavista, empecé a preguntarme si hallaríamos algo que nos gustara. Hubo sucesivamente un zigurat pseudoasirio (su último propietario sufría del mal de San Vito, y todo el edificio se estremecía aún como una loca torre de Pisa), luego un refugio submarino convertido (aquí el culpable era el alcoholismo; se *sentía* la desesperación y la decrepitud chorreando por las paredes húmedas y tenebrosas).

Stamers terminó por renunciar, y nos llevó a un nivel más próximo al suelo. Bueno, las propiedades más convencionales no valían mucho más. Lo malo era que Vermilion Sands estaba compuesta en su mayor parte por edificios construidos en estilo psicotrópico primitivo o primitivo-fantástico, en una época en que las posibilidades del nuevo material bioplástico se les había subido a los arquitectos a la cabeza. Había sido unos pocos años antes de que se hallara un compromiso entre las estructuras sensibles al ciento por ciento y las antiguas casas rígidas y desprovistas de toda reacción. Las primeras casas psicotrópicas estaban tan cubiertas de células sensibles que reaccionaban al menor cambio de humor o de posición, que uno tenía la

impresión de vivir en el cerebro de alguna otra persona.

Desgraciadamente, los bioplásticos necesitan hacer ejercicio, o de lo contrario se endurecen y se cuartean. Mucha gente piensa que sus memorias son de un refinamiento inútil y de una sensibilidad exagerada. Es bien conocida la historia del millonario de origen plebeyo al que el frío arrojó de la casa de un millón de dólares que le había comprado a una familia aristocrática. El lugar se había acostumbrado al ruidoso y colérico humor de los antiguos inquilinos e, intentando adaptarse a los modales corteses del millonario, había reaccionado de forma discordante y paródica.

Pero los ecos de los precedentes habitantes no tienen siempre tan solo desventajas. Muchas casas psicotrópicas de precio razonable resuenan aún con las risas de una familia feliz o con la apacible armonía de un matrimonio bien avenido. Eso era lo que hubiera querido para Fay y para mí. Desde hacía un año nuestra vida en común se iba deteriorando, y una casa bien integrada, provista de reflejos sanos y positivos —digamos los de un próspero director de banco y su dedicada esposa— podía hacer milagros en la tarea de acercarnos de nuevo.

Cuando llegamos al final de Stellavista, me di cuenta, hojeando los folletos, que los directores de banco de costumbres hogareñas eran más bien raros en Vermilion Sands. Los pedigrees rebosaban más bien de grandes cargos de la televisión podridos de úlceras y divorciados al menos cuatro veces, o bien habían sido dejados discretamente en blanco.

El número 99 de Stellavista se hallaba en esta última categoría. Ascendiendo por el camino que conducía a la entrada, comprobé el folleto, pero no daba más información que el nombre de su primera propietaria, una tal señorita Emma Slack, sin precisar su orientación psíquica.

Se veía inmediatamente que se trataba de la casa de una mujer: parecida a una enorme orquídea, desplegada dos pétalos de plastex blanco sobre una plataforma baja rodeada por una franja de grava azul bordeada de magnolias. Entre los dos pétalos — el salón a un lado y las habitaciones al otro—, había una gran terraza en torno a una pequeña piscina en forma de corazón. Se comunicaba con un bulbo central de tres niveles, que contenía el apartamento del servicio y una gran cocina en dúplex.

El estado del lugar parecía bueno. Mientras aparcábamos, examiné los dos pétalos de immaculado plastex; las soldaduras tomaban la apariencia de venillas vegetales.

De todos modos, Stammers no parecía tener mucha prisa en dar el contacto. Una escalera de cristal conducía a la terraza. Allí, nos mostró las particularidades más notables del lugar, sin preocuparse del panel de mandos. Empecé a preguntarme si la villa no estaría en conversión estática: un gran número de casas psicotrópicas son inmovilizadas en posición estable al final de su vida activa, constituyendo así casas estáticas a veces muy agradables.

—No está mal —dije, observando el agua de un azul evanescente, mientras Stammers acumulaba superlativo sobre superlativo. A través del fondo transparente de la piscina veía el coche allá abajo, con el aspecto de una ballena dormitando en el

fondo del océano—. Se parece a lo que estamos buscando. ¿Y si diera el contacto?

Stamers desvió rápidamente hacia Fay.

—Creo que primero deseará ver usted la cocina, señora Talbot. Lo demás no corre prisa. Venga, es por aquí.

La cocina era fabulosa, llena de paneles de mandos resplandecientes y unidades automáticas. Todo estaba empotrado, todo era estilizado, todo tenía un color armoniosamente conjuntado. Complicados chismes se ocultaban por sí mismos en las paredes. Llegué a la conclusión de que al menos necesitaría dos días para conseguir hacerme un huevo duro.

—Un hermoso laboratorio —dije. Fay iba y venía con aire extasiado, pasando la mano por los brillantes cromados—. Aquí puede fabricarse hasta penicilina. —Señalé el folleto con el dedo—. ¿Pero por qué es tan barata la casa? Por veinticinco mil es un regalo.

Los ojos de Stamers brillaron. Su sonrisa significaba que aquel era *mi* día de suerte, *mi* mejor ocasión, la oportunidad de *mi* vida. Me llevó a ver la biblioteca y la sala de juegos, martilleando en mi cabeza todos los méritos de la casa, sin contar las posibilidades de crédito a treinta y cinco años (el dinero al contado parecía no interesarles) y la maravillosa simplicidad del jardín (en gran parte plantas vivaces de poliuretano flexible).

Aparentemente convencido de que yo estaba decidido a comprar, accionó finalmente el contacto.

En aquel momento no sabía aún de qué se trataba, pero comprendí que la casa había debido ser el teatro de extraños acontecimientos. Emma Slack tenía ciertamente una personalidad poderosa y compleja. Mientras recorría lentamente el gran salón, cuyas paredes cambiaban de ángulo y se apartaban a mi paso, y cuyas puertas se dilataban al aproximarse a ellas, percibí los ecos insólitos de los recuerdos incrustados en la casa. No era nada definido, pero era algo de todos modos inquietante, como si alguien me espicara permanentemente. Cada estancia que se acomodaba a mi paso tranquilo parecía contener la promesa de una explosión pasional.

Incliné la cabeza y tuve la impresión de escuchar otros ecos, delicados y femeninos... una graciosa pirueta reflejada en el movimiento fluido de un rincón, un gesto elegante reviviendo en el lento desplegarse de una alcoba. Luego, de pronto, el humor cambiaba, y el inquietante vacío recobraba sus derechos.

Fay tocó mi brazo.

—Es extraño, Howard.

—Pero interesante. No olvides que tus propias reacciones recubrirán las antiguas en el espacio de unos pocos días.

Ella agitó la cabeza.

—No, no podría soportar eso. El señor Stamers tiene que tener algo más *normal*.

—Vamos, querida, no olvides que estamos en Vermilion Sands. No vas a

encontrar aquí ninguna de las normas de cualquier vulgar bloque de apartamentos. Las personas que vivían aquí eran unos individualistas.

Miré a Fay; con su boca y su barbilla infantiles, sus cabellos rubios y su nariz picaresca, parecía asustada y perdida allí; comprendí que no era más que una simple ama de casa que se sentía desconcertada ante la flora exótica de Vermilion Sands.

Pasé un brazo en torno a sus hombros.

—De acuerdo, querida, tienes razón. Busquemos una casa donde podamos relajarnos y ser nosotros mismos. ¿Cómo se lo decimos a Stammers?

Curiosamente, Stammers no pareció decepcionado. Protestó únicamente por puro formulismo y cortó el contacto.

—Comprendo los sentimientos de la señora Talbot —nos dijo mientras descendíamos las escaleras—. Algunos de estos lugares tienen demasiada personalidad. No es fácil vivir con una Gloria Tremayne.

Me detuve en seco a medio bajar un peldaño; un estremecimiento me recorrió.

—¿Gloria Tremayne? La única propietaria indicada aquí era una tal señorita Emma Slack.

—Sí, sí. Gloria Tremayne: Emma Slack según su verdadero nombre. No me digan que yo se lo he dicho, aunque todo el mundo lo sabe por aquí. Preferimos no divulgarlo. Si pronunciáramos su nombre, habría gente que ni siquiera querría venir a echar una ojeada.

—Gloria Tremayne —repitió Fay, asombrada—. ¿Es realmente la estrella de cine que mató a su marido con un revólver? Él era un célebre arquitecto. Howard... ¿no te ocupaste tú de ese asunto?

Mientras Fay seguía hablando, miré fijamente la soleada terraza, y mi espíritu retrocedió en el tiempo, hacia uno de los más célebres procesos de los últimos diez años, cuyo desarrollo y veredicto habían marcado el fin de una generación y puesto a la luz la irresponsabilidad del mundo de antes de la Recesión. Gloria Tremayne había sido absuelta, pero todo el mundo sabía que había matado a sangre fría a su marido, el arquitecto Miles Vanden Starr, mientras dormía. Solo la elocuente actuación de Daniel Hammett, su abogado defensor, asistido por un joven abogado llamado Howard Talbot, la había salvado.

—Sí —le dije a Fay—. Yo participé en su defensa. Me parece como si hiciera siglos de ello. Espérame en el coche, tesoro. Querría comprobar algo.

Antes de que ella pudiera seguirme, volví a subir corriendo hasta la terraza y cerré las pesadas puertas de cristal tras de mí. Los dos pétalos blancos, ahora inertes, se alzaban hacia el cielo a uno y otro lado de la piscina. El agua estaba inmóvil, un bloque transparente de tiempo condensado, en el que por un instante vi las imágenes sumergidas de Fay y de Stammers sentados en el coche, fragmento inmóvil de mi futuro, mientras yo pensaba en Gloria Tremayne.

Durante su proceso, hacía diez años, estuve cada día, durante tres semanas, a menos de un metro de Gloria Tremayne. Como los pocos espectadores que tuvieron la suerte de poder entrar en la sala del tribunal, jamás podré olvidar su máscara glacial y la mirada impasible que dirigía a los sucesivos testigos... chófer, médico forense, vecinos que habían oído el disparo. Era como una deslumbrante araña rodeada de sus víctimas. Jamás dejaba aparecer ninguna emoción, la menor reacción humana. Todos deshacían su tela, hilo a hilo, y ella permanecía sentada en su centro, impasible, sin darle la menor oportunidad a Hammett, satisfecha e inmovilizada en esta imagen de sí misma («El Rostro de Hielo») que, desde hacía quince años, se proyectaba por el mundo entero.

Los miembros del jurado eran incapaces de penetrar esta imagen enigmática, y quizá fue eso lo que la salvó. Debo confesar que, al cabo de dos semanas, yo había perdido todo interés por el desarrollo del proceso. Ayudaba a Hammett en sus alegatos, abriendo y cerrando en los momentos psicológicos adecuados su maletín de madera roja (convertido en el símbolo de Hammett, y muy precioso para distraer la atención de los jurados). Pero mi atención estaba completamente fija en Gloria Tremayne. Intenté atravesar su máscara con la esperanza de entrever su personalidad. Sin duda yo era igual a todos esos jóvenes ingenuos encaprichados en un mito fabricado por un millar de agentes de publicidad. Cuando fue absuelta, me pareció que el mundo volvía a girar de nuevo.

Me importaba poco que la justicia hubiera sido engañada. Cosa curiosa, Hammett la creía inocente. Como muchos abogados prósperos, había basado su carrera en el principio de perseguir al culpable y defender al inocente; lo cual le daba una proporción de éxitos suficiente como para asegurarle una reputación de invulnerabilidad. Cuando defendió a Gloria Tremayne, los miembros del colegio de abogados pensaron que la esplendidez monetaria de los estudios eran los responsables de esta infracción de sus principios. Pero era completamente inexacto. Quizá él también intentara liberarse de su propia imagen.

Por supuesto, no volví a verla jamás. Una vez se hubo estrenado su último film, los estudios la abandonaron. Se oyó hablar nuevamente de ella a propósito de un asunto de estupefacientes consecutivo a un accidente de circulación, luego desapareció en el limbo de las curas de desintoxicación y los hospitales psiquiátricos. Cuando murió, cinco años más tarde, solo unos pocos periódicos le dedicaron más de dos líneas.

Stamers hizo sonar el claxon. Atravesé de nuevo lentamente el salón y las habitaciones, observando el immaculado suelo, acariciando las paredes de satinado plastex, intentando sentir de nuevo el impacto de la presencia de Gloria Tremayne. Oh maravilla, ella estaría allí en todas partes, en forma de mil ecos destilados en cada matriz, en cada célula sensitiva; cada momento cargado de emociones sería un reflejo

suyo, íntimo como nadie, excepto su marido, habría conocido jamás. La Gloria Tremayne de la que me había prendado ya no existía, pero esta casa era un templo modelado por el cincel de su alma.

Al principio todo fue bien. Fay protestó, por supuesto, pero le prometí una estola de visión adquirida gracias a lo que nos ahorramos con la compra de la casa. Cuidé de mantener el volumen a poca potencia durante las primeras semanas, a fin de evitar el enfrentamiento de dos voluntades femeninas. Uno de los principales problemas que plantean las casas psicotrópicas es que al cabo de algunos meses hay que aumentar el volumen si se quiere mantener la misma imagen del anterior propietario, lo cual acrecienta la sensibilidad de las células memorísticas y su índice de contaminación. Paralelamente, el aumento de los cimientos psíquicos acentúa también los cimientos emotivos en bruto y, en vez de obtener la flor exquisita de la presencia anterior, se empiezan a saborear sus heces. A fin de saborear el mayor tiempo posible la quintaesencia de Gloria Tremayne, me racioné deliberadamente, bajando el volumen cuando yo no estaba allí y aumentándolo únicamente por la noche, y solo en las habitaciones donde yo me encontraba.

Desde el principio empecé a dejar un poco de lado a Fay. Debíamos enfrentarnos a los habituales problemas de ajuste psicológico que se le presentan a una pareja casada cuando se cambia a una nueva casa. Desvestirse por primera vez en un nuevo dormitorio es un poco como revivir la noche de bodas. Pero yo estaba enteramente sumergido en la extraña y cautivadora personalidad de Gloria Tremayne, explorando los menores huecos, los más pequeños alvéolos en busca de nuevos ecos.

A menudo, por la noche, sentado en la biblioteca, sentía su presencia en el ligero movimiento de las paredes, o bien flotaba cerca de mí como un súcubo familiar, mientras ordenaba mis libros. Bebiendo mi escocés, cuando la noche se cerraba sobre el azul oscuro de la piscina, analizaba su personalidad, variando deliberadamente mis estados anímicos a fin de suscitar un amplio abanico de reacciones. Las células memorísticas estaban perfectamente armonizadas, tranquilas y disciplinadas, sin revelar el menor fallo de carácter. Cuando saltaba de mi sillón para cambiar bruscamente el estereograma, pasando de Stravinsky a Stan Kenton o al Modern Jazz Quartet, la habitación ajustaba su humor y su ritmo sin el menor esfuerzo.

Y sin embargo, ¿cuánto tiempo necesité para descubrir la presencia de otra personalidad, para sentir de nuevo esa aura inquietante que Fay y yo habíamos captado desde el momento en que Stammers conectara la casa? Varias semanas, sin duda. Al principio, la casa reaccionaba aún a mi ideal. Mientras mi devoción al espíritu de Gloria Tremayne fue el humor dominante, la casa respondía en consecuencia, no ofreciendo más que los aspectos más serenos del carácter de Gloria Tremayne.

Pero muy pronto el espejo iba a oscurecerse.

Fue Fay quien rompió el encanto. Se dio rápidamente cuenta de que a las reacciones iniciales empezaban a superponerse otras, procedentes de una sección del pasado más íntimo y, desde su punto de vista, más peligroso. Tras haber intentado del mejor modo posible acomodarse a ello, hizo varias tentativas para eliminar a Gloria, variando bruscamente el reglaje del volumen y poniendo al máximo los bajos —que realizaban las reacciones masculinas— al tiempo que cortaba los agudos.

Una mañana, la sorprendí de rodillas junto al panel de control, hurgando en el tambor de la memoria con un destornillador, aparentemente con la intención de borrarlo todo.

Le quité la herramienta, cerré el panel y me guardé la llave.

—Querida, la sociedad financiera podría demandarnos si destruimos el pedigree de la casa. Sin él perdería todo su valor. ¿Qué es lo que pretendes?

Se limpió las manos con la falda y me miró directamente a los ojos, alzando el mentón.

—Pretendo poner un poco de orden aquí, Howard, y si es posible salvar mi matrimonio. Quizá la solución esté en algún lugar ahí dentro.

La rodeé con mis brazos, llevándola suavemente a la cocina.

—Querida, te estás volviendo demasiado sensible. Cálmate, no lo estropees todo.

—¿Estropear qué? ¿De qué estás hablando, Howard? ¿Acaso no tengo derecho a querer a mi marido solo para mí? Ya estoy cansada de compartirlo con una neurótica homicida muerta hace cinco años. ¿Acaso eso no es vampirismo?

Había puesto el dedo en la llaga. Las paredes empezaban ya a ensombrecerse y retrocedían ante nosotros. La atmósfera se volvió pesada y electrizada como en un día de tormenta.

—Fay, sabes bien que tienes tendencia a exagerar... —Busqué la cocina, momentáneamente desorientado por la moviente deformación del pasillo—. Date cuenta de la suerte que tienes...

No me dejó terminar. En cinco segundos estábamos en plena discusión. Fay olvidó toda moderación... intencionadamente, supongo, con la esperanza de dañar definitivamente la casa, mientras yo me dejaba arrastrar estúpidamente por mis resentimientos inconscientes. Se marchó como una tromba y fue a refugiarse en el dormitorio, mientras yo buscaba asilo en la sala de estar, irreconocible, donde me dejé caer en el sofá.

Encima mío el techo vibraba y se combaba, adquiriendo un tono ladrillo recorrido aquí y allá por venas escarlatas que iban de una a otra pared. La presión del aire aumentó pero, sumergido en el negro pozo de mi cólera, no tuve el valor de ir a abrir la ventana.

Creo que fue entonces cuando capté la presencia de Miles Vanden Starr. Los ecos de la personalidad de Gloria Tremayne habían desaparecido por completo y, por primera vez desde que nos mudamos, hallé de nuevo mi estado de espíritu normal. La

cólera y el resentimiento que teñían el salón eran notablemente persistentes, mucho más de lo que hubiera debido ser normal después de nuestra disputa. Las paredes siguieron palpitando y crispándose durante más de media hora, cuando ya mi propia irritación se había desvanecido desde hacía rato y examinaba la habitación con unos ojos nuevos.

Esta cólera, que llevaba la huella de una profunda frustración, era evidentemente masculina. Su fuente no podía ser más que Vanden Starr, que había diseñado la casa para Gloria Tremayne y había vivido en ella en su compañía durante más de un año antes de morir. Para haber marcado tan profundamente la memoria de la casa, era preciso que aquella atmósfera de hostilidad ciega y neurótica hubiera persistido durante la mayor parte de aquel tiempo.

Mientras el resentimiento se disolvía lentamente, comprendí que, por el momento, Fay había obtenido lo que deseaba. El aura serena de Gloria Tremayne había palidecido enormemente; el motivo femenino estaba aún presente, en una frecuencia muy aguda, pero la presencia de Vanden Starr era claramente predominante. Aquella nueva tonalidad de la casa me recordó las fotos proyectadas en el proceso, mostrándolo en los años cincuenta, en compañía de Le Corbusier y de Frank Lloyd Wright, o bien inspeccionando, como un dictador maniaco, un grupo arquitectónico en Nueva York o en Tokio, el rostro grueso, visiblemente tiroideo; luego, más tarde, en Vermilion Sands, en los años setenta, evolucionando como un tiburón entre los peces rojos y dorados de la colonia de gente del cine. De todos modos, tenía en su activo algunos brillantes logros arquitectónicos, y sus terribles cambios de humor escondían una potencia real.

Estimulada por nuestra pelea, la presencia de Vanden Starr había descendido sobre el 99 de Stellavista como una nube tormentosa. Al principio intenté recuperar el ambiente idílico del principio, pero simplemente parecía haber desaparecido, y mi despecho no hacía más que exasperar la tormenta. Una característica particularmente lamentable de las casas psicotrópicas es su factor de resonancia. Personalidades opuestas establecen rápidamente sus relaciones, con el eco cediendo inevitablemente ante la nueva fuente. Pero, cuando las personalidades tienen una frecuencia y una amplitud cercanas, se esfuerzan mutuamente. Muy pronto empecé a imitar el carácter de Vanden Starr, y mi creciente exasperación hacia Fay no hizo más que despertar en mayor medida el antagonismo de la casa.

Más tarde, comprendí que de hecho actuaba con Fay exactamente igual a como Starr había actuado con Gloria Tremayne. Paso a paso, seguía el desarrollo de su estrategia, con consecuencias no menos desastrosas.

Fay había captado inmediatamente el cambio de humor de la casa.

—¿Qué le ha ocurrido a nuestra anfitriona? —preguntó al día siguiente durante la cena—. Nuestro hermoso fantasma parece desdeñarte. ¿Puede que el espíritu esté

interesado, aunque la carne sea débil?

—Solo Dios lo sabe —gruñí—. Creo que has conseguido realmente estropearlo todo. —Busqué en vano un eco de Gloria Tremayne en el comedor, pero había desaparecido. Fay fue a la cocina, y yo me quedé mirando fijamente mis entremeses a medio consumir, y de pronto sentí un curioso estremecimiento en la pared situada a mis espaldas; rápido como una flecha, desapareció apenas me volví. Me concentré en vano en aquel primer eco de Gloria desde nuestra disputa. Más tarde, cuando fui a reunirme con Fay, a la que había oído llorar, lo sentí de nuevo.

Fay estaba en el baño. Iba a reunirme con ella cuando capté un eco de angustia femenina, despertado por las lágrimas de Fay. Del mismo modo que el mal humor de Vanden Starr suscitado por mi cólera, persistió durante largo rato después de que hubiera desaparecido la emoción que lo había originado. Se detuvo en el dormitorio, pero pude seguir su rastro por el pasillo, donde se difundió hacia el techo y quedó allá suspendido, inmóvil.

Regresando al salón, me di cuenta de que la casa me observaba como un animal herido.

Dos días más tarde se produjo el ataque contra Fay.

Yo acababa de regresar de la oficina, y me sentía estúpidamente contrariado porque Fay había aparcado su coche en mi lado del garaje. En el vestíbulo, intenté desprenderme de aquella cólera infantil, pero las células sensitivas habían reaccionado ya a la solicitación y se alimentaban de mi odio y de mi irritación, restituyéndola hasta ensombrecer las paredes del vestíbulo, que se agitaron con un hervor espasmódico.

Lancé algunas maldiciones gratuitas contra Fay, que se encontraba en el salón, y luego la oí lanzar un grito. Un segundo más tarde llamó:

—¡Howard! ¡Aprisa!

Corrí hacia el salón y me precipité contra la puerta, reteniéndome un poco para darle tiempo a abrirse; pero siguió rígida, fija en su marco. Toda la casa estaba contraída; fuera, la piscina parecía de plomo.

Fay gritó de nuevo. Agarré la manija de control manual y conseguí abrir la puerta.

Fay, tendida en un sofá en el centro de la estancia, casi había desaparecido, sepultada bajo el techo que se había abatido sobre ella. El masivo plastex había chorreado sobre su cuerpo, formando una bola de un metro de diámetro.

Levanté la flácida masa y conseguí liberar a Fay. Ella se arrojó a mi cuello y se puso a sollozar silenciosamente.

—Howard, esta casa se ha vuelto loca. ¡Creo que intenta matarme!

—Por el amor de Dios, Fay, no seas estúpida. No es más que una acumulación anormal de células sensitivas, sin duda desencadenada por tu respiración. —Le acaricié la espalda para tranquilizarla, recordando la niña con la que me había casado

unos años antes. Una sonrisa flotaba en mis labios mientras el techo se retiraba lentamente y las paredes se iluminaban.

—Howard, tenemos que irnos de aquí —balbuceó Fay—. Vámonos a vivir a una casa estática. Ya sé que es triste, pero tampoco tiene tanta importancia.

—No es solo triste: es mortal. No te preocupes, tesoro, terminarás por estar a gusto aquí.

Fay se soltó bruscamente.

—Howard, no quiero vivir más en esta casa. Estás tan extraño estos últimos tiempos... ya ni te conozco. —Volvió a echarse a llorar, luego señaló al techo—. ¿Te das cuenta de que, si no llego a estar echada, la casa me hubiera matado?

Alisé con la mano el extremo del sofá.

—Sí, sí. Veo incluso las marcas de tus talones. —Sentí la bilis subir en mí, incontenible—. Creía haberte dicho que no te echaras aquí. Esto no es una playa, Fay. Sabes que detesto eso.

Las paredes volvieron a oscurecerse amenazadoramente.

¿Por qué Fay hacía que me irritara tan fácilmente? ¿Era, como creía por aquel entonces, un rencor inconsciente lo que me hacía reaccionar así, o bien era simplemente el vehículo del antagonismo acumulado entre Vanden Starr y Gloria Tremayne, y que se descargaba ahora a través de la infortunada pareja que les había seguido en el 99 de Stellavista? Quizá estaba haciendo esa segunda suposición para disculparme, pero Fay y yo no habíamos sido muy felices durante nuestros cinco años de matrimonio, y estoy seguro de que mi nostálgica inclinación por Gloria Tremayne no había podido transformarse, ella sola, hasta aquel punto.

Fuera lo que fuese, Fay no esperó un segundo ataque. A los dos días, al volver a casa, encontré un mensaje en el memofono de la cocina, donde me decía que no podía seguir soportando mis constantes ataques, ni la casa, y que se iba a vivir a casa de su hermana.

Pasada mi primera indignación, sentí, por triste que sea decirlo, un inmenso alivio. Creía firmemente que Fay era la culpable del despertar de Vanden Starr y de la desaparición de Gloria Tremayne, y que, una vez partido ella, el idilio volvería a comenzar.

Tenía razón... pero solamente en parte. Gloria Tremayne regresó, ciertamente, pero no con el papel esperado. Yo había participado en su defensa ante los tribunales, y hubiera debido esperarlo.

Pocos días después de la marcha de Fay, la casa empezó a vivir con una existencia propia. Sus recuerdos registrados se descargaban independientemente de mi comportamiento. A menudo, al regresar por la noche, delectándome de antemano con mi escocés doble, hallaba las emanaciones de Vanden Starr y de Gloria Tremayne en plena actividad, con la negra y amenazadora personalidad de Starr invadiendo la quintaesencia tenue pero increíblemente tenaz de su esposa, cuya encarnizada resistencia estaba tangiblemente presente. Las paredes del salón se volvían negras y

rígidas, acumulando una cólera dispuesta a estallar, un torbellino siniestro que convergía en una pequeña zona de claridad oculta en un rincón, como para destruir su presencia; pero, en el último momento, el aura de Gloria lo esquivaba con ligereza, dejando al salón agitado por una convulsiva cólera.

Fay había desencadenado esta resistencia heroica, y veía a Gloria Tremayne vivir el mismo infierno. Observé atentamente su personalidad asumir este nuevo papel, reglando el volumen al máximo sin preocuparme de los daños que la casa podía llegar a infligirse. Una tarde, Stammers vino a verme y me propuso hacer revisar los circuitos. Desde la calle había visto a la casa retorcerse y cambiar de color como un pulpo presa de atroces dolores. Le di las gracias por su solicitud, utilizando un pretexto cualquiera para negarme. Más tarde, me diría que yo lo había echado sin contemplaciones. Apenas me había reconocido: recorría la casa oscura y tumultuosa como un loco furioso surgido de una tragedia isabelina, olvidado del mundo y de la compostura.

Aunque completamente invadido por la personalidad de Miles Vanden Starr, terminé por comprender que era él quien había empujado hasta el final a Gloria Tremayne. No puedo hacer más que suposiciones sobre el origen de aquella implacable hostilidad... quizá estaba celoso de su éxito, tal vez ella lo engañara. Cuando finalmente ella reaccionó y lo mató, estoy seguro de que fue un acto de autodefensa.

Dos meses después de su partida, Fay pidió el divorcio. Me precipité como un loco al teléfono y le pedí que renunciara a su demanda, ya que la publicidad que traería aquello iba a arruinar mi nuevo bufete. Fay se mantuvo firme. Lo que más me exasperó fue que parecía más feliz que nunca en los últimos años. Cuando insistí, me explicó que necesitaba divorciarse para casarse de nuevo y, como supremo insulto, se negó a decirme el nombre de mi sustituto.

Cuando colgué, mi cólera ascendió como un cohete. Salí temprano del bufete e hice la ronda de los bares de Playa Roja, acercándome poco a poco a Vermilion Sands. Entré en el 99 de Stellavista como las hordas de Atila, aplastando las magnolias que bordeaban el camino y no consiguiendo aparcar el coche en el garaje hasta la tercera tentativa, tras haber destrozado las puertas automáticas.

Luego, conseguí atrancar la llave en la cerradura, y tuve que romper un cristal para entrar. Como un loco, subí las escaleras que daban a la terraza, eché mi sombrero y mi abrigo a la piscina, luego me precipité al salón. A las dos de la madrugada, estaba en el bar preparándome un último cóctel. Había puesto el último acto de *El crepúsculo de los Dioses* en el estereograma. La atmósfera comenzaba a calentarse realmente.

Antes de irme a acostar, entré en la habitación de Fay para ver qué daños podía infligir a sus recuerdos. Reventé un armario a patadas, pateé el colchón, e hice literalmente enrojecer las paredes con una salva de insultos bien escogidos.

Poco después de las tres, tras haber derramado la mitad del whisky sobre la cama,

me quedé dormido, mientras a mi alrededor la casa giraba como la platina de un inmenso tocadiscos.

No debían ser más de las cuatro cuando fui despertado por un silencio anormal. Estaba tendido atravesado en la cama, sujetando la botella vacía con una mano y una colilla de cigarro con la otra. Las paredes estaban absolutamente inmóviles, desprovistas de ese ligero reflujo que hace vibrar una casa psicotrópica incluso cuando sus ocupantes están dormidos.

La perspectiva normal de la habitación parecía alterada. Escrutando la masa gris e hinchada del techo, escuché, intentando descubrir un ruido de pasos en el exterior. Las paredes del pasillo empezaban a contraerse, el arco de la puerta se ensanchaba como para admitir a alguien. Sin embargo, nadie entró, aunque la habitación se dilató como para recibir a una presencia suplementaria. El techo se combaba. Estupefacto, mantuve una inmovilidad total, observando una zona de presión que se dirigía bruscamente hacia la cama, seguida por el pequeño domo que se había formado en el techo.

La zona de presión se detuvo al pie de la cama y pareció vacilar unos segundos. Pero, lejos de estabilizarse, las paredes empezaron a vibrar rápidamente, agitadas por extraños estremecimientos vacilantes de los que emanaba una sensación de peligro y de indecisión extremas.

Luego, bruscamente, la habitación se calmó. Un segundo más tarde, cuando acababa de alzarme sobre un codo, un violento espasmo la sacudió, retorciendo las paredes y alzando la cama del suelo. Toda la casa se puso a temblar y a retorcerse. Aprisionado en el centro de aquella crisis de epilepsia, el dormitorio se contraía y se dilataba alternativamente, como los ventrículos de un corazón agonizante. El suelo daba bandazos, el techo subía y bajaba peligrosamente.

Busqué mi equilibrio en la cama agitada por convulsiones. Lentamente, la casa se calmó y las paredes recuperaron su alineación. Me levanté preguntándome qué terrible crisis se reflejaba en aquel gran mal psicotrópico; mi cabeza golpeó violentamente contra el techo.

La habitación estaba sumida en las tinieblas; solo tres pálidos rayos de luna se filtraban por los pequeños orificios de aireación practicados en la cabecera de la cama, y que se contraían a medida que las paredes se cerraban. Apoyando mis manos contra el techo, pude experimentar la fuerza de la presión que lo hacía descender. Los bordes de las paredes se desdibujaban, fundiéndose con el techo. La habitación estaba adoptando una forma esférica.

La presión del aire se hacía intolerable. Me precipité hacia los orificios de aireación; se cerraron en torno a mis puños, y el aire escapó silbando por entre mis dedos. Apreté mi rostro contra las aberturas para respirar ávidamente el aire fresco de la noche, intentando en vano apartar el plastex.

El disyuntor de emergencia se hallaba encima de la puerta. Crucé la habitación, trepando por encima de la cama inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados, pero el plastex había recubierto enteramente el aparato.

Con la cabeza baja para evitar el techo, me arranqué la corbata y aspiré, con la boca muy abierta, el aire agitado por las pulsaciones. Prisionero de la habitación, me ahogaba mientras ella reproducía los últimos suspiros de Vanden Starr, el terrible espasmo, la última reacción de su organismo después de que la bala disparada por Gloria Tremayne hubiera atravesado sus pulmones.

Buscando un cortaplumas en mi bolsillo, encontré mi mechero. Lo encendí. La habitación se había convertido en una esfera grisácea de tres metros de diámetro, recorrida por venas gruesas como mi brazo que formaban enormes nudos, aplastando los montantes de la cama.

Con las sienes latiéndome atrozmente, alcé el encendedor y paseé la llama por el opaco fluoglass. Empezó a crepitar y a burbujear, luego vomitó una llama clara y se hendió en dos labios de fuego.

Ahora que el capullo estaba desgarrado, podía ver el deformado pasillo retorcerse hacia la habitación, así como los aplastados contornos del techo del comedor. Deslizándome sobre el plastex fundido, alcé los brazos y me sujeté para trepar al pasillo. La casa parecía completamente dislocada. Las paredes estaban abombadas, los bordes de los techos retorcidos, el agua manaba a chorros de la piscina inclinada sobre sus cimientos. Los escalones de cristal de la escalera estaban rotos, clavando terribles dientes aguzados en la pared.

Corrí hacia la habitación de Fay, hallé el disyuntor, corté el contacto, y activé la alarma de incendios.

La casa vibró aún un poco más pero, al cabo de un momento, se inmovilizó. Me apoyé en la mellada pared y empapé mi rostro en el agua que corría por todas partes.

A mi alrededor, la casa se alzaba como una flor torturada, con sus pétalos desgarrados y marchitos.

De pie en mitad del destrozado jardín, Stammers contemplaba la casa con una expresión en la que el terror se mezclaba con el respeto y la estupefacción. Eran las seis pasadas, y los tres coches de la policía se habían marchado. El teniente había confesado finalmente su derrota.

—Por todos los infiernos, no puedo arrestar a una casa por tentativa de homicidio, ¿no? —me había dicho, con una cierta agresividad. Aquello me había hecho enrojecer de risa, ya que mi embotamiento inicial se había convertido en una alegría histérica.

Stammers intentaba en vano comprender.

—¿Pero qué demonios hacía usted ahí dentro? —preguntó, sin atreverse a alzar la voz.

—Dormía. Y no tema nada: he cortado el contacto. La casa no puede oírle.

Avanzamos sobre el destrozado sendero enarenado, en dirección al negro espejo de agua que recubría el césped. Stammers agitó la cabeza con pesimismo. La casa parecía una pesadilla surrealista; todas las perspectivas eran falsas, todos los ángulos estaban desplazados.

—Ha debido sufrir una crisis de locura —murmuró Stammers—. A mi modo de ver, lo que necesita es un psiquiatra.

—En eso tiene usted razón. De hecho, este es precisamente el papel que he interpretado yo: he reconstruido la situación traumática original a fin de liberar los elementos rechazados.

—No se lo tome a broma. Ha intentado matarle.

—No sea ridículo. El verdadero culpable es Vanden Starr, pero como ha insinuado el teniente, uno no puede arrestar a un hombre muerto hace diez años. Es el recuerdo de su muerte lo que ha terminado por brotar de la memoria de la casa y ha intentado matarme. Quizá fue Gloria Tremayne quien apretó el gatillo, pero fue Starr quien dirigió el arma contra sí mismo. Puede usted creerme... he estado representando su papel durante dos meses. Lo que me atormenta es que, si Fay no hubiera tenido el buen juicio de abandonarme, quizá hubiera terminado por sentirse hipnotizada por la personalidad de Gloria Tremayne hasta el punto de *matarme* y, sin la menor duda, morir ella también.

Con gran sorpresa de Stammers, decidí quedarme en el 99 de Stellavista. Además del hecho de que no tenía dinero suficiente para comprar otra casa, esta contenía para mí recuerdos que no quería abandonar. Gloria Tremayne estaba aún presente, y yo estaba seguro de que Vanden Starr había desaparecido definitivamente. La cocina y las unidades de servicio funcionaban aún y, aparte sus formas atormentadas, la mayoría de las habitaciones eran habitables. Además, yo necesitaba descanso y, para esto, nada mejor que una casa estática.

Evidentemente, en su forma actual, el 99 de Stellavista no puede ser considerada en absoluto como una casa estática típica. Las habitaciones deformadas y los pasillos retorcidos tienen tanta personalidad como no importa cuál casa psicotrópica.

La central psicotrópica sigue funcionando todavía y, algún día, volveré a poner el contacto. Sin embargo, temo que los violentos espasmos que sacudieron a la casa hayan alterado la personalidad de Gloria Tremayne, y que las paredes y techos torturados reflejen las disociaciones contra natura de su espíritu definitivamente alterado. Esta será tal vez una experiencia delirante; pero, incluso deformada, la casa desprende un encanto sutil y cautivador, como la ambigua sonrisa de una mujer hermosa y loca.

A menudo abro el panel de mandos para contemplar el tambor de memoria. La personalidad de Gloria, sea cual sea, está en su interior. Qué fácil sería borrarla. Pero

no puedo decidirme a hacerlo.

Un día, sin embargo, ocurra lo que ocurra, sé que deberé accionar de nuevo el contacto.

Título original:
THE THOUSAND DREAMS OF STELLAVISTA (1962)
Traducción de Sebastián Castro

POR SÍ MISMA

A. GRACIELA PARINI

Amelia Graciela Parini apareció en el ya lejano número 15 de nuestra revista con un excelente relato, *Ardilla*, escrito en colaboración con Sergio Daniel G. vel Hartman. Ahora nos envía este cuento, del que nos dice que «es el primero que pergeña *solita*», y que no considera exactamente de SF. Bueno, sí, quizá, tal vez... pero en este número estamos hablando de la *otra* SF, de modo que, utilizando una expresión típica argentina, nos viene al pelo. Y además el cuento ha entusiasmado con absoluta unanimidad a todo el equipo redactor de la revista que lo ha devorado. Esperamos más relatos de ella. En colaboración con vel Hartman (ya nos anuncia otro) o «solita», no importa. Pero que no espere otros diez años en hacerlo, por favor.

Llegó a su casa mojada, pisoteada, sucia, desencajada. Pero nunca más, se dijo, nunca más. Se dirigió al baño con resolución, desnudándose lenta y juiciosamente. Dobló las prendas sobre el inodoro, tan prolija como siempre. Encendió las luces del espejo grandes para contemplarse:

La cara roja de frío. Las manos heladas. El pelo mojado adherido a las mejillas. El cuerpo ceniciento y algo blando. Falto de sol y oxígeno, pensó. Mejoraré pronto. Esto se acabó. Hasta ahora fui el último orejón del tarro por culpa de mi intenso amor al prójimo, de mi respeto a ultranza. He tenido amantes. ¿Y qué obtuve a cambio de mi amor? Patadas, empujones, sustituciones. Esto se acabó. He pagado con un corazón lleno de cicatrices y llagas que no curan. He recibido elogios por mi brillantez intelectual y mi pobre cerebro prisionero me ha impulsado a arruinar las decisiones.

Sintió un poco de frío y el cuerpo desnudo fue recorrido por un temblor. Abrió el botiquín y sacó una caja envuelta en papel madera ordinario. Sopló la tierra y desenroscó la bandita que lo sostenía. Allí la estaba esperando desde hacía siete años, cuando lo compró por casualidad en una vieja farmacia. El farmacéutico le había dicho que se trataba de un instrumento antiguo, inútil y oxidado; que para qué lo quería; que él lo tenía allí desde que su padre abriera el negocio, a principios de siglo; que nunca había sabido con exactitud para qué servía. Y dale, y dale.

—Está bien —había dicho finalmente el hombre ante su insistencia—. Lléveselo si quiere. ¿Cuánto le puedo cobrar por esto?

Prácticamente se lo regaló.

Sonrió al recordar al pobre viejo. Si, en realidad estaba un poco deteriorado por el tiempo...

Pero cuando probó los engranajes notó que funcionaban bien, duros pero bien.

Se lo colocó sobre el pecho. Hizo un pequeño corte y dos gotitas de sangre muy risueñas cayeron sobre el lavatorio blanquísimo y se escurrieron por el desagüe. Se preguntó si quedaría alguna cicatriz, por aquello del verano y la playa...

Minutos después sostenía en una mano el descorazonador y en la otra su propia víscera, pequeña y palpitante. Hacía apenas dos días que había festejado su cumpleaños número veintiocho, y entre los inútiles regalos recibidos se encontraba una caja de bombones, decorada con un enorme moño de terciopelo azul.

Arrojó los bombones a la basura y guardó su corazón allí. Lo escondió y lo olvidó para siempre en ese mismo instante.

Ya nunca más cometería errores. Su cerebro se podría desarrollar en plenitud, sin interferencias emocionales, sin sabotajes.

¡Adiós fracasos! ¡Hola éxitos!

Durante los siguientes seis meses se dedicó a estudiar y seleccionar a los mejores candidatos. Luego de prolijas investigaciones, desechó a todos menos uno. Tuvo serias dificultades para elegir entre una sarta de buenos para nada, nimbados por el aura del triunfo fácil, los fracasados de mañana. Pero debía optar por alguno; el menos malo.

Se inclinó por el mejor semental. Un tipo que poseía dos pequeñas fábricas en el conurbano, de las cuales estaba muy orgulloso; gordo de vanidad y soberbia por tan poco, el muy idiota. Ella sabía que tal pequeño símbolo de prosperidad resultaría una estrella fugaz y que con el correr de los años, su ignorancia e ineficacia, mezclada con buena mesa y regada con mejores vinos, echaría todo a perder.

Esto no la preocupaba demasiado, por el momento. Tenía un buen margen de seguridad antes del desmoronamiento, suficiente para criar a sus hijos. Luego... luego ya se ocuparía ella de ese aspecto de la cuestión.

Los años que siguieron la encontraron con seis hijos y espléndidas perspectivas.

Se miró en el espejo. Lucía el guardarropa de verano que había encargado en Italia y Francia. Halló a una mujer bellísima. Se acercó más en busca de aquellas incipientes líneas en la piel que descubriera tiempo atrás. No las encontró. Habían desaparecido. Definitivamente, no estaban. La ausencia de conflictos, se dijo. El espejo le regaló una sonrisa congelada.

Sin marcas. Sin huellas. Vamos bien. No pudo menos que felicitarse por aquella lejana determinación. Brillante. Eficiente. Perfecta. Sentía que crecía, que su cerebro funcionaba aceitadamente...

El teléfono sonó y sonó y sonó y la torpe muchacha, cruzada de india toba y buen cristiano, no llegó a tiempo.

Ella descolgó el tubo de mal humor, interrumpiendo su clase de yoga.

Las noticias no eran buenas o malas. Solo previsibles. El secretario privado de su marido trabajaba para ella desde hacía cuatro años. Su tarea consistía en llamarla diariamente, informándole de toda novedad que se produjera en torno de su marido o

de las fábricas. Así, el empleado ganaba su excelente sueldo oficial y otro, no menos importante, que llegaba todos los meses, puntualmente a su casa, en billetes flamantes, embutidos en un pulcro sobre blanco.

—Salgo un momento —anunció, colgando el auricular—. Voy a vestirme. Que no me molesten.

Cuando regresó, a la criada se le cayó la mandíbula y los ojos se le transformaron en dos platos de mármol negro.

—¡No me mires así! —ordenó—. Y cuando vuelva quiero encontrar los placares vacíos, ¿entendiste? Vacíos.

La muchacha sacudió las mechas y el flequillo le tapó la frente.

—Tirá todo. O mejor no. Te lo regalo. Es ropa que ya no volveré a usar más. ¡Movete, tarada!

—Si señor... a.

Bajó por el ascensor de servicio y eludió al chófer que aguardaba al volante del Mercedes leyendo el diario. No la vio. O tal vez sí *lo vio*.

Tomó un taxi para llegar a la fábrica Uno. Sin dar explicaciones al guardia de seguridad, transpuso la verja y recorrió el camino de grava con paso firme y seguro. Pasó delante de la recepcionista sin que esta diera muestras de conocer su identidad. La chica se estaba coloreando las uñas. Una secretaria trató de cerrarle el paso. La hizo a un lado con rudeza. Abrió la puerta del despacho de su marido.

Entró. Un bello ángel exterminador. Toda la luz y todo el fuego.

Al marido le costó reconocerla. Se ajustó los anteojos y frunció el ceño. Su rostro era la máscara de la perplejidad.

—¿Qué hacés vestida así, con mi traje?

—No supondrás que vine hasta aquí para contestar a tus imbéciles preguntas, y menos aún para charlar de modas. —Se sentó en el brazo de un sillón amarillo—. He venido a comunicarte que te relevo. Este dinero cubre los gastos de un pasaje a la Luna, a un crucero por el Caribe o a una excursión a la mierda, según prefieras, a mi me da lo mismo. —Le extendió un cheque que ostentaba siete dígitos... en dólares—. Y esto es para que te mantengas solo, de ahora en adelante. Tenés veinticuatro horas para retirar tus cosas de mi casa y hacerte humo.

Y él se esfumó. Nunca más se supo dónde estaba o qué hacía.

Cuando, a su llamado, el secretario penetró en el despacho, fingió no ver nada especial en aquella extraña mujer de riguroso traje de alpaca color crema, camisa de seda oscura y corbata amarilla del mismo material; zapatos con cordones, gemelos de oro filigranado y sonrisa de cristal.

El aire olía muy intensamente. A ozono, tal vez. O a incienso. No supo con exactitud de cual de los dos se trataba.

En menos de setenta y dos horas liquidó dos empresas deficitarias y reunió a las

demás en una sola, dotándola de unidades de mantenimiento semiautónomas, pero reteniendo el control en una sola mano: la de ella. Eliminó a todo el personal que consideró superfluo, y el saneamiento le proporcionó una enorme cantidad de dinero, lo que le permitió diversificar sus inversiones en rubros insólitos y acrecentar geométricamente su fortuna.

En apenas cinco años, la empresa matriz obtenía de sus subsidiarias todas las materias primas. Una fortaleza cariñosamente protegida, a resguardo de cualquier amenaza o colapso externo. Una ojiva en su silo. Tal cual.

Dedicó sus últimos años al estudio. Antropología, filología, etnología. Rúnico. Arameo. Sajón. Viajes, Hallazgos. El fondo del Egeo y la cumbre del Dhaulaghiri. El dinero utilizado con propósitos racionales y no para satisfacer los mezquinos apetitos de la emoción.

Cuando sus fuerzas comenzaron a menguar, delegó algunas actividades en una de sus nietas. Le gustaba esa chica, la única que había recibido naturalmente el legado que ella pretendía perpetuar y que le había costado tanto obtener. Sus otros nietos no valían. Ninguno lo que esa chica. Le tenía confianza; le gustaba verla moverse, dando los pasos exactos, como una araña, cada pata estirada con un propósito concreto. Si, le gustaba mucho; funcionaba, como ella solía decir; tenía talento, y sabía cómo usarlo.

Cavilaba: Una nueva expedición, a Egipto y Sudán. Y esa chica al frente de todo un ejército de especialistas y mi dinero detrás...

Fue sorprendida y arrebatada por un golpe sordo.

La puerta saltó en mil pedazos y un hombre apareció en el vano.

—He venido a matarla —dijo—. Usted causó la ruina de mi familia al cerrar la fábrica. Mi padre no encontró otro trabajo y la desocupación lo precipitó en las garras del alcohol. Murió en un hospital cualquiera, con el hígado devorado por el gin...

—No valía nada el tipo. Nada se perdió —respondió con serenidad.

—Mi madre salió a trabajar en lo que pudo; mis hermanas y yo éramos pequeños.

—Ya ve. En lugar de enfurecerse debería agradecerme. Sin saberlo impulsé a esa mujer para que educara a sus hijos con prescindencia de un borracho inservible. De otro modo, jamás hubiera levantado la cabeza del barro, de la rutina y la sumisión.

—Pero usted no tiene idea de lo que sufrimos. No tiene idea del hambre, el frío, el dolor, la miseria; mis hermanas entregadas a la prostitución, yo a la delincuencia... Fueron años terribles, años de...

—De templanza, de robustecimiento. Insisto, ustedes deberían darme las gracias.

Sonaron dos disparos y luego, a los pocos segundos, un tercero. Ella se incorporó, avanzando hacia el hombre petrificado; una estatua de granito azul. Tres disparos certeros en el pecho. Limpios. Exactos. Había venido para ajustar una vieja cuenta, pero le había faltado grandeza de juicio, actuando guiado solo por su pasión, por la

cólera que enceguece los sentidos y embota el pensamiento. Careció de agudeza, el estilo y la chispa del creador. ¡Pobre diablo! Se llevaría a costas su fracaso, una pesada carga para arrastrar durante lo que le quedara de vida. ¿Cómo saber que debía apuntar un poco más arriba?

El fuego crepitaba en la chimenea y ella lo contemplaba absorta. Supo entonces que su hora había llegado. Hacía tiempo que lo sospechaba, cuando notó que sus pensamientos no tenían la claridad musical de antaño y las acciones que proyectaba no se realizaban con belleza y simetría, ya no tenían la esbeltez de las columnas dóricas ni el arco perfecto de los portales góticos. Su cerebro decaía, le faltaba contundencia. Reuniría lo que tenía que reunir y se marcharía.

Buscó la caja olvidada.

No la encontró.

¡Imposible!

¡Qué le sucediera a ella!

No quería preguntar, hasta que al fin, vencida, no tuvo más remedio. Llamó a su criada. Nada sabía o se hacía la burra. ¡La muy taimada! Son todas iguales. Trató de forzar a la chica a recordar si la había visto alguna vez. Inútilmente. Recorrió cuartos olvidados y sacudió a sirvientes desconocidos. Nada.

—Yo la vi —la interrumpió su nieta favorita.

—¿Vos?

—Sí. Despedía un olor requeteasqueroso, a vinagre, a rata muerta, a pescado podrido.

—Y qué hiciste...

—Qué iba a hacer. ¡La tiré a la basura!

La muerte acababa de cerrarle la puerta. Y su castigo sería la senilidad, la decadencia lenta e indefectible. Y peor aún: la conciencia de esa ruina inexorable, implacable.

No lo permitiría.

No le sucedería a ella, que había materializado la exactitud y la precisión del intelecto emancipado. No resistiría asistir a su marchitamiento.

Preparó un bolso con nada. Mucho dinero y nada más. Ni ropa, ni efectos personales. No los necesitaría.

—¿Sale la señora? Le hago preparar el coche.

—No te molestes. Voy en tren.

—Haré que la alcancen hasta la estación. Es una noche de perros.

—No te molestes —dije.

Partió.

A la mañana siguiente, un fuerte olor a campo, a tierra recién llovida, la golpeó con furia. Los pájaros cantaban y las hojas, aún las más humildes, brillaban con

altivez. A lo lejos, un gallo despertaba al pueblo. Caminó. Como era muy temprano, tuvo que esperar a que abrieran tras aporrear puertas y ventanas.

—¿Señora? —preguntó al cabo un jovencito pecoso y semidormido.

—Quisiera comprar un descerebrador, por favor.

EL VALIENTE TOSTADORCITO

(Cuento para dormir a los pequeños aparatos electrodomésticos)

THOMAS M. DISCH

Si alguna vez la SF se ha alejado *realmente* de la SF, este es el caso, dirán inmediatamente los más puristas de nuestros lectores. Thomas M. Disch, que ha sido calificado por algunos críticos como «un autor de obras neuróticas, negras y desesperadas», parece haber dado un giro de 180° a su estilo, y nos ofrece aquí este «cuento para dormir a los pequeños aparatos electrodomésticos», que es una hilarante parodia tecnificada de los cuentos con que nuestras abuelitas nos dormían de pequeños. Sus héroes: nada menos que un tostador, un aspirador, una lámpara extensible, una esterilla eléctrica, y una radio/despertador (solo AM). Ahí es nada. Ah: antes de que los puristas citados se mesen los cabellos; señalemos también que este descabellado pero incisivo relato quedó finalista de los premios Hugo de 1981, y fue elegido (véase ND 138) como el mejor relato *de SF* aparecido durante el año pasado en la votación efectuada por los exigentes lectores del excelente fanzine *Locus*. Sí, no podemos negarlo: algo se mueve en la SF norteamericana...

Cuando el acondicionador de aire fue a vivir a la cabaña de veraneo, era ya un trasto jadeante y gimoteante y viejo e inservible y pasado de moda. Los otros aparatos electrodomésticos se sintieron tristes y preocupados, pero cuando finalmente dejó de funcionar por completo sintieron también un claro alivio. En todo aquel tiempo nunca se habían sentido amistosos con él... realmente nunca.

Había cinco aparatos electrodomésticos en la cabaña. El aspirador, siendo el más viejo y además de un tipo sólido y en el que se podía confiar (era un Hoover), era su jefe, en la medida en que puede decirse que tuvieron uno. Luego había una radio/reloj despertador de plástico blanco (AM tan solo), una alegre esterilla eléctrica de color amarillo, y una lámpara extensible que procedía de una subasta de un monte de piedad y que debido a ello especulaba, a altas horas de la noche, acerca de si aquello la hacía mejor o peor que los demás electrodomésticos comprados normalmente en una tienda. Finalmente estaba el tostador, un pequeño y brillante Sunbeam. Era el miembro más joven del pequeño clan, y el único que había vivido toda su vida allí en la cabaña, puesto que los otros cuatro habían sido traídos por su amo de la ciudad hacía años y años y años.

Era una cabaña acogedora... más bien fría en el invierno, por supuesto, pero a los aparatos electrodomésticos esto no les importaba. Estaba situada en el borde septentrional de un inmenso bosque, a kilómetros de distancia del más próximo vecino y tan lejos de la más cercana carretera que no se oía nada, ni de día ni de noche, excepto el peculiar ulular y los ruidos propios del bosque y los

tranquilizadores sonidos de la propia cabaña... el crujir de las vigas de madera o el tabalear de las gotas de lluvia en las ventanas. Se habían criado en aquel medio campestre, y amaban tiernamente la pequeña cabaña. Aunque se les hubiera ofrecido la posibilidad, lo cual no era el caso, no hubieran deseado ser llevados de vuelta a la ciudad cada año en el Día del Trabajador, cosa que sí hubieran aceptado otros aparatos eléctricos tales como la batidora y el televisor y el dispositivo eléctrico de la cisterna del water. Ellos *estaban* dedicados a su amo (era algo propio de su naturaleza de electrodomésticos), pero el vivir tanto tiempo en los bosques los había transformado de una forma sutil e indefinible que hacía que cualquier otra forma de vida alternativa les resultara casi impensable.

El tostador era un caso especial. Había venido directamente a la cabaña desde una casa de ventas por correspondencia, lo cual hacía que se sintiera un poco más curioso que los otros cuatro acerca de la vida urbana. A menudo, cuando estaba solo, se preguntaba qué tipo de tostador tendría su amo en su apartamento de la ciudad, y su opinión particular era que, fuera cual fuese la marca de aquel otro tostador, no era posible que hiciera unas tostadas más perfectas que las suyas. No demasiado tostadas, no demasiado poco hechas, ¡siempre crujientes y del mismo color uniformemente dorado! Sin embargo, nunca hablaba de esto en presencia de los demás, puesto que todos ellos se sentían sujetos a períodos de mórbidas dudas acerca de su auténtica utilidad. El viejo Hoover maldecía a veces durante horas y horas a las nuevas generaciones de aspiradores, con sus chasis ligeros, sus largos y culebreantes tubos flexibles, y sus depósitos para el polvo desechables. La radio lamentaba que no pudiera captar la FM. La esterilla sentía la necesidad de un lavado en seco, y la lámpara no podía dejar de mirar una simple bombilla de 100 vatios sin una punta de envidia.

Pero el tostador estaba muy satisfecho de sí mismo, gracias. Aunque sabía por las revistas que había tostadores que podían tostar cuatro rebanadas a la vez, no creía que su dueño, que vivía solo y parecía tener pocos amigos, pudiera llegar a desear un tostador de tan desmesuradas proporciones. Con las tostadas, lo que importa es la calidad, no la cantidad: este era el credo del tostador.

Viviendo en una cabaña tan confortable, rodeados por el extraño y hermoso bosque, uno podría pensar que los aparatos electrodomésticos no tendrían ninguna queja ni nada de que preocuparse. Bien, ese no era el caso. Todos estaban muy desesperados y nerviosos y se sentían desamparados y no sabían qué hacer... porque les habían abandonado.

—Y lo peor de todo —dijo la radio— es no saber *por qué*.

—Lo peor de todo —admitió la lámpara extensible— es ser dejados de esta forma en la oscuridad. Sin ninguna explicación. Sin saber *qué* puede haberle ocurrido al amo.

—Dos años —suspiró la esterilla, que antes era tan alegre y ocurrente y ahora se mostraba tan melancólica.

—Más bien casi dos años y medio —señaló la radio. Puesto que además de radio era reloj, tenía un sentido muy exacto del tiempo que pasaba—. El amo se fue el 25 de setiembre de 1973. Hoy estamos a 8 de marzo de 1976. Esto hace dos años, cinco meses y trece días.

—¿Supones —dijo el tostador, expresando en voz alta el secreto temor que ninguno de ellos se había atrevido a decir claramente antes— que él sabía, cuando se fue, que no iba a volver? ¿Que *sabía* que estaba abandonándonos... y tenía miedo de decirlo? ¿Es eso posible?

—No —declaró el viejo y fiel Hoover—. ¡No es cierto! Estoy casi convencido de que nuestro amo no hubiera abandonado una cabaña llena de aparatos electrodomésticos en perfecto estado de funcionamiento dejándolos para que se... ¡se oxidaran!

La esterilla, la lámpara y la radio se apresuraron a mostrar su acuerdo de que su amo nunca se hubiera mostrado tan negligente con ellos. Algo debía haberle ocurrido... un accidente, una emergencia.

—En este caso —dijo el tostador—, simplemente debemos ser pacientes y actuar como si nada fuera de lo normal hubiera ocurrido. Estoy seguro de que esto es lo que el amo espera de nosotros.

Y eso fue lo que hicieron. Cada día, a lo largo de aquella primavera y verano, se atuvieron a sus tareas específicas. La radio/despertador se conectaba cada mañana a las siete y media en punto, y mientras dejaba oír su música pegadiza el tostador (aunque le faltaba lamentablemente el pan) pretendía hacer dos crujientes tostadas. O, si el día parecía ser especial en algún sentido, tostaba unas rebanadas de brioche o de pastel. Fuera cual fuese el tipo de brioche empleado, había que cortarlo a rodajas *muy* exactas en grosor a fin de que encajaran sin problemas en las ranuras. De otro modo, cuando estaban tostadas, no saltaban con la bastante facilidad. El brioche era mejor tostarlo generalmente en la parrilla. Pero *no había* parrilla en la cabaña, nada excepto una vieja cocina de gas, de modo que el tostador hacía lo mejor que podía. En cualquier caso, los brioches imaginarios tienen pocas posibilidades de atorarse.

Esta era la agenda de la mañana. Por la tarde, los martes y los viernes, el viejo Hoover iba y venía por toda la cabaña aspirando la más pequeña suciedad y la menor mota de polvo. Eso representaba en realidad poco trabajo, ya que la cabaña era más bien pequeña, y estaba muy bien cerrada, de modo que el polvo y la suciedad no tenían muchas oportunidades de penetrar, excepto los días en que el propio aspirador salía fuera para vaciar en el lindero del bosque el escaso polvo que había acumulado en su bolsa.

Al atardecer, la lámpara extensible movía su interruptor a la posición ENCENDIDO,

y los cinco aparatos se instalaban en la zona de la cocina de la única habitación de la planta baja, hablando o escuchando las noticias del día o simplemente mirando por las ventanas hacia la triste soledad del bosque. Luego, cuando era la hora de que los demás aparatos se desconectarán, la esterilla subía las escaleras hasta el pequeño dormitorio donde, puesto que las noches eran normalmente frescas, incluso en pleno verano, desprendía durante toda la noche un agradable calor. ¡Cómo hubiera apreciado el amo la esterilla en esas frescas noches! ¡Qué acogedoramente se hubiera acurrucado bajo su suave relleno de lana amarilla que protegía sus resistencias! Si tan solo hubiera estado allí.

Finalmente, un bochornoso día a finales de julio, cuando las satisfacciones de su dedicada y bien ordenada vida empezaba ya a dejarles insatisfechos, el tostador habló de nuevo.

—No podemos seguir así —declaró—. No es natural que los aparatos electrodomésticos vivan solos. Necesitamos gente a quien cuidar, y necesitamos gente que cuide de *nosotros*. Pronto, uno tras otro, vamos a estropearnos, como el pobre acondicionador de aire. Y nadie nos reparará, porque nadie sabrá lo que ha ocurrido.

—Me atrevería a decir que *todos* nosotros somos mucho más resistentes que cualquier acondicionador de aire —dijo la esterilla, intentando mostrarse valiente. (Hay que decir también que la esterilla nunca había demostrado excesivas inclinaciones hacia el acondicionador de aire o cualquier otro aparato cuya función fuera hacer que las cosas se enfriaran).

—Eso está muy bien para *ti* —rezongó la lámpara extensible—. Tú puedes funcionar durante años, supongo, ¿pero qué será de mí cuando mi bombilla se quemé? ¿Qué será de la radio cuando se le suelte alguna conexión?

La radio lanzó un desanimado gruñido de estática.

—El tostador tiene razón —dijo el viejo Hoover—. Hay que hacer algo. Hay que hacer algo definitivo. ¿Alguno de vosotros tiene alguna sugerencia?

—Si pudiéramos telefonar al amo —dijo el tostador, pensando en voz alta—, la radio podría simplemente plantearle la cuestión. *Él* sabría lo que deberíamos hacer. Pero el teléfono fue cortado hace casi tres años.

—Dos años, diez meses y tres días, para ser exactos —dijo la radio/despertador.

—De modo que no nos queda otra solución que ir al encuentro de nuestro amo por nuestros propios medios.

Los otros cuatro aparatos miraron al tostador mudos de sorpresa.

—No es la primera vez que ocurre algo así —insistió el tostador—. ¿Acaso no recordáis?... La semana pasada la radio nos contó la historia de un pequeño fox-terrier que fue abandonado accidentalmente, como nosotros, en una cabaña de verano. ¿Cuál era su nombre?

—Grover —dijo la radio—. Lo oímos en el primer informativo de la mañana.

—Exacto. Y Grover halló el camino de vuelta hasta su amo, a centenares de kilómetros de distancia, hasta una ciudad en algún lugar del Canadá.

—Winnipeg, recuerdo —dijo la radio.

—Exacto. Y para conseguirlo tuvo que atravesar pantanos y montañas y enfrentarse a todo tipo de peligros, pero finalmente halló su camino. De modo que si un estúpido perro pudo hacerlo, pensad en lo que serán capaces de realizar cinco sensibles aparatos electrodomésticos, trabajando juntos.

—Los perros tienen patas —objetó la esterilla.

—Oh, no seas una esterilla mojada —respondió el tostador con aire burlón.

Hubiera debido conocerla mejor. La esterilla, que no tenía demasiado sentido del humor, y cuyos sentimientos se herían muy fácilmente, empezó a lloriquear y a quejarse de que ya era hora de que se fuera a la cama. No hubo nada que hacer a menos que el tostador le pidiera formalmente disculpas, lo cual finalmente hizo.

—Además —dijo la esterilla, algo más ablandada— los perros tienen olfato. Así es como descubren su camino.

—Sobre esto —dijo el viejo Hoover— no hay olfato que funcione mejor que el mío. —Y para demostrar sus capacidades se puso en marcha y realizó una profunda y estruendosa aspiración por toda la alfombra sobre la que estaban.

—¡Espléndido! —declaró el tostador—. El aspirador será nuestro olfato... y también nuestras patas.

El Hoover se desconectó y dijo:

—¿Perdón?

—Oh, quería decir nuestras *ruedas*. Estoy seguro de que todo el mundo sabe que, hoy por hoy, las ruedas son mucho más eficientes que las patas.

—¿Y qué hay con el resto de nosotros? —preguntó la esterilla—. ¿Los que no tenemos ruedas *ni* patas? ¿Qué es lo que vamos a *hacer*? Yo no puedo *arrastrarme* todo el camino hasta donde sea, y si lo intentara quedaría muy pronto hecha jirones.

La esterilla estaba ciertamente muy nerviosa, pero el tostador era un buen diplomático, respondiendo a todas las objeciones con un tono suave e implacablemente lógico.

—Tienes toda la razón, y la radio y yo estaríamos en un estado aún peor si intentáramos viajar una distancia tan grande por nuestros propios medios. Pero eso no es necesario. Porque vamos a pedir *prestadas* algunas ruedas...

La lámpara extensible se encendió:

—¡Y construiremos una especie de carruaje!

—Y *conduciremos* todo el camino hasta allí —dijo la radio—, cómodos y descansados. —Sonaba, en aquellos momentos, exactamente como un locutor publicitario.

—Bueno, no estoy segura —dijo la esterilla—. *Creo* que puedo ser capaz de hacerlo.

—La cuestión —dijo el tostador, volviéndose al Hoover— es saber si *tú* serás capaz de hacerlo.

El aspirador emitió desde lo más profundo de su motor un rugido de tranquila confianza.

* * *

No fue tan fácil como había supuesto el tostador hallar un juego de ruedas utilizable. Las que había pensado al principio pertenecían al cortacésped que estaba en el cobertizo, pero la tarea de sacarlas de las recias cuchillas estaba más allá de las limitadas posibilidades de los electrodomésticos. Así que, a menos que el Hoover estuviera dispuesto a cortar una franja de hierba por todas partes donde fueran, lo cual no era el caso, las robustas ruedas de caucho del cortacésped debían ser dejadas de lado.

La esterilla, que estaba ahora llena de espíritu aventurero, sugirió que podía utilizarse la cama del dormitorio de arriba, puesto que iba montada sobre cuatro ruedas. Sin embargo, el peso y la dificultad de manejar la cama les hicieron desistir también. Ni siquiera en una carretera llana tendría el Hoover suficiente potencia como para tirar de tal peso... ¡y mucho menos por caminos en mal estado!

Y eso pareció terminar con el asunto. No había otras ruedas disponibles en la cabaña, a menos que uno contara con la pequeña ruedecilla afiladora del afilacuchillos. El tostador dio vueltas y más vueltas a su cerebro buscando la forma de utilizar el afilacuchillos, pero ¿qué tipo de carruaje podía construirse con una sola rueda que apenas tiene cuatro centímetros de diámetro?

Luego, un viernes, mientras el Hoover estaba haciendo su limpieza, la idea que el tostador había estado esperando llegó por fin. El Hoover, como siempre, estaba quejándose del viejo sillón de oficina con armadura metálica que había ante el escritorio del amo. Ningún golpe ni empujón había conseguido correr sus patas tubulares de los huecos que habían practicado en la alfombra. Mientras el aspirador se iba poniendo más y más nervioso, el tostador se dio cuenta de que el sillón se hubiera movido muy fácilmente... *¡si aún hubiera tenido sus ruedas originales!*

Los cinco aparatos necesitaron la mayor parte de la tarde para volcar la cama del dormitorio y quitarle las ruedas. Pero no tuvieron ningún problema en ponerlas en el sillón. Entraron en las patas tubulares como si hubieran sido hechas para ellas. Los componentes intercambiables *son* una bendición.

Y ahí tenían su carruaje, listo para partir. El asiento acolchado era lo suficientemente amplio como para que cupieran los cuatro pasajeros, y además, debido a su altura, les ofrecía una excelente perspectiva. Pasaron el resto del día conduciéndolo alegremente arriba y abajo desde el abandonado jardín de la cabaña hasta el buzón de la entrada, a lo largo del camino enarenado. Allí, sin embargo, tuvieron que detenerse, porque el aspirador no podía ir más lejos, ni siquiera

utilizando todos los alargadores que consiguieron encontrar en la cabaña.

—Si al menos —dijo la radio con un añorado suspiro— yo tuviera aún las viejas pilas...

—¿Pilas? —inquirió el tostador—. No sabía que tuvieras pilas.

—Fue antes de que tú vinieras —dijo tristemente la radio—. Cuando era nueva. Pero mis primeras pilas se oxidaron, y el amo no se molestó en cambiarlas. ¿Para qué necesitaba otras pilas, si podía utilizar la corriente de la casa?

—No veo que utilidad podrían tener para *mí* tus pequeñas pilas de voltio y medio —observó irritadamente el Hoover.

La radio pareció dolida. Normalmente el Hoover nunca hubiera hecho una observación tan hiriente y poco considerada, pero las semanas de preocupación habían causado su efecto en todos ellos.

—Es *nuestro* problema —hizo notar el tostador, en un tono de suave reproche—, y la radio tiene razón, y tú lo sabes. Si pudiéramos *encontrar* una batería lo suficientemente grande, podríamos fijarla bajo el asiento del sillón y partir esta misma tarde.

—¡Si! —resopló burlescamente el Hoover, apoyándose en el condicional—. ¡Si! ¡Si!

—¡Y yo sé donde podemos encontrar una batería de las dimensiones que necesitamos! —saltó la lámpara extensible—. ¿Habéis mirado alguna vez en ese cobertizo que hay detrás de la cabaña?

—¡En el cuarto de los trastos! —dijo la esterilla con un estremecimiento de horror—. ¡Por supuesto que no! Está oscuro, y húmedo, y hay arañas por todas partes.

—Bueno, yo estuve ahí precisamente ayer, husmeando un poco, y había *algo* detrás del rastrillo roto y los viejos botes de pintura... una especie de caja grande, negra, Por supuesto, no era nada parecido a *tus* hermosos cilindros brillantes y rojos. —La lámpara extensible giró su caperuza hacia la radio—. Pero ahora que pienso en ello, puede que fuera algún *tipo* de batería.

Todos los aparatos se atropellaron en dirección al cobertizo, y allá en el rincón más oscuro, como había supuesto la lámpara, estaba la batería de repuesto del viejo Volkswagen del amo. La batería estaba completamente nueva cuando había decidido cambiar el VW por un Saab amarillo, de modo que la había cambiado por una peor, y había dejado la nueva en el cobertizo y —¿acaso no ocurre siempre así?— la había olvidado allí.

Entre el viejo Hoover y el tostador sabían lo suficiente de los principios básicos de la electricidad como para ser capaces, muy rápidamente, de adaptar la batería de modo que sirviera a sus necesidades en vez de a las de un automóvil. Pero antes de que cualquiera de los pequeños aparatos electrodomésticos que podáis estar escuchando esta historia empecéis a pensar que podéis hacer lo mismo, dejadme

advertiros: LA ELECTRICIDAD ES MUY PELIGROSA. ¡No juguéis *nunca* con las viejas baterías! ¡No introduzcáis *nunca* vuestras clavijas en una toma de corriente desconocida! Y si tenéis alguna duda respecto al voltaje de la corriente allá donde estáis viviendo, *preguntad primero a un aparato electrodoméstico mayor*.

Y así partieron en busca de su amo a la lejana ciudad donde vivía. Pronto la querida casita de la cabaña de verano se perdió de vista entre las hojas y ramas de los árboles del bosque. Se fueron adentrando más y más en las frondas. Solo unos débiles y ocasionales destellos de luz solar atravesaban el intrincado verdor que se entrelazaba sobre sus cabezas para guiarles en su camino. El sendero giraba y se retorció hacia todos lados con una asombrosa complejidad. El mapa de carreteras que habían llevado consigo se reveló completamente inútil.

Hubiera sido mucho más sencillo, por supuesto, haber seguido directamente la carretera nacional hasta la ciudad, puesto que allí es donde desembocan siempre las grandes carreteras. Desgraciadamente, esta opción no les resultaba posible. Cinco aparatos electrodomésticos tan saludables y funcionales como ellos no hubieran dejado de llamar la atención a los seres humanos que viajaran en el mismo sentido, y es una regla que todos los aparatos electrodomésticos deben obedecer el que, cuando los seres humanos les estén observando, deben permanecer completamente inmóviles. De modo que en una carretera muy frecuentada se hubieran visto inmovilizados la mayor parte del tiempo. Además, había una razón aún más poderosa para permanecer fuera de la carretera... el peligro de los piratas. Pero esa es una posibilidad tan horrible y aterradora que es mejor que simplemente no pensemos en ella. Además, ¿quién ha oído hablar de piratas en medio de los bosques?

El sendero giraba y se retorció y ascendía y bajaba, y el pobre viejo Hoover empezó a sentirse muy pronto cansado. Incluso con la energía que la batería le proporcionaba, no era una tarea fácil abrirse camino en un terreno accidentado, especialmente con la carga añadida del sillón de oficina y sus cuatro pasajeros. Pero excepto por su zumbido un poco más fuerte que de costumbre, el viejo aspirador efectuaba su trabajo sin ninguna queja. ¡Qué lección para todos nosotros!

En cuanto al resto de ellos, estaban de un excelente humor. La lámpara tendía su largo cuello en todas direcciones, lanzando exclamaciones ante todo lo que veía, e incluso la esterilla olvidó pronto sus temores y se unió al espíritu general de unas vacaciones llenas de aventuras. Las resistencias del tostador se estremecían constantemente con la excitación. ¡Todo era tan extraño e interesante y tan lleno de nueva información!

—¿No es maravilloso? —exclamó la radio—. ¡Escuchad! ¿No los oís? ¡Pájaros! —Hizo una imitación del canto que acababa de oír... que no hubiera engañado a ninguno de los auténticos pájaros que había en el bosque, pues a decir verdad sonó más como un clarinete que como un pájaro. Pese a ello, un tordo, una paloma torcaz,

y varios pares de carboneros salieron de sus nidos y perchas y bajaron a escuchar, inclinando sus cabezas. Pero solo por un momento. Tras un piído o dos de educada aprobación, regresaron a sus árboles. Los pájaros son así. Se interesan por uno durante un minuto o dos, y luego regresan a sus asuntos pajariles.

La radio pretendió no sentirse ofendida, pero pronto abandonó sus imitaciones y, en vez de ello, recitó algunos de sus estribillos publicitarios preferidos, las hermosas canciones acerca de Coca-Cola y de Esso y un divertido anuncio sobre las prendas de alto estilo Barney para chicos y chicas. No hay nada que civilice un bosque tan instantáneamente como el sonido de un anuncio publicitario familiar, y pronto todos ellos se sentían mucho más confiados y alegres.

A medida que avanzaba el día, el Hoover se veía obligado a pararse a descansar con más y más frecuencia... ostensiblemente para vaciar su saco de polvo.

—¿Podéis creer —gruñó, agitando una hoja podrida extraída de su bolsa— lo sucio que está este bosque?

—Al contrario —declaró la esterilla—, es más bien agradable. El aire es tan fresco, ¡y simplemente huele esa brisa! Me siento renovada, como cuando salí por primera vez de mi caja. Oh, ¿por qué por qué por qué nunca nadie lleva esterillas eléctricas en sus picnics? ¡No es justo!

—Disfruta de las cosas mientras duren, pequeña —dijo la radio ominosamente—. Según el último parte meteorológico, va a llover.

—¿Los árboles no nos protegerán con una especie de techo? —preguntó la lámpara—. Filtran bastante bien la luz del sol.

Ninguno de ellos conocía la respuesta a la pregunta de la lámpara, pero cuando empezó a llover, los árboles no actuaron como un techo. Todos se mojaron más o menos, y la pobre esterilla quedó completamente empapada. Afortunadamente, la tormenta no duró mucho, y el sol apareció inmediatamente después. Los mojados aparatos prosiguieron su camino por la embarrada senda que los condujo, un poco más tarde, hasta un claro entre los bosques. Allí, en aquella extensión llena de sol y flores, la esterilla pudo extenderse sobre la hierba y secarse.

Estaba empezando a anochecer, y el tostador comenzó a sentir, como nos ocurre a todos de tanto en tanto, una imperiosa necesidad de estar solo. Aunque quería mucho a sus aparatos compañeros, no estaba acostumbrado a pasar todo el día en compañía. Deseaba aislarse unos momentos consigo mismo y rumiar sus propios pensamientos. De modo que, sin decir nada a los otros, se dirigió al extremo más alejado de la pradera y empezó a tostar una imaginaria rebanada. Esta era la mejor forma de relajarse, cuando las cosas empezaban a abrumarle.

La imaginaria rebanada había tenido apenas tiempo de calentarse antes de que las ensoñaciones del tostador fueran interrumpidas por el más gentil de los interrogatorios.

—Encantadora flor, dime tú,

a qué género y especie perteneces.
Yo soy, como puedes ver,
tan solo una margarita,
de hojas verdes y pétalos blancos.
Tú no eres ni verde ni blanca ni azul
ni de ningún color que yo conozca.
¿En qué Edén has crecido?
¿Eres de la tierra o has bajado del cielo?
En cualquier caso, acepta mi amor.

—Oh, gracias —respondió el tostador, dirigiéndose a la margarita, que apretaba su rostro lleno de pétalos contra su brillante cromado—. Es muy amable por tu parte, pero de hecho no soy ninguna flor. Soy un tostador eléctrico.

—¡Eres una flor! No puedes engañar
al ser que aquí mismo te adora.
Deja que nuestras negras raíces se entrelacen.
¡Oh hermosa! ¡Oh semidivina!

Aquellas fervientes declaraciones azararon de tal modo al tostador que por un momento no supo qué decir. Nunca había oído a las flores hablar en su propio lenguaje, y no se daba cuenta de que eran capaces de decir las cosas más absurdas con tal de mantener la rima. Las flores, como conocen todos los botánicos, solo pueden hablar en verso. Las margaritas, siendo de las flores más sencillas, emplean generalmente una aproximación al octosílabo más vulgar, aunque especies más evolucionadas, especialmente aquellas que se desarrollan en los trópicos, pueden producir sextinas, rondós y villanelas de gran estilo.

La margarita, sin embargo, no se había dejado arrastrar tan solo por sus versos. Se había enamorado realmente del tostador... o más bien dicho de su propio reflejo en el brillante costado del tostador. Había allí una flor (el reflejo de la propia margarita) extrañamente parecida a sí misma, y sin embargo completamente distinta también. Este tipo de paradoja ha dado base a menudo a los amores más apasionados. La margarita se estremecía sobre su tallo y agitaba sus blancos pétalos como si estuviera sometida al viento de un ciclón.

El tostador, alarmado por un comportamiento tan inmoderado, dijo que tenía que ir a reunirse con sus amigos al otro lado de la pradera.

—¡Oh, quédate, amado capullo, quédate!
Dicen que nuestras vidas solo duran un día:
Si eso es cierto, ¿cómo podré soportar

transcurrir ese breve día de cualquier modo
si no es contigo? Tú eres mi luz,
mi suelo, mi aire. Quédate aunque sea una noche
a mi lado aquí... no te pido más.
Quédate, querida florecencia, déjame adorar
esos pétalos brillantes bajo el rocío
cuando la aurora intente competir
con la belleza que crece en tus raíces...
¡Imperecedera! ¡Absoluta!
¡Oh hermosa! ¡Oh semidivina!
Une tu negra raíz con la mía.

—Bueno, realmente —dijo el tostador, en un tono de suave reprobación—, no hay motivo para tomarnos las cosas así. Apenas nos conocemos y, lo que es más, pareces estar un poco confundida sobre mi naturaleza. ¿No puedes ver que lo que llamas mi raíz es un cordón eléctrico? En cuanto a los pétalos, no puedo comprender *qué* es lo que pretendes, puesto que simplemente no tengo ninguno. Ahora... tengo que ir a reunirme con mis amigos, de veras, porque estamos viajando hacia el apartamento de nuestro amo, muy, muy lejos, y nunca llegaremos allí si no nos movemos.

—¡Hay de mí y del día en que te he conocido!
Tiemblo con una desesperación
como nunca antes conoció flor alguna.
Si tienes que irte, déjame implorar
un regalo de despedida, un último presente:
Sé bondadosa del mismo modo que eres rápida
y arráncame de mi suelo nativo...
Arráncame y llévame contigo allá donde vayas.
No puedo vivir aquí si no es contigo:
Que tu seno sea mi túmulo.

Sintiéndose realmente impresionado por la petición de la margarita, y viendo que la criatura estaba sorda a la razón, el tostador se apresuró hacia el otro lado de la pradera y empezó a urgir a sus amigos a que prosiguieran inmediatamente su camino. La esterilla protestó diciendo que aún estaba un poco húmeda, el Hoover que todavía se sentía cansado, y la lámpara propuso que pasaran la noche allí en la pradera.

Y eso fue lo que hicieron. Tan pronto como se hizo oscuro la esterilla se dobló sobre sí misma formando una especie de tienda, y los otros se arrastraron dentro. La lámpara se encendió, y la radio interpretó una música agradable... pero muy

suavemente, a fin de no molestar a los demás habitantes del bosque que pudieran estar durmiendo por los alrededores. Muy pronto ellos también dormían. El viajar cansa a todo el mundo.

* * *

El despertador de la radio estaba puesto como de costumbre a las siete y media, pero los aparatos estaban despiertos mucho antes de esa hora. El aspirador y la lámpara se quejaron, al levantarse, de una cierta rigidez en sus articulaciones. Sin embargo, tan pronto como estuvieron de nuevo en camino, la rigidez pareció desvanecerse.

A la luz de la mañana el bosque parecía más encantador que nunca. Las telarañas brillaban con el rocío como hilos eléctricos en miniatura entre los arbustos. Pequeñas setas brotaban de los troncos caídos, semejando hileras de congeladas bombillas. Las hojas susurraban. Los pájaros piaban.

La radio estaba convencida de haber visto a un auténtico zorro y deseaba ir tras él.

—Solo para asegurarme, ya sabéis, de que era un zorro.

La esterilla se mostró más bien alarmada ante esta sugerencia. Ya se había enganchado una o dos veces con las ramas bajas. Se preguntaba qué sería de ellos si abandonaban el sendero y se aventuraban por entre la densa maraña del bosque en sí.

—Pero piensa —insistió la radio—: ¡un zorro! Nunca tendremos otra oportunidad.

—A mí me gustaría verlo —dijo la lámpara.

También el tostador se sentía terriblemente curioso, pero podía comprender el punto de vista de la esterilla, de modo que expresó la opinión de que debían seguir su camino.

—Porque, como todos sabéis, debemos encontrar al amo tan pronto como podamos.

Aquello era tan indiscutiblemente cierto que la radio y la lámpara se mostraron rápidamente de acuerdo, y siguieron su camino. El sol ascendió en el cielo hasta tan alto como pudo, y el sendero seguía extendiéndose ante ellos. A media tarde hubo otro chaparrón, tras el cual acamparon de nuevo. Esta vez no en una pradera, puesto que los árboles eran muy densos ahora, y los únicos espacios abiertos eran los que había bajo los árboles más grandes. De modo que en vez de solearse sobre la hierba (puesto que no había ni hierba ni sol disponibles), la esterilla se colgó, con ayuda del Hoover, de la rama más baja de un inmenso y viejo roble. En unos pocos minutos el aire la había secado.

Al anoecer, cuando la lámpara estaba ya a punto de encenderse, hubo un agitarse entre las hojas de una rama a la derecha de la otra rama en la cual colgaba alegremente la esterilla.

—¡Hola! —dijo una ardilla, asomando entre las apiñadas hojas—. *Creo que tenemos visita.*

—Hola —respondieron al unísono todos los aparatos.

—¡Bien, bien, bien! —la ardilla se relamió los bigotes—. ¿Qué es lo que tenéis que decir?

—¿Sobre qué? —preguntó el tostador, que no era especialmente arisco, pero que a veces se tomaba las cosas demasiado al pie de la letra, especialmente cuando estaba cansado.

La ardilla pareció desconcertada.

—Permitidme presentarme. Soy Harold. —Al pronunciar su propio nombre, el buen humor pareció regresar completamente a ella—. Y esta encantadora criatura...

Otra ardilla se dejó caer desde una rama más alta y se situó junto a Harold.

—...es Marjorie, mi esposa.

—Ahora vosotros debéis decirnos vuestros nombres —dijo Marjorie—, puesto que nosotros acabamos de decirlos los nuestros.

—Me temo que nosotros no tenemos nombres —dijo el tostador—. Comprendedlo, solo somos aparatos electrodomésticos.

—Si no tenéis nombres —preguntó Harold—, ¿cómo sabéis cuales de vosotros sois hombres y cuales mujeres?

—No somos ninguna de las dos cosas. Somos aparatos electrodomésticos. —El tostador se giró hacia el Hoover en busca de confirmación.

—Sea lo que sea lo que *eso* signifique —dijo Marjorie bruscamente—, no puede alterar una ley universal. Todo el mundo es hombre o mujer. Los ratones lo son. Los pájaros lo son. Incluso los insectos, por lo que se dice. —Se llevó una pata a los labios y ahogó una risita—. ¿Os gusta comer insectos?

—No —dijo el tostador—. En absoluto. —Explicarles a las ardillas que los aparatos electrodomésticos no comen hubiera sido terriblemente embarazoso.

—A mí tampoco, *de veras* —dijo Marjorie—. Pero me encantan las avellanas. ¿No tenéis ninguna vosotros? ¿Quizá en ese viejo saco?

—No —dijo el Hoover rígidamente—. En ese viejo saco, como tú lo llamas, no hay nada excepto polvo. Casi dos kilos de polvo, calculo.

—¿Y para qué sirve, si puedo preguntarlo, guardar polvo? —preguntó Harold. Cuando pareció que no iba a recibir ninguna respuesta, prosiguió—: Ya sé qué vamos a hacer para divertirnos un poco. Podemos contarnos chistes. Empezáis vosotros.

—No creo que yo sepa ningún chiste —dijo el Hoover.

—Oh, yo sí —dijo la radio—. Vosotras no seréis polacas, supongo.

Las ardillas agitaron negativamente las cabezas.

—Excelente. Entonces decidme... ¿por qué se necesitan tres polacos para enroscar una bombilla?

Marjorie rió expectante.

—No lo sé... ¿por qué?

—Porque se necesita a uno para sujetar la bombilla, y a los otros dos para hacer girar la escalera.

Las ardillas se miraron entre sí con sorpresa.

—Explícalo —dijo Harold—. ¿Cuáles son los hombres y cuáles las mujeres?

—Eso no tiene ninguna importancia. Se trata simplemente de que son muy estúpidos. Esta es la idea de los chistes de polacos, el que se supone que los polacos son tan estúpidos que no importa lo que intenten hacer siempre lo hacen de la forma errónea. Claro que esto no resulta divertido para los polacos, que probablemente son tan listos como cualquier otra gente, pero son chistes muy divertidos. Conozco cientos de ellos.

—Bien, si este era un ejemplo representativo, no puedo decir que me sienta muy ansiosa de oír los otros —dijo Marjorie—. Harold, cuéntales el de las tres ardillas en medio de la nieve. —Se giró confidencialmente hacia la lámpara—. Va a hacer revolcaros de risa, de veras.

Mientras Harold contaba el chiste de las tres ardillas en la nieve, los aparatos electrodomésticos intercambiaron miradas de reservada desaprobación. No era solo el que no les gustaran los chistes subidos de tono (especialmente al viejo Hoover), sino que además no podían encontrar donde estaba la gracia de ninguno de ellos. El sexo y sus complicaciones simplemente no tenían nada que ver con las vidas de los electrodomésticos.

Harold terminó su chiste, y Marjorie rió a mandíbula batiente, pero ninguno de los aparatos esbozó ni siquiera una sonrisa.

—Bueno —dijo Harold, ofendido—, espero que al menos disfrutaréis de vuestra estancia bajo *nuestro* roble.

Con lo cual, agitando ruidosamente sus largas y peludas colas, las dos ardillas treparon por el tronco y desaparecieron de su vista.

En medio de la noche, el tostador se despertó de una terrible pesadilla en la cual había estado a punto de caer dentro de una bañera llena de agua, para descubrirse en medio de una situación casi igual de terrible. Resonaban los truenos, y los rayos cebraban el cielo, y la lluvia caía inmisericorde. Al primer momento, el tostador no consiguió recordar dónde estaba ni por qué estaba allí, y cuando lo consiguió se dio cuenta con desánimo de que la esterilla eléctrica, que hubiera debido estar desplegada protegiendo a los otros aparatos, había desaparecido. ¿Y los demás? Estaban todavía allí, gracias al cielo, aunque en un estado de temerosa aprensión todos ellos.

—Oh, Dios mío —gruñó el Hoover—, hubiera debido *saberlo*, ¡hubiera debido *saberlo*! Nunca, nunca hubiéramos debido abandonar nuestro hogar.

La lámpara, en un estado extremo de muda agitación, giraba su cabeza de un lado a otro, lanzando su haz de luz por entre las nudosas raíces del roble, mientras que la alarma de la radio se había disparado y no había forma de detenerla. Finalmente, el

tostador se dirigió hacia la radio y cortó él mismo la alarma.

—Oh, gracias —dijo la radio, con una voz cargada de estática—. Muchas gracias.

—¿Dónde está la esterilla? —preguntó aprensivamente el tostador.

—¡Ha sido arrastrada! —dijo la radio—. ¡Ha sido arrastrada hasta la linde más lejana del bosque y nunca seremos capaces de volver a encontrarla!

—¡Oh, hubiera debido *saberlo!* —gruñó el Hoover—. ¡Hubiera debido *saberlo!*

—No es culpa tuya —aseguró el tostador al aspirador, sin conseguir otra cosa excepto que este redoblara sus gruñidos.

Viendo que no podía serle de ninguna ayuda al aspirador, el tostador se dirigió a la lámpara e intentó calmarla. Una vez consiguió que su haz se estabilizara, sugirió que lo dirigiera a las ramas encima de ellos, con la esperanza de que la esterilla, cuando fue arrastrada, se hubiera enganchado en alguna de ellas. La lámpara hizo lo indicado, pero su luz era muy débil y el roble muy alto y la noche muy oscura, y la esterilla, si estaba ahí arriba, no podía ser vista.

De repente hubo un destello de luz. La alarma de la radio se disparó de nuevo, y la lámpara se estremeció y se replegó sobre sí misma hasta hacerse tan pequeña como le fue posible. Por supuesto es una tontería asustarse de los rayos, puesto que son tan solo otra forma de electricidad. Pero son una forma tan poderosa... ¡y tan incontrolada! Si vosotros fuerais una persona, en vez de un aparato electrodoméstico, y encontrarais a un gigante asesino muchas veces más grande que vosotros, tendríais alguna idea de lo que siente un aparato electrodoméstico medio ante los rayos.

En el breve momento en que el rayo lo iluminó todo, el tostador, que había estado mirando hacia arriba a lo largo del tronco del roble, fue capaz de divisar una forma — muy retorcida— que *podía* haber sido la esterilla. El tostador aguardó hasta que hubo otro rayo; y sí, definitivamente, *era* la esterilla amarilla, que se había quedado enganchada en una de las ramas más altas del árbol.

Cuando todos se convencieron de que la esterilla estaba cerca, aunque siguieran sin tener ni idea de cómo conseguirían hacerla bajar de nuevo, la tormenta pareció perder parte de su ominosidad. La lluvia los dejó en un estado miserable, como siempre hace la lluvia, pero sus peores ansiedades habían desaparecido. Incluso el ocasional resplandor de los rayos era ahora deseado más que temido, puesto que la luz les permitía captar a su compañera allá arriba, aferrada a una de las ramas más altas y agitada por el incesante viento. ¿Cómo podían sentirse asustados, ni siquiera lamentarse por su suerte, pensando en los terrores que la pobre esterilla debía estar experimentando?

Por la mañana la tormenta había cesado. La radio, a todo volumen, llamó a la esterilla, pero la esterilla no respondió. Por un horrible momento el tostador pensó que tal vez su amiga se hubiera cortocircuitado. Pero la radio siguió llamando a la esterilla, y tras un tiempo recibió una débil respuesta, al tiempo que la esterilla agitaba débilmente una empapada y desgarrada punta hacia sus amigos.

—PUEDES BAJAR AHORA —gritó la radio—. LA TORMENTA HA PASADO.

—*No puedo* —dijo la esterilla con un lloriqueo—. Estoy enganchada. *No puedo* bajar.

—Tienes que intentarlo —la animó el tostador.

—¿Qué dices? —preguntó la esterilla.

—¡EL TOSTADOR DICE QUE DEBES INTENTARLO!

—Pero ya os lo he dicho... estoy *enganchada*. Y tengo un gran desgarrón en el centro mismo. Y otro cerca del borde. Y duelen. —La esterilla empezó a retorcerse convulsivamente, y un diluvio de gotas cayó del empapado relleno de lana a los charcos de abajo.

—¿Qué demonios es toda esa cháchara? —preguntó imperiosamente Harold, asomándose de su nido allá en lo alto del tronco del roble—. ¿Tenéis alguna idea de la *hora* que es? Las ardillas están intentando dormir.

La radio le pidió disculpas a Harold, y luego le explicó las causas de la conmoción. Como la mayoría de las ardillas, Harold tenía buen corazón, y cuando vio lo que había ocurrido a la esterilla ofreció inmediatamente su ayuda. Primero fue a su nido y despertó a su esposa. Luego, juntas, las dos ardillas acudieron a ayudar a la esterilla a librarse de donde estaba atrapada. Fue un proceso largo y —a juzgar por los gritos de la esterilla— doloroso, pero finalmente lo consiguieron, y con la ayuda de las ardillas la liberada esterilla consiguió bajar, lenta y cautelosamente, por el tronco del árbol.

Los aparatos rodearon inmediatamente a su amiga, lamentándose de sus numerosas heridas y alegrándose de su rescate.

—¿Cómo podremos pagaros el favor? —dijo calurosamente el tostador, volviéndose hacia Harold y Marjorie—. Habéis salvado a nuestra amiga de un destino terrible de imaginar. Nos sentimos *tan* agradecidos.

—Bueno —dijo Marjorie astutamente—. No recuerdo si habéis dicho que teníais avellanas o no. Pero si tenéis algunas...

—Créeme —dijo el Hoover—, si las tuviéramos, os las daríamos todas. Pero podéis ver por vosotras mismas que mi bolsa no contiene otra cosa más que polvo y suciedad. —Mientras decía esto abrió su depósito, y dejó escapar un barrillo amarronado de porquería empapada por la lluvia.

—Aunque no tenemos avellanas —dijo el tostador a la desconsolada ardilla—, quizá haya algo que *yo* pueda hacer por vosotras. Es decir, si os gustan las avellanas *tostadas*.

—Por supuesto que nos gustan —dijo Harold—. Nos gustan de cualquier forma.

—Entonces, si podéis proporcionarme unas cuantas, yo os las tostaré. Tantas como queráis.

Harold frunció los ojos suspicazmente.

—¿Quieres decir que deseas que te entreguemos *a ti* todas las avellanas que *nosotras* hemos estado almacenando durante todo el verano?

—Si queréis que os las tueste —respondió alegremente el tostador.

—Oh, querido, hagámoslo —animó Marjorie—. No sé lo que pretende hacer, pero *parece* saberlo. Y a lo mejor nos gustan.

—Creo que es un truco —dijo Harold.

—Solo dos o tres de las que quedaron del año pasado. ¿Por favor?

—Oh, está bien.

Harold trepó hasta su nido y regresó con cuatro avellanas metidas en las bolsas de sus mejillas. A petición del tostador, Harold y Marjorie les quitaron las cáscaras, y luego Harold las metió cuidadosamente en los estrechos soportes metálicos que subían y bajaban dentro de las hendiduras del tostador. Puesto que estos soportes habían sido diseñados para sujetar rebanadas de pan, el tostador tuvo que ir con mucho cuidado para evitar que las redondas avellanas rodaran y cayeran a su interior. Cuando lo hubo conseguido encendió sus resistencias y comenzó a tostarlas. Cuando las avellanas empezaron a adquirir un color dorado crujiente, las alzó de nuevo suavemente tanto como pudo, apagó sus resistencias, y (cuando juzgó que las ardillas no iban a quemarse sus patas al recogerlas) les dijo que tomaran las avellanas tostadas y las probaran.

—¡Deliciosas! —declaró Marjorie.

—¡Exquisitas! —admitió Harold.

Tan pronto como las ardillas hubieron comido las primeras cuatro avellanas, regresaron a su nido a por más, y cuando estas desaparecieron a por más aún, y de nuevo a por más otra vez. Marjorie, especialmente, era insaciable. Animó al tostador a quedarse en el bosque como huésped suyo. Podía alojarse en su propio nido, donde siempre estaría seco y confortable, y podría conocer a todos sus amigos.

—Me encantaría poder aceptar —dijo el tostador, no solo por un sentimiento de educación sino también de profunda obligación—, pero realmente no puedo. Una vez haya tostado vuestras avellanas, todas las que me pidáis, *debemos* proseguir nuestro camino hacia la ciudad donde vive nuestro amo.

Mientras el tostador tostaba unas cuantas avellanas más, la radio explicó a las ardillas la importante razón de su viaje. Demostró también sus propias habilidades como utensilio y persuadió a los demás aparatos a hacer lo mismo. El pobre Hoover era apenas capaz de funcionar puesto que se hallaba casi obstruido por el lodo, y las ardillas, de todos modos, no podían comprender la utilidad de aspirar el polvo de un lugar y ponerlo en otro. Tampoco el haz de luz de la lámpara ni la música de la radio excitaron su admiración. Sin embargo, se sintieron las dos muy impresionadas con la esterilla eléctrica que, empapada como estaba, se había conectado a la batería sujeta bajo el sillón y desprendía un agradable calorcillo. Marjorie renovó su invitación al tostador y la extendió a la esterilla.

—Hasta —explicó— que te hayas recuperado.

—Es muy amable por vuestra parte —dijo la esterilla—, y por supuesto me siento *tan* agradecida por lo que habéis hecho por mí. Pero debemos proseguir nuestro camino. De veras.

Marjorie suspiró resignadamente.

—Al menos —dijo— deja tu cola unida a esa cosa negra que hace que tu parte peluda esté tan agradablemente caliente. Hasta que tengas que irte. El calor es tan hermoso. ¿No es así, querido?

—Oh, sí —dijo Harold, que estaba atareado descascarillando avellanas—. Es de lo más agradable.

El Hoover aventuró una débil protesta, puesto que temía que entre el tostador y la esterilla agotaran la batería innecesariamente. Pero realmente, ¿qué otra cosa podían hacer si no cumplimentar a las ardillas del mejor modo posible? Además, aún dejando aparte su deuda de gratitud, ¡uno se sentía tan bien siendo útil de nuevo! El tostador se hubiera sentido feliz tostando avellanas durante toda la mañana y toda la tarde, y las ardillas parecían sentir lo mismo.

—Es extraño —dijo Harold con suficiencia, mientras palpaba el costado del tostador (lleno con los rastros que el resbalar de las gotas de lluvia habían dejado en su brillante superficie, como en los cristales de una ventana)—, es más que extraño, el que sigas manteniendo que no posees sexo, cuando resulta muy claro que eres masculino. —Estudió su propio rostro en el cromado—. Tienes bigotes de hombre e incisivos de hombre.

—Tonterías, querido —dijo su esposa, que se había tendido al otro lado del tostador—. Ahora que lo miro atentamente, puedo ver que sus bigotes son de mujer y sus dientes también.

—No voy a discutir contigo, querida, acerca de algo tan obvio como el que si un hombre es o no es un hombre, puesto que resulta tan evidente que sí lo es.

Repentinamente, el tostador se dio cuenta del porqué las ardillas —como la margarita el día anterior— se confundían de aquel modo. ¡Se estaban viendo *a sí mismas* en sus costados! Viviendo en plena naturaleza, donde no había espejos de cuarto de baño, desconocían el principio de la reflexión. Pensó en explicarles su error, pero ¿de qué serviría? No haría más que herir sus sentimientos. Uno no puede esperar siempre que la gente, o las ardillas, sean racionales. Los aparatos eléctricos sí... los aparatos eléctricos deben ser racionales, porque han sido construidos así.

De modo que el tostador le explicó a Harold, en el más estricto de los secretos, que era efectivamente, tal como la ardilla había supuesto, un hombre; y a Marjorie le confió, bajo similar pacto de confianza, que era una mujer. Esperó que ambos se atuvieran a sus promesas. Si no, sus discusiones iban a prolongarse durante mucho, mucho tiempo.

Con sus resistencias puestas a MÁXIMO, la esterilla estuvo muy pronto seca, y de este modo, tras una ronda final de avellanas tostadas, los aparatos electrodomésticos dijeron adiós a Harold y Marjorie, y prosiguieron su camino.

* * *

¡Y qué largo y cansado era el camino! El bosque se extendía aparentemente interminable en la más monótona pronosticación, con cada árbol idéntico al siguiente: tronco, ramas, hojas; tronco, ramas, hojas. Naturalmente, un árbol hubiera visto el asunto desde un ángulo muy distinto. Todos tendemos a ver a los *demás* iguales entre sí y a *nosotros* distintos, y esta actitud es probablemente correcta, puesto que previene las posibilidades de confusión. Pero quizá deberíamos recordarnos de tanto en tanto que nuestro punto de vista es parcial, y que el mundo está lleno de mucha más variedad de la que somos capaces de imaginar. En aquella etapa de su viaje, sin embargo, los aparatos electrodomésticos habían perdido de vista esa verdad esencial, y se sentían muy aburridos e impacientes, y además empezaban a notarse cansados. Manchas de herrumbre habían empezado a desarrollarse alarmantemente en el fondo sin cromar del tostador y también en su interior. La rigidez de que se quejaban cada mañana el aspirador y la lámpara ya no desaparecía con un poco de ejercicio, sino que persistía a lo largo de todo el día. En cuanto a la esterilla, estaba casi hecha jirones, pobre cosita. La radio era el único de los aparatos eléctricos que parecía no haber sufrido daños a causa de los esfuerzos del viaje.

El tostador empezó a preocuparse de que, cuando llegaran finalmente al apartamento del amo, se encontraran en un estado tan lamentable que ya no tuvieran ninguna utilidad. ¡Serían echados a la basura, y todos sus esfuerzos por ir a su encuentro habrían sido en vano! ¡Qué horrible recompensa para su lealtad y devoción! Pero pocos son los seres humanos que se sienten ablandados por consideraciones sentimentales con respecto a sus electrodomésticos, y su amo, como el tostador sabía muy bien, no era precisamente distinguible por la ternura de sus sentimientos. Su propio predecesor en la cabaña estaba aún en buen estado de uso cuando había sido desechado, y su única falta había sido perder parte de su cromado y el que su sentido del tiempo fuera a veces un poco errático. En su juventud el tostador había pensado que esos eran motivos suficientes para que el viejo aparato fuera reemplazado, pero ahora...

Ahora era mejor no pensar en tales cosas. Era mejor proseguir simplemente su destino a lo largo del sendero que cruzaba el bosque, les condujera a donde les condujera.

Hasta que, a la orilla de un amplio río, llegaron al final del camino.

Todos se sintieron, a la primera visión de aquella enorme e impasible extensión de agua, absolutamente desanimados y desesperados, sobre todo el Hoover, a quien la angustia había vuelto casi incoherente.

—¡No! —rugió—. ¡Me niego! ¡Nunca! ¡Oh! ¡Basta, apagadme, vaciad mi bolsa, dejadme solo, iros! —Empezó a toser y a esputar, y se revolvió contra su propio cordón y empezó a morderlo. Solo el tostador tuvo la suficiente presencia de ánimo como para retirar el cordón del poderoso abrazo succionador del aspirador. Luego,

para calmarlo, condujo al Hoover arriba y abajo por la herbosa orilla del río, en los movimientos regulares de aspiración de una alfombra.

Finalmente aquellos movimientos familiares devolvieron al Hoover a una actitud más racional, y fue capaz de explicar su extraordinaria alarma. No era tan solo la visión de aquel nuevo obstáculo lo que lo había puesto tan frenético, sino también la convicción de que la batería estaba ya demasiado descargada como para proporcionarles la energía suficiente para regresar a la cabaña. No podían seguir adelante, y no podían regresar. ¡Estaban abandonados a su suerte! Abandonados en medio del bosque, y pronto llegaría el otoño y no serían capaces de hallar un refugio contra las inclemencias del tiempo, y luego vendría el invierno y se verían sepultados por la nieve. Sus partes metálicas se oxidarían. El anillo protector de caucho del Hoover se cuartearía. Serían incapaces de resistir a las fuerzas que lenta pero con toda seguridad los debilitarían y terminarían destruyéndoles, y en unos pocos meses —o incluso semanas— serían incapaces de funcionar.

No era extraño que el Hoover, previendo la inevitable progresión de los acontecimientos, hubiera perdido la razón. ¿Qué *podían* hacer?, se preguntó el tostador.

No había ninguna respuesta inmediata.

A media tarde la radio anunció que estaba recibiendo interferencias de una fuente bastante cercana.

—Una línea de alta tensión, parece. Justo al otro lado del río.

¡Donde había líneas de alta tensión había también líneas normales de transporte de energía! Nuevas esperanzas inundaron a los aparatos electrodomésticos como un repentino flujo de corriente.

—Miremos de nuevo el mapa —dijo la lámpara—. Quizá podamos establecer dónde estamos exactamente.

Siguiendo la sugerencia de la lámpara, desdoblaron el mapa de carreteras y miraron muy atentamente todos los puntos y señales entre el lugar (marcado con rotulador) junto a la carretera donde se hallaba la cabaña y la pequeña mancha de color rosa que representaba la ciudad hacia donde se dirigían. Finalmente, solo a poco más de medio centímetro de la mancha de la ciudad, descubrieron la sinuosa línea azul que debía indicar el río junto al cual habían llegado, puesto que no había ninguna otra línea azul por ningún otro lado entre la cabaña y la ciudad, y este río era demasiado grande como para que los que habían hecho el mapa lo hubieran olvidado.

—¡Casi hemos llegado! —trompeteó la radio—. ¡Lo hemos conseguido! ¡Todo va bien! ¡Hurra!

—¡Hurra! —corearon los otros aparatos, excepto el Hoover, que no podía convencerse tan fácilmente de que ahora todo iba bien. Pero cuando la lámpara señaló cuatro lugares distintos en los cuales el río era atravesado por carreteras,

incluso el Hoover tuvo que admitir que había motivos para alegrarse, aunque no llegó tan lejos como a exclamar «Hurra».

—Solo tenemos que seguir el río —dijo el tostador, a quien le gustaba dar instrucciones, incluso cuando resultaba obvio lo que había que hacer—, ya sea a la derecha o a la izquierda, y finalmente llegaremos a alguno de esos puentes. Entonces, cuando sea muy tarde y no haya tráfico, ¡podremos atravesarlo a toda velocidad!

Así que se pusieron de nuevo en camino, con renovado valor y fortalecida determinación. No era una tarea tan sencilla como el tostador la había hecho parecer, puesto que ya no había ningún sendero claramente señalado que seguir. A veces la orilla del río era tan plana como una alfombra, pero en otros lugares el suelo era muy accidentado o —lo cual era peor— pantanoso y blando. En una ocasión, para evitar una roca, el Hoover tomó una curva cerrada; y el sillón, metiendo una pata en un charco de lodo que no habían visto, volcó, y los cuatro electrodomésticos montados en él fueron derribados del asiento de plástico y fueron a parar a un lodazal. Emergieron sucios y manchados, y se vieron obligados a ensuciarse aún más en el proceso de recuperar la rueda que se había desprendido de la pata del sillón y se había perdido entre el lodo.

La esterilla, naturalmente, quedó exenta de esta tarea, y mientras los otros cuatro rebuscaban la perdida rueda, se dirigió al borde del agua e intentó lavarse las huellas del accidente. Puesto que no tenía ningún paño ni esponja, lo único que consiguió, triste es decirlo, fue extender las manchas a una zona más amplia. Tan preocupada estaba la esterilla con su imposible tarea que casi estuvo a punto de no observar...

—¡Un bote! —gritó de pronto la esterilla—. ¡Hey, todos, venid! ¡He encontrado un bote!

Incluso el tostador, que no tenía absolutamente ninguna experiencia en asuntos de náutica, pudo ver que el bote que había descubierto la esterilla no era de primera calidad. Su madera tenía el mismo aspecto deteriorado por la intemperie que la contraventana de la parte de atrás de la cabaña que el amo siempre había dicho que debía reemplazar, o al menos repintar, y su fondo no debía ser estanco puesto que estaba lleno de una gran mancha de musgo verde. No obstante, básicamente debía estar aún en estado de servicio, puesto que llevaba montado un motor fuera borda en la parte de atrás, y ¿quién pondría un motor, con lo que cuesta, en un bote que no pudiera al menos flotar?

—Qué providencial —dijo el Hoover.

—No pretenderás que *usemos* este bote, ¿verdad? —preguntó el tostador.

—Claro que lo haremos —respondió el aspirador—. ¿Quién sabe lo lejos que puede estar el puente más cercano? Este bote nos llevará directamente cruzando el río. No tendrás miedo a subir en él, ¿verdad?

—¿Miedo? ¡Por supuesto que no!

—¿Entonces?

—No nos *pertenece*. Si lo tomáramos, no seríamos mejores que... ¡que piratas!

Los piratas, como incluso los más nuevos de mis oyentes sabrán, son gente que toma cosas que pertenecen a otra gente. Son la ruina de la existencia de cualquier aparato electrodoméstico, puesto que cuando un aparato es robado por un pirata no tiene más elección que servirle como si fuera su legítimo amo. Esta servidumbre es una amarga desgracia... y una a la cual pocos aparatos pueden esperar escapar una vez han caído en ella. Realmente, no hay ningún destino, ni siquiera el caer en desuso, más terrible que ir a parar a manos de piratas.

—¡Piratas! —exclamó el Hoover—. ¿Nosotros? ¡Qué tontería! ¿Quién ha oído hablar de un electrodoméstico convertido en pirata?

—Pero si tomamos el bote... —insistió el tostador.

—No nos lo *quedaremos* —dijo el Hoover bruscamente—. Solo lo tomaremos para cruzar el río y lo dejaremos al otro lado. Su dueño lo recuperará muy pronto.

—El tiempo durante el cual lo tengamos no importa. Es el *principio* lo que cuenta. Tomar lo que no es de uno es piratería.

—Oh, respecto a los principios —dijo la radio jovialmente—, hay un dicho muy conocido: «*De cada uno según su habilidad, a cada uno según su necesidad*». Lo cual significa, por lo que puedo ver, que cualquiera que haga uso de sus habilidades puede ser capaz de utilizar un bote cuando lo necesite para cruzar un río y el bote esté precisamente ahí aguardando. —Con lo cual, y una ligera risita, la radio saltó al asiento delantero del bote.

Siguiendo el ejemplo de la radio, el Hoover colocó el sillón en la parte trasera del bote, y luego saltó también él. El bote se hundió ligeramente en el agua.

Evitando la mirada acusadora del tostador, la esterilla ocupó un sitio junto a la radio.

La lámpara pareció vacilar, pero solo por un momento. Luego ella también entró en el bote.

—¿Bien? —dijo el Hoover ásperamente—. Estamos esperando.

Reluctante, el tostador se preparó para abordar el bote. Pero entonces, inexplicablemente, *algo le hizo detenerse*. ¿Qué estaba ocurriendo?, se preguntó... sin poder pronunciar las palabras en voz alta, puesto que la misma fuerza que le impedía moverse le impedía también hablar.

Los cuatro aparatos electrodomésticos en el bote se sentían también incapacitados del mismo modo. Lo que había ocurrido, por supuesto, era que el propietario del bote había vuelto y *visto* a los electrodomésticos.

—¿Qué demonios es esto? —exclamó, apareciendo de detrás de un sauce con una caña de pescar en una mano y un alambre con varios peces ensartados en la otra—. ¡Parece que hemos tenido visita!

Dijo mucho más que eso, pero de una forma tan grosera y malsonante que es mejor no repetir sus palabras al pie de la letra. En su conjunto era esto... que creía que el propietario de los electrodomésticos había pretendido robar su barca, por lo cual él, en justa revancha, ¡podía quedarse con los aparatos!

Tomó el tostador de donde había quedado inmovilizado en la herbosa orilla, y lo colocó en el bote junto a la esterilla, la lámpara y la radio. Luego, soltando la batería del sillón, lanzó este último volteando por los aires. Cayó al agua —¡*splash!*— en mitad del río y se hundió en el fangoso fondo, desapareciendo para siempre.

Luego el pirata —porque ya no podía haber ninguna duda de que eso es lo que era— puso en marcha el motor fuera borda y remontó la corriente con sus cinco impotentes cautivos.

Tras amarrar su bote junto a un destartalado muelle al otro lado del río, el pirata cargó el motor y los electrodomésticos en la plataforma de madera de una polvorienta camioneta... excepto la radio, que se llevó consigo al asiento de la cabina. Mientras conducía, la camioneta saltó y rebotó y se agitó tan violentamente que el tostador temió que se le soltaran sus resistencias. (Porque aunque los tostadores parecen muy fuertes, en realidad se hallan entre los aparatos más delicados y necesitan ser tratados en consecuencia). Pero la esterilla, dándose cuenta del peligro en que estaba el tostador, consiguió deslizarse bajo su viejo amigo y hacer de almohadilla en los peores choques del viaje.

Mientras avanzaban podía oír a la radio en el asiento delantero tarareando el conocido y sentimental tema de *Doctor Zivago*.

—¡Escuchad! —susurró el Hoover—. De todas las canciones posibles, ha elegido una de las favoritas del amo. ¡Ya lo ha olvidado!

—Oh, —dijo el tostador—, ¿qué otra elección tiene, la pobre? Si nos hubiera puesto en marcha a alguno de nosotros, ¿hubiéramos actuado de otro modo? ¿Lo hubieras hecho tú? ¿Lo hubiera hecho yo?

El viejo aspirador gruñó, y la radio siguió emitiendo su triste, triste canción.

* * *

Lo mismo que son los cementerios para la gente —lugares horribles, espeluznantes, de los que cualquier individuo razonable intenta mantenerse apartado— son los Depósitos de Chatarra para los electrodomésticos y demás aparatos de cualquier tipo. ¡Imaginad, pues, lo que sintieron los aparatos electrodomésticos de nuestra historia cuando comprendieron (el pirata había aparcado su camioneta frente a una alta puerta metálica ondulada y estaba abriendo el candado con una llave de la anilla que llevaba colgada en su cinturón) que habían sido conducidos al Depósito Municipal de Chatarra! ¡Imaginad su horror cuando metió la camioneta y asimilaron el terrible hecho de que él vivía allí! En aquel lugar, con el humo brotando en espirales de una pequeña chimenea, se levantaba su destartalada barraca... y a todo su alrededor el más melancólico y terrible espectáculo que el tostador hubiera contemplado nunca. Desmembrados chasis de en su tiempo orgullosos automóviles

estaban apilados unos encima de otros hasta formar auténticas montañas de hierros oxidados. El suelo cubierto de asfalto estaba lleno por todas partes de vigas retorcidas y planchas metálicas deformadas, con fragmentos rotos de máquinas de todas las formas y tamaños... todo ello con los terribles emblemas de su inevitable obsolescencia. Una escena terrible de contemplar... pero que al mismo tiempo ejercía una extraña fascinación a la mente del tostador. Aunque había oído hablar a menudo de los Depósitos de Chatarra, de alguna forma nunca había creído realmente en su existencia. Y ahora ahí estaba, y nada, ni siquiera la mirada de piedra del pirata, podía impedir su estremecimiento de miedo y maravilla.

El pirata bajó de la camioneta y tomó la radio, junto con sus cañas de pescar y sus presas del día, y penetró en la barraca donde vivía. Los aparatos electrodomésticos, dejados a su propia suerte en la parte de atrás del camión, escucharon a la radio cantar canción tras canción en un aparentemente infatigable buen humor. Entre ellas estaba la melodía favorita de su amo, «Silbo una alegre canción». El tostador estaba seguro de que aquello no podía ser una coincidencia. La radio estaba intentando decirles a sus amigos que si eran valientes y pacientes y no perdían la esperanza, las cosas se arreglarían al fin. De todos modos, fuera aquello intención de la radio o simplemente un programa al cual estaba sintonizada, el tostador creyó firmemente en ello.

Tras cenar, el pirata salió de su barraca para examinar los otros aparatos. Palpó el depósito para el polvo manchado de lodo del Hoover y la roída parte del cable que él mismo había mordido. Alzó la esterilla y agitó la cabeza en muda desaprobación. Miró dentro de la pequeña caperuzas de la lámpara y vio —cosa de la que la lámpara aún no se había dado cuenta— que su bombilla estaba rota. (Debía haber ocurrido cuando la lámpara se cayera del sillón, justo antes de que descubrieran el bote).

Finalmente el pirata alzó el tostador... e hizo una mueca contrariada.

—¡Basura! —dijo, depositando el tostador encima de una pila de desechos cercana.

—¡Basura! —repitió, haciendo lo mismo con la lámpara.

—¡Basura! —Tiró a la pobre esterilla sobre el prominente eje roto de un Ford del 57.

—¡Basura! —Dejó el Hoover sobre el asfalto con un resonante *thunk*.

—Todo esto, solo basura. —Emitido el desanimador veredicto, el pirata regresó a su barraca, donde la radio seguía cantando todo el tiempo de la forma más encantadora.

—Gracias a Dios —dijo en voz alta el tostador, tan pronto como el hombre se hubo ido.

—¿Gracias a Dios? —hizo eco el Hoover, con tonos agudos—. ¿Cómo puedes decir «Gracias a Dios» cuando acaban de llamarte basura y de arrojarte a un montón de desperdicios?

—Porque si hubiera decidido llevarnos a su barraca y utilizarnos, hubiéramos sido suyos, como la radio. De esta forma tenemos una posibilidad de escapar.

La esterilla, que colgaba fláccidamente del eje roto, empezó a gemir y a lloriquear.

—No, no, él tiene razón. Eso es lo que soy ahora... ¡basura! Miradme... mirad esos jirones, esas desgarraduras, esas manchas. ¡Basura! Ahí es donde pertenezco.

El dolor de la lámpara era más reposado pero no por ello menos amargo.

—Oh, mi bombilla —murmuró—. ¡Oh, mi pobre bombilla!

El Hoover solo gruñó.

—¡Recobraos, todos! —dijo el tostador, en lo que esperaba fuera un tono de firme mando—. No tenemos absolutamente nada que no pueda ser reparado. Tú —se dirigió a la esterilla— estás aún fundamentalmente en buen estado. Tus resistencias no han sufrido ningún daño. Tras un ligero cosido y una visita a la tintorería estarás como nueva.

Se giró a la lámpara.

—¡Y qué tontería... lamentarse por una bombilla rota! Tu bombilla se te ha fundido otras veces antes, y probablemente seguirá ocurriéndote en el futuro. ¿Para qué crees que sirven las partes reemplazables?

Finalmente el tostador dirigió su atención al aspirador.

—¿Y tú? ¡Tú que deberías ser nuestro líder! ¡Que deberías animarnos con tu mayor fuerza! ¡En vez de quedarte aquí gruñendo y lamentándote sin hacer nada! Y todo ello porque simplemente un viejo pirata que vive en una chatarrería hace una observación poco halagadora. Oh, probablemente ni siquiera sabe como *utilizar* un aspirador... ¡este es el tipo de persona que es!

—¿Tú crees? —dijo el Hoover.

—Claro que lo creo, y también lo creerías tú si fueras más racional. Ahora, por el amor de Dios, sentémonos juntos e imaginemos como rescatar a la radio y escapar de aquí.

A medianoche era sorprendente las cosas que habían conseguido realizar. El Hoover había recargado la casi descargada batería utilizando la batería de la camioneta del pirata. Mientras tanto la lámpara, buscando otra puerta o lugar por donde salir distinto de aquel por el que habían entrado (no había ninguno), había descubierto un vehículo aún más adaptado a sus necesidades que el sillón que el pirata había arrojado al río. Era un amplio portabebés de vinilo, que en el mundo de los electrodomésticos es conocido también como cochecito para niños. Fuera cual fuese su nombre, estaba en buen estado de funcionamiento... excepto por dos pequeños detalles. Uno de ellos era un chirrido en la rueda delantera izquierda, y el otro era la forma en que la capota estaba torcida hacia un lado, de tal modo que todo el conjunto parecía decantarse hacia un lado aunque avanzara en realidad en línea recta. El chirrido fue arreglado con unas pocas gotas de aceite lubricante, pero la capota se resistió a sus más esforzados intentos de enderezamiento. Pero aquello no

importaba, después de todo. Lo importante era que *funcionaba*.

¡Había que ver cuántas de las cosas abandonadas en aquel depósito se hallaban aún, como el cochecito (o ellos mismos, por decir algo), esencialmente en estado de servicio! Había secadores de pelo y bicicletas de cuatro marchas, calentadores de agua y juguetes de resorte que hubieran podido seguir funcionando durante años y años solo con una ligera reparación. ¡Y sin embargo, habían sido abandonados al Depósito de Chatarra! Uno podía oír sus desesperados sollozos y sus temerosos murmullos elevándose de cada confuso montón a su alrededor, una mezcla horrible que parecía aumentar a cada momento a medida que más y más de los objetos abandonados empezaban a ser conscientes de la frenética actividad de los recién llegados.

—Nunca, nunca, nunca conseguiréis marcharos —susurró un viejo aparato a cassettes con quebrada voz—. ¡No, nunca! Os quedaréis aquí como todos nosotros y os oxidaréis y os romperéis y os convertiréis en polvo. Y nunca os marcharéis.

—Lo haremos —dijo el tostador—. Simplemente espera y mira.

¿Pero cómo? Este era el problema que tenía que resolver el tostador, sin la menor dilación.

La forma más segura de resolver cualquier problema es pensar en él, y eso fue precisamente lo que hizo el tostador. Pensó y pensó, con la misma clase de energía total que hace falta para desatornillar un perno sobre una base oxidada. Al principio el perno no se mueve, ni una décima de milímetro, y la llave inglesa llega a resbalar, y uno se pregunta si por mucho que lo intente conseguirá alguna vez su objetivo. Pero sigue intentándolo, y utiliza un poco de disolvente si lo tiene a mano, y finalmente el perno empieza a moverse. Uno no está muy seguro de ello, pero cree que sí. Y luego, sin saber por qué, ¡se suelta de golpe! ¡Se ha conseguido! Esa fue la forma en que pensó el tostador, y al final, debido a que pensó tan intensamente, llegó a la solución de la forma en que podían escapar del pirata y rescatar a la radio al mismo tiempo.

—Bien, este es mi plan —dijo el tostador a los otros electrodomésticos, que se habían reunido en torno suyo en el rincón más oscuro del Depósito de Chatarra—. Lo *asustaremos*, y eso le hará huir, y cuando se haya ido entraremos en su barraca...

—Oh, no, yo no *podría* hacer eso —dijo la esterilla con un estremecimiento

—Entraremos en la barraca —insistió calmadamente el tostador—, y tomaremos la radio y la pondremos dentro del cochecito de niño, y nos instalaremos nosotros también, todos excepto el Hoover, por supuesto, que nos sacará de aquí tan rápido como le sea posible.

—Pero la puerta, ¿no estará cerrada? —quiso saber la lámpara—. Ahora lo está.

—No porque el pirata tendrá que abrirla para salir él, y estará demasiado asustado para pensar en cerrarla de nuevo a sus espaldas.

—Es un plan muy bueno —dijo el Hoover—, pero lo que no acabo de entender es... ¿cómo lo haremos para asustarle?

—Bien, ¿qué es lo que más teme la gente?

—¿Ser atropellada por una apisonadora? —sugirió el Hoover.

—No. Más que eso.

—¿Las polillas? —aventuró la esterilla.

—No.

—La oscuridad —declaró la lámpara con convicción.

—Nos estamos acercando —dijo el tostador—. Temen a los fantasmas.

—¿Qué son los fantasmas? —preguntó el Hoover.

—Los fantasmas son gente que está muerta, solo que de algún modo sigue viva.

—No te burles de nosotros —dijo la lámpara—. La gente o *está* muerta o no lo está.

—Sí —confirmó la esterilla—. Es algo tan simple como APAGADO o ENCENDIDO. Si tú estás APAGADO, no puedes estar ENCENDIDO, y viceversa.

—Yo sé eso, y tú sabes eso, pero la gente parece no saberlo. La gente dice que los fantasmas no existen, pero pese a todo les tienen miedo.

—Nadie puede tener miedo de algo que no existe —bufó el Hoover.

—No me preguntes cómo lo hacen —dijo el tostador—. Es lo que ellos llaman una paradoja. Lo importante es esto... la gente tiene miedo de los fantasmas. Y nosotros vamos a *pretender* que lo somos.

—¿Cómo? —preguntó el Hoover escéptico.

—Dejadme mostrároslo. Bájate. Un poco más. Enrolla tu cordón en torno a mi cordón. Ahora levántame...

Tras una hora de práctica pretendiendo ser un fantasma, decidieron que estaban preparados. Cuidadosamente a fin de que los otros aparatos no se cayeran, el viejo Hoover rodó hacia la ventana de la barraca. El tostador, en equilibrio sobre la manguera de aspiración del aspirador, apenas era capaz de ver el interior. Allá, sobre una mesa, entre una pila de platos sucios y la anilla llena de llaves del pirata, estaba la pobre radio cautiva, y allí también, vestido con un sucio pijama a rayas, preparándose para ir a la cama, estaba el pirata.

—¿Lista? —susurró el tostador.

La esterilla, que se había enrollado envolviendo al aspirador y dándole una apariencia burdamente fantasmagórica, con una especie de capucha en la parte superior en la que el tostador podía ocultarse, ajustó sus pliegues una última vez.

—Lista —respondió la esterilla.

—¿Lista? —preguntó de nuevo el tostador.

La lámpara, que se había ocultado a media altura de la manguera de aspiración del Hoover, se encendió por un momento y luego volvió a apagarse. La bombilla que había tomado del techo de la cabina de la camioneta tenía tan solo la mitad de los vatios a los que ella estaba acostumbrada, de modo que su haz de luz era notablemente menos intenso... pero era suficiente para hacer que la esterilla reluciera

con un débil resplandor amarillento.

—Entonces empecemos a hacer de fantasma —dijo el tostador.

Aquella era la señal que había estado esperando Hoover.

—¡Huuuu! —gruñó el Hoover con su voz más profunda y estremecedora—. ¡Huuuu!

Dentro, el pirata alzó la vista, alarmado.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—¡Huuuu... huuuu! —prosiguió el Hoover.

—¡Quienquiera que sea, será mejor que se largue!

—¡Huuuu...uuuu...uuuu!

Con precaución, el pirata se acercó a la ventana de donde parecía proceder el sonido.

A una señal eléctrica secreta del tostador, el aspirador se arrastró suavemente a lo largo de la barraca hasta donde no pudiera ser visto desde la ventana.

—Huuuu... —jadeó el Hoover, con el más cavernoso de los suspiros—. Huuuu... Huuuu...uuu...

—¿Quién está ahí afuera? —preguntó el pirata, apretando su nariz contra el cristal y mirando a la oscuridad exterior—. Será mejor que me responda. ¿Me oye?

Como respuesta, el Hoover lanzó un sonido gorjeante, estrangulado, un jadeo que sonaba aterrador aunque uno supiera que era el Hoover quien lo producía. Por aquel entonces el pirata, que no tenía la menor idea de lo que podía ser aquel misterioso gruñir, había empezado a ponerse nervioso. Cuando uno vive completamente solo en un Depósito de Chatarra no espera oír extraños ruidos al otro lado de su ventana en medio de la noche. Y si uno es además un poco supersticioso, como suelen serlo los piratas...

—De acuerdo... ¡si no quiere decir quién es, voy a salir y lo averiguaré yo mismo! —Se entretuvo aún un instante junto a la ventana, pero finalmente, cuando no le llegó ninguna respuesta, el pirata se puso los pantalones y luego las botas—. ¡Se he avisado! —gritó, aunque no en un tono que pudiera calificarse de amenazador.

Siguió sin llegar ninguna respuesta. Tomó su manajo de llaves de encima de la mesa junto a la radio. Se dirigió a la puerta.

La abrió.

—¡Ahora! —dijo el tostador, lanzándole una señal secreta a la esterilla a través de su cordón eléctrico.

—No puedo —dijo la esterilla, temblando de arriba abajo—. Tengo demasiado miedo.

—¡Debes hacerlo!

—No debo: va contra las reglas.

—Lo discutimos antes, y lo *prometiste*. Ahora apresúrate... ¡antes de que llegue aquí!

Con un fuerte estremecimiento, la esterilla obedeció. Tenía una rasgadura en un

lado, allá donde se había enganchado en la rama alta del roble la noche de la tormenta. La lámpara estaba oculta inmediatamente detrás de aquella rasgadura. Cuando el pirata apareció doblando la esquina de la barraca, la esterilla dobló su desgarrado tejido hacia un lado.

El pirata se detuvo en seco cuando vio la fantasmal silueta que se erguía ante él.

—¡Huuuu...uuuu! —aulló el Hoover una vez más.

En aquel momento la lámpara se encendió. El haz de luz brotó por la hendidura de la esterilla directamente al rostro del pirata.

Cuando la lámpara se encendió, el pirata se quedó mirando a la figura erguida ante él con una expresión del más absoluto horror. Lo que vio y lo aterró de tal modo fue lo mismo que había visto la margarita, lo mismo que vieran Harold y Marjorie... sus propios rasgos reflejados en el sucio cromado del tostador. Y como desde su primera juventud había sido una persona malvada, su rostro había adquirido esa fealdad especial que solo los rostros de la gente mala adquieren. Ante el rostro que exhibía una mueca atroz de aquella extraña figura encapuchada, ¿qué podía suponer el pirata sino que acababa de tropezarse con la más peligrosa clase de fantasmas del tipo que conoce exactamente quién eres y sabe todas las malas acciones que has hecho y pretende castigarte por ellas? Incluso los piratas más adultos huyen aterrorizados de tales fantasmas. Y eso fue exactamente lo que hizo el pirata.

Tan pronto como se hubo ido, los aparatos electrodomésticos corrieron hacia la barraca y rescataron a la radio, que no cabía en sí de gozo. Luego, antes de que el pirata pudiera regresar, se apiñaron en el cochecito de niño, y el viejo Hoover les condujo fuera de allí tan aprisa como sus ruedas podían girar.

* * *

Y la suerte estaba de su lado, pues ya no les quedaba mucho camino que recorrer: La Avenida Newton, donde vivía su amo, estaba tan solo a kilómetro y medio o así del Depósito de Chatarra. Alcanzaron su edificio de apartamentos a primera hora de la mañana, antes de que la camioneta del lechero apareciera por la calle.

—¿Lo veis? —dijo alegremente el tostador—. Al final todo sale bien.

Bueno, el tostador se había precipitado al hablar. Sus tribulaciones aún no habían terminado, y no todo había salido bien al final, como muy pronto iban a descubrir.

El Hoover, que tenía un instinto especial para ciertas cosas, abrió la puerta de la calle y llamó al ascensor automático. Cuando la puerta del ascensor se abrió, metió dentro el cochecito de niño y pulsó el botón del piso catorce.

—Todo está tan *cambiado* —dijo la lámpara extensible, mientras el Hoover empujaba el cochecito fuera del ascensor y lo conducía por el pasillo—. El papel de la pared hacía como unas ondas verdes con manchas blancas, y ahora forma como líneas entrecruzadas.

—Somos nosotros quienes hemos cambiado —dijo la esterilla miserablemente.

—Silencio —dijo el Hoover severamente—. ¡Recordad las reglas! —Pulsó el timbre junto a la puerta del apartamento de su amo.

Todos los aparatos se mantuvieron perfectamente inmóviles.

Nadie acudió a la puerta.

—Quizá esté durmiendo —dijo la radio/despertador.

—Tal vez no esté en casa —dijo el Hoover—. Lo comprobaré. —Tocó de nuevo el timbre, pero esta vez de una forma diferente, de tal modo que solo los electrodomésticos del apartamento fueran capaces de oír su sonido.

Un segundo más tarde una máquina de coser Singer acudió a la puerta.

—¿Sí? —dijo la máquina de coser en un tono de cortés curiosidad—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Oh, perdona, creo que he cometido un error. —El Hoover miró al número de la puerta, luego al nombre en la placa de latón sobre el timbre. El número era correcto, el nombre también. Pero... ¿una máquina de coser?

—¿Quién es...? —dijo una voz familiar dentro del apartamento—. ¡Oh, pero si es él! ¡Es el viejo Hoover! ¿Cómo estás? ¡Pasa! ¡Pasa!

El Hoover arrastró el cochecito al interior del apartamento, por encima de la gruesa moqueta hacia el amistoso viejo televisor.

La esterilla miró tímidamente a su alrededor por encima del borde del cochecito.

—¿Y a quién traes contigo? Salid... no seáis tímidos. ¡Dios mío, qué maravillosa sorpresa!

La esterilla se arrastró fuera del cochecito, cuidando de mantener los peores efectos del viaje doblados fuera de la vista. Fue seguida por la radio, la lámpara y finalmente el tostador.

El televisor, que los conocía a los cinco de la temporada que pasó con su amo en la cabaña de verano, los presentó a los muchos electrodomésticos que habitaban en el apartamento y que habían empezado a congregarse en la sala de estar. Algunos, como la batidora y el propio televisor, eran viejos amigos. Otros, como el estéreo y el reloj eléctrico de la repisa de la chimenea, eran conocidos de los cuatro electrodomésticos que habían vivido en su tiempo en el apartamento pero no del tostador. Aunque la mayoría eran unos completos extraños para ellos. Había enormes y poco prácticas lámparas con enormes pies sobre mesitas bajas y, en el dormitorio, pequeñas lámparas que arrojaban una débil luz indirecta, y otras lámparas pegadas a la pared en el comedor que pretendían ser velas. De la cocina había surgido en tropel toda una tribu de artilugios poco familiares: una olla a presión, un abrelatas eléctrico, un grill, una picadora, un cuchillo eléctrico y, un poco avergonzado, el nuevo tostador del amo.

—¿Cómo estás? —dijo el nuevo tostador con una voz apenas audible, cuando fue presentado por el televisor.

—¿Cómo estás tú? —respondió amigablemente el tostador.

Ninguno de los dos supo decir nada más. Afortunadamente, había más

presentaciones que hacer. El Hoover tuvo que enfrentarse a una situación similar cuando fue presentado al nuevo aspirador del apartamento, que era (tal como el Hoover había temido) uno de los nuevos y ligeros modelos que se parecen a una gran hamburguesa con ruedas. Se mostraron educados el uno con el otro, pero era evidente que el nuevo aspirador consideraba al Hoover como decididamente pasado de moda.

La esterilla tuvo que enfrentarse a una impresión aún mayor. Los dos últimos artilugios que aparecieron en la sala de estar eran un vaporizador y una larga y enmarañada guirnalda de luces de Navidad, que permanecía hibernando en un armario. La esterilla miró a su alrededor casi ansiosamente.

—Bueno —dijo, haciendo un esfuerzo por parecer bien dispuesta y amistosa—. Creo que aún hay alguien a quien no hemos sido presentados.

—No —dijo el televisor—. Estamos todos aquí.

—Pero, ¿no hay otra... esterilla?

El televisor evitó la intensa mirada de la esterilla.

—No. El amo ya no usa esterilla eléctrica. Solo una simple manta de lana.

—Pero él siempre... él siempre... —La esterilla no consiguió decir nada más. Su resolución la abandonó, y se dejó caer hecha un guiñapo en la moqueta.

Los reunidos electrodomésticos del apartamento dejaron escapar un impresionado jadeo, pues hasta entonces no habían tenido idea de la extensión de las heridas de la esterilla.

—¡No *usa* una esterilla eléctrica! —repitió el tostador, indignado—. ¿Por qué no?

La pantalla del televisor parpadeó y luego, evasivamente, mostró un programa de jardinería.

—Realmente no ha sido cosa del amo —dijo la máquina de coser Singer con un acento curiosamente entrecortado, como a sacudidas—. Me atrevería a decir que *él* se sentiría encantado de ver de nuevo a su vieja esterilla.

La esterilla alzó interrogativamente la mirada.

—Es el ama —prosiguió la máquina de coser—. Ella dice que una esterilla eléctrica da demasiado calor.

—¿El ama? —repitieron a coro los cinco electrodomésticos.

—¿No lo sabéis?

—No —dijo el tostador—. No, no hemos sabido nada del amo desde que abandonó la cabaña hace tres años.

—Dos años, once meses, y veintidós días, para ser exactos —dijo la radio/despertador.

—Por eso decidimos venir aquí. Temíamos... no sé qué temíamos exactamente. Pero pensamos que... que nuestro amo podía necesitarlos.

—Oh —dijo la máquina de coser. Se giró para contemplar el programa de jardinería en el televisor.

Tan discretamente como pudo, el nuevo tostador se arrastró de vuelta a la cocina y reasumió su lugar en la encimera de formica.

—Dos años, once meses, y veintidós días es mucho tiempo para ser dejados solos —afirmó la radio con un volumen un poco demasiado alto—. Naturalmente, empezamos a preocuparnos. El pobre acondicionador de aire dejó incluso de funcionar definitivamente.

—Y durante todo ese tiempo —dijo la lámpara—, ¡ni una palabra de explicación! —Miró con reproche al televisor, que seguía discutiendo el problema de los insectos dañinos.

—¿Puede *alguno* de vosotros decirnos por qué? —preguntó gravemente el tostador—. ¿Por qué nunca ha vuelto a la cabaña? Debe existir una *razón*.

—Yo puedo decírtela —murmuró el vaporizador, avanzando un poco—. Mirad, el ama sufre de fiebre del heno. Yo puedo ayudarla con su asma, pero cuando le empieza la fiebre del heno, no hay nada que yo pueda hacer, y realmente se pone muy mal.

—Sigo sin comprender —dijo el tostador.

La máquina de coser fue quien finalmente le dijo:

—En vez de ir al campo, donde todo está lleno de malas hierbas y de polen y de cosas así, ahora pasan sus veranos en la playa.

—Y nuestra cabaña, nuestra encantadora cabaña en medio del bosque... ¿qué va a ser de ella?

—Creo que el amo piensa venderla.

—¿Y... y nosotros? —preguntó el tostador.

—Creo que va a ser vendida en subasta con todo su contenido —dijo la máquina de coser.

El Hoover, que se había comportado con una gran dignidad durante toda la visita, no pudo soportarlo más. Con un fuerte gemido, se aferró al asa del cochecito de niño como para mantener su equilibrio.

—Vámonos —jadeó—. Todos vosotros, vámonos. Aquí no somos queridos. Regresemos a... a...

¿Dónde podían regresar? ¿Había algún lugar para ellos? ¿Se habían convertido en unos electrodomésticos sin hogar!

—¡Al Depósito de Chatarra! —chilló la esterilla histéricamente—. ¿No es ahí donde va la *basura*? Eso es lo que somos ahora... ¡basura! —Retorció su cordón en un agónico nudo—. ¿No fue eso lo que dijo el pirata que éramos? ¡Basura! ¡Basura! ¡Basura! Todos nosotros, y yo todavía más.

—Contrólate —dijo el tostador gravemente, aunque sentía que sus resistencias estaban a punto de estallar—. *No* somos basura. Somos electrodomésticos sólidos y útiles.

—¡Miradme! —gritó la esterilla, desplegando en toda su extensión su ajado cuerpo—. Y esas manchas de barro... ¡mirad!

—Tus desgarrones pueden ser cosidos —dijo el tostador calmadamente. Se giró hacia la máquina de coser—. ¿No es cierto?

La máquina de coser asintió en silencio.

—Y las manchas pueden ser limpiadas.

—¿Y luego qué? —preguntó el Hoover obstinadamente—. Supongamos que la esterilla es reparada y limpiada, y que yo cambio mi cordón y arreglo mi bolsa de modo que pueda funcionar de nuevo, y tú limpias tus cromados. Supongamos todo eso... ¿y luego qué? ¿Dónde vamos a ir?

—No lo sé. A algún lugar. Tendremos que pensarlo.

—Perdonadme —dijo el televisor, apagando el programa de jardinería—. ¿Pero no os he oído decir algo acerca de... de un pirata?

—Sí —dijo la máquina de coser nerviosamente—. ¿A qué pirata o referíais? No hay ningún pirata en este edificio. Espero.

—No os asustéis... ya no tenemos que preocuparnos por él. Nos capturó, pero escapamos. ¿Os gustaría saber cómo?

—Dios, sí —dijo el televisor—. Me encantan las buenas historias.

De modo que todos los electrodomésticos se reunieron en un círculo alrededor del tostador, que empezó a contarles la historia de sus aventuras desde el momento en que decidieron abandonar la cabaña hasta el momento en que llegaron a la puerta del apartamento. Era una larga historia, como todos vosotros sabéis, y mientras el tostador la contaba, la máquina de coser trabajó reparando todos los desgarrones y descosidos de la esterilla.

* * *

A la tarde siguiente, cuando la esterilla regresó de la Tintorería Instantánea al otro lado de la Avenida Newton, los electrodomésticos del apartamento organizaron una espléndida fiesta en honor de sus cinco visitantes. Las luces de Navidad se colgaron entre los dos apliques del comedor y parpadearon de la mejor manera que supieron, mientras el televisor y el estéreo cantaban a dúo todas las más famosas comedias musicales. El tostador fue abrigado y relucía como nunca, y el Hoover había recuperado toda su potencia. Pero lo más maravilloso de todo... era que la esterilla parecía otra vez nueva. Posiblemente su color amarillo no fuera tan vivo como antes, pero era un amarillo encantador, al menos para los demás. Exactamente el mismo amarillo, según el televisor, de las natillas y de las primulas y de las más hermosas toallas del cuarto de baño.

A las cinco en punto la radio hizo sonar su alarma, y todos se inmovilizaron, excepto la esterilla, que siguió danzando alegremente por el salón durante algún tiempo antes de darse cuenta de que la música había cesado.

—¿Qué ocurre? —preguntó la esterilla—. ¿Por qué estáis todos tan quietos?

—Silencio —dijo la radio—. Es la hora de *La tienda de los cambios*.

—¿Qué es *La tienda de los cambios*? —preguntó la esterilla.

—Es un programa de la estación KHOP —dijo el tostador excitadamente— ¡que

va a proporcionarnos un nuevo hogar! Te dije que no te preocuparas, ¿verdad? ¡Te dije que pensaría algo!

—Silencio —dijo la lámpara—. Va a empezar.

La radio aumentó su volumen para que todos los aparatos en el salón pudieran oír.

—Buenas tardes —dijo, con una profunda y profesional voz de locutor—, y bienvenidos a *La tienda de los cambios*. El programa de hoy se abre con una oferta realmente extraña procedente de la Avenida Newton. Parece que alguien allí desea cambiar... ¡escuchen la lista!: un aspirador Hoover, una radio/despertador de AM, una esterilla eléctrica amarilla, una lámpara extensible, y un tostador Sunbeam. Todo ello a cambio de... bien, eso es lo que dice la ficha que tengo entre mis manos: «Lo que ustedes quieran». Lo más importante, según me han informado, es el que ustedes *necesiten* real y genuinamente esos magníficos electrodomésticos, los cinco, puesto que su dueño actual desea que permanezcan juntos. ¡Por razones sentimentales! ¡Vaya, ahora ya lo he oído todo! De todos modos, si ustedes creen que *necesitan* realmente esos cinco aparatos, llamen al número 485-9120. Repito, 485-9120. Y ahora, nuestra próxima oferta no es tan poco habitual. Parece que alguien de Center Street ofrece, absolutamente gratis, cinco adorables gatitos blancos y negros...

La radio se apagó.

—¡No me digáis que no ha sonado estupendamente! —exclamó, olvidando en su excitación dejar de hablar con la voz del locutor.

—Vayamos junto al teléfono —animó el Hoover a la radio—. Tendrás que hablar tú. Yo estoy demasiado nervioso.

Los cinco aparatos se apiñaron en torno al teléfono, y aguardaron las llamadas.

Hay dos escuelas de pensamiento acerca de si los aparatos electrodomésticos tienen derecho o no a utilizar libremente el teléfono. Algunos insisten que va completamente en contra de las reglas y que nunca debe hacerse, bajo ninguna circunstancia, mientras que otros mantienen que están en su derecho, puesto que es simplemente otro aparato electrodoméstico el que está hablando, en este caso un teléfono. Sea o no contrario a las reglas, es realmente un hecho el que muchos electrodomésticos (especialmente las radios solitarias) utilizan regularmente el sistema telefónico, normalmente para entrar en contacto con otros electrodomésticos. Eso explica el gran número de llamadas calificadas como «equivocadas» que la gente recibe tan a menudo. Las redes telefónicas computerizadas no pueden cometer tantos errores, aunque siempre reciban las culpas.

Durante los últimos tres años, por supuesto, aquella posibilidad no había preocupado demasiado a nuestros electrodomésticos, puesto que el teléfono de la cabaña estaba desconectado. Normalmente, el Hoover se hubiera opuesto probablemente a la idea de utilizar el teléfono, puesto que por naturaleza propia tendía a adoptar actitudes conservadoras. Pero allí se habían visto en la absoluta necesidad de llamar a la Tintorería Instantánea para hacer que vinieran a recoger la esterilla, y eso había sentado un claro precedente para su llamada a la KHOP

ofreciéndose para el programa *La tienda de los cambios*. ¡Y ahora estaban todos reunidos en torno al teléfono, aguardando hablar con su próximo amo!

El teléfono sonó.

—Ahora cuidado con lo que haces —advirtió el Hoover—. No digas que sí a la primera persona que llame. Entérate bien primero de quién es. Tenemos que seleccionar cuidadosamente el lugar donde vamos a ir, ya sabes.

—De acuerdo —dijo la radio.

—Y recuerda —dijo el tostador—: sé amable.

La radio asintió. Descolgó el auricular.

—¿Diga? —preguntó.

—¿Es ahí la persona de los cinco aparatos electrodomésticos?

—¡Es aquí! ¡Oh, sí, cielos, por supuesto que es aquí!

Y así los cinco electrodomésticos se fueron a vivir con su nueva ama, porque resultó ser una mujer la que llamó primero, y no un hombre. Era una vieja bailarina venida a menos que vivía completamente sola en una pequeña habitación trasera de su estudio de ballet en Center Street, en la parte más antigua de la ciudad. Lo que la bailarina ofrecía a cambio de los cinco electrodomésticos eran cinco adorables gatitos blancos y negros. El antiguo amo de los aparatos nunca llegaría a explicarse, al regresar con su esposa de sus vacaciones de verano junto al mar, como habían llegado hasta allí los cinco gatitos que encontraron en su apartamento. Fue una situación más bien comprometida, ya que su esposa era alérgica al pelo de los gatos. Pero eran tan encantadores... nunca se atrevería a echarlos a la calle. Finalmente decidieron conservarlos con ellos, y su esposa simplemente tomó más antihistamínicos.

¿Y los aparatos electrodomésticos?

Oh, fueron *muy* felices. Al principio el Hoover se mostró reluctante a entrar al servicio de una mujer (porque nunca había trabajado para una mujer antes, y era un electrodoméstico muy apegado a sus hábitos), pero tan pronto como hubo constatado lo meticulosa y limpia ama de casa que era su nueva ama, olvidó todas sus reservas y se convirtió en su principal defensor.

¡Y era tan hermoso sentirse *útiles* de nuevo! La radio interpretaba hermosa música clásica para que la bailarina danzara a su compás; y cuando se sentía cansada y deseaba sentarse y leer un poco, la lámpara iluminaba su libro; y luego, cuando se hacía tarde y terminaba su lectura, la esterilla empezaba a irradiar un suave y agradable calor que la mantenía durmiendo plácidamente durante toda la larga y fría noche.

Y cuando llegaba la mañana y ella se despertaba, qué maravillosas tostadas le preparaba alegremente el tostador... ¡doradas y crujientes y perfectas y siempre en su punto!

Y así, los cinco aparatos electrodomésticos vivieron y trabajaron, felices y

realizados, sirviendo a su querida ama y gozando de su mutua compañía, hasta el final de sus días.

Título original:
THE BRAVE LITTLE TOASTER (1980)
Traducción de Domingo Santos

HIJO DE SANGRE

RICHARD MATHESON

En ND 143 les ofrecíamos un relato, *El novato* de E. C. Tubb, que era una aproximación realista, muy dentro de la línea de la SF tradicional, al mito del vampirismo. He aquí hoy otro relato sobre el mismo tema, visto desde un ángulo en cierto modo más clásico pero también mucho más inédito, y muy en la línea del estilo que diera fama a su autor. Richard Matheson, que ganara renombre mundial con su *Nacido de hombre y mujer*, insiste aquí desde otro ángulo en el mismo tema del monstruo incomprendido. Jules, el protagonista de esta historia, es también un monstruo para nuestra sociedad, que busca su propia identidad, dominado por un ideal. La progresión de la historia hasta su clímax final pertenece a lo mejor de Matheson, y en esa cualidad se ha basado toda su fama. Quien haya leído y gozado de obras como *Soy leyenda* disfrutará con esta nueva, personal y moderna aproximación a uno de los mitos más antiguos de nuestra cultura literaria.

Los habitantes de la manzana declararon categóricamente que Jules estaba loco el día que oyeron hablar de su redacción.

Hacía ya tiempo que tenían sospechas.

La mirada fija e inexpresiva de Jules hacía que la gente se estremeciera. Su voz ronca y gutural formaba un extraño contraste con su débil cuerpo. La palidez de su piel, que parecía colgar blandamente envolviendo su carne, inspiraba a los niños una viva repugnancia.

Jules detestaba la luz del sol, y sus ideas parecían un poco desplazadas a todos aquellos que le rodeaban.

Jules deseaba ser vampiro.

El rumor público afirmaba que había nacido en una noche tormentosa, cuyos terribles vientos desenraizaban los árboles. Se decía que a su nacimiento tenía ya tres dientes. Se decía también que se servía de ellos para aferrarse al pecho de su madre y extraer su sangre al mismo tiempo que su leche.

Se decía que se reía y charloteaba en su cuna cuando caía la noche. Se decía que a los dos meses sabía andar. Se decía que le gustaba sentarse para contemplar fijamente la luna cuando brillaba en el cielo.

Eso era lo que se decía de él.

Sus padres no dejaban de preocuparse. Jules era hijo único, y pronto habían notado lo que no funcionaba correctamente en él.

Lo habían creído ciego hasta el día en que el médico les dijo que el niño tenía simplemente la mirada vacía. El médico había añadido que, con su gran cabeza, Jules podía ser tanto un genio como un idiota. Jules resultó ser un idiota.

Hasta la edad de cinco años no pronunció ni una sola palabra. Luego, una noche, sentándose a la mesa para cenar, dijo:

—Muerte.

Sin saber al principio si alegrarse u horrorizarse, sus padres terminaron experimentando un sentimiento intermedio. Se tranquilizaron pensando que Jules no podía comprender lo que significaba esa palabra.

Pero Jules la comprendía perfectamente.

A partir de aquel día, se creó un vocabulario tan rico que todos aquellos que le conocían se sintieron estupefactos. No solamente aprendió todas las palabras que oía, e incluso aquellas que estaban escritas en los anuncios, en las revistas o en los libros, sino que fabricó sus propias palabras.

Nohecaricia, por ejemplo, o *mueramor*. De hecho, la mayoría eran en realidad varias palabras mezcladas. Significaban cosas que Jules sentía que no podía expresar con otros términos.

A menudo, se sentaba en el porche mientras los otros niños jugaban al tres en raya o a otros juegos, y permanecía inmóvil allá, los ojos fijos en la calle, inventando palabras.

Hasta la edad de doce años, Jules no creó demasiados problemas a su familia.

En una ocasión se le encontró desnudando a Olive Jones en una callejuela, y otra vez fue sorprendido disecando a un gatito sobre su cama.

Pero con el tiempo, estos pequeños escándalos fueron olvidados.

En general, puede decirse que, durante toda su infancia, Jules se contentó con inspirar a todos aquellos que le se acercaban un simple desagrado.

Iba a la escuela pero no estudiaba nunca, de modo que tuvo que repetir varias veces los mismos cursos. Los profesores no le conocían más que por su nombre de pila. En algunas asignaturas, como lectura y escritura, se mostraba casi brillante.

En otras, por el contrario, era una absoluta nulidad.

Un cierto sábado, cuando tenía doce años, Jules fue al cine a ver *Drácula*.

Una vez acabado el film, mientras se ponía en fila con los otros niños, sintió que su corazón latía locamente y sus nervios se anudaban en su cuerpo.

Aquella noche entró en su casa y se encerró en el baño durante dos horas.

Sus padres golpearon repetidamente la puerta, le amenazaron, pero él se negó a salir.

Finalmente, cuando llegó la hora de la cena, abrió la puerta y fue a sentarse a la mesa. Llevaba un vendaje en el dedo pulgar, y su rostro reflejaba una expresión de satisfacción extrema.

A la mañana siguiente fue a la biblioteca. Pero era domingo. Permaneció sentado en los escalones de la entrada durante todo el día esperando a que le abrieran, y finalmente tuvo que volver a casa de vacío.

Al día siguiente, en vez de ir a la escuela, regresó a la biblioteca.

Descubrió *Drácula* en una de las estanterías, pero no podía llevarse el libro a casa, ya que solo aquellos que tenían tarjeta de lector estaban autorizados a llevarse libros y, para obtener esa tarjeta, era preciso acudir a la biblioteca acompañado del padre o de la madre.

Escondió pues el libro bajo la chaqueta al abandonar la biblioteca, y nunca lo devolvió.

Fue a sentarse en un banco del parque y leyó el libro del principio al fin. Era ya completamente de noche cuando lo terminó.

Pero volvió a comenzar por el principio y siguió leyendo, corriendo de farola en farola, durante todo el camino de regreso a casa.

No oyó ni una palabra del sermón que le dedicaron sus padres por no haber acudido a comer ni a cenar. Cenó sin pronunciar palabra, luego se fue a leer a su habitación. Sus padres le preguntaron de dónde procedía el libro, y respondió que lo había encontrado.

Pasaron los días, y Jules siguió leyendo y releendo el libro. Ni una sola vez, durante todo ese tiempo, fue al colegio.

Cuando finalmente se dormía, a altas horas de la noche, su madre se llevaba el libro al salón y se lo mostraba a su marido.

Así se dieron cuenta, una noche, que Jules había subrayado a lápiz, con temblorosas líneas, algunos pasajes del libro.

Como por ejemplo: *Sus labios eran escarlatas debido a la sangre fresca, de la que un pequeño hilillo, resbalando por el mentón, había manchado la blancura de su mortaja de batista.*

O también: *Cuando la sangre empezó a brotar, tomó mis manos en una de las suyas, apretándolas firmemente, y luego, con la otra mano, sujetó mi cuello y apretó mis labios contra la herida...*

Tras leer estas líneas, la madre de Jules arrojó el libro al cubo de la basura.

Al día siguiente por la mañana, comprobando que su libro ya no estaba en su mesilla de noche, Jules empezó a gritar y le retorció el brazo a su madre hasta que esta le dijo lo que había hecho.

Entonces bajó al sótano y rebuscó en el montón de basura hasta que lo encontró.

Con las manos y los puños de la camisa manchados con poso de café y yema de huevo, fue a sentarse al parque para reanudar su lectura.

Durante todo un mes, leyó con avidez el libro. Luego, cuando se lo supo de memoria, lo tiró y empezó a pensar en él.

Cada día llegaban avisos procedentes de la escuela. La madre de Jules le recriminó ásperamente sus repetidas ausencias, y él decidió volver a clase por un tiempo.

Quería hacer una redacción.

La escribió un día, durante la hora del curso reservada a tal fin. Cuando todos los alumnos hubieron terminado su trabajo, la maestra preguntó si alguno de ellos quería leer su redacción a sus compañeros.

Jules alzó la mano.

La maestra se sintió sorprendida, pero se había hecho el firme propósito de mostrarse caritativa con él y animarle, de modo que, alzando la barbilla, le dijo

amablemente:

—Esto está muy bien. Escuchad atentamente, muchachos. Jules va a leernos su redacción.

Jules se levantó. Estaba muy excitado, y su hoja de papel temblaba en su mano. Empezó:

—La ambición de mi vida, por...

—Ven a colocarte frente a tus compañeros, querido Jules —dijo la maestra.

Jules obedeció. La maestra le dirigió una afectuosa sonrisa, y él empezó de nuevo:

—La ambición de mi vida, por Jules Drácula.

La sonrisa menguó.

—Cuando sea mayor —prosiguió Jules—, quiero ser vampiro.

La sonrisa se borró totalmente, y los labios de la maestra se crisparon. Sus ojos parecieron saltar de sus órbitas.

—Quiero —continuó Jules— vivir eternamente, tomar mi revancha y convertir a todas las chicas en vampiras. Quiero sentir el olor de la muerte.

—¡Jules!

—Quiero poseer un aliento fétido, que infeste la mohosidad, la fosa y el ataúd.

La maestra se estremeció y se retorció nerviosamente las manos. Sin poder creer lo que oía, miró a los muchachos que escuchaban, con la boca abierta. Algunos se reían, pero no las chicas.

—Quiero sentirme frío, tener una carne putrefacta, y notar correr en mis venas la sangre robada a los demás —continuó Jules.

—Ya bas... —empezó la maestra. Tuvo que toser para aclarar su voz, demasiado ronca, y terminó—: ¡Ya basta, Jules!

Pero Jules prosiguió con voz más fuerte, casi con desesperación:

—Quiero que mis terribles dientes blancos se claven en el cuello de mis víctimas. Quiero que estas...

—¡Jules! ¡Regresa inmediatamente a tu sitio!

—Quiero que mis dientes penetren como la hoja de una navaja en la carne y en las venas —prosiguió Jules ferozmente.

La maestra se levantó de un salto. La mayor parte de los alumnos temblaban aterrados. Ninguno de ellos reía ya.

—Luego quiero retirar mis dientes de la carne, dejar la sangre deslizarse en mi boca, bajar cálida por mi garganta y...

La maestra lo sujetó por el brazo. Jules se soltó, corrió a refugiarse en un rincón de la clase y, protegido tras un taburete, gritó:

—¡...asomar mi lengua y pasear mis labios por la garganta de mis víctimas! ¡Quiero beber la sangre de las muchachas!

La maestra se arrojó sobre él y consiguió sacarlo fuera de su refugio. Él le arañó manos y brazos con sus uñas y, mientras ella lo arrastraba a duras penas hacia el

despacho del director, siguió gritando:

—¡Esta es mi ambición! ¡Esta es mi ambición! ¡*Esta es la ambición de mi vida!*

Encerraron a Jules en su habitación mientras la maestra y el director hablaban con sus padres. Hablaban con una voz sepulcral, reconstruyendo la escena.

En toda la manzana, los padres de los otros muchachos hablaban de lo mismo. Al principio, la mayoría de ellos se negaron a creer aquella historia. Pensaron que sus hijos la habían inventado.

Luego se dijeron que, para ser capaces de inventar una cosa así, sus hijos debían ser algo abominable, y ellos no los habían educado de este modo.

Entonces empezaron a creer en la veracidad de la historia.

Como consecuencia de ello, todo el mundo empezó a considerar a Jules poco menos que como un buitre. La gente evitaba cuidadosamente mirarle o tocarle. Si se acercaba, los padres arrastraban vigorosamente a sus hijos al otro lado de la calle. Se murmuraban muchas cosas sobre él.

Las notas de ausencia llovieron nuevamente en casa de los padres de Jules.

Este declaró a su madre que no pensaba volver a la escuela. Nada consiguió hacerle cambiar de decisión. No volvió jamás.

Cuando uno de los policías encargado de ir a buscar a los chicos que hacían novillos se presentaba en el apartamento, Jules huía por los tejados hasta que se había marchado.

Pasó un año.

Jules vagabundeaba por las calles en busca de algo... no sabía el qué. Buscaba por los callejones. Buscaba en los cubos de basura. Buscaba en los terrenos baldíos. Buscaba al este, al oeste, al centro...

Pero no encontraba lo que buscaba.

Dormía poco. Nunca hablaba. Mantenía constantemente los ojos fijos en el suelo. Olvidó las palabras que había inventado.

Y luego...

Un día, paseando por el parque, Jules fue hasta el zoo.

Cuando vio el enorme murciélago-vampiro, pareció como si una corriente eléctrica lo atravesara.

Sus ojos se agrandaron. Una larga y siniestra sonrisa descubrió sus blancos dientes.

A partir de aquel momento, Jules regresó cada día al zoo para visitar al vampiro. Le hablaba, llamándole Conde. Y, en el fondo de sí mismo, estaba convencido de hallarse en presencia de un hombre transformado en bestia.

Un nuevo deseo de instruirse se apoderó de él.

Robó de la biblioteca otro libro, esta vez relativo a la vida de los animales salvajes.

Buscó la página relativa al murciélago-vampiro, la arrancó, y tiró el resto del libro.

Luego se aprendió de memoria los párrafos que había conservado.

Así supo de qué forma actuaba el vampiro para producir su herida. Aprendió que el vampiro lamía la sangre del mismo modo que un gatito bebe la leche, que andaba sobre sus alas replegadas y sobre sus patas traseras como una negra y velluda araña, que no absorbía otro alimento más que sangre.

Los meses transcurrían, y Jules seguía acudiendo a visitar al vampiro y no dejaba de hablarle. Ese era su único consuelo en la vida, y el símbolo de sus sueños convertidos en realidad.

Un día, Jules observó que un trozo de la tela metálica que recubría la jaula se había desprendido.

Echó una ojeada a su alrededor. Nadie le observaba. El tiempo no era bueno, y no había mucha gente en el zoo.

Jules tiró de la tela metálica.

Esta se desplazó ligeramente.

En aquel momento vio a un hombre salir del pabellón de los monos. Apartó rápidamente su mano y se alejó, silbando una cancioncilla que acababa de inventarse.

Por la noche, cuando todo el mundo en su casa le creía dormido, se levantó y se dirigió de puntillas hacia la habitación de sus padres. Escuchó durante unos instantes roncar a su padre y a su madre. Luego se apresuró a ponerse los zapatos y corrió al zoo.

Cuando el guardián no estaba visible, tiró de la tela metálica.

Y siguió tirando, poco a poco, para soltarla.

Cuando llegaba la hora de regresar a su casa, volvía a colocar la tela metálica. Así, nadie podía darse cuenta del trabajo que había realizado.

Durante todo el día, Jules permanecía ante la jaula contemplando al Conde, riendo para sí mismo y diciéndole que muy pronto estaría libre.

Le contaba al Conde todo lo que sabía. Le explicaba que iba a entrenarse a bajar por las paredes, cabeza abajo.

Le decía al Conde que no se preocupara, que muy pronto recuperaría su libertad. Entonces, ambos irían a pasear juntos y beber la sangre de las muchachas.

Una noche, Jules consiguió arrancar la tela metálica y deslizarse tras ella para penetrar en la jaula.

Estaba muy oscura.

Se arrastró de rodillas hasta la cabaña de madera, escuchando atentamente y temiendo oír al Conde lanzar grititos de terror.

Pasó su brazo por la abertura de la puerta, sin dejar de murmurar palabras tranquilizadoras.

Se sobresaltó cuando sintió que algo parecido a una aguja picaba su dedo.

Radiando una intensa alegría, Jules atrajo hacia sí al velludo murciélago que revoloteaba por encima de su cabeza.

Salió de la jaula sujetándolo entre sus brazos, atravesó a toda la velocidad que le permitían sus piernas el zoo y el parque, y prosiguió su carrera a través de las calles silenciosas.

Empezaba a hacerse de día. Una luz pálida teñía el oscuro cielo. Jules no podía volver a su casa: tenía que encontrar algún sitio para refugiarse.

Se metió por una callejuela, saltó una cerca, sujetando aún fuertemente al murciélago, que lamía la sangre que brotaba de su dedo.

Atravesó un patio y penetró en una barraca abandonada.

Su interior era oscuro y húmedo. La barraca estaba llena de cascotes, de viejas latas de conserva vacías, de cartones mojados y de excrementos.

Jules comprobó que no hubiera ninguna abertura por la cual pudiera escaparse el murciélago.

Luego cerró cuidadosamente la puerta y colocó un trocito de madera en la cerradura.

Sentía su corazón latir desbocado, sus miembros temblar.

Soltó al murciélago, que se alzó volando hacia un rincón oscuro y se aferró a la pared de madera.

Febrilmente, Jules desgarró su camisa. Sus labios se crisparon en una insensata sonrisa.

Rebuscó en el bolsillo de su pantalón y extrajo una navajita que le había quitado a su madre.

La abrió, y pasó su dedo por el filo. Este penetró fácilmente en la carne.

Con mano temblorosa, la llevó hasta su garganta y se hizo un corte. La sangre resbaló entre sus dedos.

—¡Conde! ¡Conde! —gritó, en una exaltación de salvaje alegría—. ¡Ven a beber mi sangre! ¡Ven a beberme! ¡Ven!

Tropezó con las latas de conserva, estuvo a punto de perder el equilibrio, y empezó a tantear con las manos en busca del murciélago. Este se desprendió de la pared, planeó por unos instantes sobre su cabeza, y fue a aferrarse al otro lado.

Las lágrimas surcaron las mejillas de Jules.

Apretó los dientes. La sangre chorreaba por sus hombros y por su hundido pecho.

Su débil cuerpo temblaba de fiebre. Retrocedió vacilante, en dirección a la pared a la que se había colgado el murciélago. Cayó, y el cortante reborde de una lata de conservas le rasguñó el costado.

Tendió las dos manos y sujetó al vampiro. Lo apretó contra su garganta y se dejó caer hacia atrás, sobre el frío y húmedo suelo, lanzando un suspiro.

Luego empezó a gemir, apretándose el pecho con ambas manos. Su estómago se anudó. El enorme murciélago negro lamía silenciosamente su sangre.

Jules sintió que la vida fluía de su cuerpo.

Pensó en todos los años transcurridos. En su espera. En sus padres. En la escuela. En Drácula. En sus sueños. En todo lo que había soportado para llegar a aquello: a aquella repentina gloria.

Sus ojos parpadearon, luego se abrieron enormemente.

El interior de la barraca, llena de un nauseabundo olor, empezó a girar en torno suyo.

Le costaba respirar. Abrió la boca para absorber más aire. Lo tragó. El aire fétido le hizo toser. Su pequeño y delgado cuerpo rodó de un lado para otro sobre el helado suelo.

Una bruma rodeó como un velo su cerebro.

Luego, bruscamente, una terrible claridad se hizo en su espíritu.

Experimentó un vivo dolor en el costado, allá donde se había rasguñado al caer.

Se dio cuenta de que estaba tendido, semidesnudo, sobre un montón de basura, mientras un vampiro bebía su sangre.

Con un estrangulado grito, extendió su mano y arrancó de su garganta al velludo murciélago. Este se alejó revoloteando, pero regresó casi en seguida, rozándole el rostro con sus alas.

Jules se puso en pie, tambaleante.

Tanteó con las manos buscando la puerta. Apenas podía verla. Intentaba impedir que la sangre siguiera brotando de su garganta. Finalmente, consiguió abrir la puerta.

Tropezó en el patio y cayó sobre la hierba, el rostro contra el suelo.

Quiso pedir socorro.

Pero solo un balbuceo, un simulacro de palabras, consiguió surgir de sus labios.

Oyó sobre él un estremecimiento de alas.

Luego, repentinamente, el ruido cesó.

Unas manos robustas lo alzaron delicadamente. El rostro moribundo de Jules se posó en un hombre alto, negro, cuyos ojos brillaban como rubíes.

—Hijo mío —dijo el hombre.

Título original:
BLOOD SON (1951)
Traducción de Sebastián Castro

SE PIENSA

La ciencia ficción es un género universal, pero el dominio anglosajón hace que sepamos muy poco, casi nada, o nada, de lo que se produce dentro del género en otros países distantes. Y sin embargo, en muchos de ellos hay un floreciente interés por el género, que crece día a día. Hoy nos ocupamos de dos de estos países. Por un lado, Michael Parks, de Los Angeles Times, nos ofrece una interesante visión global del gran boom que ha tenido la SF en los últimos tres años en un país tan enorme, tan rico culturalmente y tan desconocido para el mundo occidental como China. Por el otro, nuestro corresponsal Péter Kuczka nos pasa revista a la historia y al momento actual de la SF en otro país de honda tradición literaria y prácticamente desconocido para nosotros: Hungría. En números sucesivos seguiremos pasando revista a la SF de estos países tan ignorados, y sin embargo también importantes, que configuran la SF no anglosajona.

El gran salto adelante de la SF china

La espacionave *El Hito del Extremo Oriente* se precipitaba a una velocidad cada vez mayor hacia la vasta nada de un «agujero negro» tan poderoso que estaba consumiendo una enorme estrella azul cercana a él.

Los tres astronautas a bordo de *El Hito del Extremo Oriente* sabían que su entrada en el agujero negro, una estrella muerta y colapsada, significaba probablemente la aniquilación. Pero trabajaban rápida y confiadamente en los controles de la espacionave, probando con peligro de sus vidas una controvertida hipótesis sobre la naturaleza de los agujeros negros... e intentando escapar a la muerte en el último minuto.

Los astronautas eran chinos, y la historia de sus grandes aventuras en el espacio, una novela titulada *Vuelo hacia Sagitario*, está cautivando la creciente audiencia china hacia la ciencia ficción.

—La gente quiere ampliar sus horizontes, su consciencia —dice Zheng Wenguang, el autor de *Vuelo hacia Sagitario*, y el escritor más importante de ciencia ficción de China—. Esas son modernas fantasías y, como las viejas fantasías, expresan ideas a través de ilusiones. A un nivel, estoy escribiendo acerca de lo que puede ser; a otro, acerca de lo que es... y unir ambas cosas puede ser explosivo para

la mente.

»Explosivo para la mente —repite Zheng, haciendo una pausa en esa expresión y pensando en como suena en chino—. Yo hago que la gente piense, deje a un lado sus preconcepciones, vea dónde nos está llevando nuestra sociedad, dónde puede llevarnos.

Interrogando el futuro

Zheng, 52 años, astrónomo, se enfrenta al pensamiento chino con sus historias y novelas. Su obra desafía constantemente su concepción de sí mismos y cuestiona las perspectivas del futuro.

—¿Será el futuro una Utopía? —dice Zheng—. Quizá, pero no estoy seguro de que haya un futuro, y si lo hay, puede ser más bien lo opuesto... una anti-Utopía.

Para los chinos, a quienes el marxismo les asegura que el futuro será progresivamente mejor y el comunismo se convertirá en la sociedad ideal, los puntos de vista de Zheng no son ortodoxos, pero a él no parece importarle.

—Para explorar el espacio exterior, leí en una ocasión, es necesario antes explorar el espacio interior de uno mismo —dice Zheng—. Es por eso que prefiero los temas que reflejan nuestra sociedad. Tenemos un montón de problemas en nuestra sociedad de hoy que requieren que la gente piense. Esto es particularmente cierto con las secuelas de la Revolución Cultural. De modo que mis obras reflejan mis puntos de vista sobre varias cuestiones sociales de hoy, al mismo tiempo que sugieren lo que puede traernos el futuro.

Por esta razón, las obras de Zheng son descritas por algunos críticos literarios occidentales como «ciencia ficción social», lo cual hace también de él uno de los autores de China más considerados hoy en día.

La ciencia ficción era muy poco leída allí hasta hace tres años, pero rápidamente se está convirtiendo en uno de los géneros literarios más populares en China. Los libros de Zheng son publicados en ediciones de 100.000 ejemplares y más, y se venden en menos de una semana. Una antología de ciencia ficción extranjera tuvo una tirada de 420.000 ejemplares y se vendió igual de rápido, y algunos libros han tenido ventas de más de un millón de ejemplares en tres o cuatro ediciones.

—Cada nuevo libro lo único que hace es estimular el interés del lector —dice Li Fuzhen, director editorial de las Ediciones Oceánicas de Pekín, empresa que entró en la ciencia ficción en 1979 como un género marginal en sus publicaciones y que desde entonces se ha convertido en el más importante editor de ciencia ficción de China—. Pienso que el número de lectores seguirá creciendo geométricamente. Ninguna otra forma literaria ha captado tanto la imaginación de los lectores en los pasados dos o tres años como la ciencia ficción.

Muchos fans han formado ya clubs para comprar libros apenas son publicados.

Ejemplares de libros publicados hace seis meses son difíciles de encontrar y son vendidos a cuatro o cinco veces su precio original. Media docena de revistas de ciencia ficción provinciales se han establecido en los últimos dos años. Tras importar el film americano de 1976 *Future World* y la serie de televisión *Man from Atlantis*, China está empezando ahora a realizar sus primeras películas propias de ciencia ficción.

No sofisticada

Según los estándares de los Estados Unidos o europeos, la ciencia ficción china parece muy básica. Los temas habituales —viajes interplanetarios, robots, viaje por el tiempo, medicina experimental, monstruos submarinos, control del pensamiento y científicos locos— se hallan en sus primeros estadios de desarrollo, y su presentación no es sofisticada.

Pero para muchos chinos, incluso estudiantes e intelectuales, que son los mayores fans de la ciencia ficción del país, representan un mundo fantástico y difícilmente imaginable.

—Tenemos algunos científicos brillantes, pero básicamente somos un país de 800 millones de campesinos —comenta un crítico literario de Shanghai—, y hablar simplemente de un viaje espacial es una idea asombrosa para la mayor parte de los chinos. Recuerden que nuestros hijos no han crecido aún con calculadoras de bolsillo, y recuerden que el primer alunizaje americano fue silenciado por la mayor parte de la prensa de aquí para no preocupar a la gente.

El rápido ascenso del interés por la ciencia ficción, barrida durante la Revolución Cultural, se inició con la Conferencia Nacional sobre la Ciencia celebrada en 1978, según Zhang Haifong, presidente de Ediciones Oceánicas, cuya principal línea de publicación son los libros sobre ciencias marinas.

—La gente empieza a remodelar su línea de pensamiento, y había una tremenda demanda de la gente joven por aprender la ciencia y amar la ciencia —dice Zhang.

Antología

Espoleado por el interés de varios directores, incluido Li, la compañía editora decidió preparar una antología de ciencia ficción extranjera traducida —Ray Bradbury, Isaac Asimov, Arthur C. Clarke, Stanislaw Lem, estaban entre los autores—, y la entusiasta respuesta condujo a una antología china y luego a diez libros más en los últimos dos años.

—Nuestra meta es ilustrar a la gente y animarla a interesarse por la ciencia, a fin de convertir el país patrio en un estado fuerte y moderno —dice Zhang.

Instrumento educativo

Mucha de la nueva ciencia ficción china, como resultado de ello, tiene como finalidad popularizar la ciencia moderna, un esfuerzo fuertemente apoyado por los científicos del país.

Muchos viejos científicos creen que si la ciencia abstracta o los conceptos difíciles pueden ser expresados en forma literaria serán captados más fácilmente por los profanos —dice Li—. Nuestra finalidad, obviamente, no es de todos modos convertir la ciencia ficción en libros de texto, sino ampliar el horizonte de los lectores.

Hua Luokeng, uno de los más famosos matemáticos chinos, ha empezado a escribir ciencia ficción, y Ye Yonglie, un químico graduado de Shanghai, convirtió una serie de conferencias sobre el año 2000 en un libro, *Un periodista viaja al futuro*, que vendió un millón de ejemplares.

Pero el valor de la ciencia ficción como instrumento educativo es debatido en China. Un relato que ganó un premio, *El rayo de la muerte de la isla de coral*, y que se convirtió en una popular película, fue criticado por «desfigurar la ciencia» y ser demasiado fantástico como para poder ser creído. Otros críticos dijeron que literariamente era pobre.

—Seguimos teniendo oposición —dice Zheng, que admira la historia acerca de dos científicos que descubren y dominan un poderoso rayo de luz que luego se convierte en la causa de una guerra cuando otras potencias lo desean—. Esta oposición proviene no de los círculos científicos o literarios, sino de los profanos, que piensan que la ciencia ficción debe ser, ante todo, muy científica.

»Mi punto de vista es que la ciencia ficción debe ser, ante todo, buena ficción. Nuestra finalidad no es popularizar la ciencia a secas, sino también luchar para implantar la ideología científica, la forma de pensar científicamente.

MICHAEL PARKS

La SF en Hungría

1.

Según algunas fantásticas hipótesis, el lenguaje húngaro es una derivación directa del sumerio, y está relacionado con el quechúa y otros lenguajes indios. En realidad, sin embargo, el húngaro pertenece a la familia lingüística finoungria, y nuestros familiares lingüísticos son los fineses y las pequeñas poblaciones siberianas como los

voguls, ostyaks, votyaks y mordvinianos.

El lenguaje húngaro es muy extraño para los extranjeros. Posee ricas inflexiones, las vocales están conectadas de acuerdo con un cierto sistema, en el caso genitivo el poseedor precede al poseído, está lleno de imágenes, es muy rico en sinónimos, cada palabra es acentuada en la primera sílaba. Puede ser usado con gran flexibilidad, cualquier clase de forma poética puede ser trasladada al húngaro. Homero, Dante, Shakespeare, Goethe, Victor Hugo, Poe, pueden ser traducidos al húngaro en su ritmo original.

El húngaro es hablado aproximadamente por 14 millones de personas, 10'5 dentro de los límites del país, el resto más allá de ellos.

Todo esto puede, quizá, explicar por qué la literatura húngara no es conocida en el extranjero, y por qué las traducciones son tan ricas, significativas y valiosas en nuestro país.

2.

Nuestra poesía tiene setecientos años de edad. Desde hace cientos de años conocemos las utopías de Platón, las fantasías de Luciano, las antiutopías de Aristófanes, pero los precursores de la ciencia ficción llegaron aquí con un relativo retraso.

En el pasado siglo XVIII la novela de Holberg *Nicolai Klimi iter Subterraneum* fue leída completamente destrozada, y lo mismo ocurrió con el *Micromegas* de Voltaire y *La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia* de Samuel Johnson.

Solo a finales del siglo XVIII, principalmente influenciadas por la ilustración francesa, aparecieron aquí utopías originales, viajes fantásticos, novelas místicas y alquímicas. Vale la pena mencionar *Tariménes utazása* (El viaje de Tariménes) de György Bessenyei, y *A mostani adeptus* (El adepto de nuestros días) de Sándor Bártózi.

Esos escritos aparecieron a principios del siglo XIX, y pueden ser considerados como los predecesores inmediatos de la ciencia ficción. En ese floreciente período de nuestra literatura, aparecieron más y más obras en el género de ciencia ficción, sobre temas serios o satíricos. La imaginación traza diversos cuadros del futuro. La influencia de la educación científica puede ser sentida también. Nuestros autores descubren sociedades ideales o estremecedoras, mundos felices en la Luna, en las partes desconocidas de la Tierra o bajo la Tierra.

Podemos mencionar dos obras sobresalientes de este período.

Los héroes húngaros de *Utazás a Holdba* (Viaje a la Luna, 1836), de Ferenc Ney, alcanzan en la novela corta su destino mediante una aeronave, descubren allí una sociedad racionalista, y montones de fantásticos gadgets e invenciones, entre los cuales hay que destacar la luz del sol transmitida por tubos de cristal, vehículos

conducidos por fuerza magnética, y lluvia artificial.

La novela de Miklós Jósika *Végnapok* (Los últimos días, 1847), nos conduce a un futuro y a un planeta muy distantes, con ideas que a veces superan la imaginación de los autores modernos de ciencia ficción, con seres humanos telépatas, curiosos animales y monstruos, submarinos, aeroplanos, vidrio flexible, paisajes extraordinarios... y en este extraño ambiente nos da una descripción de un amor etérico entre un ser humano y un «alien».

El auténtico padre de la ciencia ficción húngara es, sin embargo, Mór Jókai. En su vasta obra descubrimos al principio solo un par de historias cortas, luego algunas novelas que representan la fantasía y la ciencia ficción. Podemos decir que fueron las novelas e historias cortas de Jókai las que crearon los fundamentos de la ciencia ficción húngara, y su diversidad, el suspense de sus argumentos, su inspiración científica, interés social, contenido humanista y admirable lenguaje fascinan aún a los lectores modernos. De entre todos sus libros podemos destacar los excelentes ejemplos de *Oceánia*, una novela sobre la Atlántida, la utopía robinsoniana *Ahol a pénz nem isten* (Donde el dinero no es un dios), la amarga sátira *Egészen az északi pólusig* (Tan lejos como el Polo Norte), y la sobreeminente obra en tres volúmenes escrita en 1872, *A jövő század regénye* (La novela del próximo siglo). Es imposible ofrecer una lista de las «invenciones» de la novela, que abarcan desde la hibernación hasta los plásticos, desde los aeroplanos eléctricos hasta el control del clima.

La influencia literaria de Jókai es casi inconmensurable. Los finales del siglo XIX y los comienzos del XX estuvieron llenos de seguidores e imitadores suyos. Títusz Tóvölgyi, el desafortunado autor que escribió su novela *Az új világ* (El nuevo mundo) sobre la sociedad comunista del futuro, fue un seguidor de Jókai, así como lo fue István Makay, que en su novela *Repülógéppel a Holdba* (En aeroplano a La Luna, 1889), trataba exclusivamente de los problemas científicos y tecnológicos y anticipaba el auténtico alunizaje con una precisión científica que hubiera hecho avergonzarse a Verne y Wells.

Mientras tanto, casi simultáneamente con las publicaciones originales, las obras de ciencia ficción de Verne, Wells, Robida, Bellamy, Rosny aîné, Dasswitz, Zulawski, Jack London y otros, eran traducidas al húngaro, pero los propios autores húngaros seguían escribiendo apreciables obras de ciencia ficción en el campo de la aventura, filosofía o sátira en ese período.

3.

El segundo período de la ciencia ficción húngara está relacionado muy de cerca con el revival literario de principios del siglo XX, con el debut de los autores de la nueva revista literaria *Nyugat* (El oeste).

Entre ellos, el más significativo es el otro clásico de la ciencia ficción húngara,

Frygyes Karinthy, el versátil autor y profundo pensador. Karinthy es el entusiasta y el amante del sentido común, la razón, el intelecto. Él mismo confesó ser un heredero de Swift y un deudo de H. G. Wells. Sigue narrando los viajes de Gulliver en dos novelas. La primera, *Utazás Faremidóba* (Un viaje a Faremido), precediendo al *R.U.R.* de Karel Capek, describe el conflicto de las máquinas parlantes inteligentes, es decir los «robots», y la gente. En *Capillária*, el autor amplía las contradictorias relaciones de hombres y mujeres hasta medidas fantásticas. En *Ezerarcú lélek*, nos habla de las aventuras y el fracaso final del hombre invencible. En *Uj Odisszeia* (Una nueva Odisea), acerca de la guerra de las máquinas que se han vuelto locas y la gente volviendo a un estado de existencia primitiva. Mientras que en *Mennyei riport* (Un informe del cielo) nos habla de un viaje al siguiente mundo. Muy a menudo Karinthy se dirigía al futuro para protestar contra la inhumanidad del presente. En nuestra literatura, Karinthy fue quien se mostró más interesado en las ciencias naturales, y muchas de sus «invenciones» precedieron a aquellas descritas más tarde por la ciencia ficción mundial.

Hay otra «gulliveriada» de este período, la de Sándor Szathmári, la novela titulada *Kazohinia*, que no pudo ser publicada durante años, hasta mediada la guerra, aprovechando un momento de «sueño» de la censura; e, incluso entonces, fue publicada en una versión mutilada. Esta obra filosófica examina los problemas básicos de la existencia humana en un ambiente fantástico, en donde la dicotomía de la razón y los sentimientos permanece insoluble.

La amenaza de la Segunda Guerra Mundial, entonces en preparación, hizo que Mihály Babits, uno de los mejores y más cultos poetas de la época, escribiera su novela *Elza pilota, vagy a tökéletes társadalom* (Elza el piloto, o la sociedad perfecta) acerca de la guerra eterna, con mujeres reclutadas, la vida obligada a regresar a las cavernas, y acerca de un científico creando un universo en miniatura.

Naturalmente, un cierto número de otras novelas aparecieron en este período, más o menos con temas similares, como en la mayor parte de los países del mundo, acerca de aventuras espaciales, guerras, seres alienígenas y curiosas tecnologías, aunque la mayor parte de ellas iban dedicadas a la diversión de lectores juveniles y adultos.

4.

La situación tras la guerra creó también una posición distinta para la ciencia ficción húngara. Entramos en conocimiento de las obras de la literatura soviética de ciencia ficción, y pudimos dar testimonio también de las corrientes político-culturales de limitación de la imaginación del período de postguerra. De la gran masa gris de obras sin interés solo un libro, *Az ibolyaszínű fény* (La luz violeta), de Péter Földes, es digno de mencionar, por sus buenas ideas y su argumento lleno de aventuras.

El gran boom se produjo a finales de los años cincuenta. Había grandes

posibilidades de expresión literaria, y pudimos leer finalmente los autores más significativos de Occidente, Bradbury, Simak, Vonnegut, Wyndham, Carsac, Aldiss, Pohl, los nuevos autores americanos, franceses, italianos, ingleses, suecos, alemanes, españoles y japoneses. Pudimos descubrir el interminable imperio de la ciencia ficción y sus grandes posibilidades. Fue también el tiempo en que pudimos conocer los escritos teóricos que acompañaban a la ciencia ficción, la estética del género, la existencia del fandom de SF, las películas y el arte de ciencia ficción.

En la Unión de Escritores Húngaros se formó un Comité de Trabajo de Ciencia ficción, constituido por autores, gente de cine, artistas y músicos, y organizó discusiones y convenciones, publicó su revista trimestral *SF Tájékoztató*, y se halló generalmente representada en las convenciones y conferencias internacionales.

Simultáneamente con todo esto, los clubs de lectores de ciencia ficción fueron formados uno por uno, y sus actividades y gama de intereses era muy similar a los del fandom occidental. El trabajo de los editores revivió también, y se iniciaron nuevas colecciones y antologías, entre las cuales la más importante fue la colección de libros *Kozmosz Fantasztikus Könyvek* y la revista *Galaktika*. En el momento actual hay aproximadamente unos 20-30 autores que escriben regularmente ciencia ficción, pero por razones locales ninguno de ellos que lo haga de forma exclusiva.

Sería aburrido enumerar nombres y títulos para lectores extranjeros; por ello, parece mejor citar algunos grupos y/o corrientes.

Hay tres generaciones viviendo y trabajando juntas.

Entre los más viejos destacan Jenő Szentiványi con sus novelas prehistóricas e historias de aventuras, y luego Mária Szepes, que ha conseguido gran número de lectores con sus novelas psicológicamente motivadas, ligeramente místicas.

Tras ellos sigue el amplio abanico del grupo de edades comprendido entre los 40 y los 50 años, un buen número de personalidades creativas y talentos muy bien dotados que buscan caminos personales. Mencionemos aquí las utopías de crítica social de Gyula Fekete, la mística trilogía sobre «aliens» de Zoltán Csernai, las tensamente construidas aventuras espaciales y novelas de catástrofes de Péter Zsoldos. Está también Dezsó Kemény, que mezcla ciencia ficción con historias de crimen y detectives, y Gyula Hernádi, un autor que experimenta siempre con formas y mensajes, que puede ser comparado al norteamericano Harlan Ellison, aunque Hernádi es mucho más modesto como hombre.

Los miembros de la tercera generación han crecido en la tradición de la ciencia ficción y la ciencia moderna. Se sienten inclinados a desdeñar las formas y temas tradicionales de la ciencia ficción, y buscan nuevos caminos y mensajes, son cautelosos y suspicaces, no creen en la omnipotencia de la tecnología y la ciencia, están llenos de ideas y pensamientos satíricos e irónicos. Representan la «nueva ola» de la ciencia ficción húngara. Mencionaremos aquí a Péter Szentmihályi Szabó, el muy talentoso y versátil autor, István Kaszás, que ha llegado a la ciencia ficción del campo de las ciencias físicas, y László L. Lórinicz, un joven universitario de

renombre internacional en el campo de la mongolística.

Y está la corriente de los 25-30 años, tras ellos, empujando fuerte y en número creciente...

5

En mi breve repaso he sido incapaz de hablar de los films, arte y música húngaros de ciencia ficción, que han conseguido ya sus primeros, exitosos y prometedores resultados. Tampoco he podido extenderme sobre el mundo de las críticas y debates, cuyos problemas son aquí más o menos los mismos que en cualquier otro lugar del mundo.

Como resumen, citaré tan solo unos pocos datos. La revista *Galaktika* apareció con una circulación de 20.000-25.000 ejemplares, mientras que de nuestros últimos números se han publicado de 80.000 a 90.000 ejemplares, y básicamente lo mismo ocurre con nuestros libros. Las distintas publicaciones de ciencia ficción se venden en cuestión de minutos, y esto muestra que el interés de nuestros lectores es creciente. Este interés, y los autores produciendo nuevas y más nuevas obras, hacen que me sienta seguro pensando que el optimismo es algo razonable cuando hablo de grandes perspectivas para la ciencia ficción húngara.

PÉTER KUCZKA

SE EDITA

TORRENTE DE FUEGO Y OTROS RELATOS (*Fireflood and Other Stories*), por Vonda N. McIntyre. EDHASA, Col. Nebulae, núm. 55. Traducción de César Terrón. 285 págs., 450 ptas.

Esta colección de once relatos de Vonda N. McIntyre, la autora galardonada con el premio Hugo por su novela *Dreamsnake*, se caracteriza por la notable semejanza espiritual de todas las historias que la componen, hasta el extremo de que muchas de ellas parecen una prolongación de la historia anterior. El segregacionismo y el aislamiento, así como la persecución de los fenómenos contra natura producidos por el propio hombre, son los temas centrales de prácticamente todos los relatos. No hay más diferencia entre *Torrente de fuego*, *El principio del fin*, *Espectros*, *Los monstruos del genio*, o *Solo de noche*, que la mayor o menor extensión de páginas del relato en cuestión. Todos ellos nos presentan a un ser producido por extrañas manipulaciones genéticas por el hombre, que huye o se rebela (o trata de hacerlo) y no lo consigue (o lo consigue solo en parte). El resultado de ello es una lectura monótona y desinteresada, al tropezar una y otra vez con el mismo tema, con bien escasas variaciones. Afortunadamente, hay una mayor variedad en los relatos más largos, *Aztecas* y *Tapón roscado* principalmente. *Aztecas* está centrado en una mujer que aspira a convertirse en piloto espacial y por lo cual debe sufrir una operación de extracción de corazón (nuevamente el tema predominante a lo largo del libro), lo cual la hace ingresar en una casta diferente y mantener unas relaciones nuevas y diferentes. Interesante historia que, junto a la mencionada *Tapón roscado*, es lo mejor del volumen. *Tapón roscado* nos relata las relaciones entre un grupo de presos en un planeta-cárcel, su convivencia diaria, y, contra lo que pudiera esperarse, es quizá el relato más ameno de todos. Como rompiendo la seriedad casi claustrofóbica que pesa en todas las páginas, encontramos un relato humorístico, *Recourse Inc.*, que nos narra la pesadilla de un pobre hombre acosado por deudas y la incomprensión de las computadoras contables. Un relato que nos permite respirar un poco en medio de —repetimos e insistimos—, la seriedad claustrofóbica que preside los demás relatos, y que en algunos momentos resulta casi insoportable. Por cierto, celebramos que también Vonda McIntyre decida realizar su aportación al eterno tema de la nave que partió años ha de la Tierra, etcétera, etc., en el relato *Las montañas del ocaso, las montañas del alba...* y consiguiendo, sin duda, el relato más torpe y aburrido del volumen.

JUAN CARLOS PLANELLS

* * *

LOS MUNDOS DE JACK VANCE (*The Worlds of Jack Vance*), por Jack Vance. Editorial Martínez Roca, colección Super Ficción, núm. 69. Traducción de Carlos Peralta. 263 págs., 300 ptas.

A principios y mediados de los pasados 70, que aunque parezca mentira pasaron, aparecieron en USA dos series de antologías que pretendían ofrecer una amplia visión de la obra de diversos autores. Se trataba de *Los mundos de...* de Ace Books, y *Lo mejor de...*, de una editorial para mí desconocida, pero que muy bien podría ser Ballantine Books. *Los mundos de...* apareció como una serie irregular, de la que en España han aparecido cuatro volúmenes con el presente, tres de ellos en la antigua ND libros. Las razones de este poco éxito muy bien pudieran ser su característica de impersonalidad: nadie se hacía responsable de la selección de los relatos, ni se incluía ningún comentario o presentación, y al hecho aparente de que la editorial se limitaba a extraer los relatos de su propio fondo, lo cual siempre resultaba más barato. *Lo mejor de...* puede ser calificada en cambio de excelente: de esta serie han aparecido en España los volúmenes dedicados a Poul Anderson y Jack Vance, y el Asimov en Argentina; en esta ocasión los relatos han sido seleccionados, presentados y comentados por sus propios autores, habiéndose ido a buscarlos a donde ha sido necesario.

Al pertenecer el libro que nos ocupa a la primera de las series, y habiéndose publicado en la segunda un volumen dedicado al mismo autor, la comparación es inevitable. Y de tal comparación *Los mundos de Jack Vance* sale muy mal parado. El único relato que está a la altura de los incluidos en *Lo mejor de Jack Vance* es *La Polilla Lunar*, relato que para general desgracia acarrea la circunstancia de figurar en los dos volúmenes. En un buen nivel le siguen *El cerebro de la galaxia* y *El diablo de Salvation Bluff*. Los demás relatos, *El mundo intermedio*, *Los hombres regresan*, *El rey de los ladrones*, *Golpe de gracia*, y la novela corta *Cerebros de la Tierra* oscilan entre la idea original acompañada de un tratamiento entretenido y el aburrimiento discreto.

Como ya dije, lo mejor de esta colección es *La Polilla Lunar*, relato en que se unen las dos mejores cualidades de Vance, su inigualada habilidad para la creación de lo auténticamente extraño y su gusto por lo policíaco —no en vano es novelista de misterio con otro nombre—. En *La Polilla Lunar*, un encargado consular debe encontrar a un peligroso asesino entre la población de un planeta donde todos van enmascarados y cantan en vez de hablar, lo cual no da ni la más remota idea de lo bueno que es el cuento. También es una narración policíaca *Golpe de gracia*, que al igual que *El rey de los ladrones* está protagonizada por el criminólogo Magnus Ridolph, pero su interés es sumamente escaso.

Comentario somero merecen *El cerebro de la galaxia*, en donde para el cargo de Principal Galáctico, que es quien sutilmente controla todos los sucesos galácticos, es elegido un loco; *El diablo de Salvation Bluff*, donde se describe un mundo con un ambiente que dista mucho de ser racional, con las consiguientes dificultades para los humanos que lo habitan; *Los hombres regresan*, que presenta una Tierra dominada por la improbabilidad; y *Cerebros de la Tierra*, novela continente de una idea realmente original e interesante y llevada a cabo mediante entretenidas aventuras del cuerpo y la mente.

Pero, aunque lo mencionado merecía tal mención, la colección en su conjunto es mediocre, aún considerada con generosidad. Si ustedes buscan en ella a Jack Vance, no lo encontrarán, como yo no lo encontré.

ALFREDO BENÍTEZ GUTIÉRREZ

* * *

MARCIANO, VETE A CASA (*Martian, go home!*), por Fredric Brown. Ed. Martínez Roca, Col. Super Ficción, núm. 70. Traducción de Francisco Blanco. 166 págs., 250 ptas.

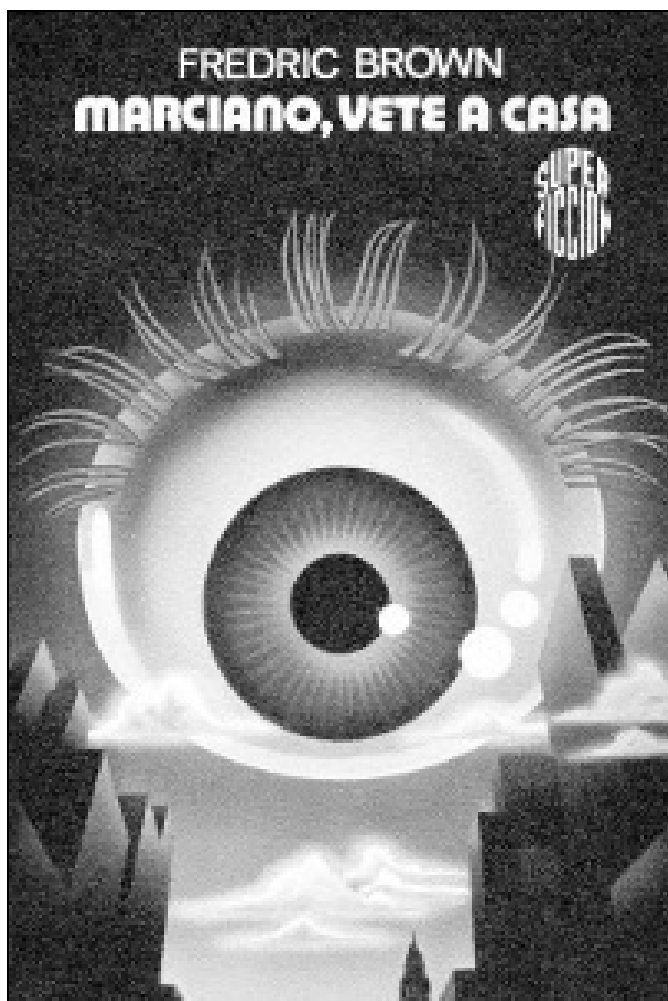
En los últimos números, Martínez Roca parece haber adoptado la estrategia de editar alternativamente un clásico repescado y una novela o antología no traducida previamente. Esta vez la novedad ha sido la antología *Los mundos de Jack Vance*, y el clásico este celeberrimo *Marciano, vete a casa*, ya editado antes en Nebuale primera época, y hoy en día inencontrable. Su reedición es, por tanto, justa y necesaria.

Apenas es preciso presentar al lector a Fredric Brown; quienes se hayan acercado en los últimos diez años a nuestro género ya habrán tenido ocasión de leer *Universo de locos* en Nebulae nueva época. Esta y la que se comenta aquí son sus dos mejores.

El argumento de *Marciano vete a casa* es bien conocido. Un buen día llegan los marcianos, que son simplemente unos hombrecitos verdes de cabeza gorda (inolvidable esa histórica frase: «Hola, Pepe. ¿Es esto la Tierra?»). Son capaces de teletransportarse, son impalpables, y tienen una especie de visión a distancia. Y sobre todo, son unos pequeños bastardos. Pues los marcianos no han venido a conquistar la Tierra ni a convertir a los terrestres en esclavos, sino simplemente a hacerle putadas a la Humanidad...

Brown tenía una habilidad extraordinaria: la de tomar una idea loca o absurda, y desarrollarla con perfecta lógica interna. *Universo de locos* y *Marciano, vete a casa* son los máximos exponentes de esta habilidad, siendo la segunda la novela de SF más divertida que yo haya leído jamás. Su argumento está lleno de ingeniosas y delirantes situaciones, del principio al fin; pero yo quisiera señalar además algo que pocas veces he visto comentado: se trata de la descripción tan realista que hace Brown de la vida de escritor, y de escritor «típicamente americano». Una de las escenas más extrañas

(para un buen latino como yo) es cuando el psiquiatra le dice a la mujer del protagonista que su marido se ha negado a escribir hasta que ella viniese a verlo, y la mujer pregunta: «Entonces, ¿ha perdido un día de trabajo?».



Un clásico de la SF, que además es una de las más desopilantes novelas jamás escritas.

O cuando el médico se pregunta si debe curar al protagonista, ¡porque, estando loco, gana más dinero que él! Estas son para mí las escenas más divertidas, así como ese jefe de una tribu de caníbales llamado M'Carthi, que, como asegura Brown, no tiene nada que ver con el senador americano del mismo apellido.

Respecto a la traducción, se observan algunas novedades con respecto a la edición de Nebulae. En la antigua versión, los marcianos llaman a todo el mundo Pepe o Pepita, depende. En la nueva, los nombres usados son «Mack» y «Jane»; más literal, pero pierde parte de su gracia. Igualmente, el método de teleportación marciano se define como «*kwimar*» (probablemente derivado de *to swim*, nadar o deslizarse), en tanto que en la edición anterior era «*vkolar*». Por lo demás parece similar.

Absolutamente recomendable.

JAVIER REDAL

* * *

SEÑALES EN EL CAMINO (*Roadmarks*), por Roger Zelazny. Adiax. Traducción de Rubén Masera. 209 págs., 425 pesetas.

Ay, que este Zelazny no es mi Zelazny. Que los años no pasan en vano, según parece, y el que fuera brillante autor, imaginador, cuentista, renovador, explorador y experimentalista, se nos ha convertido poco a poco en un autor que ha perdido su fuerza, como un globo que se deshincha. Sus novelas son ahora agradables pasatiempos, carentes de fuerza y vigor, que se leen con la sonrisa en los labios, y que no nos duran más que unas pocas horas. A Zelazny le ha pasado un poco lo que a su compañero Philip José Farmer, si bien Zelazny ha sabido retener ese tono elegante y persuasivo que marca su producción, y por eso es más fácil perdonar un error en él que en Farmer, cuya descarada comercialidad escandalizaría al más condescendiente.

Lo que irrita un tanto en *Señales en el camino* es que Zelazny se detenga por las buenas en las mil y una posibilidades que ofrece la trama, y se pierda en un conglomerado de intrigas no demasiado bien resueltas y más bien torpemente explicadas, que hacen situar al paisaje a un tercer plano y elevar un sin fin de diálogos y escenas prescindibles a la categoría protagonista. Una lectura superficial de la novela la relegaría inmediatamente al montón. Una lectura más atenta y cuidada descubre que en su interior subyace una curiosa historia poco perfilada, más bien inocua, pero no exenta de cierta gracia y belleza. La historia que se nos cuenta nos recuerda, en buena parte, a Simak, en parte también por el modo como se nos cuenta. Una carretera, eterna e imperecedera, por la que discurre todo el tiempo y todos los tiempos posibles, futuros, pasados, alternos. Un personaje que la recorre eternamente, buscándose a sí mismo bajo dos formas diferentes, y una mal contada metamorfosis final. Todo ello, decimos, con claras reminiscencias simakianas y extraños homenajes al propio Zelazny —un recuerdo de *Hoy escogemos rostros* se insinúa en la lectura—. Una novela que no entusiasma, pero entretiene a ratos, y en la que cuenta más lo que Zelazny no explica —pero insinúa aquí y allá—, que los propios acontecimientos en sí. Una técnica narrativa ciertamente discutible, y que puede conducir a que el lector se sienta estafado y defraudado. Pero, si este entra en el juego y rellena convenientemente los huecos que Zelazny deja en la historia, incluso puede llegar a disfrutar de ella. Claro que de todas formas, vuelvo a lo del principio... este no es mi Zelazny. En absoluto.

JUAN CARLOS PLANELLS

* * *

FORASTERO EN TIERRA EXTRAÑA (*Stranger in a Strange Land*) por Robert A. Heinlein. Adiax. Traducción de Manuel Bartolomé López. 513 páginas, 890 ptas.

Con ocasión del artículo que realicé para esta misma revista en torno a los Premios Hugo de la SF, comenté que *Forastero en tierra extraña* era una novela necesitada de una edición reciente y cuidada, que la pusiera definitivamente en manos del lector. Con sorpresa recibo el ejemplar de Adiax de esta obra poco antes de que salga a la venta, y uno llega a la conclusión de que quizá, después de todo, no estamos predicando en el desierto y a veces los editores se dignen hacer caso de nuestros comentarios y/o sugerencias. Por lo menos sé que, al margen del *Forastero...*, otros títulos inéditos que han desfilado en ocasiones por estas páginas de crítica y comentarios han sido «cazados» ya por algunos editores. Bien por ellos.

Pero vayamos ya a la novela de Heinlein. Una novela que, realmente, ha sido «maldita» en nuestro país. Supongo que más o menos todos los aficionados conocen su triste historia. Publicada hacia 1968 por Géminis, censurada, sufrió a los pocos días de ponerse a la venta un secuestro total, y los ejemplares fueron concienzudamente destruidos con un furor digno, qué duda cabe, de mejor causa. La reedición que en 1976 efectuó la vertiente argentina de Ediciones Dronte no sufrió tal suerte pero sí, por lo que pudiera pasar, no se puso a la venta y se servía directamente desde esta editorial, mediante pedido de los lectores. Con lo cual, al fin y al cabo, la novela seguía siendo inédita por cuanto no podía adquirirse como es normal, en cualquier librería. El lector medio de ciencia ficción seguía ignorándola. Con lo cual, simplemente, se lograba crear un aura, francamente desproporcionada, en torno a una novela que de escandalosa no tiene hoy absolutamente nada, pero que por ello hacía pensar al desconocedor de la misma en quien sabe qué extraños misterios.

Forastero en tierra extraña no tiene nada de especial, ni como novela ni como historia. Es, desde luego, una de las novelas más hábilmente construidas por su autor y de las que, cosa rara, consiguen retener hasta el final el interés del lector. Cuando fue concebida, en los años cincuenta, debía ser en principio una de sus típicas novelas enfocadas al público juvenil, como *Jones, el hombre estelar*, *La bestia estelar* o *Cadete del espacio*. Sin embargo, y habiendo escrito ya más de doscientas páginas de ella, el resultado no convenció, o no satisfizo plenamente a Heinlein, quien además se encontró ante un callejón sin salida al no hallar un final plenamente satisfactorio a las aventuras del terrestre-marciano Mike Smith. Resultado, Heinlein archivó el manuscrito en un cajón, a la espera de un momento de inspiración mayor.

En el inicio de los sesenta es cuando llega esa inspiración, a través de las nacientes comunidades hippies —que, sin embargo, se desarrollarían mucho más con posterioridad y precisamente aprovechando las mismas ideas que Heinlein vertería en esta novela—, y el manuscrito es retomado, corregido en donde es preciso, y se convierte a Mike Smith en un apóstol de una Fe nueva y revolucionaria. Todo ello tiene como consecuencia clara que el lector advierta unas clarísimas diferencias entre las trescientas primeras páginas de la novela y las doscientas restantes. Todo este primer bloque narrativo tiene un aire más juvenil, más desenfadado y más pródigo en

sucesos y avatares, mientras que el resto de la obra —lo que podría decirse la historia en sí—, es más reflexiva, más pródiga en recursos, alegatos y, por supuesto, mucho más «adulta». Podría achacarse a Heinlein, por tanto, el defecto de no haber cuidado de ensamblar mejor las partes de la novela, pero en realidad tampoco el hecho tiene mayor importancia, y el lector puede, incluso, disfrutar leyendo dos novelas a la vez —la que debió ser y no fue, y la que finalmente fue—. También podría acusársele de cierta malversación de personajes, puesto que, por ejemplo, la enfermera Gill, a medida que avanza la historia hacia la parte adulta, deja de ser un personaje creíble, convirtiéndose en un monigote sin sentido, algo semejante a lo que ocurre con Duke, el asistente de Jubal Harshaw (autorretrato de Heinlein).

La transición de Mike Smith es sin embargo creíble, por lo que de increíble tiene el personaje —a mi juicio el mejor de los concebidos por Heinlein en toda su carrera novelística—. Y esto, aunque parezca una paradoja, no lo es. Mike Smith, procedente de Marte, educado según una cultura y una manera de ser distinta a la nuestra, culmina sus vicisitudes en la Tierra creando una religión (o anti-religión) inspirada en su educación marciana e influenciada en el hacer de Foster, desaparecido fundador de una secta fanática años antes de que Smith llegase a la Tierra. Ciertamente, leídos hoy en día, todos los ritos que componen esa comuna creada por Mike son más bien risibles, cuando no francamente cursis. En su tiempo, sin embargo, era notablemente coyuntural, y de ahí el mal de no haber leído esta novela cuando fue publicada, en su tiempo y marco adecuados. Dije ya que *Forastero en tierra extraña* es una novela totalmente pasada de moda, y su atenta relectura lo confirma y lo demuestra palpablemente. Pese a ello, y como segunda paradoja, no ha perdido interés, y se perfila, con el paso implacable de los años, y a veinte vista de su publicación original, como una de las novelas más conseguidas de su autor y, desde luego, como una más de las rarezas en la historia de la ciencia ficción a tener en cuenta. Sería interesante saber qué efecto puede tener esta novela en el lector de SF de hoy en día, con una mentalidad y unas miras distintas al de cuando fue escrita. Dado que los años sesenta parecen estar en boga, no estaría mal considerar a *Forastero en tierra extraña* como una buena muestra de «carroza-ficción».

JUAN CARLOS PLANELLS

* * *

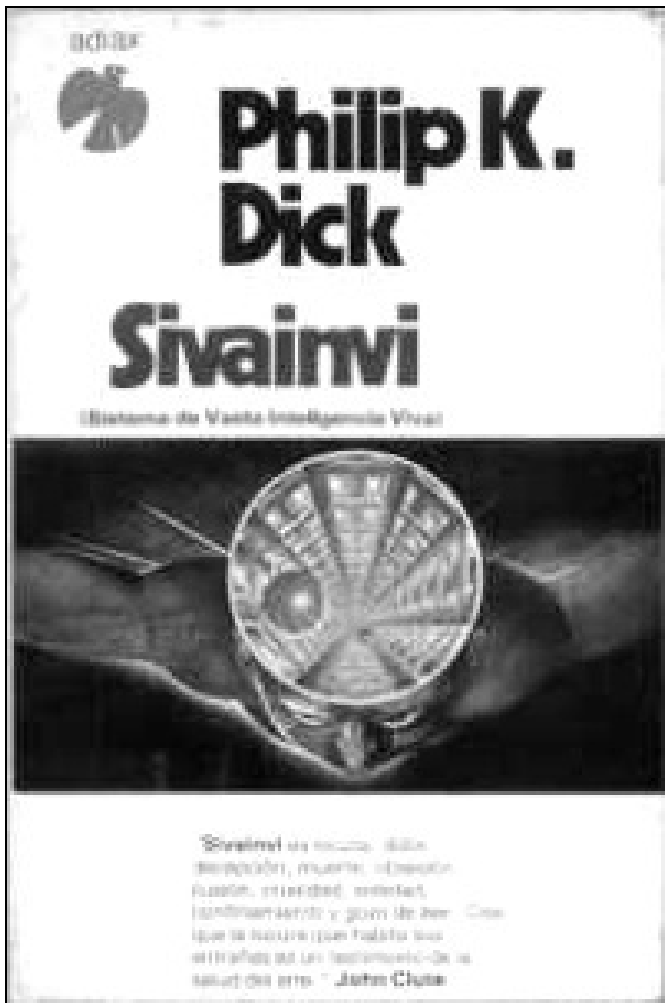
SIVAINVI (*Valis*), por Philip K. Dick. Adiax. Traducción de Rubén Masera. 280 págs., 590 ptas.

Casi de acontecimiento podría calificarse la edición en castellano de la penúltima —la última es *The Divine Invasion*— novela de Dick, quizá una de las más discutidas y controvertidas de su autor, quien cuenta en su haber con no pocos títulos

controvertidos y discutidos. Sin embargo, si uno tiene en cuenta el lógico derecho del lector a recibir con puntualidad lo más destacado de la SF que se escribe en el momento, ello no es más que una lógica consecuencia del derecho. Y sin embargo sorprende, por cuanto *Sivainvi* es una novela difícil, muy difícil. No para el lector medio de ciencia ficción, sino y principalmente para el lector fanático de Dick, entre los cuales me cuento.

Tuve ocasión de comentar ya esta novela para el fanzine «Kandama», meses atrás, cuando, parecía, la novela no iba a ser adquirida para su traducción, y allí dejé bien plasmado mi parecer sobre ella. No es una novela. No cuenta ninguna historia. Es, simplemente, un autorretrato de Dick, en especial del Dick de estos últimos años, desde 1974 hasta 1977. Un autoanálisis que, seguramente, le habrá salido más barato —y más rentable— que perder unas horas semanales yendo al psiquiatra. La novela está repleta, de principio a fin, de detalles autobiográficos: su huida a Canadá, su obsesión por la cantante Linda Rondstad, la muerte de muchos de sus amigos, sus crisis personales... El propio *Sivainvi* (anagrama de Sistema de Vasta Inteligencia Viva) no es más que una plasmación de lo que Dick nos ha ido contando a lo largo de toda su carrera literaria, en todas sus novelas. La cuestionabilidad de la realidad. La presentación de unas fuerzas desconocidas que rigen nuestro destino en un universo distinto en el que el protagonista va quedando poco a poco encerrado. La novela interesa, en fin, por el conjunto de detalles personales, por seguir la pista a Dick, por así expresarlo, en su doble vertiente de personaje de la novela —como Phil Dick y como «Amacaballos» (Horselover) Fat, hábil transposición de su propio nombre, como uno de los personajes le dirá hacia el final de la novela—. Quizá una de las bazas más a discutir en la novela sea todo el montaje religioso que la sostiene y en el que prefiero no entrar, pero que sé que a más de uno le hará sonreír. Debemos tener en cuenta que Dick ha experimentado en estos últimos años una fuerte atracción hacia lo religioso, sin llegar al fanatismo, pero sí a una clara obsesión, perceptible ya en este libro y, a juzgar por el título, prolongada en *La divina invasión*. Cabría también comentar aquí, a título anecdótico, que el diario que Fat-Dick escribe —y que se recopila al completo en un apéndice— recuerda claramente a la extraña enciclopedia que Jack Isidore se dedica a elaborar a lo largo de su vida en *Confessions of a Crap Artist*, la magnífica novela de no-ciencia ficción escrita por Dick en los inicios de su carrera y que es de esperar alguien se decida a publicar cuanto antes. Y esto nos llevaría también a la situación similar de otro personaje en la novela inédita *Time Out of Joint*... porque Dick no ha hecho más que retratarse a sí mismo, en forma más o menos clara, a lo largo de muchas de sus obras. No necesariamente como protagonista, pero sí como alguien que está llevando a cabo una obra ingente, pero sin tener una idea clara de lo que la obra es y si tiene alguna finalidad y lógica. Por fin, superados los complejos, Dick se quita la máscara y se nos muestra tal cual es en *Sivainvi*. Complejo, amargado, ingenuo, confiado, aturdido, extraño, aquejado de una eterna culpabilidad cuyos orígenes se perdieron... quién sabe en qué año. Quizá en

1974. Probablemente en 1964, como él mismo reconoce en la página 40 de *Sivainvi*.



El primer volumen de la trilogía póstuma de un autor que se nos ha ido.

Libro arduo y duro. Pero conveniente de leer e imprescindible para dickianos declarados. Podrá no gustar. Podrá discutirse —y puede y debe discutirse—. Pero, cualquiera que sea el caso, debe leerse, para un completo conocimiento de un autor y una obra que sobrepasan ya de largo la SF y constituyen una de las más notables aportaciones a la literatura de los últimos años.

JUAN CARLOS PLANELLS

* * *

UNA CANCIÓN PARA LYA (*A song for Lya*), por George R. R. Martin. Caralt Editor, Colección Universal Caralt. Traducción de Marcelo A. Sánchez. 259 páginas., 325 ptas.

Esta es, o al menos puede suponerse, la primera colección de relatos de George R. R. Martin publicada en español. Fechada en 1976, contiene una novela corta, la que da título al volumen, y nueve cuentos. La novela corta, que ganó el premio Hugo de su categoría, y uno de los relatos, están claramente inscritos en el universo descrito

en *Muerte de la luz* y en sus dos novelas cortas aparecidas en ND. Otros dos relatos pudieran también estarlo, a pesar de que no contienen ninguna referencia identificable. Los demás relatos son variados, pero presentan una clara inclinación hacia el espacio, salvo una notable excepción. Los relatos están situados y fechados, lo cual nos permite seguir la evolución de Martin en el tiempo y su movimiento en el espacio.

Es obligado hacer un comentario sobre el autor cuando se está criticando una de sus obras. Esto es siempre problemático, porque en el caso de que sea un buen autor, y ese es el caso, por mucho que se diga será siempre poco, y poco es el espacio que a la crítica se concede. Por ello ruego me disculpen cualquier parquedad que encuentren.

Un buen amigo me dijo que Martin es poético, y ateniéndome a lo que dice el diccionario respecto a esa palabra debo mostrarme de acuerdo. Tiene Martin la rara habilidad de expresarse por medio de un lenguaje singularmente plástico, con el que sugiere, más que describe, los paisajes en los que se desarrollan sus obras, sobre todo las pertenecientes a su historia futura, produciendo en el lector la contradictoria sensación de que está ante un mundo oscuro, crepuscular, y al mismo tiempo lleno de vivos colores, colores como los que nunca hemos visto, salvo en nuestros sueños de un mundo distinto.

A esta pictórica cualidad une Martin su capacidad para, moviéndose dentro del mismo marco, adoptar tonos completamente distintos en cada obra. *La ciudad de piedra* resulta inquietante con su lograda atmósfera de locura organizada propia de Kafka, *Muerte de la luz* deja un recuerdo de suave melancolía, de tristeza por lo que inevitablemente ha de morir y por lo que no se puede recuperar, y *Los reyes de la arena* es el relato que mejor recoge el espíritu del horror de Poe de cuantos he leído.

Enumeremos ahora, y con la venia, lo contenido en este volumen.

Una canción para Lya. Narra aquí Martin una historia que bien merece el premio que recibió, protagonizada por dos Talentos psíquicos encargados de una investigación; trata del fin del dolor y de la soledad, y en ella Dios es un animal que vive en las cuevas de Shekea.

Las brumas se ponen por la mañana. En este relato un grupo de científicos acaban con el último lugar del universo donde sobrevivía el misterio. Excelente.

La segunda clase de soledad. Variante sobre el clásico tema de *El encanto de la soledad* de J. T. MacIntosh, no aporta nada nuevo aparte de buenas descripciones, que no evitan que sigamos preguntándonos por qué diablos ha de encargarse de la estación un solo hombre.

Desobediencia. Relato protagonizado por un manipulador de cadáveres, no presenta mayor interés que su personalidad, que no es poco.

Oscuros, oscuros eran los túneles. Ambientado en los túneles que forman el mundo subterráneo que pueda encontrarse debajo de cualquier gran ciudad, 500 años después de que una guerra nuclear devastase la superficie, describe el encuentro entre

Greel, explorador de la Gente, y dos miembros de una expedición procedente de la antigua colonia lunar. Todo termina mal, el Universo es cruel.

El héroe. Siendo el relato más antiguo, 1969 (el más moderno es de 1973), a *El héroe* se le pueden notar tres cosas: le faltan las cualidades descriptivas que tanto he ponderado en su autor, está situado cronológicamente en los inicios de la Doble Guerra, y en él es clara la influencia de Vietnam, ya que cuenta como un aburrido oficial ordena el asesinato de un veterano que insiste en cobrar su retiro y afincarse en la Tierra.

FTL. Siglas de «Más rápido que la luz». Ultracorto que da la vuelta a uno de los conceptos más universalmente aceptados en la ciencia ficción. Decepcionante...

Carrera hacia la luz estelar. Divertida exposición de las dificultades que produce la participación de un equipo alienígena en una liga municipal de fútbol americano.

Salida para San Breta. Conseguida narración de terror moderno, quizá anticuada en la base pero perfectamente correcta en su desarrollo, en la cual se acierta plenamente al definir el lugar donde deben aparecer los fantasmas de los Estados Unidos en el siglo XXI.

Pase de diapositivas. Narración que recoge con la habitual habilidad plástica de Martin el espíritu de los exploradores del espacio y los sentimientos de uno de ellos, al que la pequeñez del presupuesto ha relegado a una tarea que odia: dar conferencias con el fin de recaudar fondos.

En conjunto, califico esta colección de agradablemente positiva. Si algún defecto tiene, son los propios del traductor y la editorial: ignotos verbos y extraños modismos junto a una deficiente composición.

ALFREDO BENÍTEZ GUTIÉRREZ

* * *

EL HOBBIT (*The Hobbit*) por J. R. R. Tolkien. Ed. Minotauro. Traducción de Manuel Figueroa. Tapas duras. 315 págs., 600 ptas.

Nunca es tarde cuando llega, y *El Hobbit* era indudablemente uno de los libros más esperados por el amante de la fantasía y del mundo creado por Tolkien, cuyo inusitado éxito en nuestro país (cerca de seis ediciones de los tres volúmenes de *El señor de los Anillos*) ha sorprendido hasta a los propios editores, y del cual nos congratulamos profundamente, máxime cuando tanta era la falta de conocimiento que de la obra y su autor se tenían y del escaso favor que le hizo la pobre versión fílmica en dibujos animados estrenada hace poco tiempo.

Hay libros ante los que el comentarista se siente en clara inferioridad de condiciones, y este es uno de ellos. ¿Qué puede decirse de *El Hobbit* mejor de lo que la lectura en sí del libro pueda expresar? Simplemente, que debe leerse si usted es

fanático de *El señor de los Anillos* o, cuando menos, disfrutó con su lectura. Posiblemente el lector se sienta un tanto sorprendido o defraudado ante el tono claramente infantil de la narrativa de la obra (que, se nos advierte en la portadilla, es algo que el propio autor lamentó años después), en total oposición a la trilogía. No hay que olvidar que *El Hobbit* fue concebido como un libro de aventuras y maravillas para un público infantil (si bien lo suficientemente notable como para que los adultos disfrutasen tanto o más que ellos). Por lo demás, ese tono de habla directa al lector, una vez captado, tiene su atractivo y su acierto, al hacer que el adulto, durante la lectura, se convierta en niño, que buena falta nos hace hoy en día.

Léanlo. Este es uno de esos libros que perduran durante mucho tiempo en el recuerdo, y hacia los que conviene volver la vista de cuando en cuando. Y repito: cualquier comentario o crítica es en vano. El libro habla por sí solo.

JUAN CARLOS PLANELLS

* * *

MAESTROS DE CIENCIA FICCIÓN-5. A. T. E. Traducción de Pere Rubiralta. 177 páginas, 350 ptas.

El origen y composición de estas antologías de Maestros de Ciencia Ficción con que de cuando en cuando nos obsequia A. T. E. resultan, para mí al menos, un impenetrable misterio. Es frecuente hallar cuentos extraídos de viejos volúmenes de la colección Galaxia o de Vértice, ambas colecciones de infeliz recuerdo en cuanto a traducción y presentación.

El volumen que ahora nos ocupa —tomo número 5 de la serie—, no es ciertamente de los peores, sin que ello signifique que estemos ante relatos verdaderamente maestros del género. Entretienen sin más. Los mejores son *Actitudes*, un relato del padre Carmody, el personaje creado por Philip José Farmer, y *¿Hay alguien más como tú entre nosotros?*, de Chad Oliver. El resto no pasa de la discreción más formal. *Libre como el aire*, de Chad Oliver también, es el eterno relato de la nave que partió de la Tierra años ha y ha olvidado su misión. Pocas variaciones admite ese manido tema. *Estabilidad*, de Lester del Rey, tiene gracia por lo demencial de su argumento. No así *Los guardias de la Casa*, asimismo de Del Rey, típica viñeta del futuro postatómico visto a través de los ojos de un perro. *El vigilante*, de James Schmidt, resulta escasamente original, pero aceptable al fin, y *La nave ebria*, de Cordwainer Smith resulta, con gran sorpresa, un relato malísimo, casi infecto, lo que deparará notables sorpresas a los muchos admiradores de este casi siempre brillante autor.

En conjunto, pues, estamos ante una rutinaria recopilación de desiguales relatos salidos nadie sabe de donde. Puro pasatiempo.

* * *

REGRESO AL PASADO (*Relatos futuros, crípticos y diabólicos*), por Gérard Klein. Ed. Lidium. 210 págs., 275 ptas.

Gérard Klein y Stanislaw Lem son, como el lector sabe, los únicos autores europeos que han visto toda su obra traducida al inglés. Klein es un autor flexible, que lo mismo se descuelga con un buen space-opera (*Los Señores de la Guerra, El cetro del Azar o Los asesinos del tiempo*), como se lanza en las alas de la poesía. Es un buen autor incluso en el estilo: es casi el único autor de SF que usa con frecuencia la metáfora (en *Jonás*, por ejemplo), cosa realmente difícil en este género. Tampoco desdeña el humor, en ocasiones algo negro.

La presente antología (en el original *Histoires comme si...*) se nos presenta dividida en dos, como parece que se ha vuelto costumbre. La fecha es 1979, pero en el citado año hizo una aparición más bien breve, ya que apenas se la vio por las librerías, motivo por el cual no sería inconveniente reseñarla ahora.

En cuanto a los relatos, están subdivididos en tres apartados, como indica el subtítulo. Encontramos aquí *El viejo y el espacio*, ya publicado en la revista *Anticipación* (núm. 1) de Ed. Ferma; aparentemente inspirada en «Ciudadano Kane», describe la muerte de un señor X..., que dio un gran impulso a la astronáutica, y es una especie de investigación sobre sus sueños, ambiciones y pensamientos. Un bello relato lírico, que da la pauta para el resto de la antología. Algunos otros ya conocidos (de ND núm. 26, principalmente), como el *Aniversario vegetariano*, pleno de humor negro, y *Un Gentleman* (ND 51), en una vena más ligera. Los relatos encuadrados como «Crípticos» (y lo son) incluyen, entre otros *De la literatura y Dominio prohibido*, que Jorge Luis Borges no desdeñaría firmar. De los «Diabólicos» destacan *Los infiernos son los infiernos* (¡Los dominios de Satanás contratando a unos expertos en organización!) y *Magia negra*, en el que unos astronautas tratan de retornar a la Tierra invocando al mismísimo rey de los Avernos. Son tan divertidos como suena.

En fin, una serie de relatos de aceptable calidad y temática variada, de la SF más estricta a la fantasía, todos en el estilo peculiar de este autor.

JAVIER REDAL

* * *

REENCUENTRO (*Relatos nostálgicos, mitológicos y criminales*), por Gérard Klein. Ed.

Lidium. 209 págs., 250 ptas.

Segunda parte de la antología *Histoires comme si...*, y sobre la que poco se puede añadir. De los «Nostálgicos», podemos mencionar *Reencuentro*, en el que dos personas recuerdan haberse conocido en una ciudad prehumana, tema tan caro a Lovecraft, *El último mosquito del verano* (parece *El enemigo olvidado* de Clarke reescrito por Bradbury), y alguno más.

Los «Mitológicos» consisten en breves elaboraciones de mitos clásicos en un lenguaje de SF (*La Túnica de Nesa*, que recuerda la novela *La piel del Diablo* de Farmer, *Carta a una sombra querida*, sobre el mito de Teseo, etc.), pero que tienden más bien a la fantasía.

Y «Criminales», de los que dos de ellos no son en absoluto SF ni fantasía, aunque son buenos, y *El jinete del centípedo*, que parece una elaboración temprana de *Jonás*, pero que se limita a una historieta de aventuras, en la que un colono de Urano domestica a un monstruoso animal en plan gusano de arena de *Dune*, pero caminador. Como en la antología anterior, suave poesía y lenguaje magnífico. Buena para leer.

JAVIER REDAL

* * *

REVUELTA EN ALFA DE CENTAURO (*Revolt in Alfa C*) de Robert Silverberg. Edición privada de Miguel A. Martínez. Fanzine «Space Opera». Traducción de Carlos Sáiz Cidoncha. 124 págs., 300 ptas.

Por diversas razones, de las que no está excluida la amistad, considero que *Revuelta en Alfa de Centauro* merece ser comentada en esta sección. Después de todo, y a pesar de haber sido publicada dentro de un fanzine, es una novela, la primera, de un autor digno de comentario.

Y como primera obra merece un aprobado y un «intenta hacerlo mejor la próxima vez». Escrita con un estilo sin ningún rasgo particular y sin contener acontecimiento alguno de relevancia, es entretenida. En su decorado muestra una clara influencia de los tópicos de la SF de la época, y demuestra que Silverberg estaba muy verde, solo había publicado dos relatos con anterioridad a esta novela. Presenta Silverberg en *Revuelta en Alfa de Centauro* un mundo mayor que la Tierra, con una gravedad superior, y lo puebla de grandes reptiles e insectos, más grandes que los que hayan habido nunca en la Tierra, como si más gravedad favoreciera la existencia de tales animales. Se preocupa mucho de explicar cómo el crucero de la Patrulla del Espacio *Carden* viaja más rápido que la luz, con el clásico ejemplo de la hoja de papel, e ignora que la velocidad de las ondas de radio iguala a la de esta. Silverberg también demuestra estar pez en astronomía, haciendo una descripción sumamente incorrecta

del sistema múltiple de Alfa del Centauro... que debe escribirse «del» en lugar de «de».

Mención destacada merecen las ilustraciones que acompañan a la novela, porque ¿han oído hablar antes de que se haya publicado en España una novela de SF *ilustrada*? Para mayor originalidad, las ilustraciones se deben a tres autores, por lo que no es raro que dos ilustraciones muestren la misma escena. Los ilustradores son, considerados de menor a mayor calidad dentro de mi modesto juicio, Jesús Parera, José Grimalt y Antonio Jesús Morata. Puestos a comparar, acción peligrosa ya que muchas veces al dibujante no le gusta tal comparación, Morata iguala el trazo de Alex Raymond en su mejor momento y lo supera con su uso de la sombra, solo hay que achacarle un exceso de barroquismo en el diseño del *Carden*. La portada a todo color, obra de José Grimalt, está bien y la contraportada, también a color y producto de Morata, mejor.

El volumen incluye un editorial a cargo de Miguel Martínez, sendos comentarios al autor y a la obra de Carlos Sáiz Cidoncha, y una bibliografía castellana de Silverberg con un par de imperfecciones. Sáiz Cidoncha comenta con cierta amarga melancolía que tanto esta novela como otras que también tratan de revoluciones por la independencia están exentas de todo significado social. Bien, este tipo de revoluciones *nunca* tuvieron tal cosa a través de la historia...

Sed indulgentes. San Juan 22, I.

ALFREDO BENÍTEZ GUTIÉRREZ

SE EXHIBE

Entre sueños y leyendas

Jugar a hacer imperceptible o incluso romper la barrera que separa nuestra realidad convencional del mundo libertario y escapista de los sueños es algo que ha sido siempre un buen recurso en la cultura popular de nuestro tiempo. Baste recordar, por ejemplo, obras maestras absolutas en el campo de los comics como *Little Nemo in Slumberland*, de Windsor McCay; o, ciñéndonos ya al marco puramente cinematográfico, las diversas incursiones más o menos conseguidas que abarcan desde *La mujer del cuadro* de Fritz Lang, hasta *Phantasma*, pasando por *Los cinco mil dedos del doctor T*, *Invaders from Mars* o *El gabinete del Doctor Caligari*.

Una nueva película viene a sumarse a la filmografía del género que podríamos apellidar «onírico», posiblemente para situarse a la cabeza: *Los héroes del tiempo* (*Time Bandits*), la última película de uno de los componentes del famoso colectivo británico Monty Python, Terry Gilliam.

Con guión del propio Gilliam y otro de los miembros de dicho clan (Michael Palin, quien también interviene como actor en el film), la película mezcla de manera extraordinaria y sorprendente los elementos maravillosos del cuento de hadas, la comedia de aventuras y la ciencia ficción. *Los héroes del tiempo* retoma, en efecto, el cuento de hadas y lo traslada a nuestra época (no podríamos decir que lo «actualiza», por ser una de sus principales características la atemporalidad), sustituyendo príncipes y princesas por un escolar inglés enclaustrado entre abominables concursos televisivos tipo 1, 2, 3..., unos padres absolutamente inútiles, y un mundo mágico y exótico que deriva de su amor a la Historia.

El pequeño Kevin (un chico como usted y como yo cuando tuvimos diez años), ve desarrollarse de pronto, ante sus ojos, en su propia habitación, todo un puñado de sucesos desconcertantes: seis enanos burlones salen de su armario y después un rostro, que parece salido de alguna epopeya de los comics Marvel, persigue a los enanos y al muchacho para que le devuelvan el mapa para viajar a través del tiempo que estos le han robado. Kevin sigue a los enanos, los bandidos del tiempo a quienes hace referencia el título original, y comienza su periplo por la historia.

Napoleón, encarnado por Ian Holm (conocido entre nosotros por su papel de Ash, el robot humanoide de la película *Alien*), se nos muestra como un megalómano frustrado por su poca altura que considera monstruos a todos aquellos que sobrepasen el metro cincuenta. Robin Hood (John Cleese, otro de los Monty Python) aparece como una parodia afeminada de Errol Flynn, estrambóticamente aseado y vestido de

verde entre los bárbaros que forman su banda. Agamenón (Sean Connery), es el héroe absoluto, vencedor del minotauro gracias a la intervención de Kevin (sí, ya sé, en la leyenda es Teseo quien lo hace; uno de los dos guionistas ha debido meter la pata), que incluso decide adoptarlo como sucesor.

Pero la frontera entre el viaje temporal y la realidad provocada por la fantasía se rompe por los deseos del Genio del Mal (David Warner), uno de los malos más desternillantes y aparatosos de la historia, versión reconcentrada de Lucifer, Ming el cruel, Loki el perverso y la madrastra de Blancanieves. Este Ser Maligno, opuesto al Ser Supremo a quien los enanos robaron el mapa de los *agujeros en el tiempo*, pretende, en la tradición de todos los tiempos, obtener el dominio sobre la creación, modelarla a su antojo y destrozar todas las cosas según su gusto.

Las cosas se complican para Kevin y los seis enanos, de tal forma que ni cowboys, arqueros griegos, caballeros medievales, tanques y cazas espaciales pueden derrotar al malo. Únicamente la intervención *deus ex machina* (nunca mejor empleado el término) del propio Ser Supremo en persona volverá las cosas a su ¿justo? orden. El Ser Supremo, uno de los máximos aciertos de la película, se muestra como un burócrata vestido de tweed, muy elegante y muy poco modesto. El final, con la vuelta de Kevin a casa y su despertar, supone reintegrarnos nuevamente al mundo real. Algo, sin embargo, ha cambiado. Terry Gilliam encara el problema del despertar-vuelta al sueño de una manera revolucionaria como nadie, ni siquiera las truculencias de *Phantasma*, había logrado hacer antes.

Alguien ha llamado a esta película el *Mago de Oz* de los 80. Personalmente, sin entrar en comparaciones porque no soporto a Judy Garland, tengo que reconocer que esta aventura maravillosa (nada podría definirla mejor), es muy superior en cuanto a creación de ambientes, situaciones y personajes. La historia va girando y sorprende continuamente, aun a costa de un par de pequeños altibajos. La manera de viajar a través del tiempo (por medio de unos extraños agujeros temporales que el Ser Supremo se olvidó de reparar porque solo hizo el mundo en siete días y así le quedó; una chapuza) me parece originalísima y digna de figurar en cualquier antología del género.

Añadir como anécdota que el productor de la película es George Harrison, auténtico forofo de los Monty, a quienes ya financió *Life of Brian* (incluso protagonizó fugazmente un *cameo role* en esa cinta). El líder autoproclamado de los seis simpáticos enanos no es otro que Kenny Baker, irreconocible fuera de su disfraz de *Artoo Detoo* de la saga de las galaxias.

La película se resiente de una cosa: *no* es en absoluto obra de los Monty Python, a pesar de que varios colaboren, sino de uno solo de ellos. Conozco casos de espectadores que se han decepcionado porque esperaban encontrar otro desmadre humorístico como *La vida de Brian*. Por lo mismo, hay señores que se ven obligados a reírse aunque no esté sucediendo nada gracioso en la pantalla. Tampoco funciona *Time Bandits* como sátira del cuento de hadas. Es simplemente una historia de

aventuras llena de buen humor, como *Star Wars* o Walt Disney también lo han venido haciendo. No hay ninguna intención satírica corrosiva. La película es apta para todos los públicos, y sus lecturas, aunque variadas, ofrecen un espectro completamente blanco. La crítica especializada de todo el mundo ha sabido entenderlo así. En España, a pesar de las mil declaraciones de Terry Gilliam, se ha lanzado como obra conjunta de los Monty (igual que ya se hiciera con *La bestia del reino*), cosa que no es cierta en absoluto.

De verdad: nos encontramos con una obra fascinante, llena de buenos efectos especiales, salpicada de humor y de aventura, hecha con honradez y sin oportunismos de última hora. Una maravilla.

RAFAEL MARÍN

80.000 a. J. C.: una odisea prehistórica

Por sorpresa, se ha estrenado la película *En busca del fuego*, que pertenece a ese maltratado género de la Prehistoria, tan similar y tan distinto al de la SF, aun siendo SF (paradoja al canto). El futuro y el pasado tienen algo en común: son desconocidos. Conocemos el pasado histórico, y conocemos el futuro a corto plazo (guardando un margen para sorpresas en ambos casos). El lejano pasado y el lejano futuro, más libres de los corsés de la realidad, se prestan por igual al sueño y a la imaginación (disciplinada, por supuesto). Y esto lo saben muy muy bien Stanley Kubrick y Arthur C. Clarke, con esas impagables escenas iniciales de «2001» tituladas «El alba del Hombre», que han sido justamente comparadas con *En busca del fuego*. Comparación nada odiosa, por cierto.

Esta película puede muy bien llamarse «el 2001 de las películas de la prehistoria». Está basada en la novela *La Guerra del Fuego* de J. H. Rosny aîné, autor del siglo pasado que logró cierta fama en el terreno de la proto-SF (*La Muerte de la Tierra*, *La Fuerza misteriosa*, *Nebulae antigua*, 74 y 82 resp.). Su verdadero nombre era Joseph Henri Boëx, y al principio escribió junto con su hermano como J. H. Rosny. («Los hermanos Rosny son un gran escritor», dijo Vicente Blasco Ibáñez, citando a un novelista belga, Rodenbach).

Es más, incluso se llegó a decir que H. G. Wells y Arthur Conan Doyle se inspiraron en ellos. Dentro del terreno de la novela prehistórica, escribieron varias novelas (*Vamireh*, *Eyramah* y *Nomai*). Vicente Blasco Ibáñez dijo de la primera (Ver: «*Estudios Literarios*», por Vicente Blasco Ibáñez. Obras completas, tomo III, pág. 1789. Editorial Aguilar, 1965):

«Ningún otro libro posee la fuerza mágica de *Vamireh* para hacernos asistir a los primeros actos de la vida de la humanidad. Rosny describe los hombres de la Europa cuaternaria, los enormes dolococéfalos, con una emoción fraternal. Es la época en la

que se van a desarrollar los grandes combates decisivos entre las razas primitivas para que una de ellas domine a las otras. *Vamireh* figura como héroe de esta epopeya; es la representación de la fuerza. Pero la fuerza, para Rosny, resulta sinónimo de bondad, de altruismo, de curiosidad científica».

Cuando los dos hermanos se separaron, se vio que el mayor era el representante de la tendencia prehistórica y ficto-científica, escribiendo como «J. H. Rosny aîné (mayor)» las ya citadas *La Muerte de la Tierra* y *La Fuerza misteriosa*, además de *La Guerra del fuego* y *Amor etrusco*. El menor se dedicó a la novela social y psicológica. ¡Ah!; el mayor, por su lado, creó la palabra «astronauta». Fue amigo del ingeniero Esnault-Pelterie, entusiasta de los cohetes y precursor, a la manera de Tziolkovsky y Goddard.

El argumento de *En busca del fuego* es relativamente sencillo. La tribu de los Ulams ha perdido el fuego debido al ataque de otra, más primitiva, similar a los homínidos de 2001 (*¿Homo habilis?*). Sin fuego, no sabiendo encenderlo, están a merced del frío y las fieras. Tres compañeros, Naoh, Amoukar y Gaw, emprenden la búsqueda del fuego. En su odisea, son perseguidos por tigres dientes-de-sable (*¿quién fue el héroe que los maquilló?*), tropiezan con otra tribu más primitiva que ellos, tal vez de *Homo erectus* (antes *Pitecanthropus erectus*) caníbales, y finalmente encuentran una tribu de *Homo* decididamente *sapiens* (los Ulams parecen más bien Neandertales), que conocen el fuego, el propulsor de lanzas, las chozas y la cerámica. Con ayuda de la muchacha Ika, regresan con su gente, trayendo consigo el más valioso descubrimiento: encender el fuego.

Los detalles están especialmente cuidados. El maquillaje, con unos pocos toques, da a los actores un rostro primitivo (grandes arcos superciliares, sin mentón...). El zoólogo Desmond Morris, que ha escrito varios libros sobre el hombre enfocado como animal (*El Mono Desnudo*), y estudioso de la Etología, es consejero en cuestiones de gestos y expresión corporal. Hay detalles que merecen mencionarse, como la «batalla» de gestos amenazadores, que es frecuente y aún norma en el reino animal. Y, aún hoy en día, las naciones, las modernas tribus, se amenazan y contraamenazan antes de la lucha abierta. Los Ulams y los caníbales, amenazándose y gritando, son los antepasados de Reagan y Breznev, esgrimiendo sus garrotes nucleares.

O, por ejemplo, el paso de la copulación en posición prona, a cuatro patas, que es lo corriente entre los vertebrados, a la copulación cara a cara, característica del *Homo sapiens*, y que tanta importancia tiene en el amor y el lazo entre la pareja... o el gesto de Ika, de abrazarse a sí misma, con cierto miedo, mientras acompaña a los Ulams. Y también la risa, que los protagonistas aprenden de ella.

El lenguaje, por otro lado, ha sido creado por Anthony Burgess, que tan brillante labor hiciera en *La Naranja Mecánica*. Por desgracia, es difícil seguirlo sin conocerlo. Aquí sí hubiera valido la pena un folleto explicativo, como creo que se hizo en otro film, no recuerdo cuál. Mauricio Méndez, en un artículo en «Diario de

Valencia» (20 de marzo de 1982), menciona un par de ejemplos. «Tir» significa «animal» (del alemán *tier* y el inglés *deer*), en tanto que «*dondre*» significa «árbol» (del griego «*dendron*»). O sea, una especie de esperanto a la inversa. ¿No habrá algún experto colaborador en ND que se agencie un vocabulario completo?

Y en lo que respecta a la civilizada tribu de los Ivakas, francamente hay que aplaudir el acierto. En las películas prehistóricas a la usanza habitual, los «evolucionados» aparecen rubios, apuestos y altos, y ellas están tan buenas como la Rachel Welch. Aquí los Ivakas se pintan el cuerpo de gris y negro y llevan máscaras de madera; vamos, que dan un susto al miedo. Y las mujeres que le echan a Naoh (¿como semental?) están escogidas según el criterio estético del desconocido autor de la Venus de Willendorf... ah, estoy viendo ahora una foto y los evolucionados Ivakas, o al menos algunos, son negros.

El director es Jean-Jacques Annaud, ganador de un Oscar en 1978. *En busca del fuego* ganó además el César de Oro, en Francia, a la mejor película. Los actores, escogidos entre tres mil, son desconocidos (al parecer, el director no quiso vestir de Neandertal a ninguna estrella ni «estrella» conocido). Los protagonistas son Everett McGill y Ron Perlman (de USA) y Nameer el Kadi (turco), interpretando a los tres Ulams, y Rae Dawn Chong es Ika. Se les exigió ser buenos en la mímica y estar en gran forma física.

¿Defectos? Algunos, como la ingenuidad argumental (cuatro especies de homínidos juntas, que en la realidad probablemente estuvieron separadas a lo largo de cuatro millones de años. No creo que todas coexistieran en un momento dado). Claro que en la época de Rosny el cálculo de las Eras geológicas era aún algo incierto, ya que no existían técnicas basadas en la radiactividad para fechar rocas y objetos. O también el hecho de identificar «cultura» y «evolución», como era común en el siglo XIX. También, quizás, error científico. También aparecen los primitivos demasiado primitivos, ya que los Neandertales conocían el culto a los muertos. En fin, hay que aceptar estas libertades como aceptamos en la SF los viajes más rápidos que la luz.

Pero, sobre todo, el film acierta en transmitimos lo esencial. El hombre se nos muestra a merced de la Naturaleza, no como un bruto, sino como una criatura indefensa y asustada, un extraño en un mundo que no ha hecho. Hay una escena al principio que me recuerda a Dimento, el protagonista de *Mutant World*, el célebre comic de Richard Corben. Hay algunas escenas inolvidables, como la inicial: un paisaje montañoso visto de noche, con la hoguera encendida a lo lejos, tan desamparada y aislada como una estrella en el cielo. Y la final, que es un reverso de las escenas iniciales de «2001»: Naoh e Ika, abrazados, mientras él contempla fijamente la Luna, en una actitud que recuerda al Moon-Watcher de la novela de Clarke. *Per aspera ad astra*.

JAVIER REDAL

SE DICE

LIBROS

Empezaremos, como es habitual, reseñando las novedades aparecidas en las colecciones especializadas.

EDHASA, en su colección *Nebulae*, ha publicado los números 56, 57 y 58. El primero de ellos es la novela de Norman Spinrad *Los solarianos* (*The Solarians*), novela con la que inició su carrera literaria este autor en 1966, y que es un típico space-opera. La traducción es de nuestro colaborador César Terrón. El libro tiene 213 páginas, y su precio ha vuelto a dispararse (los costes, ya se sabe): 400 pesetas.

Los otros dos números corresponden a los volúmenes I y II de la antología *Los muchos mundos de Poul Anderson* (*The Many Worlds of Poul Anderson*), conteniendo el primero *Los hijos de mañana* (que es el primer capítulo de su novela *El crepúsculo del mundo*), *Epílogo*, y *La reina del aire y las tinieblas*, además de un artículo de Patrick L. McGuire titulado *Víctima de sus propios encantos*, en torno a este último relato; en cuanto al segundo, contiene los relatos *El viaje más largo*, *Fin de viaje*, *Un mundo llamado Cleopatra*, *El sheriff de Cañón Golch* (en colaboración con Gordon R. Dickson) y *Día de incendio*, más otro artículo de Sandra Miesel en torno a la figura de Poul Anderson titulado *Desafío y respuesta*. Ambos volúmenes están traducidos por Norma B. de López, tienen respectivamente 193 y 171 páginas, y cuestan 400 y 375 pesetas... por lo que la obra completa de Anderson, no demasiado extensa en su conjunto, cuesta la friolera de 775 pesetas.

MINOTAURO, en su colección del mismo nombre, ha sacado solamente, a la hora de cerrar este número, uno de los tres volúmenes que había prometido para el día del libro: *Un verano infinito* (*An Infinite Summer*) de Christopher Priest. Es una excelente antología de este autor que contiene los relatos *Un verano infinito*, *Rameras*, (el *Putas* de ND 135), *Vagabundeos pálidos*, *La negación* y *El observador*. Traducción de Matilde Horne. 226 páginas, 400 pesetas.

EDICIONES MARTÍNEZ ROCA sigue ofreciéndonos sus acostumbrados dos volúmenes bimestrales, esta vez los números 71 y 72 de su colección Super Ficción. El primero es *Amos de títeres* (*The Puppet Masters*), la gran novela de Robert A. Heinlein que bajo el título de *Titán invade la Tierra* inaugurara la legendaria colección *Nebulae*, y luego fuera publicada de nuevo por Verón Editor con el horrendo título de *La invasión sutil* (pues de sutil no tiene nada). La traducción es de Francisco Blanco: 252 páginas, 300 pesetas.

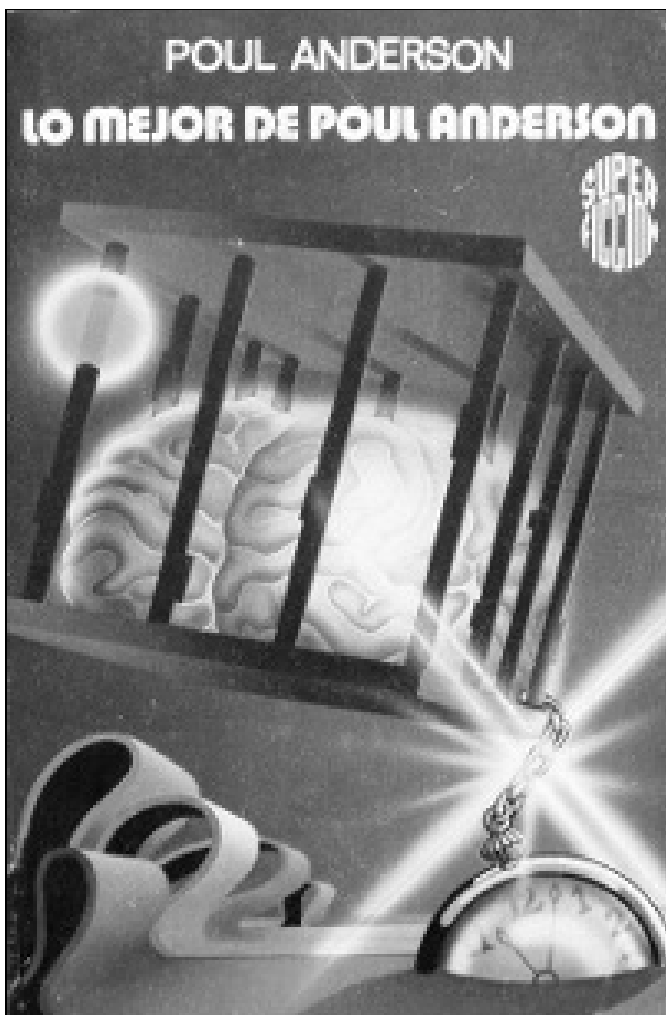


El Poul Anderson de Edhasa cuesta, con pocas páginas más, más del doble...

Y el número 72, coincidiendo con Nebulae (este es el mes Anderson, al parecer), está dedicado también a una antología de Poul Anderson: *Lo mejor de Poul Anderson (Beyond the Beyond)* reúne una serie de relatos inéditos en su mayor parte, aunque se dé la casualidad de que uno de ellos se repite también en la antología de Nebulae. Sus títulos son *Memoria*, *Frenos*, *El día en llamas* (el repetido, titulado en Nebulae *Día de incendio*), *El hombre sensible*, *Piratas Espaciales* y *Bruma estelar*. La traducción es de Horacio González Trejo, tiene 293 páginas (70 páginas menos que los dos Nebulae juntos) y cuesta 350 pesetas (menos de la mitad que los dos Nebulae juntos). Números cantan...

EDICIONES ADIAX sigue editando SF en forma masiva. Nada menos que cuatro novedades tenemos para reseñar, todas con la misma excelente presentación y precio caro: *Venus más X (Venus Plus X)*, el gran clásico de Theodore Sturgeon, hasta hoy inédito en lengua española debido a su temática, en traducción de Domingo Santos: 227 páginas, 540 pesetas. *El crepúsculo de la ciudad (Twilight of the City)*, una casi desconocida pero excelente novela de Charles Platt que puede constituir una agradable sorpresa para el lector, en traducción de Rubén Masera: 273 páginas, 640 pesetas. Y dos antologías, una clásica y otra moderna: *La espada de Welleran (The Sword of Welleran and Other Stories)* de Lord Dunsany, con lo mejor de su obra: *La*

espada de Welleran, *La caída de Babbulkund*, *La parentela de los elfos*, *Los salteadores de caminos*, *En el crepúsculo*, *Los fantasmas*, *El remolino*, *El huracán*, *La fortaleza invencible salvo que Sacnoth la ataque*, *El señor de las ciudades*. *La condenación de la Traviata* y *La tierra baldía*. El libro, que contiene unas excelentes ilustraciones de la época de S. H. Sime, está traducido por Rubén Masera, tiene 133 páginas, y cuesta 325 ptas; y *Entre los muertos (Among the Dead)*, otra excelente antología de un buen autor casi desconocido en nuestro país, Edward Bryant. Contiene: *El hombre colgado*, *Tiburón*, *Tanque común n.º 2*, *Perdidos en la autopista*, *Jody después de la guerra*, *Teleidoscopio*, *El poeta en el holograma en el centro del tiempo originario*, *El lado humano del monstruo de la ciudad*, *Entre los muertos*, *Rastreando la plaga*, *La historia del conejito celeste*, *Táctica*, *Con los mejores augurios*, *Su milésima temporada*, *Canto de amor de sí misma*, *Coleccionadle*, y *Al filo de la duna*. Traducción de Graziela Baravalle: 250 páginas, 590 pesetas.



...que el Poul Anderson que Martínez Roca ha editado casi simultáneamente.

Fuera de colección ha habido también dos novedades. Señalemos primero la aparecida en la colección *Novelistas del día*, de Plaza & Janés: nada menos que *El pájaro burlón (Mockingbird)*, el gran éxito de Walter Tevis en los Estados Unidos, en traducción de Carmen Camps: 271 páginas, 525 pesetas.

Y EDICIONES ULTRAMAR, en su colección Best-sellers, y con la etiqueta SF claramente visible en la portada (al parecer su idea es ofrecer una serie diferenciada de SF dentro de la colección en general), ha sacado el esperado *Dune-4: Dios Emperador de Dune (God Emperor of Dune)* de Frank Herbert, que ha defraudado un poco a parte de los lectores USA, que la han calificado de «excesivamente discursiva» (pese a que se ha vendido excelentemente y que su autor tiene contratado y está escribiendo ya —ver apartado «autores»— el *Dune-5*), y que en su edición española se presenta con un prólogo de Domingo Santos sobre el conjunto de la serie. La traducción es de Montse Cunnill; tiene 561 páginas, y cuesta 850 pesetas.

EDITORIAL BRUGUERA ha iniciado, dentro de su colección Naranja, una serie de ciencia ficción, cuyos dos primeros títulos, ya aparecidos, son: *Ciencia ficción-1*, una antología que recoge los relatos *El árbol de saliva* de Brian Aldiss, *La clave* de Isaac Asimov, y *Un cetro final, una corona duradera* de Ray Bradbury, picoteados de las anteriores selecciones de la misma editorial, y *Pórtico (Gateway)* de Frederik Pohl, el gran éxito de la difunta colección Nova. Lo más interesante de estas nuevas ediciones es su precio, solo 275 pesetas, y el hecho de anunciar en próximos números dos novelas inéditas: *El avatar* de Poul Anderson y *Memorias de una mujer astronauta* de Naomi Mitchison, que no llegaron a aparecer al suspenderse la citada colección Nova, pese a que la primera estaba ya anunciada en ella.

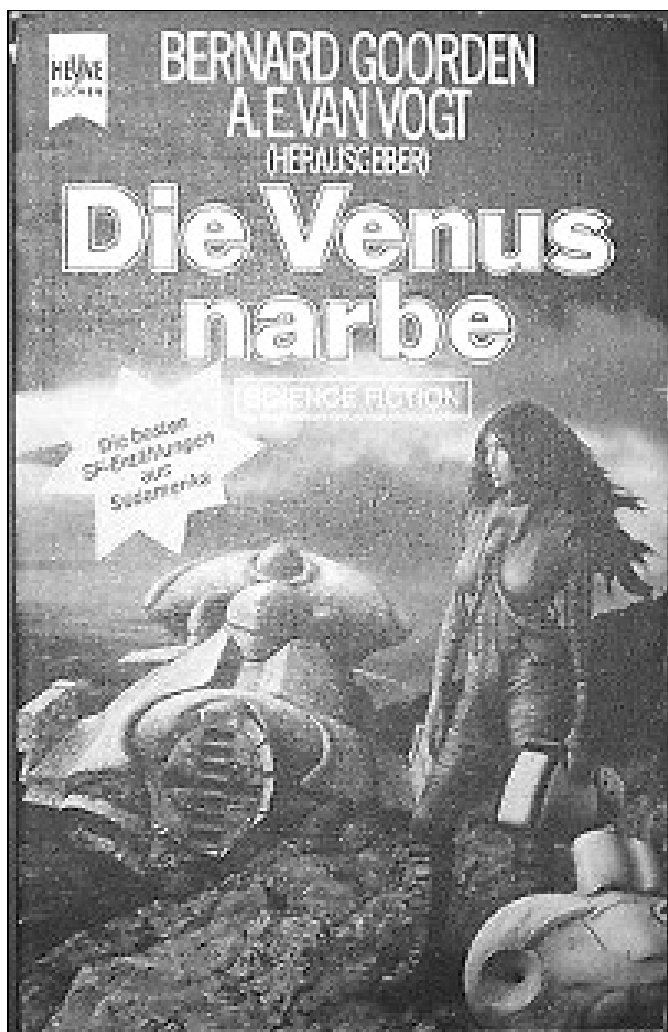
El CENTRO AUTÓNOMO DE TRABAJOS EDITORIALES ha sacado el número 5 del Doc Savage de Kenneth Robeson: *Los piratas del Pacífico (Pirate of the Pacific)*, con las mismas características que los anteriores. Traducción de Zoe Godoy; 152 páginas, 250 pesetas.

Y en el semanal *Club del Misterio* de EDITORIAL BRUGUERA, dedicado a la novela policíaca, ha aparecido, con el número 51, *La novia de Fu Manchú (The Bride of Fu Manchu)* de Sax Rohmer, que traemos aquí porque, como muchas de las novelas de ese personaje, contiene claros elementos de ciencia ficción. El volumen está ilustrado por Edmundo Fernandes, tiene 103 páginas a doble columna y formato grande, y cuesta 110 pesetas.

Procedente de Argentina se ha distribuido (bastante irregularmente por cierto, por lo que en muchos lugares es difícil hallarla) la antología de Mike Ashley *Legados macabros (Weird Legacies)*, a caballo entre la SF y el terror. Contiene los relatos *Calaveras en las estrellas* de Robert E. Howard, *Los tres centavos marcados* de Mary

Elizabeth Counselman, *El que tenía alas* de Edmond Hamilton, *La distorsión que viene del espacio* de Francis Flagg, *La suprema abominación* de Clark Aston Smith y Lin Carter, *Retransmisión eterna* de Eric Frank Russell y Leslie Johnson, *El que esquivaba las balas* de Ray Bradbury, *El beso siniestro* de Robert Bloch y Henry Kuttner, y *El superviviente* de H. P. Lovecraft y August Derleth. La traducción es de Alfredo Julio Grassi y Horacio Belsaguy: 175 páginas, 290 pesetas.

En la más prestigiosa colección de SF de Alemania, editada por la Wilhelm Heyne Verlag, acaba de aparecer una antología de SF sudamericana, que figura como seleccionada por Bernard Goorden y A. E. van Vogt, aunque de hecho la selección es únicamente de nuestro amigo belga Bernard Goorden, siendo de van Vogt tan solo el prólogo. La antología, que ha obtenido un apreciable éxito entre los fans germanos, reúne autores de Argentina, Perú, Chile, Cuba, Uruguay, Brasil y Venezuela, y podemos anticiparles que pronto podrán leerla también en lengua española, editada por Martínez Roca en su colección Super Ficción... conjuntamente con otra antología de lo mejor de la SF española, preparada y recopilada esta última por Domingo Santos.



Una antología de SF sudamericana recopilada por un belga y publicada en Alemania, que muy pronto podremos leer también en España.

Las listas de popularidad de los libros de SF en los Estados Unidos han sufrido muchos cambios en los últimos meses, en parte debido a la gran cantidad de títulos que se están publicando, y en parte también a la aparición de nuevos valores dignos de tener en cuenta (observen que muchos de los nombres son prácticamente desconocidos aún para el público español, aunque en USA empiecen a gozar de una apreciable popularidad).

En el apartado *hardcovers*, el primer puesto lo ocupa una nueva novela de Gene Wolfe, *The Sword of the Lictor* (*La espada del líctor*), tercer volumen de su famosa serie que está copando todos los primeros puestos a su misma aparición. Le siguen hasta el décimo puesto *The Golden Torc* (*El torc dorado*) de Julian May, *Oath of Fealty* (*Voto de fidelidad*) de Larry Niven y Jerry Pournelle, *Gilden-Fire* (*Fuego dorado*) de Stephen R. Donaldson, *The Restaurant at the End of the Universe* (*El restaurante al final del universo*) de Douglas Adams, *The War Hound and The World's Pain* (*El perro de la guerra y el dolor del mundo*) de Michael Moorcock, *God Emperor of Dune* (*Dios emperador de Dune*) de Frank Herbert (que lleva ya once meses en la lista, aunque está bajando), *The Sardonyx Net* (*La red sardónica*) de Elizabeth A. Lynn, *Star Colony* (*Colonia estelar*) de Keith Laumer, y *Byzantium Endures* (*Bizancio resiste*), de Michael Moorcock. A destacar el hecho de que el inglés Moorcock, que al parecer se halla en plena alza de popularidad en los Estados Unidos, está dos veces representado en la lista, y que, en esos diez primeros títulos, predomina ampliamente la fantasía y el sword & sorcery sobre la SF.

En la lista de *paperbacks*, las novedades también son muchas, y abundan los nombres nuevos. El primer lugar lo ocupa *Centaur Aisle* (*El pasadizo del Centauro*) de Piers Anthony, el inolvidable autor de *Chton* (en libros ND, por si lo han olvidado). Le siguen por orden, en los nueve puestos restantes, *The Pride of Chanur* (*El orgullo de Chanur*) de C. J. Cherryh, *Fuzzy Bones* (*Huesos velludos*) de William Tuning, *Cerberus: A Wolf in the Fold* (*Cerberos: un lobo en el redil*) de Jack L. Chalker, *First Circle* (*Primer círculo*) de H. Beam Piper y Michael Kurland, *The Claw of the Conciliator* (*El amuleto del conciliador*) de Gene Wolfe, que tras abandonar la lista de tapas duras aparece por primera vez en bolsillo, *Beneath an Opal Moon* (*Bajo una luna de ópalo*) de Eric Van Lustbader, *Hecate's Cauldron* (*El caldero de Hecate*), una antología de Susan M. Shwartz, *The Hitchhiker's Guide to the Galaxy* (*La guía del autostopista a la galaxia*) de Douglas Adams, que es el que más meses lleva en la lista, cuatro (de los demás solo el primero, tercero y cuarto llevan dos, y los otros son todos nuevos), y finalmente *In the Shadow of Omizantrim* (*En la sombra de Omizantrim*) de R. E. Vardeman y V. Milan. También aquí hay que destacar la preponderancia de la fantasía sobre la ciencia ficción «dura».

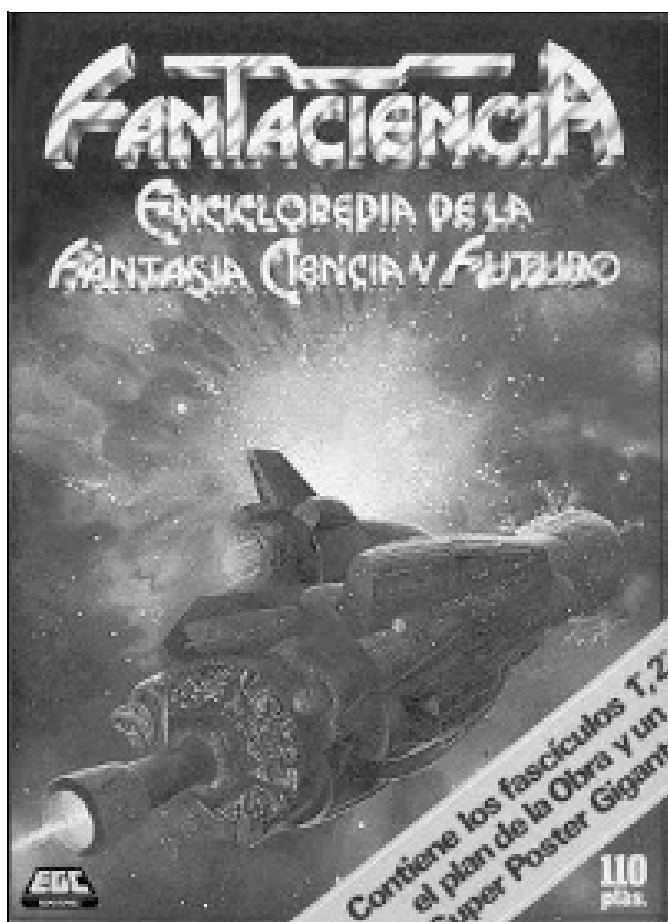
REVISTAS

La revista *Alien* sigue ofreciéndonos cada mes relatos muy conocidos para el lector habitual de SF, pero que se supone que, siendo como es una revista dirigida a un público más amplio que no siempre lee SF, no es un inconveniente. En su número 4 incluye los relatos *Todas las lágrimas del mundo* de Brian Aldiss; *El hombre sobrecargado* de J. G. Ballard; *Todo en un punto*, un fragmento de *Las cósmicas* de Italo Calvino; una muestra del arte de David Pelham, portadista de los primeros títulos de la colección Super Ficción de Martínez Roca; una entrevista con Antonio Ribera; y el inevitable artículo de Asimov. El resto lo forman artículos variados sobre las otras diversas temáticas en que la revista se muestra interesada, y que van mucho más allá de la estricta SF. En resumen: 114 páginas ilustradas a todo color, material interesante para un amplio espectro de lectores que gracias a ella pueden sentirse interesados por la SF, y un precio de 300 pesetas; una revista interesante, pues, que puede tener un buen futuro... si el público responde.

Y paralelamente a su número mensual acostumbrado, la revista *Alien* ha publicado también, como anunciábamos ya en nuestro número anterior, el *Especial ciencia ficción n.º 1, Alien*, dedicado exclusivamente a relatos de SF de autores conocidos (autores tan conocidos como los propios relatos que se incluyen), profusión de buenas ilustraciones futuristas, y algunos artículos sobre el género. Los relatos incluidos son: *Perycalypsis*, un fragmento del libro *Vacío perfecto* de Stanislaw Lem; *El principio del fin*, un fragmento del *Juan Raro* de Olaf Stapledon; *Aventuras del asesino de metal*, un relato inédito de la serie de los Berserkers de Fred Saberhagen; *Los demonios* de Robert Sheckley; *El número imaginario* del inevitable Asimov; *Los próximos inquilinos*, uno de los *Cuentos de la taberna del ciervo blanco* de Arthur C. Clarke; *Algo verde* de Fredric Brown; *El hombre que se casó con el espacio y el tiempo* de Fritz Leiber; *Vigilando al lado de la tumba* de Edward L. Gandy; *Todos vosotros, zombies*, el archiconocido cuento de Heinlein que no creemos sea ya inédito para nadie; *Las mujeres* de Ray Bradbury; *Día de Malthus* de Gayce Carr; y *Guerra debajo del árbol* de Gene Wolfe. Se incluye también el prólogo de Jorge Luis Borges al *Hacedor de estrellas* de Stapledon, y artículos sobre cine, los aliens, etc. En total, 100 páginas con abundantes ilustraciones y algunos chistes, al precio de 300 pesetas.

Con el retraso más que habitual de sus últimos números, ya está en la calle el *Zikkurath ficción n.º 6*, fechado en enero, y que descubrimos por casualidad en un kiosco, pues ni desde Madrid ni desde Barcelona tuvieron la gentileza de hacernos conocer su aparición, por lo que no sabemos si cuando lo descubrimos acababa de

salir o llevaba allí la tira de tiempo. Este número contiene los relatos *Fabricar a John Lennon* de Gregory Benford, *El hombre que estaba casado con el espacio y tiempo* de Fritz Leiber (que aparece simultáneamente en el extraordinario de *Alien* mencionado más arriba), *La perfecta casada* de Angélica Gorodischer, y *La puerta de salida lleva adentro* del malogrado Philip K. Dick. Se incluye también un prólogo que escribiera William Burroughs al relato de Ballard *Amor y Napalm, Export USA*, incluido en su *Exhibición de atrocidades*, una interesante entrevista a Gregory Benford, un artículo de Joan Trigo sobre las energías nucleares, y las habituales secciones de cine, noticias, biblioteca Z/SF, además del excelente comic de Nel Gimeno y José Mas. 64 páginas en total, 200 pesetas.



«Fantaciencia», una enciclopedia de la SF en fascículos. 16 páginas semanales a 110 pías., muchas ilustraciones a todo color... pero una reproducción no demasiado cuidada muchas veces.

Y la ciencia ficción ha llegado ya hasta a los... ¡fascículos! Con una gran campaña publicitaria en televisión, se ha puesto a la venta en el mes de abril la colección de 70 fascículos de *Fantaciencia*, al precio de 110 ptas. cada uno. (Por supuesto, como es habitual, los dos primeros al precio de uno). Se trata en realidad de la traducción en forma fasciculada de una reciente enciclopedia italiana dedicada exclusivamente a nuestro género, aunque la campaña publicitaria aquí es España, quizá para atraer lectores, la promocióne como teniendo relación con ocultismo, ovnis y temas de la «otra ciencia». En los primeros fascículos se aprecian ya las características generales de la obra: una gran abundancia de ilustraciones a todo color

(aunque como es lógico muchas de ellas italianas) y reproducciones de viejas revistas del género, con mucha atención al comic. El texto es demasiado italiano, no se ha hecho ninguna adaptación a nuestro país, lo cual es de lamentar, sobre todo teniendo en cuenta que en la extensa lista de colaboradores se relacionan nombres de todas las épocas y todos los países, desde Edgar Allan Poe (¿cómo *puede* haber colaborado?) hasta Harlan Ellison, desde Brian Aldiss a Péter Kuczka, incluyendo a los españoles Antonio Ribera, Luis Gasca y nuestro director Domingo Santos... el cual ha sido el primer sorprendido al enterarse de ello.

Amazing Stories, la revista de SF más veterana del mundo, fundada en 1926 por Hugo Gernsback, y que a lo largo de su vida ha pasado por numerosas vicisitudes, ha sido adquirida finalmente por la empresa Dragon Publishing, subsidiaria de TRS Hobbies. George H. Scithers, antiguo director del *Isaac Asimov's SF Magazine*, se ha hecho cargo de su dirección y relanzamiento. Entre sus planes más inmediatos están el convertir la revista en bimestral a partir de febrero de 1983 (ahora es trimestral), y resucitar su revista gemela *Fantastic*, eliminada hace unos años, y que estará dedicada exclusivamente a la fantasía pura. *Amazing* volverá a publicar relatos originales (últimamente publicaba tan solo reediciones de relatos aparecidos en números antiguos, por los que no pagaba a sus autores, lo cual había ocasionado más de una polémica), y tiene ya contratados relatos y artículos de Gene Wolfe, Jack Williamson, Robert Silverberg, y otros autores de primera categoría.

FANZINES

Por una vez, las cosas parecen ir al revés: en vez de atrasarse, se adelantan. El número 6 del fanzine *Fan de Fantasía* apareció a mediados de marzo, ¡aunque fechado en junio! (cosa que por otro lado acostumbra a hacer a menudo este fanzine, quizá para cubrirse las espaldas y no ser acusado de tardón). El excelente sumario que se nos brinda esta vez contiene un extenso estudio de Javier Martón Landa en torno a dos personajes de Michael Moorcock: Elric de Melniboné y Corum; un portafolio de Frank Frazetta ilustrando a Buck Rogers; otro relato de la serie *Kull* de Robert E. Howard, *El cráneo del silencio*, con ilustraciones de John Bolton; un comic de Al Williamson, *El que espera*, sobre un relato original de Ray Bradbury; un estudio sobre Philip José Farmer, a cargo de Juan Carlos Planells e ilustrado por Virgil Finlay; un artículo de Ramón Cordero sobre Jean Giraud/Moebius, seguido de una entrevista a este notable dibujante francés; y, finalmente, un artículo de Carlos Sáiz Cidoncha. Los interesados que deseen obtenerlo hallarán dónde solicitarlo en nuestro número anterior.

El recién aparecido fanzine *Tránsito*, del que les hablábamos en nuestro número anterior, ha llegado ya a su número 4, y tal como era de esperar ya no se distribuye gratuitamente, sino que cuesta 30 modestas pesetas. La suscripción por 6 números vale 150 ptas., y por 12, 300. Su periodicidad sigue siendo (aproximadamente) quincenal, y su número de páginas llega por el momento a 14, repletas todas ellas de crítica sobre las novedades de SF, cine, comics, y todo lo afín a nuestro género, además de algunas breves noticias y un repaso crítico a novelas antiguas pero aún localizables o a obras aún inéditas en castellano.

Según hemos sabido, el número 5 (de inminente aparición cuando escribimos esto) contendrá además una novedad: la inclusión de un relato inédito de Philip K. Dick, como homenaje al autor recientemente fallecido (ver necrológica). El relato es *Lo humano (Human is)*, que Dick consideró siempre como su relato preferido, e irá acompañado por una bibliografía completa y un par de reseñas breves sobre el autor, obra respectivamente de Juan Carlos Planells y Alejo Cuervo. Señalemos también como dato curioso que la edición de este número especial ha sido financiada por nuestro colaborador Juan Carlos Planells, fan acérrimo de Dick, y que se remitirá gratuitamente a todos los suscriptores del fanzine *Kandama*, en uno de esos contubernios amistosos entre fanzinistas que ya estábamos empezando a echar a faltar en nuestro país. Los que no estén suscritos a *Kandama* (ellos se lo pierden) pueden solicitar directamente *Tránsito* a su faneditor: Alejo Cuervo. Avda. República Argentina 10. Barcelona, 23.

El *Oficial Star Wars Fan Club* (P.O. Box 2202, San Rafael, CA 94912, USA) anda a la caza de nuevos socios. La afiliación reporta inmediatamente la suscripción al boletín oficial *Bantha Tracks*, de carácter trimestral, donde se dan a conocer entrevistas y noticias de los rodajes de Lucasfilm. La suscripción te entrega también el póster gigante de *El Imperio contraataca*, seis fotos tamaño cine de los personajes, insignias en tela y, lo más gracioso, una goma de borrar con la cara de Darth Vader y un lápiz.

El club ofrece también, fuera ya de suscripción, la posibilidad de adquirir chaquetas como la de Luke Skywalker, camisetas, álbumes de fotos, dibujos del *story-board* de Ralph McQuarrie, y discos de la saga no encontrables en nuestro país. *Altamente recomendable.*

También en América encontramos *The Mythopoeic Society*, o la sociedad Tolkien de Estados Unidos (escribir a Glen H. Goodnight, 740 South Hobart Blvd, Los Angeles, California 90005. USA). La suscripción cuesta diez dólares por un año, e incluye la revista oficial de la sociedad, *Mythlore*, de carácter cuatrimestral. Ofrecen

otras varias publicaciones y la posibilidad de asistir, el 22 de setiembre, a la fiesta de cumpleaños de Bilbo y Frodo.

En Inglaterra encontramos también *The Tolkien Society* (escribir a The Membership Secretary, Mr. Lester Simons, 11 Regal Way, Harrow, Middlesex, England HA3 ORZ). Siete libras dan derecho al boletín bimestral *Amon Hen* y a la revista *Mallorn*, que aparece dos veces al año. En stock se ofrecen estudios sobre J. R. R. Tolkien, discos, ilustraciones, y libros del propio autor inéditos todavía entre nosotros.

COMIC

Entre las últimas novedades en el campo del comic de SF aparecidas en España, reseñemos las siguientes como las más importantes:

TOUTAIN EDITOR ha editado el número 39 de *1984*, que es considerado como uno de los más flojos: desaparecido de sus páginas Font, su plato fuerte es Corben y el final de la serie de José M.^a Beá, no demasiado inspirados ninguno de los dos. El número 34 de *Creepy*, en cambio, más dedicada al terror pero con muchas incursiones en la SF, es realmente bueno. El número 17 de *Comix internacional*, finalmente, sigue su acostumbrada línea experimental, a medio camino entre lo underground y lo profesional, tocando (cuando la toca) una SF más bien de vanguardia. Destaquemos finalmente el álbum *Wrightson, maestro del terror*, 88 páginas de terror y SF (hay entre otras cosas una magnífica adaptación de Lovecraft), al que solo se le puede reprochar su precio: 550 pesetas. Pero vale la pena. Las revistas citadas antes son mucho más baratas, oscilando entre las 100 ptas. por 60 págs. (*Creepy*), 125 por 76 (*1984*), y 175 por 92 (*Comix internacional*). Además, TOUTAIN se ha decidido por fin a reimprimir los números agotados de *1984*: ha aparecido ya el primero, un facsímil exacto del número histórico... a precio de ahora, naturalmente.

NORMA EDITORIAL, por su parte, ha sacado el número 14 de *Cimoc* (76 págs., 150 ptas.), con buenos autores y relatos, entre los que hay que destacar «La guerra de los dioses», y el álbum *El imperio de Trigan*, de Butterwarth y Lawrence (48 págs., 350 ptas.), a medio camino entre la SF y el peplum, y con material ya bastante antiguo (tiene 17 años de edad).

NUEVA FRONTERA, finalmente, el tercer gran editor de comics nacido con el boom en nuestro país, ha publicado el álbum de Jim Steranko *Atmósfera cero* (48 págs. a color, 350 ptas.), versión en comic de la película del mismo título, de gran calidad. Y con el sello de EUROCOMIC ha editado también el número 6 de *Metal Hurlant* (100 págs., 250 ptas.), que está muy por debajo de los números gloriosos de su madre francesa, sobre todo gracias al aderezamiento de artículos y comentarios de la casa. Y es una lástima, porque, con una buena política editorial, la revista podría ser un gran éxito...

El CLUB DE AMIGOS DE LA HISTORIETA está publicando en álbumes un clásico del tebeo español: *El inspector Dan*, con muchos elementos de fantasía y terror. Hasta el momento ha aparecido el primer número. Lástima que la edición no sea todo lo buena que desearíamos y que el precio, 250 pesetas por ochenta páginas no demasiado bien impresas, lo hagan completamente desaconsejable.

Joaquín Esteve (apartado 29.047, Barcelona) ha empezado a editar, dentro de su colección *Grandes Clásicos de los Comics del Pasado*, nada menos que el *Tarzán* de Burne Hogarth: Dos álbumes con las historias «Tarzán y los boers» y «Tarzán y los chinos». Las condiciones quasi-draconianas que ha impuesto la Burroughs Inc., y el esfuerzo de este modesto editor, merecen la atención del público medianamente interesado en incrementar su tebeoteca.

Ya les contábamos hace unos meses cómo EDICIONES VÉRTICE publicaba la serie de comics *Star Wars* con el desafortunado título de «Guerras Estelares». A partir del tercer número se ha reparado el error, y ya aparece como *La Guerra de las Galaxias*. De lectura obligatoria.

Otra serie que VÉRTICE está publicando (aparte la de los conocidos superhéroes) es la prestigiosa *Micronautas*, con guiones de Bill Mantlo y dibujos de Mike Golden: una maravilla. La calidad de la impresión, la originalidad del tratamiento, y el ritmo poco menos que trepidante de la historia, lo convierten en uno de los mejores comics de SF de los últimos años.

PLANETA COMIC ha empezado a editar *La Espada Salvaje de Conan*, con la que se

pretende recuperar aquellas buenas historietas del bárbaro aparecidas en muy deficientes condiciones en la serie *Relatos Salvajes* que editara Vértice. La edición, sin embargo, no es redonda. A las múltiples arrugas del papel se le suma una traducción que, pretendiendo superar a la de Vértice, cae en el defecto de colocar textos de apoyo indistintamente en presente (como debe ser) y en pasado, con lo que el lector enterado se puede volver loco. Traducir la exclamación ¡SET! (uno de los dioses que pueblan el universo de Howard) por «¡Dios!» tampoco nos parece muy acertado.

Estamos viviendo un revival Iranzo en este país, y ya era hora, que no todos iban a ser Manuel Gago. A la edición de *El capitán Coraje y Rayo Kit*, que presenta URSUS EDICIONES, se suman los dos primeros álbumes de la colección «Tebeos de entonces», conteniendo historietas de este autor aparecidas en la mítica CHICOS, y que edita IBERCOMIC, quien saca en perfecta edición facsímil *Kosman*, interesantísimo por ser la única colección de SF que ilustrara este prestigioso autor. Se espera que la reedición de su más popular personaje, *El Cachorro*, tenga lugar en setiembre.

La revista norteamericana *EPIC Illustrated*, hoy por hoy la mejor del mundo en su especialidad, publica su número 11, con el que celebra su tercer aniversario. Se incluyen historietas de *Weirdworld* (fantasía en la línea de Tolkien dibujada por John Buscema y Marie Severin), un nuevo tipo femenino de fantasía heroica que dará que hablar: *Marada the she-wolf*, y la versión en comic del relato de Harlan Ellison «Run for the stars», aparecido en ND con el título «El último hombre».

Ediciones BO prepara nueva serie de *Flash Gordon* (y ya van tres), esta vez incluyendo material de Austin Briggs en sus tiras diarias.

CINE

El film *Blade Runner*, basado en la novela de Philip K. Dick *Do Androids Dream of Electric Sheeps?* (recientemente publicada en español por Edhasa) está aguardando aún su estreno tras un año de haberse completado el rodaje. Existe gran expectación en torno a esta película, una de las más esperadas este año por los aficionados a la SF, debido tanto a la obra en que está inspirada (de la que, según algunos informes, se aparta sin embargo bastante) como a su *cast* de especialistas del cine de SF de gran éxito de estos últimos tiempos, empezando por su director, Ridley Scott (*Alien*) y

terminando por su protagonista, Harrison Ford (*La guerra de las galaxias*), sin olvidar los efectos especiales de Douglas Trumbull (*2001* y *Naves silenciosas*). Cabe esperar que la repentina muerte de Dick haga que los productores decidan utilizar el triste suceso para el pronto lanzamiento de la película...

Los derechos para cine de la novela de Norman Spinrad *Bug Jack Barron* (*Incordie a Jack Barron* en Acervo/ciencia ficción) han sido adquiridos por la Universal por 75.000 dólares (7'5 millones de pesetas aprox.). El director del film será nada menos que el polémico Costa-Gavras, especialista en cine político y de denuncia. El guión ha sido encargado a Harlan Ellison.

La Academia de Films de Ciencia Ficción, Fantasía y Horror ha anunciado ya las nominaciones para sus premios de 1982. Los nominados en el apartado de SF son *Escape from New York*, *Heartbeeps*, *Heavy Metal*, *Outland* y *Superman II*. Incidentalmente, señalemos aquí que *Superman II* ha sido excluida de las nominaciones de los premios Hugo por un detalle calificado de «técnico»: fue exhibida en Australia en 1980.

Las nominaciones en el apartado de Fantasía han correspondido a *Clash of the Titans*, *Dragonslayer*, *Excalibur*, *The Fox and the Hound* y *Raiders of the Lost Ark*. Las del apartado Horror han sido para *An American Werewolf in London*, *Dead and Buried*, *Ghost Story*, *Halloween II* y *The Wolfen*. En el apartado de films extranjeros (ya se sabe que los americanos, a la hora de dar sus premios «internacionales», crean una división para sus propias obras y luego otra para las del resto del mundo) los films nominados han sido *The Haunting of Julia*, *La guerre du feu*, *Road Games*, *Time Bandits*, y *The Watcher in the Woods*.

Como pueden comprobar, bastantes de los films listados aquí han sido estrenados ya en España. Parece que al menos en cuestión de cine nos estamos poniendo un poco al día...



Harrison Ford en plenas dificultades en una escena de «Blade Runner», una de las películas de SF más esperadas de la temporada.

Entre el 16 y el 24 de abril se celebra en Madrid el Tercer Festival Internacional de Cine Imaginario y de Ciencia Ficción, *Imagfic-82*. El éxito de sus dos anteriores ediciones (comentadas respectivamente en ND 122 y 133) hace esperar un notable éxito a esta tercera, del que les informaremos más ampliamente en nuestro próximo número.

Al Festival (que está dividido en cinco secciones, Competitiva, Informativa, Recuperativa, Retrospectiva, y Premio Segundo de Chomón) ha prometido su asistencia el director Sam Peckinpah, y su «estrella» es el film *Conan*, que muy pronto estará en todas las pantallas españolas. Destaquemos igualmente que entre las actividades paralelas está previsto un amplio estudio sobre King Kong, un homenaje a la actriz Bette Davis, y una exposición sobre los «Story-boards» de Saul Bass.

A destacar también que un poco más tarde, del 3 al 9 de mayo, se celebrará en Valencia la Semana de Cine Fantástico y de Ciencia Ficción, al que concurrirán, si no todas, sí la mayoría de las películas proyectadas en Madrid.

Hay rumores de que la continuación de *En busca del Arca Perdida* se desarrollará en China, y que George Lucas anda a la caza y captura de los permisos correspondientes. Por otra parte, *Raiders* ha sido nominada ya para ocho Oscars de la Academia, incluyendo mejor película, mejor director, y mejores efectos especiales, por supuesto.

Steven Spielberg está trabajando en algo cuyo título provisional es *E. T. The Extraterrestrial*. Nos mantendremos a la escucha...

Ya anunciamos que en Londres se está rodando *La Venganza del Jedi*, con guión de Lawrence Kasdan y dirección de Dick Marquand. La fecha del estreno está fijada para los últimos días de mayo de 1983. Por cierto, se rumorea que en esta tercera película termina la intervención de los personajes que todos conocemos.

PREMIOS

La British Science Fiction Association ha anunciado ya las nominaciones para sus premios, los de mayor prestigio concedidos en Inglaterra. Las nominaciones para los «BSFA Award '82» son:

NOVELA: *Hello America (Hola, América)* de J. G. Ballard; *Where Time Winds Blow (Donde soplan los vientos del tiempo)* de Robert Holdstock; *The Affirmation (La afirmación)* de Christopher Priest, y *The Shadow of the Torturer (La sombra del torturador)* de Gene Wolfe.

RELATO CORTO: *Mythago Wood (Madera de mitoantiguo)* de Robert Holdstock, *The Checkout (La comprobación)* de Keith Roberts, *The Killing Thought (El pensamiento asesino)* de Edward Shaver, *Treading the Maze (Pisando el laberinto)* de Lisa Tuttle y *A Cage for Death (Una jaula para la muerte)* de Ian Watson.

IMAGEN: *Blake's 7* (la serie de TV de la BBC pasada en España como *Los siete de Blake*). *Dr. Who* (otra serie de la BBC de gran popularidad en Inglaterra pero que Televisión Española no ha pensado en programar nunca, y es una lástima). *Excalibur* (el excelente film fantástico de John Boorman), *Stalker* (un excelente film de Andrei Tarkovsky, el autor de *Solaris*, basado en una novela de los hermanos Strugatsky), y *Time bandits* (aquí llamada *Los héroes del tiempo*) del Monty Phyton Terry Gilliam.

ARTISTAS: Chris Achilleos, Pete Lyon, Chris Moore, Bruce Pennington y Tim White.

A señalar que entre las novelas estaba nominada también *The Claw of the Conciliator (El amuleto del conciliador)*, la segunda parte de la tetralogía nominada; pero en el último momento la obra fue retirada por su autor.

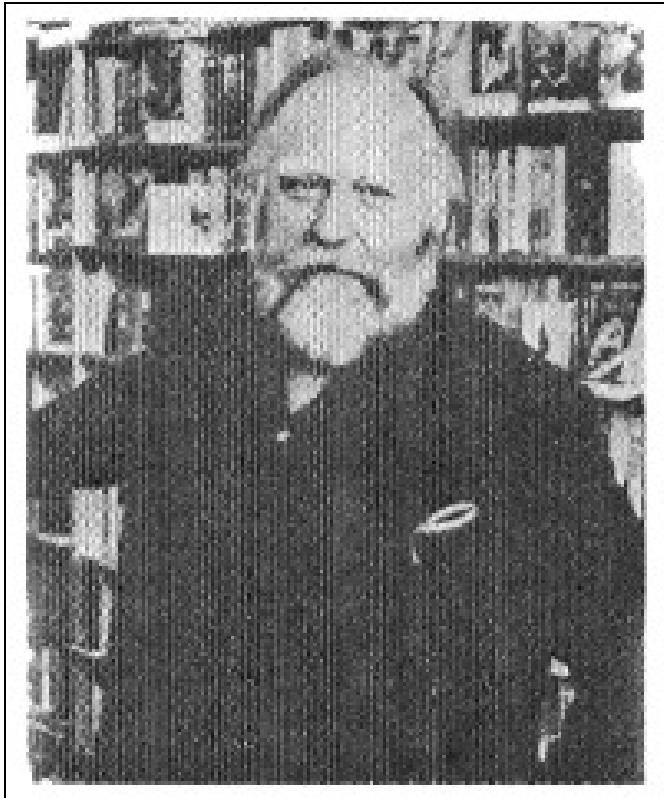
La moda del revival sigue haciendo furor en la SF. Forrest J. Ackerman ha anunciado la creación de los premios Gernsback, los «Hugo retrospectivos», para

aquellos escritores de SF situados entre 1926 y 1952, es decir antes de que se crearan los Hugo. Ackerman pretendió en un principio darles el nombre oficial de *Hugos retroactivos*, y así lo expuso en la Convención Mundial de 1981, pero su propuesta no fue aceptada. Por eso ha elegido finalmente el apellido del creador material de la SF moderna en vez de su nombre de pila, para lo cual ha obtenido ya la autorización de la viuda del famoso inmigrante luxemburgués.

Los premios serán concedidos, según anuncia Ackerman, a través de los votos de los miembros supervivientes del Primer Fandom, es decir, aquellos que eran fans activos antes de 1939. Pero los planes de Ackerman van aún más lejos: estos premios irán conectados con el ambicioso plan editorial de publicar una serie de 26 volúmenes de antologías de los grandes maestros de entonces, con introducciones de muy conocidos autores actuales. El editor de esta serie será Triton Books, un editor poco conocido pero que está empezando a moverse dentro del campo de la SF *retro*.

AUTORES

Al tiempo que aparece en España el Dune-4, *Dios Emperador de Dune*, editado por Ultramar, nos llega la noticia de que Frank Herbert ha firmado ya el contrato con la editorial Putnam para escribir Dune-5, cuyo título aún no ha sido decidido. Al parecer, el contrato, negociado por el agente de Herbert, Kirby McCauley, y el presidente de Putnam, Peter Israel, fue firmado el pasado mes de octubre, pero hasta ahora se ha mantenido en secreto. Se rumorea también que el anticipo obtenido por Herbert asciende a la friolera de 1'5 millones de dólares... ¡ciento cincuenta millones de pesetas! El manuscrito debe ser entregado al editor el marzo de 1983. Nos tememos que, a este paso, la trilogía inicial de Dune va a convertirse en una serie interminable...



Frank Herbert, multimillonario gracias a «Dune».

Gregory Benford, que consiguió un éxito extraordinario con su novela *Timescape* (que ha dado origen incluso al nombre de una editorial especializada en SF, Timescape Books), ha vendido su nueva novela *Against Infinity (Contra el infinito)*... precisamente a Timescape Books. La novela ocurre enteramente en Ganimedes, durante la terraformación del satélite, y su héroe es un muchacho quinceañero. Lo mejor de la novela se dice que son los fascinantes artefactos alienígenas que aparecen en ella, y que no tienen parangón con ninguno de los descritos en otros libros. Se confía en que la novela será el segundo gran éxito de Benford.

Robert Sheckley, cuya vida más o menos vagabunda lo ha llevado a vivir una larga temporada en España, ha adoptado por fin una vida *definitivamente* vagabunda. Tras abandonar la dirección de la revista *Omni*, él y su compañera Jay Rothbells se han trasladado a Florida, donde van de un parque nacional a otro, viviendo y trabajando en tiendas de campaña. «Esta es la vida ideal para un escritor —dice Sheckley—: aquí no hay teléfonos, no hay que pagar alquiler, el aire es puro, no tienes que recibir visitas, y nadie te distrae excepto los omnipresentes mosquitos». Con una casilla de correos en Miami y su agente en Nueva York cuidando de los derechos de sus obras, Sheckley parece haberse repuesto de su prolongado bache productivo como escritor, y acaba de terminar una novela y ha iniciado ya otra. *Mens sana in corpore sano...*

NECROLÓGICA

Otro gran autor que se nos ha ido. El 2 de marzo pasado, a las 8:20 de la mañana, moría Philip K. Dick, como consecuencia de una serie sucesiva de ataques al corazón. El primero de ellos se produjo el 18 de febrero, aunque se recuperó lo suficiente como para poder comunicarse; pero un segundo ataque lo sumió poco después en un coma profundo, del que sobrevivió solamente gracias a la ayuda de un respirador. Sin embargo, según manifestaron los médicos que le atendían, su actividad cerebral era nula, por lo que finalmente se decidió desconectar todas las ayudas mecánicas.

Philip K. Dick, que en el momento de su muerte contaba 53 años, nació el 16 de diciembre de 1928 en Chicago. Asistió a la Escuela Superior de Berkeley en California, y trabajó como jefe de almacén y locutor radiofónico antes de dedicarse a escribir profesionalmente en 1951, antes incluso de que apareciera su primera historia. Se había casado cinco veces, y tenía tres hijos.

Como autor, muchas veces hemos hablado de él, Dick tenía un estilo personal e inimitable, tanto en su estilo como, sobre todo, en sus argumentos, habiendo creado un cosmos personal, enteramente dickiano, que no tenía parangón con ningún otro. Sus obras más famosas son *The Man in the High Castle* (*El hombre en el castillo*, Minotauro), que le valió un Hugo, *Martian Time-Slip* (*Tiempo de Marte*, Nebulae 2.^a época), *Ubik* (*Ubik*, Martínez Roca) y *The Three Stigmata of Palmer Eldritch* (*Los tres estigmas de Palmer Eldritch*, Martínez Roca). En el momento de su muerte estaba empeñado en una interesante trilogía, cuyo primer volumen ha aparecido ya en español: *Valis* (*Sivainvi*, Adiax), el segundo, *The Divine Invasión*, había aparecido recientemente en USA, y el tercero, ya terminado, *The Transmigration of Timothy Archer*, se hallaba en prensa, por lo que cabe suponer que aparecerá en los Estados Unidos en tiempo muy breve.



Philip K. Dick, un nuevo autor que se nos ha ido, y al que ND dedicará su próximo número.

A mediados de la década de los sesenta Dick empezó a aficionarse a las drogas, hasta el punto de que no podía escribir una línea «sin estar infectado por el ácido», según sus propias palabras. Durante más de veinte años no pudo escribir si no se tomaba varias pastillas de *speed* (anfetaminas y estimulantes) e interminables tazas de café al día. Su adicción a las drogas le llevó al desmoronamiento, y tras una prolongada cura de desintoxicación y un largo lapso de silencio como autor, volvió recientemente al mercado del libro con obras que reflejaban su crisis y su superación, y que cada vez se apartaban más de los cánones clásicos de la SF: *Flow my Tears*, *the Policeman Said* y *A Scanner Darkly* (*Fluyan mis lágrimas*, *dijo el policía*, y *Una mirada a la oscuridad*, ambas en Acervo/ciencia ficción), hasta llegar a esta última trilogía, que es un profundo examen de la religión y de los valores religiosos, cuestionando incluso la existencia del hombre sobre nuestro planeta.

Aunque Dick siempre fue un autor admirado y considerado en los Estados Unidos, nunca ha sido un autor realmente *popular*, cuyos libros se vendieran masivamente. Su obra, sin embargo, es una de las más traducidas a otros idiomas, y en España por ejemplo, donde nunca ha sido tampoco un autor «popular» (es decir, al estilo de Asimov o Clarke o Heinlein), casi toda su obra, con escasísimas excepciones, ha sido publicada. Últimamente, parecía que Dick había hallado al fin su vena del éxito, puesto que había firmado algunos contratos sustanciosos para la publicación de algunas de sus futuras obras, y una de sus novelas, *Do Androids*

Dream of Electric Sheep? (¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?, Nebulae 2.^a época), había sido contratada para el cine y estaba a punto de salir al mercado con el título *Blade Runner*. La muerte, de una forma brutal, lo ha arrebatado cuando su vida parecía encauzarse a una normalidad emotiva y a una seguridad material.

En nuestro próximo número hablaremos mucho más ampliamente de Dick, de su personalidad y de su obra, en un merecido homenaje que hubiéramos deseado brindarle en vida, pero que, azares del destino, deberemos rendirle después de su muerte.

Ayn Rand, la famosa autora de *El manantial* y *Vivir*, murió en Nueva York el 6 de marzo a los 77 años, tras una larga enfermedad. Había nacido en el seno de una rica familia de mercaderes judíos en San Petersburgo, Rusia, y se había graduado en historia en la universidad de Leningrado en 1924. Emigró a los Estados Unidos algo después, nacionalizándose americana en 1931. Aunque no fue una escritora que se dedicara exclusivamente a la SF, muchas de sus obras, como la citada *Vivir*, son claramente utópicas. Cabe destacar también entre su producción del género *Anthem* (1938), una corta novela sobre una sociedad colectivista futura donde el individualismo es un crimen y la palabra «yo» está prohibida, y *Atlas Shrugged* (1957), una enorme novela (1168 páginas en su edición inglesa) sobre un América utópica convertida en una sociedad del bienestar en donde las compañías débiles reciben beneficios de las compañías fuertes, y donde el incentivo de la libre empresa ha desaparecido. El conjunto de su obra ha sido calificado de anticristiano, antimarxista y procapitalista, con una exaltación de la dinámica individual y del egotismo iluminado. Pero pese a su marginalidad «oficial» con el género, su influencia se ha dejado sentir en muchos autores de SF.

Y en Londres, finalmente, moría el 11 de marzo otro conocido autor del género, Edmund Cooper, a la edad de 55 años. Aunque escritor muy local (la mayor parte de sus novelas no fueron publicadas ni siquiera en los Estados Unidos, solo en Inglaterra), fue una figura muy conocida dentro del género en Gran Bretaña hasta la aparición de la «nueva ola». Su relato más famoso es *Júpiter Laughs* (*Júpiter ríe*), donde pinta un mundo alternativo en el que Jesús no murió en la cruz. A partir de 1970, sin embargo, su fama había quedado muy empalidecida, aunque siguió escribiendo hasta poco antes de su muerte.

VARIOS

«El Corte Inglés», no contento con poner tiendecitas de la China, la India o el Beluchistán inferior, o ferias de cacharros electrónicos, ha decidido nombrar abril el «Mes de la Ciencia Ficción», con amplios puestos de venta, abundante exhibición de libros decorados con Coman-Boys espaciales, Madel-Man ataviados de astronautas, y robotitos anunciando el *Yo, robot* de Asimov. Además, por cada libro de SF comprado se regala un número para sorteos de viajes a Ibiza. Bienvenida sea, en fin, esta iniciativa, que tal vez anime a la afición a otros lectores, y de paso nos permita a alguno un fin de semana en el ex-paraíso hippie.

SE ESCRIBE

Estimados amigos, desearía que la presente llegara al conocimiento del señor Arturo Benito.

Yo, que soy uno de los muchos y muy eruditos colaboradores de ND, aunque muy a menudo me sienta como el más pobre del grupo, quiero y puedo responder a las afirmaciones vertidas por el señor Benito sobre la *hard SF* en general y sobre *La diosa de la Luna y el hijo* en particular.

El señor Benito parece encontrar muy fácil la convivencia entre la ciencia y la técnica por un lado y el reaccionarismo político por otro. Tal postura solo evidencia la escasa, si no nula, preparación científica y técnica del señor Benito, y su total desconocimiento de lo que es la *hard SF*. El señor Benito habla de pseudojustificaciones científicas, sin saber que la *hard SF* es precisamente *hard* porque en ella no se tolera nada que sea ni remotamente pseudo. La *hard SF* no consiste en la presentación de muchas y brillantes máquinas, sino en dos cosas: a) las leyes naturales establecidas no pueden ser contravenidas ni ignoradas, y b) en el curso de la historia narrada el autor debe poner el máximo cuidado en que todos los conceptos científicos y técnicos usados sean consistentes y constituyan base imprescindible de ella. Cualquier relato que se desvíe siquiera un armstrong de estos preceptos no es aceptado como *hard SF*, y por lo tanto no publicado en una revista tan seria y exigente como *Analog*.

Al ser la ciencia y la técnica las dos prácticas más rígidas y, al mismo tiempo, más liberales producidas por la mente humana, nada puede deformarlas para usarlas como instrumento de justificación, y menos las fuerzas de la reacción política. Antes al contrario, son los conceptos políticos los que se transforman para darse una falsa apariencia científica, como el materialismo histórico o el anarquismo neodarwinista, cuando no las persiguen e intentan destruirlas: acuérdense de la relatividad y el nazismo, del caso Lysenko, y de la revolución cultural de Mao.

Teniendo en cuenta lo dicho, y por su propia naturaleza, la *hard SF* es la modalidad de SF más sincera y menos propicia al panfleto, a pesar de que toda literatura es panfleto debido a la imposibilidad de que los autores no viertan sus propias ideas y deseos en lo que escriben. Si en un relato de *hard SF* le resulta desagradable al señor Benito su aspecto científico y técnico, es que al susodicho señor no le gusta como está diseñado este universo por lo científico, cosa que no tiene arreglo, y que no aprueba las técnicas usadas por cualquier razón, cosa que tiene arreglo legislativo.

Espero que lo dicho haya despejado cualquier mal pensamiento que el señor

Benito tuviera sobre la *hard SF* por sí misma. En lo que al relato de Donald Kingsbury respecta, tengo bastantes cosas que decir. Ante todo, que a este lector hispánico no solo le complace él relato, sino que le encanta.

Califica el señor Benito de muchas y variadas maneras el relato. Desangelado, opinión particular que no estoy en situación de discutir, pero de cuya totalidad disiento. Cuento de hadas, si aceptamos que tal cosa es asimilable al concepto de pura fantasía que el señor Benito plantea: *La diosa de la Luna y el hijo* es el relato de base más sólida que ha publicado ND en el pasado año, contiene al mismo tiempo conceptos técnicos ya presentados y otros completamente nuevos, todos ellos perfectamente factibles en este mismo momento y en gran parte encontrables en *Ciudades del espacio* de Gerard K. O'Neill, probablemente el más importante de los libros de divulgación nunca publicados. Sexista, chauvinista y reaccionario: yo no he visto nada de esto, al parecer el señor Benito desconoce por completo el significado de tales adjetivos: sexista es el que promueve la prevalencia de un sexo —¿cuál?— sobre el otro, chauvinista el que posee la absoluta arrogancia del convencimiento de su superioridad sean cuales sean las circunstancias, y reaccionario el que se niega al cambio y aun quiere volver atrás. Estos son los enemigos de los protagonistas, en ningún caso sus ideas.

Niego que el relato esté mal escrito, aunque esta es una posición personal e indemostrable.

En lo que el señor Benito suma otro desconocimiento a los ya manifestados es en su calificación de «documento sociológico» del relato, infiriendo, no sé a santo de qué, que se esperaba que Reagan hiciese lo que los estúpidos del gobierno del relato de Kingsbury no hacen. Reagan es ahora el mayor enemigo del espacio, y siempre lo fue en el espectro político estadounidense; es Reagan, u otro de su calaña, quien está en el poder al principio del relato, cuando la conquista del espacio es tarea para alguien del temperamento de McDougall.

El señor Benito hace varias citas para demostrar sus puntos de vista, ignorando el hecho de que no todos pueden ver lo que él ve, yo concretamente no puedo ver nada intrínsecamente malo. Rebatir las citas una por una sería demasiado largo, me limitaré por lo tanto a la primera y a la última.

En la primera el camionero le dice a Diana que no se lance al sexo a tontas y a locas. Al señor Benito no le gusta esto. ¿Hubiera preferido una escena de «orgía de cabina» entre camionero y menor?

Al señor Benito no le gusta que al final USA prospere económicamente y que los cabezas cuadradas del Pentágono hagan caso a los McDougall. ¿Acaso considera que el esfuerzo de McDougall y los hombres como él no merece tener éxito, por otra parte contando seguro con los recursos necesarios, por alguna razón? ¿Razón que puede ser que el apellido McDougall sea escocés y su portador sea ciudadano de los Estados Unidos? ¿Qué apellido y nación encontraría el señor Benito más justos y liberales?

El señor Arturo Benito tendrá que justificar sus opiniones en vez de suponer que sus pensamientos son tan transparentes como el vacío que aparentemente constituye su cultura científica y técnica.

Me despido hasta mi próxima carta, que tratará del Espacio, con mayúscula, siempre con mayúscula, tema al que en gran medida da pie el relato de Kingsbury y que he mencionado de pasada, y de lo mucho que me repatean el editorial de nuestro amado y admirado director Domingo Santos en ND 142, *La soledad del astronauta*, y la novela *Apolo y después* de Barry N. Malzberg.

Que os siente bien la presente e igualmente la factura.

ALFREDO BENÍTEZ GUTIÉRREZ
Jerez de la Frontera
(Cádiz), España

ND. — *Cuidado con los repateamientos que anuncias, amigo Alfredo. Puede que haya algún lector que los considere como tú consideras los del Señor Arturo Benito, y te escriba una carta de respuesta semejante a esta en la que tú seas el destinatario.*

* * *

Como antiguos SF-adictos, pasando ya de la treintena y cerca de los 40, con años de lecturas de SF, y seguidores de ND desde su núm. 1, nos proponemos valorar, según nuestra apreciación personal, lo que en conjunto ha sido ND durante el pasado 1981. Como tal apreciación está basada en nuestros gustos personales, el resultado es, además de respetable, discutible. Animamos a los lectores de las antes páginas verdes a secundar la idea, pues creemos que puede ser un termómetro que mida los gustos de todos.

1. *ND revista*

Aunque sin duda haya opiniones contrarias, ND es una revista de SF. La estructura creada en el ya lejano núm. 1 (enero 1968), a base de una selección de relatos más unas secciones vivas («Se piensa», «Se dice», «Se escribe», etc.) sigue siendo válida y demuestra su solidez: estamos seguros que son estas secciones lo primero que la mayor parte de los lectores leen. La reseña de los libros aparecidos, especialmente, se ha convertido en una destacable y notable sección. Haremos, no obstante, dos objeciones: 1.^ª) Es necesario un mayor cuidado en la selección de ilustraciones; salvo Schuiten (ND 131) y Powers (ND 140), el resto vale muy poco o nada. 2.^ª) La reseña sobre comics de SF aparecidos durante 1981 es pobrísima: un lector de ND ignora que se han editado obras tan importantes como *Den 2* de Corben, o *Los inmortales* de Bilal, o *Incal* de Moebius, o *Futuro imperfecto* de Font, o *Mente*

de Beá, o *El mercenario* de Segrelles, etc.

2. Mejores relatos

Desde hace años venimos clasificando los relatos que leemos con una puntuación que va de 1 a 5. Vamos a citar los trabajos aparecidos en 1981 que hemos puntuado con más de 3. Sorprendentemente, y ello va a favor de ND, son muchos. Aunque nuestros gustos no son plenamente coincidentes y ha habido discusiones, al final hemos conseguido una valoración conjunta.

Creemos que los mejores relatos han sido:

- 1.º *La casa del canto* (Card, ND 137).
- 2.º *Enemigo mío* (Longyear, ND 139).
- 3.º *Soldado de plomo* (Vinge, ND 132).

Otros relatos de gran interés, citados por orden de aparición, han sido:

- El mundo de McWorther* (Galouye, ND 130).
- Los que robamos «El Sueño»* (Tiptree, ND 130).
- La última evolución* (Campbell, ND 130).
- La ciudad rosa y roja* (Frabetti, ND 130).
- En la calle de las Sierpes* (Bishop, ND 131).
- La voz en los cielos* (Pindado, ND 131).
- Winston* (Reed, ND 132).
- Sudenvaimo* (Romeo, ND 134).
- El redentor que volvió a las estrellas* (Trigo, ND 135).
- El pueblo elegido* (Marinero, ND 135).
- Señoras y señores, esta es su crisis* (Wilhelm, ND 135).
- Un payaso arrepentido* (Marín, ND 136).
- Se bebió de golpe todas las estrellas* (León, ND 136).
- Civilización terminal* (Rodríguez, ND 136).
- La exilada de Marte* (Smith, ND 137).
- Nombre, (por favor, en letras de imprenta)* (Sladek, ND 138).
- Tu vida por la mía* (Pohl 140).
- La crisálida* (Martínez, ND 140).

Queremos, por último, romper una lanza en favor de Ángel Torres Quesada y su serie «*Dios de...*», que no incluimos en la lista anterior para citarla ahora. Nos parece que su trabajo es meritorio y digno dentro de lo escrito en lengua castellana. Tiene interés y notables hallazgos como *Eva*, de insospechadas y aún no desveladas posibilidades. La técnica de Torres recuerda a veces a van Vogt, no tanto por su concepción de los super-seres como por su facilidad para continuar con fuerza la narración en momentos aparentemente agotados. Animamos a Torres a continuar con su historia y a ND a que nos permita seguirla. Como defectos, le achacamos un estilo a veces tosco o vulgar que puede pulirse con un mayor oficio o, simplemente, con una revisión cuidadosa de lo escrito.

3. ND y la SF autóctona

Nuestra opinión en este terreno es totalmente positiva: el apoyo a los autores locales da personalidad a ND y más si se están creando obras de calidad. En nuestra selección de «Los mejores» se incluyen varios relatos escritos en castellano que pueden perfectamente y sin ningún complejo codearse con cualquiera de esas selecciones de «Lo mejor de...» La SF anglosajona está mitificada en exceso: ocurre, sencillamente, que escriben mucho y, como existe una sólida tradición narrativa, aparecen obras de interés. Pero obras como *La casa del canto* (Card, ND 137) o *La persistencia de la visión* (Varley, ND 127) o *Los cables* (Hopkins, ND 94), son escasas. Ánimo, por tanto, para los autores locales.

Un saludo cordial, y hasta la próxima.

JAVIER BARBERENA
JESÚS IRAGUI
Pamplona, España

ND. — *Las cartas con valoraciones del material que ocasionalmente nos envían nuestros lectores (menos veces de las que desearíamos) nos sirven, como hemos dicho otras muchas veces, para intentar mejorar nuestras selecciones. Gracias por la vuestra... en la que por cierto, como muy bien decís, se incluyen numerosos autores españoles, y es que la SF autóctona va en alza.*

Procuramos dar todas las noticias de apariciones de comics que llegan a nuestros ojos, pero en este campo, más aún que en los libros, ND es olímpicamente despreciada por los editores de comics, incluido Toutain Editor, que se ha especializado prácticamente en SF. Pero, gracias a algunos de nuestros colaboradores, veréis que vamos obviando poco a poco esta laguna...

* * *

Aprovecho la ocasión de renovar mi suscripción de ND para daros cuenta, con el derecho que me proporciona ser un lector asiduo de la revista, de las impresiones y deseos de ese lector medio que soy yo.

Me di de bruces con vuestra revista en una librería de viejo y, desde que la vi, me apasionó. Me llevé diez —sí, diez— ejemplares, porque me gustaba todo, desde el formato hasta la presentación. Lo único que no me gustó fue el precio... pero eso vamos a dejarlo, o en la respuesta me vais a poner a parir.

Añoro aquellos números en los que lo único fijo que había era el editorial. Sí, os estáis acomodando. Llevo leídos seis números seguidos en los que el esquema de la revista es el mismo: dos o tres cuentos, una novela corta, secciones, editorial, y a freír espárragos. Esto no puede seguir así... esto no debe seguir así... por lo menos

sugiero que no siga así. Añoro aquellos números donde todo era agilidad y flexibilidad. Un número dedicado a un autor, otro a una revista, el siguiente a la historia de la SF... era maravilloso. Unas veces se incluía un comic, otras se suprimían las páginas verdes, y no sabías qué sorpresa esperar en el próximo número. Ahora os limitáis a pagar derechos, pagar traducciones, y al carajo.

Una palabra de aliento y alabanza (bueno, varias), para vuestra colección de libros. Muy buena, sí señor, muy buena la idea de publicar relatos y novelas españolas: en mi opinión, muchas, la mayoría, superan con creces a los ogros anglosajones devoradores de mercados. Ojalá pase lo mismo que en el mundo del comic, que en cuanto se le dio la oportunidad, los autores hispanos se han hecho los mejores del mundo. Por cierto, ahora que hablamos de libros, ¿qué es eso de poner en la hoja final eso del Club del Coleccionista, lista de libros publicados, ver en el interior... etc? ¡En el interior no hay nada! ¿Y esa cosa de «Revuelta en el 2100» y la otra? Quiero preguntaros también por el libro ese de Heinlein que sacásteis que era tan caro y que hablaba de la historia de la SF... «Historia del futuro» creo que se llamaba.

Las secciones bien, machos. Y termino ya. Pero recordad: agilidad, cambio, renovarse o... ¿qué era? Sorprendedme. A lucirse en el 150. Informadnos de los libros. No repitáis lo de «Mariana». Publicad mi dirección para que os enteréis de que compro, vendo, hablo, intercambio, y todo lo que se os ocurra sobre la SF, con todo quisque de todo el mundo. Espero.

¡Se os quiere, tíos!

Un beso a la secretaria: muá. A Domingo Santos que se lo dé su padre.

Nos vemos,

FRANCISCO JOSÉ MARTÍN
Celestino López Martínez, T2, 5.º A
Sevilla, 06, España

ND. — ¿Por dónde empezamos, tío?

Por tus despistes: En muchos de los ND anteriores (que dices que tienes) está la lista de libros: concretamente el 143 es el último: no la ponemos ya en todos para no hacernos pesados. «Revuelta en el 2100» y «Explorando el futuro» son una novela de Heinlein y una antología; lo encontrarás reseñado también en números anteriores (ah, esa memoria). Ese libro tan caro que sacamos no llegamos a sacarlo, no hablaba de la SF, sí era de Heinlein, es una antología de sus mejores relatos que forman esa «historia del futuro» que le da título, y ha aparecido recientemente en la colección Acervo/ciencia ficción, en dos volúmenes.

En cuanto a nuestro apoltronamiento, esa «etapa de agilidad y flexibilidad» que mencionas fue una etapa de negras dificultades económicas para la revista donde fue

necesario suprimir páginas verdes, adquirir antologías completas (salían más baratas de derechos), etc. Para nosotros, la base de una revista/revista es lo que estamos haciendo ahora precisamente: mezcla de relatos, secciones de información y crítica, etc. Nuestra creencia es que gran parte de nuestros lectores opinan como nosotros. Claro que, si tú tienes una idea mejor, ¿qué esperas en exponérsela? ¡Lo que queremos es aumentar nuestras ventas a la enésima potencia! ¿Qué esperas en transmitimos tu secreto de la piedra, filosofal? Esperamos ansiosos...

Ignoramos si nuestra secretaría aceptará tu beso. En cuanto a Domingo Santos, haces bien negándoselo: él tampoco lo hubiera aceptado (solo acepta los de las lectoras). Además, lleva barba: pincha.

* * *

Recibid en primer lugar un fuerte aplauso por la idea de reeditar en la Biblioteca Básica antiguos relatos ya aparecidos hace muchos años en la revista, la idea es buena, y todos los que no hemos estado suscritos a la misma desde el número uno os la agradecemos, y los otros también, no creáis, pese a las broncas que os soltó Mariana el otro día.

Por otra parte, decís que en la Argentina se editaron dos tomitos, obra de Gandolfo, uno sobre los precursores y otro sobre los fundadores, con textos desde Voltaire hasta Merritt pasando por Melville, Daudet, Verne, etc.

¿Seríais tan amables de decirme a dónde se tiene que dirigir uno para adquirir dichos libros?

Un abrazo,

ANTONIO SOTO SANTAMARÍA
El Ferrol, España

ND. — *La «Biblioteca Básica de Ciencia Ficción» va dirigida tanto a los lectores de ND que llegaron tarde al tranvía de la SF como principalmente a todos aquellos que, sin ser lectores de SF, tienen interés por conocer el tema (y hacerse, posteriormente, lectores de ND, por supuesto). En este sentido, el éxito obtenido por la colección parece apreciable.*

La colección argentina que reseñamos en su tiempo y que citas ha sido distribuida en España, aunque ignoramos sus canales de comercialización. Generalmente, estas importaciones suelen hacerse en número reducido de ejemplares y se agotan rápidamente. Como no los halles en alguna librería importante de El Ferrol...